Lorena Fuentes
FILOFOBIA
¿Te atreverías a amar cuando tienes miedo?
Bilogía
Atrévete a amar I

FILOFOBIA

¿Te atreverías a amar cuando tienes miedo?

Bilogía
Atrévete a Amar I

Lorena Fuentes

Filofobia
Bilogía "Atrévete a amar" I
Lorena Fuentes
Todos los derechos reservados
© Lorena Fuentes, 2018
® SafeCreative Código de registro: 1804246663833
Edición y Revisión: Sophie Beau
Diseño de cubierta e interior: H. Kramer
Fotografía de tapa: © Can Stock Photo Inc. / sentrybird
Primera edición: abril 2018
ISBN-13: 978-1717387738
ISBN-10: 171738773X
Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la fotocopia y el tratamiento informático.

Prólogo
Parte I
-1-
-2-
-3-
-4-
-5-
-6-
-7-
-8-
-9-
-10-
-11-
-12-
-13-
-14-
-15-
-16-
-17-
-18-
-19-
-20-
-21-
-22-
-23-
-24-
-25-
-26-
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Otros títulos

A mis lectoras que son parte de este sueño.
Para Ezio, Alejandra y Gabriel…
Para Melina…

"El que va demasiado aprisa llega tan tarde como el que va muy despacio".

Romeo y Julieta, Williams Shakespeare

Prólogo

Si pudiera mirar de nuevo los ojos de George, sería la mujer más feliz sobre la tierra, sin embargo, mi deseo es imposible que suceda… él no volverá de la muerte.

Nada o nadie revive a los muertos.

Nada…

Todo lo que alguna vez quise me lo arrebataron con las más bajas intenciones, porque la vida parece no querer que logre ser feliz en este puto mundo. Quizás si todo hubiese sido diferente, si él y yo hubiéramos nacido en otras familias, tal vez así él estaría a mi lado.

Me quedo observando la tumba de la persona que más amé y a la que me aferré como un salvavidas. Él, que con sus sonrisas, detalles y amor, me enamoró desde que era niña. Un amor que me cegó de tal manera que no pude distinguir entre lo bueno y lo malo, ya que lo nuestro no era correcto. Ahora estoy muerta sin él y sin ella, pero volveré para luchar por todo lo que me fue arrebatado.

No voy a mirar atrás, si tengo que ser la oveja negra, lo seré. Todo está perdido y nada de lo que diga o haga me devolverán las ganas de vivir.

Este maldito noviembre que trajo un dolor lacerante; me he quedado sola, no tengo a mis padres, a George, ni a ella y ahora me quedo sin mi abuela y hermano.

Dejo la rosa en el piso y acaricio la inscripción en el frío mármol, beso el grabado del nombre de la persona a quien más amé y con su muerte se ha ido Paulina Ferguson, sin él queda un espacio que nadie llenará. Nunca más podré amar, porque amar duele tanto que te destruye si esa persona se va de tu lado.

Este es el momento de Ina, la misma que será capaz de todo por recuperar lo que han arrebatado.

Parte I
El cadáver de mi amor

-1-

Ina se sentía feliz pues se había graduado con honores en el Instituto Culinario *Cordon Bleu*[1], de París. Tenía apenas unas pocas horas en Londres, su ciudad natal, deseaba descansar ya que el lunes comenzaría a trabajar, pero a Lorraine, su mejor amiga, no le resultó difícil convencerla para salir de fiesta a celebrar sus logros.

Funky Buddha se había convertido en la discoteca más exclusiva de la ciudad y solo un grupo selecto podía entrar, entre esos estaban *The Royals,*[2]como llamaban en la actualidad a los nobles. Por eso consideraron que este era el local ideal para celebrar sus logros y el tan ansiado regreso de la chica.

Paulina, como en realidad se llamaba, había nacido en una de las familias más privilegiadas del país. Su padre había formado parte de la Cámara de Lores, mientras que su madre, de una de las casas nobles que pertenecían a esa gran línea sucesoria hacía el trono de Inglaterra. Eso no era algo que le gustara presumir, sin embargo, a veces ella y sus amigos se valían de la influencia de su apellido para conseguir ciertos favores.

Al llegar no tuvieron que esperar, pues con tan solo decir sus nombres las puertas se abrieron de par en par. Entraron acompañadas de Charlotte, una amiga estirada de Lorraine a la que Ina detestaba y Jean Piere, un compañero de la escuela de cocina al que con cariño la otra chica llamaba reiteradas veces “Su perro faldero”.

Para esa noche Ina escogió un vestido tipo lápiz color negro de *Alexander Mcqueen*, su diseñador favorito, y el de muchas en la ciudad. Este dejaba ver, en su pronunciado escote, las hojas de otoño que tenía tatuadas en su pecho.

—¡Joder, esto está a reventar! —gritó Lorraine para que pudieran escucharla sobre la música, mientras *Hills* de The Weekend sonaba en el lugar.

Ina asintió en señal de respuesta. Un poco aturdida por la música, barrió el lugar con la mirada y al localizar a Andrew Britt, quien era el flamante dueño del recinto y además un gran amigo de su hermano, no lo pensó dos veces. Se acercó a donde este se encontraba conversando con unos hombres y le hizo señas a sus amigos para que la siguieran. Caminó decidida hacia él mientras arrancaba las miradas de los varones a su paso.

Andrew, al percatarse de las dos hermosas mujeres que se acercaban hacía él y atraído por la belleza de Ina, decidió encontrarlas en el camino.

«Ella no te ama y por eso no puedes estar con ella», repitió para sí mismo aquel mantra que poseía desde que ella se había convertido en

una mujer, la más hermosa del planeta para él.

Sin embargo, no podía dejar de sentir ese amor y una frustración inmensa por no poder poseerla. Estaba seguro de que ella le pertenecía y a la vez la sentía tan lejos que se enervaba al no poder estar a su lado.

Cuando la tuvo a su alcance, lo primero que hizo fue tomarla por la cintura y alzarla para fundirse en un abrazo.

Ina, a quien no le gustaba nada ese tipo de demostraciones afectivas, le correspondió, quizás por la añoranza de los viejos momentos vividos juntos a él y el largo tiempo que estuvo sin verlo.

—Cada día que pasa te conviertes en una mujer muy hermosa —susurró Andrew a su oído y le besó el cuello, inhalando aquella fragancia de rosas en primavera que lo embriagaba y que reconoció como la misma que ella usaba de joven.

—Mentiroso —le contestó Ina haciendo un ademán para restar importancia a su comentario—. ¿Puedo pedirte que me ayudes a esconderme un poco y que nos atiendan como reyes?

—Sabes que no lo tienes que pedir —contestó este esbozando una sonrisa.

Andrew le hizo señas a una de las meseras para que se acercara y al hacerlo le dio algunas indicaciones. Luego instó a Ina a que la siguieran, despidiéndose de ella por tan solo un momento pues planeaba ser su acompañante al cerrar el local.

Siguieron a la mesera hasta otro ambiente más tranquilo: una sala minimalista donde prevalecían los colores negro y blanco. Los sillones y divanes estaban dispuestos para que albergaran no más de una veintena de personas; el espacio poseía una barra privada, para que no tuvieran que mezclarse con el resto de los clientes, y justo detrás de ella había una pared de espejos con un hermoso mueble que albergaba las botellas de las bebidas que ahí se servían.

«Separando a la plebe de la realeza», Ina puso los ojos en blanco burlándose de su irónico pensamiento.

Dentro de la sala se encontraban cuatro hombres conversando, la mirada de la joven instintivamente se cruzó con unos ojos verdes inquisidores, que desde lejos observaban todos sus movimientos como un animal al acecho. Aquel individuo no podía pasar desapercibido para nadie, pues poseía un cuerpo musculoso trabajado en gimnasio, una mandíbula cuadrada y un cabello casi del color del oro peinado al descuido. Llevaba un traje de color gris con raya diplomática y una camisa blanca sin corbata abierta hasta el tercer botón.

No, para ella aquel hombre no había pasado desapercibido, quizás podía ser el polvo de bienvenida que necesitaba y así olvidaría un poco lo que la atormentaba desde que había aterrizado en tierras londinenses.

Connor Bellamy no podía creer que aquella mujer fuera real. El vestido negro se abrazaba perfectamente a su cuerpo de reloj de arena, pero lo maravilloso fue entrever su piel tatuada con unas hojas recorriendo su pecho en lo poco que dejaba ver el escote de aquella prenda. Tomó un tragó de su escocés y decidió que esa noche saldría del local con esa chica.

Ina sonrió cuando el mesero le trajo su primer trago de vodka y le dio un sorbo disfrutando del escozor que le dejaba aquel líquido incoloro. Ella siempre se había diferenciado del resto de las mujeres de la alta sociedad en todo, no era la típica rubia de ojos claros o de carácter fuerte. Forjó un concepto de mujer ruda y fiestera desde la muerte prematura de sus padres y la del gran amor de su vida. “La oveja negra”, así es como solía llamarla su mejor amiga cuando quería fastidiarle un poco la paciencia, y lo era, no lo negaba, porque odiaba ser parte de una sociedad llena de prejuicios y secretos que muchos se morían por descubrir.

Charlotte y Lorraine alzaron sus copas de champagne mientras Jean Piere hizo lo mismo con su vaso de escocés.

—¡Por el comienzo de una exitosa carrera como chef! —brindó Lorraine.

La despampanante rubia le guiñó el ojo a Ina y ella esbozó una sonrisa escondida detrás de su vaso.

—¡Salud! —Todos brindaron por la homenajeada.

Lorraine se acercó a Ina tomándole la mano para llamar su atención. Se acercó para susúrrale preocupada:

—No abuses de la bebida, te lo ruego.

—Lo sé, lo sé…

Ina, un poco inquieta por el recordatorio de su amiga, se sentó en un diván junto a Charlotte. Ella no entendía qué hacía esa mujer ahí, todos sabían que no era su persona favorita en el mundo, por tal razón no disimulaba sus sentimientos hacia ella. Charlotte era de las típicas chicas nobles que eran educadas dentro de los cánones de la sociedad inglesa, de esas que no debían romper las reglas, para ellas todo estaba en juego, muchas habían sido educadas para ganar el corazón del futuro rey de Inglaterra. Sin embargo, todas habían fallado en el intento pues su primo había preferido a una plebeya.

—Paulina, espero que te quedes más tiempo en Londres y que por fin sientes cabeza. Ojalá esta vez no hagas un numerito de los tuyos.

Ina puso mala cara puesto que odiaba que la llamaran Paulina. Para ella esa chica había muerto seis años atrás cuando le arrebataron lo que más amaba. Prefería que utilizaran el diminutivo con el que su hermano la llamaba, ya que este le traía buenos recuerdos

—Charly —le habló con un tono cansino, sabiendo que la otra joven odiaba aquel diminutivo—. ¿Hasta cuándo te voy a decir que

me llames Ina y no Paulina? —La advertencia en su voz no pasó inadvertida para Lorraine que se encontraba cerca, pero Ina prosiguió y agregó con rabia—: En cuanto a lo de chica mala, prefiero ser eso a ser una parásita de la sociedad.

—¡Ina! —le recriminó Lorraine. Ella sabía lo explosiva que podía ser su amiga por todos los conflictos que había pasado.

Ignorando por completo a su amiga y a su acompañante, tomó la mano de Jean Piere y salió del salón para bailar. Se perdieron entre la multitud mientras *Summer,* de Calvin Harris sonaba. Ella le sonrió al chico cuando llegaron al medio de la pista y comenzaron a moverse al ritmo de la música.

—Hoy estás hermosa —la alagó muy gentil el francés.

—Gracias, tú estás guapísimo.

Jean Piere era un hombre que llamaba la atención de las féminas por su masculina belleza y su encanto, cualquiera caería rendida a sus pies.

Llevaba cuatro años conociendo a Paulina, logrando una amistad sincera con ella. Recodó a aquella muchacha inglesa que llegó perdida y lastimada al instituto, ella poseía una coraza inquebrantable con la cual no dejaba entrar a nadie a su vida y a los pocos que les permitía el paso era solo para una amistad. Cuando Ina deseaba tener sexo era solo bajo sus condiciones y sin ataduras. No podía negar que al principio se sintió atraído por la belleza de la chica, sin embargo, optó por quedarse como su amigo porque había descubierto el gran corazón que poseía y escondía ante el mundo por aquel dolor tan profundo.

Ina movía su cuerpo al ritmo de la música dejándose llevar y olvidándose de todo lo que la rodeaba. Sabía que esta nueva etapa de su vida no sería fácil; regresar a Londres, después de aquel suceso que cambió su vida y que la convirtió prácticamente en una exiliada, hacía que brotaran de su pecho antiguos rencores y remordimientos, algo con lo había tenido que luchar y le había traído como consecuencia infinidades de complicaciones.

Minutos después, el francés le hizo señas indicándole que volvía a la sala VIP. Ella asintió y siguió bailando. Jean Piere, que estaba acostumbrado a que la chica se quedara sola, fue por un trago.

Mientras bailaba Ina sentía que todos sus movimientos eran observados, buscó entre la multitud, pero no encontró a nadie y pensó que quizás era su imaginación.

Chandelier de Sia comenzó a sonar*;* esa canción la identificaba demasiado. Cerró sus ojos y se perdió moviéndose al ritmo de la música.

Party girls don't get hurt
can't feel anything, when will I learn?

I push it down, push it down.
(Chicas de fiesta, no salgan lastimadas
No puedo sentir nada, ¿cuándo voy a aprender?
Lo empujó hacia abajo, empujo hacia abajo.)

Connor no dejaba de observarle. Era llamado por aquella energía cósmica que irradiaba la chica. No se lo pensó dos veces y se acercó a ella, pegó el torso a su espalda y atrapó su estrecha cintura.

Al sentir el contacto y una respiración entrecortada sobre su cuello, Ina se giró soltándose del agarre y se encontró con la mirada ardiente del hombre que había visto en el VIP. Sintió que su piel se calentaba tan solo con el hecho DE que él la observara Y eso la descoló un poco, pero se recuperó tan rápido como pudo. «Es hora de jugar», pensó.

Sexo era lo que necesitaba para olvidarse de esa necesidad de alcohol y drogas que sentía esa noche. El placer le daría el efecto placebo que necesitaba.

Sus pensamientos se convirtieron en un ir y venir de imágenes de ellos teniendo relaciones, haciendo que su sexo de humedeciera. Se dejó llevar por lo que sentía pegando su cuerpo al de él.

Connor creyó morir cuando ella se acercó y comenzó a mover sus caderas al ritmo de la música. Su pene se endureció, la deseaba y deseaba saber cómo sería sentir ese mismo vaivén sobre su sexo. Bailaron tres canciones más entre caricias atrevidas.

Quería besarla y poseer su boca, la giro para tenerla de frente y ella esbozó una sonrisa, posando sus brazos alrededor de su cuello. Los labios de la chica eran como un manjar para aquel hombre, uno que deseaba probar y sentir en su sexo. Su anhelo, ya descontrolado, hizo que bajara el rostro hasta el de ella, sacó su lengua y rozó sus labios de manera delicada y sensual, logrando que ella los entreabriera para permitirle entrar.

Necesitado y sediento se abalanzó sobre su ella, folló su boca con la lengua, devorando sus labios y logrando que ella le correspondiera con las mismas ansias.

A Ina le temblaron las piernas haciendo que se tambaleara. No obstante, la adrenalina seguía corriendo por su torrente sanguíneo y provocando que su corazón se acelerara; deseaba más de ese hombre que la besaba exigentemente. Se le escapó de su garganta un gemido ronco imaginando el placer que podría ofrecerle.

Connor, decidido a no dar un espectáculo en el local, rompió el beso e hizo acopio de toda su racionalidad para la salir de ahí. La chica despertaba en él algo primitivo, se sentía como un animal en celo. Deseaba poseerla, pero no ahí, sino en su cama, quería verla estremecerse entre sus brazos y tenía la noche entera para hacerlo.

«Cálmate, Connor. No eres un chico de quince, puedes soportar unas

cuantas horas».

—Vamos. —La tomó de la muñeca—. Busca tus cosas y pasa la noche conmigo.

Ina dudó por un momento sin saber si aceptar o no. *«Un polvo, necesitas un polvo para estar tranquila»*, se dijo convenciéndose de que era una buena idea y asintió, ese beso creó en ella una ansiedad de ir más allá, explorar qué podía hacer el rubio.

Se dirigió a la sala en donde sus amigos esperaban por ella y, sin decir nada, tomó su bolso y se despidió con un ademán del grupo.

—¡Amiga, si la noche apenas empieza! —gritó Lorraine.

—¡Qué la disfruten! —le contestó ella secamente—. Mañana los llamo. —Tiró un beso en el aire.

—Ina, por favor… —Jean Piere atrapó su muñeca, no se le había pasado por alto que había bailado de manera sensual con ese hombre. Su voz estaba cargada de preocupación porque sabía que su amiga iba a cometer un error—. No lo hagas.

Ella lo observó por unos segundos, sin embargo, ignoró su petición. Salió del local decidida a que esa noche fuera solo para olvidar lo que tanto le ahogaba. Al abrir la puerta sintió el cambio drástico de temperatura, que la obligó a tomar una respiración profunda. Era agosto y se suponía que era verano, pero en Londres eso no significaba nada puesto que llovía cuando al cielo le daba la gana.

Alzó el rostro y sintió unas gotas de lluvia caer en él. Amaba esa sensación porque la llevaba a su adolescencia y a aquella noche en el prado donde perdió su inocencia.

Alguien la jaló del brazo sacándola de su ensueño, al girar su rostro y encontrarse con el adonis con el que se había besado, no pudo evitar dibujar una sonrisa de satisfacción en sus labios. El desconocido la tomó de la mano y comenzó a caminar con ella llevándola a rastras.

El silencio reinaba entre ellos, mientras ella apreciaba su trasero prieto enfundado en unos pantalones cortados a la medida. Disfrutó de la vista hasta que escuchó que él accionaba la alarma de un Aston Martin clásico, casi idéntico al de James Bond.

«Vaya, el hombre tiene estilo», se dijo mentalmente.

Connor abrió la puerta del pasajero haciendo alarde de sus buenos modales y observó que la chica por un momento dudaba, por lo cual le hizo un gesto con la cabeza como invitación para que entrara en el auto.

«Tiene miedo y a la vez quiere que la posea», dilucidó él.

Paulina trataba de no reflexionar demasiado, ya que, si lo hacía, se lanzaría de ese vehículo. Respiró hondo y comenzó a imaginarse lo que podía hacerle a aquel hombre. Sentir su bulto mientras bailaba le dio una pequeña idea de lo que preparaba esa noche para ella. Apretó sus piernas al notar que se humedecía más. A lo largo del camino, la

tensión sexual se podía cortar con un cuchillo y los dos instalaron un silencio incómodo que incrementaba el deseo.

-2-

Connor detuvo el auto en un pequeño edificio de dos pisos en Chelsea y sacó un control de la guantera para activar la puerta del garaje. Al entrar apagó el auto y, sin mediar palabras, tiró de su asiento hacia atrás. Solo deseaba ver qué guardaba ese vestido.

Tomó a Ina como si se tratara de una muñeca y la sentó a horcajas sobre él, sus cuerpos encajaron de manera perfecta y eso les gusto a los dos. Sin hablar le sujetó por el cabello y se estampó contra sus labios apasionadamente. Esta vez el beso era urgente y necesitado, él introdujo su lengua dentro de la boca de ella invadiendo su espacio.

Ina no podía reprimir los gemidos ante la intromisión y las sacudidas que en ella se iban despertando con tan solo un beso. Los dos se entregaron a la pasión y al deseo, las manos masculinas recorrían el cuerpo de Ina acariciando cada una de sus curvas. Poco a poco le subió vestido en una sutil caricia hasta dejárselo a la altura de la cintura. Ella comenzó a moverse rítmicamente sobre la erección del hombre, buscando algún tipo de fricción que ayudará a aumentar el placer de los dos.

Él rompió el beso de forma repentina, bajó su rostro hasta el escote y descubrió así los senos de la joven que no llevaba brasier. Ella se sonrojó ante la intensidad de esa mirada y vio la manera en que lamió sus labios, como un lobo a punto de comerse a su presa, al mismo tiempo que sus manos sujetaban sus pechos.

Connor los masajeaba descubriendo lo perfecto de su tamaño, ya que le llenaban divinamente las palmas de sus manos. Por instinto introdujo uno de los pezones en su boca y un gemido ronco se escapó de su garganta. Succionó con lentitud el pezón, a medida que acariciaba al otro con sus dedos.

Ina, invadida ante el placer que recibía, jadeaba mientras su mente estaba obnubilada por el momento; él la estaba haciendo olvidar todo aquello que la atormentaba, el sexo era como una droga para borrar de la memoria todo lo malo.

En un momento de éxtasis puro lanzó la cabeza hacia atrás cerrando los ojos con fuerza e intensificó el vaivén de sus caderas buscando la fricción necesaria para llegar al orgasmo.

Él, mientras tanto, seguía con su tortuosa y placentera atención. Bajó con lentitud una de sus manos hasta los muslos y los acarició con la intención de llegar a su centro. Se llevó una gran sorpresa al notar que la chica no llevaba ningún tipo de ropa interior. Connor sonrió pensando que ella era una caja de sorpresas, abrió con sus dedos los pliegues y gimió al sentir lo húmeda y lista que estaba para recibir él.

Introdujo dos dedos, penetrándola con movimientos constantes mientras con su pulgar le acariciaba el clítoris haciendo círculos sobre

él. Al sentir cómo ella respondía introdujo un tercer dedo preparándola para su miembro. Observaba extasiado el hermoso rostro sonrojado de la chica mientras memorizaba cada uno de sus rasgos femeninos: sus labios entreabiertos a causa de la respiración entrecortada, su nariz perfilada y esos ojos como preciosos zafiros; le recordaba a Blanca Nieves con su cabello color negro.

Soltó el seno que tenía en una de sus manos y la tomó por la nuca. Al verla a los ojos, observó que sus pupilas estaban dilatadas a causa del placer. Con su otra mano se desabrochó el cinturón y se bajó el pantalón con torpeza para sacar su miembro del bóxer con rapidez, pues necesitaba liberar su erección que latía dentro.

Ina bajó la mirada, se sorprendió ante el grande y hermoso miembro que tenía frente a sus ojos, el capullo brillante y rosado donde se percibían las primeras gotas del líquido preseminal.

Connor buscó ansioso un preservativo en su bolsillo.

—¡A la mierda! —grito al no encontrarlo.

Tomó su miembro y la penetró de una sola estocada, los dos jadearon ante la sensación y se quedaron quietos unos segundos. Se esforzó por no acabar debido al placer que le producía la estrechez de la vagina de aquella chica.

Ina respiró hondo, acostumbrándose a aquella invasión. Decidió tomar las riendas y comenzó a moverse en busca del goce que necesitaba en ese mismo instante.

Olvidar, el orgasmo la haría olvidar y después se encargaría de lo demás.

—¡Joder! —gimió ella entre dientes mientras se movía.

Connor nunca había tenido sexo con una mujer que se entregara de tal forma, despertando en él un deseo de poseerla no solo esa vez, sino toda la noche. Sus cuerpos se amoldaron a la perfección como si fueran hechos el uno para el otro.

Él tomó en su mano uno de los senos apretándolo fuerte, mientras que con la otra exploraba la delicada piel de su espalda, deslizándose hasta la curvatura de su trasero. Rozó la ranura tentado a explorarlo y se quedó observando su reacción ante aquella invasión, extasiado se le escapó un sonido gutural.

—Hermosa, sí así —murmuró deleitándose con los movimientos de la chica.

Ina gemía por las caricias que recibía en su ano y la penetración vaginal, haciendo que sus fluidos aumentaran a causa del placer. Fue aumentando el ritmo de sus movimientos para llegar lo antes posible al orgasmo y también para aprovechar la noche que aún era joven.

Connor se sentía hambriento por sus senos, se llevó uno a sus labios mordiendo el pezón con suavidad para luego prestar la misma atención al otro.

Sus respiraciones eran entrecortadas por el esfuerzo y los vidrios del vehículo se iban empañando poco a poco. Comenzaba a sentir una presión en los testículos indicándole que acercaba su orgasmo, de forma automática llevó sus manos a las caderas de ella para aumentar la intensidad de las embestidas. El vaivén de las caderas de la chica era cada vez más rápido y buscaba la fricción en el punto exacto. Luego de cinco penetraciones más ambos explotaron en un orgasmo demoledor, Ina se recostó sobre el pecho del desconocido, su cuerpo aun el cuerpo de Ina cayó sobre su pecho

Connor esperó que sus cuerpos se calmaran y sacó su miembro semierecto. Besó su boca tragándose sus gemidos.

—Apenas es el comienzo, pequeña, porque si me regalas la noche entera te haré llegar al nirvana del placer. —dijo con una sonrisa.

Ina asintió, necesitaba estar en el Cielo para luego bajar al Infierno. Salieron del auto y él la cargó para llevarla dentro de su casa.

La llama del deseo era inextinguible en ese momento. Follaron nuevamente en la escalera de manera salvaje y desenfrenada antes de subir, la mañana no existía en sus mentes.

Horas después Connor observaba como la joven dormía plácidamente a su lado. Hacía años que no se dejaba arrastrar por la atracción y el placer de esa manera tan primitiva, su vida se centraba en su restaurante y en su hija de ocho años, sin embargo, esa mujer llamó su atención desde el primer momento en el que pisó la sala privada del club. Las horas de pasión compartidas fueron las mejores en mucho tiempo, ahora solo le quedaba despertar en unas cuantas horas y conocerla. Se le escapó una sonrisa ante el hecho de que ni siquiera sabía su nombre, entre ellos sobraron las palabras solo hubo cabida para la pasión y el deseo.

«¡Qué hermosa es!», pensó, enamorado como un colegial de quince años.

Recorrió con su dedo las hermosas flores que tenía tatuadas en la espalda y las cintas que se desprendían de aquel ramillete que llevaba a unas hermosas golondrinas que tenía en el costado y se unían a las pequeñas hojas de su pecho.

Deseaba saber que había llevado a tan hermosa mujer a marcar su cuerpo. Sabía que muchas personas se tatuaban luego de experiencias traumáticas como una forma de recobrar el control de su vida, no es que le molestara, ya que también contaba con diferentes tatuajes en su cuerpo, para él su piel era un lienzo y los que trabajaban sobre el eran artistas. Inmerso en sus pensamientos los parpados se le fueron cerrando, debido al cansancio, hasta sumirlo en el más profundo de los letargos.

*****

Ina miraba a George mecer en sus brazos a una pequeña niña. No cabía duda lo emocionado que estaba mientras tarareaba Are you lone someone tonight de Elvis Presly para dormirla.

—Se parece a ti —le dijo a Ina que sonreía como tonta ante la escena —, pero es mía y nunca la tendrás.

Ella observó como poco a poco sus ropas se teñían de sangre y George esbozaba una diabólica sonrisa. Sus dientes eran negros y su rostro se fue perdiendo color, sus ojos estaban vacíos y negros como la noche.

Ina se estremeció con la perturbadora imagen.

—Devuélvemela, no te la lleves. —le rogó.

—¡Mía! —gritó George soltando una carcajada y se alejó con rapidez.

Ina abrió los ojos sobresaltada y las náuseas la invadieron, esa era la primera vez que soñaba con George y Clare de aquella manera.

Intentó levantarse, pero al moverse unos brazos masculinos la envolvieron sujetándola con fuerza. Se puso alerta al recordar que no estaba sola, las imágenes de la noche anterior se precipitaron como una película pornográfica, se sintió mareada y asqueada; siempre le ocurría lo mismo después de una noche de locura. Giró y se quedó observando al hombre que dormía sosegadamente a su lado, notar la serenidad con la que descansaba la hizo sonreír.

«Duerme tranquilo cómo lo hacía George».

Inmediatamente borró ese pensamiento, había pasado una increíble noche, no podía negarlo, sin embargo, era solo una noche y nada más.

Le daba terror enfrentarse a una relación, ya que hacía mucho tiempo que no se sentía cómoda con un hombre.

«La única vez fue con George», pensó.

Los primeros rayos de sol se colaban por la persiana y maldijo para sí misma cuando se dio cuenta de que estaba amaneciendo.

Su abuela y su hermano seguro estaban preocupados, ya que todavía no había llegado a casa. Se escabulló con cuidado de los brazos del hombre y buscó su vestido, el cual encontró perfectamente doblado en una silla con su bolso encima y sus zapatos a un lado. Repasó la habitación y se percató de que el hombre debía ser un maniático del orden, no había nada fuera de su lugar. Se vistió con rapidez y con los tacones en mano comenzó su escape.

Un peso se instaló en su estómago al bajar las escaleras y acordarse de lo habían hecho ahí, no podía irse sin decir nada. No estaba segura de que despertaba ese hombre en su interior, pero no quiso irse sin dejarle una nota. Divisó una agenda y un teléfono en una mesa y arrancó una hoja pensando una despedida coherente después de aquella noche, tomó un bolígrafo mientras organizaba sus ideas por unos segundos y finalmente escribió:

Gracias por la maravillosa noche, fue todo un placer.

Besos
P.F.

Subió de nuevo al dormitorio y dejó la nota sobre la almohada para regresar sobre sus pasos, al llegar a la puerta se giró para dar una última mirada al hombre que dormía en la cama. La sabana color vino se había bajado dejando al descubierto la curvatura de sus firmes glúteos. Su espalda fuerte y musculosa tenía tatuado un hermoso un pez *Koi* que iba evolucionando hacía un dragón, donde predominaban los colores dorados y azul. Recordó que alguna vez había escuchado que aquel dibujo significaba fuerza y coraje.

Dio media vuelta y salió, está vez para siempre, de esa habitación. Cuando estuvo fuera del edificio sintió un vacío en su pecho, siempre la embargaba la misma sensación luego de una desenfrenada noche de sexo. Nada podía llenar ese hueco que dejaron en su corazón hace más de seis años.

Al llegar a su casa en Belgravia, una de las zonas más exclusivas de Londres, subió directo a su dormitorio, cuando estaba punto de abrir la puerta y pasar desapercibida escuchó como se abría la puerta que estaba ubicada al frente.

—Bonitas horas de llegar, Paulina. —La voz somnolienta de su hermano mayor la hizo pegar un brinco.

—David, ve a dormir y metete en tus asuntos —le contestó molesta.

Sin mediar palabras Ina entró a su habitación, soltó el bolso en el piso y en el camino al baño se despojó de su vestido. Entró a la ducha con pensamientos destructivos, abrió el grifo del agua fría y se sentó en el piso mientras las lágrimas corrían por su cara, se sentía agobiada por el miedo, el mismo que la invadía desde hace siete malditos años.

Ella sabía que aquella desesperación era el patrón que seguía luego del sexo, normalmente huía como lo hizo esa noche o se inventaba relaciones imposibles. Sabía que sufría de Filofobia pero se negaba aceptarlo, Ina simplemente achacaba todos sus problemas a lo que su abuelo causó. Enterró el rostro en sus piernas y se aferró a ellas mientras lloraba.

Al otro lado de la ciudad, Connor se despertó buscando a la mujer con la cual había pasado una de las mejores noches de su vida. Lo que encontró le causó un cabreo monumental, una hoja de su agenda y unas simples palabras de agradecimiento.

«Pero ¿qué se creía esa chica?», pensó arrugando el papel para luego arrepentirse.

—Joder, solo escribió sus iniciales. —Pasó sus manos por su rostro sintiéndose frustrado—. Esto es lo que deben sentir las mujeres cuando las dejan en la mañana. —resopló molesto—. No quiero volver a sentirlo jamás. —se dijo sintiéndose usado.

Se levantó de un salto de la cama para tomar una ducha rápida, luego salió directo a su restaurante.

En su mente seguía rememorando cada momento vivido en la madrugada mientras no se borraban esas dos iniciales.

«P.F. ¿Qué significarán? ¿Quién será ella?».

*****

Cerró el diario al ver la foto del momento. Ella había regresado y ya toda la prensa sensacionalista lo estaba reseñado. Debía quitarse de nuevo ese problema de encima y encontrar la manera de alejarla para siempre.

Viva o muerta.

Esta vez no iba a tener contemplaciones, pues Paulina Ferguson era su mayor obstáculo y sacarla de en medio de su camino era lo único que tenía que hacer. Tomó su móvil y llamó a quién se encargaba de sus trabajos sucios. Era en ese momento o nunca.

Muerta, muerta, repitió en su mente.

-3-

El sonido de las cortinas corriéndose y la luz penetrante despertaron a Ina de golpe. Parpadeó varias veces centrando su atención en la mujer de setenta años, enfundada en un clásico traje de color melón, que estaba parada frente a ella con los brazos cruzados y el reproche reflejado en sus ojos.

—Son más de las dos de la tarde, es hora de que salgas de la cama y me acompañes por lo menos al té —le reprochó su abuela en un tono de voz que advertía que no aceptaría un no por respuesta.

—¡Abuela! —se quejó Ina mientras se estrujaba los ojos.

Sarah no podía evitar sonreír ante el gesto tan infantil de su nieta, el mismo que repetía al despertar ya que la luz molestaba en la visión de la chica, esa era su manera de adaptarlos. Su hermosa y amada nieta había vuelto convertida en una mujer, no obstante, intuía que no solo volvía para trabajar. El pensar lo que pudiera estar planeando le causaba mucho miedo, pero sobre todo por las consecuencias que podían producirse.

—¡Abuela, abuela! —repitió exasperada Sarah y le increpó a la chica— Llegaste ayer y solo he disfrutado de unas horas en tu compañía. Mañana comienzas en el restaurante y deseo compartir un poco con mi niña.

Ina hizo un mohín y estiró sus brazos para abrazar a su abuela, pues ella era la única persona que la había protegido a lo largo de los años, su Alfa y Omega, la persona que la salvó de la autodestrucción.

Sarah se acercó a la cama de su pequeña sentándose a su lado para fundirse con ella en un tierno abrazo. «Debo contarle la verdad», se repitió la anciana internamente, como si de un mantra se tratase, debatiéndose entre lo correcto y el instinto de protección que la chica le causaba. Tras unos segundos cambió de opinión. «Ahora no es el momento».

—Te extrañé, abu.

—Y yo a ti, Ina.

Claro que la extrañaba y le preocupaba que la joven estuviera tan lejos de casa. Al fin se encontraba de nuevo en Londres y podría seguir velando por ella, sin embargo, ser sincera con Ina podría significar solo una cosa:

Perderla.

—Aunque no creas que pasó desapercibida tu llegada a las siete de la mañana.

A la joven se le escapó un resoplido al verse descubierta. Sarah soltó una carcajada y besó en la coronilla a su nieta.

—Vamos, sabes que odio comenzar la hora del té minutos después, además vienen las chicas y podemos iniciar una partida de

bridge. —agregó apremiándola.

Ina observaba a su abuela, con una sonrisa en los labios, salir de su habitación. Se levantó para tomar una ducha rápida y se vistió con unos *skinny jean* negros y una camisa de mezclilla desgatada, para así evitarle el disgusto a su abuela ante sus amigas, tenía que tapar sus tatuajes que tanto amaba y ellas odiaban. Se calzó con botines *peeptoes* de color camel y cuña de corcho, su largo cabello negro caía en hermosas ondas. Se observó unos segundos ante el espejo y sus ojos se llenaron de nuevo de lágrimas, quería huir de Londres, deseaba estar lejos de la ciudad que le había causado tanto dolor. Seis años después ahí estaba, de vuelta al principio. No obstante, tenía que ser fuerte para conseguir lo único que deseaba y por fin alcanzar su libertad.

Secó sus lágrimas y se maquilló discretamente para disimular que había estado llorando. Bajó lo más rápido que pudo, recordando a cada paso a su abuelo diciéndole: «Las señoritas de tu clase no corren, se desplazan»; como odiaba aquellas reglas y aquella casa que le traía recuerdos de su pasado. Llegó al salón favorito de su abuela, el que usaban para la famosa hora del té. Era la antigua habitación donde las mujeres del siglo XVII bordaban o tejían, en ella reinaba la decoración victoriana que le daba un toque de elegancia.

Su sorpresa fue grande al encontrarse con su hermano y el mejor amigo de este, los dos al verla llegar se levantaron de sus sillas como dignos *"English Gentleman",*[3] vestidos con trajes de sastres de color azul, el de David era de color azul marino casi llegando negro y Andrew vestía uno de azul grisáceo con raya diplomática, se veían como sacados de una portada de revista.

—Buenas tardes, hermanita —le saludó David con una sonrisa. Como quería incordiarla con su hora de llegada le preguntó con sorna — ¿Dormiste bien?

Ella frunció el ceño sintiéndose fastidiada. Se acercó y le dio un abrazo, pero escondió sus manos bajo la chaqueta para clavarle las uñas en espalda.

—Sí… —respondió y se soltó. David ocultando una sonrisa maliciosa, hizo un gesto de negación porque amaba a su hermana con locura—. Lo poco que me dejó la abuela —agregó con voz cansada.

Se acercó a Andrew y le dio un beso en la mejilla, ella lo quería como a un hermano, sin embargo, sabía que no era correspondida de la misma manera. No era tonta, pues siempre se dio cuenta de la manera en que él la miraba y centraba su atención cada vez que estaban cerca. Los unía aquella promesa de palabra de que debían casarse, solo que nunca lo habían oficializado y su mente siempre trabajaba de manera extra para romper aquel compromiso.

—Gracias por todas las atenciones que nos brindaste anoche. — Hizo un guiño y sonrió.

—Es mi placer, pequeña… —Andrew acarició su mejilla y ella se estremeció por el contacto—. Sabes que siempre te daré lo que pidas.

Ella sabía que Andrew le bajaría el cielo si se lo pedía, sin embargo, no quería ir de nuevo al cielo, pues lo había probado para bajar al más cruel de los Infiernos. Ella tenía los recuerdos como una fotografía en su mente, aquella chica de jeans rojos, de camisetas desgastadas y zapatillas había muerto, para dar paso una mujer herida y con el corazón cerrado al amor.

No, Ina no quería amar, ella quería sentir y luego llorar. Su castigo por perder lo que más había amado.

—Bueno, basta de saludos —comentó su abuela un poco molesta cuando sonó el reloj indicando que faltaban tan solo diez minutos para las cuatro—. Vamos a tomar el té, que son las cuatro menos diez —agregó mirando su reloj de pulsera.

Puntual como toda inglesa Sarah hizo señas a la servidumbre para que comenzaran a servir. Ina tomó su servilleta y la puso sobre su muslo, recordando las normas de etiquetas que su abuelo tanto le recalcaba, casi de forma automática se sentó erguida, pues no fue solo él también fueron los años que pasó en los mejores colegios de Inglaterra en donde aprendió que el dinero no lo es todo y mucho menos la felicidad. El dinero no te da humanidad y menos aún humildad, eso lo aprendió a los golpes. Sintió aquella llamarada de rebeldía y se sentó desgarbada, ignoró la cara de desaprobación de su abuela y la sonrisa de su hermano mayor.

—Hija, cuéntame sobre el lugar donde vas a trabajar. —Su abuela la sacó de sus pensamientos, ella sonrió pues el tono de voz que usó la anciana era de verdadero interés.

—Es un lugar nuevo acá en Londres, tienen una fusión de la cocina francesa con el vanguardismo norteamericano —le respondió centrando la atención en ella—. El dueño es un chef americano, se llama Connor Bellamy, mi tutor hizo todo el enlace y dada la amistad que los une, Bellamy me ofreció el puesto de sous chef[4].

Todos la observaban con verdadera admiración, ya que apenas contaba con veintitrés años, aquella chica rebelde que se fue al cumplir la mayoría de edad, huyendo de las reglas y de todo el dolor que le causó Lord Ferguson, se había convertido en una mujer independiente y profesional.

—Estoy orgulloso de ti —le dijo su hermano, realmente se reflejaba el sentimiento en su rostro—. He escuchado que abrirse camino en el mundo culinario no es nada fácil, y mírate, tienes dos semanas de graduada y serás la sous chef del Orange.

—Eso es cierto, Ina, todos hacemos fila para comer en ese lugar y el dueño es un muy buen amigo mío —le comento Andrew, no obstante, se quedó pensando que en el mismo momento en que ella

desapareció también lo hizo Connor, borró cualquier idea de su mente pues estaba seguro que no se conocían, ya que ella tenía muchos años fuera de Londres—. Por cierto, anoche estuvo en el club —le dijo tanteando el terreno, pero se dio cuenta de que ella se sorprendió, respiró aliviado y agregó con dulzura— Cualquier cosa que necesites sabes que cuentas conmigo.

—Gracias. —Sonrió alagada por los elogios—. Sí, es muy cierto que no es fácil abrirse camino y fue por eso que durante los estudios de mi carrera me esforcé por ser la mejor, no en vano me gané la admiración y confianza de mis maestros.

Ina se sentía orgullosa de sí misma, durante largos cuatros años se esforzó por ser la mejor en sus clases ganándose la simpatía de sus profesores y la envidia de muchos de sus compañeros.

—Mi nieta es una Ferguson —comentó Sarah llena de orgullo.

Ina sintió aquellas palabras como una patada en el trasero. «Odio serlo», pensó escondiendo su turbación.

—Mi niña, estoy más que orgullosa de ti —puntualizó la anciana con cariño.

—Gracias por el apoyo —le contestó con una sonrisa falsa.

Tomó un sorbo de su té para pasar el trago amargo, si su abuela estuviera al corriente de cuanto odiaba su apellido y todo lo que venía con él, no hablaría de esa manera.

Luego de la hora del té la tarde transcurrió tranquila entre bromas y anécdotas de su estadía en París, sus viajes a los diferentes países en donde aprendió técnicas culinarias de vanguardia, aguardando el momento correcto para emprender la búsqueda de lo que le habían arrebatado hacía seis años.

*****

El reloj de su *iPad* marcaba las once de la noche, pero Ina se encontraba sumergida en un thriller policiaco que no quería parar de leer aun sabiendo que debía descansar, porque el día siguiente sería arduo. Dejó el aparato y sus gafas en la mesa de noche y se acomodó en la cama para intentar conciliar el sueño que la evadía, puesto que se sentía ansiosa por demostrarle a su jefe todas sus habilidades dentro de la cocina. Su meta era hacerse un nombre dentro del mundo culinario y emprender su propio negocio, ya que disponía de la herencia de sus padres para hacerlo.

Recordarlos la inundaba de tristeza, pues eran una familia feliz.

Su madre, hija del conde Fife, título que heredó su tío; se enamoró perdidamente William II, hijo del barón Ferguson. Su amor de secundaria que se convirtió en su primer y único amor, hasta que la muerte los separó. Los dos jóvenes huían de todo lo que tenía que ver con la nobleza británica, criaron a sus hijos libres y auténticos. Dentro de su núcleo familiar no importaban los títulos nobiliarios, su

repentina muerte, al estrellarse el avión en que viajaban de regreso de Escocia, causó el dolor más grande a sus hijos; David de veintiún años, quien estaba terminando su carrera en Cambridge e Ina, quien contaba con tan solo quince años.

La muerte de sus padres significó para Paulina un gran cambio, pues su vida dio un vuelco de ciento ochenta grados cuando su tutela fue dejada en el testamento a sus abuelos paternos. Fue entonces que se volvió realidad su peor pesadilla. Su abuelo y sus reglas hicieron que tuvieran una relación bastante problemática, el hombre nunca comprendió su dolor y con el tiempo todas las prohibiciones hicieron que ella se convirtiera en una joven rebelde, lo que molestaba a Sir William. El mayor logro de su abuelo fue internarla en un colegio de señoritas a las afueras de Londres, trayendo como consecuencia más desenfreno y un nuevo dolor a su vida.

Cuando su abuelo murió, hacía dos años, se llevó con él su mayor anhelo, sin embargo, Ina había vuelto a la ciudad dispuesta a usar todos los medios para descubrir lo que realmente había sucedido. Está vez demostraría a todos los Ferguson que ella podía encontrar lo que le habían arrebatado y lucharía por regresarlo a su lado.

Aquellos pensamientos rondaron en su cabeza hasta que se quedó dormida y sus ansiedades de nuevo se convirtieron en pesadillas.

*****

Connor llegó a su casa aquella noche luego de una larga jornada de trabajo, se echó en su sofá sintiéndose cansado pues no podía parar de pensar en la hermosa morena de ojos azules. Pasó sus manos por el cabello y por su rostro, estaba cansado porque la noche anterior y el trabajo comenzaban a pasarle factura.

Su restaurante era uno de los más solicitados en el país, por eso cuando su amigo Claude le llamó para recomendar a su pupila no lo pensó dos veces y le ofreció de puesto de sous chef. Al fin, mañana conocería a la joven que su maestro enalteció en elogios. Solo esperaba que no fuera una chiquilla creída ya que no soportaba a ese tipo de personas.

Subió a su habitación y se desvistió quedando sólo en bóxer, entró a su cama pensando en que mañana sería otro día, pero su mente no podía borrar los gemidos y los carnosos labios de esa mujer que había huido. Se sentía como una mujer abandonada y eso le causaba gracia.

¿Qué significaría P.F.?

Se moría de ganas por descubrirlo, encontrarla y repetir de nuevo. Había tomado la decisión de llamar a su amigo Andrew y preguntarle si conocía al grupo que compartía con ellos la sala privada. Sintiéndose cansando se giró para abrazar su almohada y dormir.

*****

Ina se despertó antes de que sonará su despertador y bajó lista para emprender su nuevo empleo, sin embargo, la mañana había amanecido gris, una lluvia torrencial caía afuera indicándole que el verano estaba llegando a su fin. Sujetó fuertemente su taza de té mirando a través de la ventana mientras esperaba que su abuela y hermano bajaran a desayunar.

«Pronto estaremos juntas», susurró en su mente guardando la esperanza.

—Buenos días, Ina. —La voz de su hermano la llevo de nuevo a la realidad.

Ella se giró y sonrió, notó que su hermano llevaba un traje de sastre negro con una camisa blanca y una corbata delgada, a juego con el traje, como siempre parecía un modelo. No podía estar más orgullosa de David, que a su corta edad era uno de los socios menores de la firma más antigua de abogados de la ciudad.

—Buenos días.

Se fundieron en un tierno abrazo, él era una de las pocas personas que había extrañado durante su viaje. Cuando rompieron el abrazo David la tomó del rostro estudiándola con semblante preocupado, lo cual la asustó.

—¿Te encuentras bien? —preguntó con ceño fruncido.

Ella asintió, sin embargo, sabía que su hermano necesitaba escucharlo. Todos estaban en conocimiento de que su estadía en aquella casa comenzaría a afectarla de un momento a otro y los dos tenían temor en cómo reaccionaría está vez. No pintaba fácil su permanencia ahí, ella era una bomba a punto de estallar.

—Sí, lo estoy, solo me encuentro algo ansiosa o quizás nerviosa ante este nuevo reto. Hoy iré solamente para conocer al personal y a mi nuevo jefe, pues los lunes no se abren las puertas al público —respondió segura.

David asintió y le soltó el rostro conforme con su respuesta, sabía que su hermana le pediría ayuda en algún momento y pese a todo tampoco deseaba causarle más dolor a su abuela, se debatía entre dos aguas. Intuía que cuando ese secreto saliera a la luz su carrera hacia la cámara de lores se vería manchada, su amor y la lealtad que sentía por su hermanita era mayor a todo, estaba a dispuesto a perder con tal de devolverle la paz que ella necesitaba.

Él se sirvió una taza de té y la tomó mientras ojeaba el periódico, los dos esperaban a su abuela mientras estaban sumergidos en sus pensamientos. Ina pensando cómo encontrar aquello que perdió y él en cómo ayudarla sin perder lo que tanto le había costado.

Al bajar Sarah saludó con amor a sus más grandes tesoros, cada día que pasaba se sentía orgullosa de sus dos nietos, porque tanto David como Paulina habían conseguido seguir adelante a pesar de

todos sus tropiezos. Por supuesto que ella se arrepentía que su difunto esposo hubiese sido tan duro con la joven, en su conciencia pesaba no haber defendido a Paulina en aquel trágico momento, por eso cuando le pidiera la información que poseía no dudaría en dársela. Tenía que llegar el momento correcto y solo su nieta era la que tenía esa decisión.

Siempre se arrepentiría profundamente de ese grave error, si su hijo todavía estuviera vivo no hubiese reaccionado al igual que su padre, y quizás sería otra la historia. Maldita la hora en que la vida le arrebato a su único hijo y el padre de sus nietos.

*****

Ina llegó al Orange convertida en manojo de nervios, estacionó su auto y apretó el volante con fuerza tratando de recordar que necesitaba ese trabajo para lograr lo que deseaba. Respiró varias veces antes de bajarse y sonrió al percatarse de que había manejado de nuevo del lado contrario, fue como andar en bicicleta pues luego de que lo aprendes no lo olvidas. Pagó con algunas monedas al parquímetro y se encaminó hacia el restaurante.

En una de las calles laterales se encontraba la entrada para los empleados, afuera estaban dos jóvenes fumando. Al divisarla uno de ellos le hizo señas al otro para admirar a la hermosa mujer que se acercaba. Solo uno sabía que ella podía ser la nueva sous chef del lugar.

—Buenos días —le saludaron al unisonó.

Ina se detuvo frente a ellos y los observó durante unos segundos. Uno de ellos le llamó la atención por su porte, pues era alto, moreno y con rasgos masculinos bien marcados. Pensó que quizás era el socio de su jefe pues llevaba un anorak que escondía un fino traje, sonrío de forma gentil.

—Buenos días, busco al Señor Bellamy —dijo tendiendo su mano a cualquiera de los dos y agregó— Soy su nueva sous chef.

Markus al escuchar esto lanzó su cigarrillo al piso, Connor le había comentado que comenzaría un nuevo cocinero, sin embargo, lo que su amigo y socio le ocultó era que ese cocinero era una mujer y una muy hermosa. Sus ojos azules lo habían deslumbrado y su cabello negro resaltaba sobre su piel nívea, estaba impresionado por la belleza de la chica.

—Por supuesto. —Le tendió su mano saliendo de su asombro—. Markus Evans, soy el socio de Connor —se presentó.

Ina le estrechó la mano y se presentó sin percatarse que el hombre no dejaba de comérsela con la mirada.

—Paulina Ferguson, pero pueden llamarme Ina —comentó ella sonriendo.

El hombre le tomó la mano y la besó mientras Ina se sentía

incomoda, odiando tal comportamiento. Detestaba que los hombres se tomarán ese tipo de libertades, ella hizo una mueca de disgusto que no pasó desapercibida ni por Markus y menos por Alan, que era el hermano menor de Connor y que se mantenía observando la escena en segundo plano.

—Adelante —le dijo Markus y abrió la puerta—, Connor no tardará en llegar, mientras tanto puedes ir viendo las instalaciones.

Ella asintió en silencio y entró por un pasillo de unos dos metros de largo, en donde se encontraban dos oficinas las cuales imaginaba que pertenecían a Connor y a Markus, al finalizar el pasillo se encontraba una puerta giratoria que separaba las oficinas de la que sería su área de trabajo. Fue amor a primera vista cuando entró en aquella moderna cocina, los mesones eran de acero inoxidable, las ollas de cobre y acero, los utensilios eléctricos de última generación; aquello era el paraíso terrenal para ella.

—Como te decía, Ina. —La voz de Markus la sacó de su mundo y ella centró su atención en él—. El pasillo por donde entramos es el de servicio, ahí están nuestras oficinas y aquí tienes la cocina, estoy seguro de que Connor te pondrá al día.

—Escuche mi nombre… ¿Qué estás hablando de mí?

Esa voz masculina le recordaba algo o mejor dicho a alguien, haciendo que un escalofrío recorriera su cuerpo. Ina se giró violentamente y se sorprendió al encontrarse al hombre con cual había dormido dos noches atrás.

«Mierda, no puede pasarme esto a mí», pensó asustada.

Connor estupefacto de verle soltó todo el aire contenido en sus pulmones. Era ella, era la mujer que desde hacía dos noches le robaba el sueño.

Ella se encontraba en estado de shock, nunca se imaginó que aquel hombre con el cual había vivido una tórrida noche de pasión sería nada más y nada menos que su jefe, sin pensarlo salió corriendo tropezando con él a su paso.

—¡Detente!

Escuchó que gritó, pero ella no se detendría, necesitaba escapar. Oía sus pasos pisándole los talones, corrió hasta la puerta de salida olvidando completamente los escalones por lo que salió disparada hacia el piso húmedo. El dolor hizo que se estremeciera, no obstante, la adrenalina era mayor causando que se levantara para seguir huyendo.

—¡Hey! —gritó Connor alcanzándola y, decidido a detenerla, la tomó de la muñeca y la giró delicadamente—. ¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Sus cuerpos estaban tan cerca que Ina sintió que sus piernas fallaban. Un dolor agudo la hizo temblar y bajar la mirada, se había

roto sus medias pantis y la sangre se escurría por su rodilla izquierda.

Connor no podía creer que la tenía frente a él, aunque no entendía porque huía de él de aquella manera, pensó que ambos habían disfrutado de esa noche. En ese momento se sentía preocupado y culpable al mismo tiempo, bajó su mirada en dirección a donde ella miraba, al darse cuenta de que estaba herida se sintió peor de lo que ya lo hacía.

—No lo estás —respondió, más para si mismo que para ella.

Dentro de él emergieron sentimientos que nada más producía su hija, se dejó llevar y la alzó en sus brazos para poder cuidar de la chica.

—Pero ¿qué te sucede? —gritó alucinada y asustada—. Bájame inmediatamente.

—Tenemos que limpiarte eso —contestó dibujando una sonrisa casi perfecta, ella observó cómo unas arrugas se marcaban en sus ojos —. Además, en mis brazos no podrás huir.

Ella no podía creer lo que le había dicho y forcejeaba para que la bajara. Connor soltó una carcajada ronca mientras la sujetaba más fuerte. Percibió que encajaba perfectamente en sus brazos y eso la desconcertó, no quería ser la muñeca rota de ningún hombre.

Mientras que a él le encantó tenerla tan cerca y sentir de nuevo su calor. La veía como una muñeca de porcelana, hermosa y delicada, sin embargo, le estaba demostrando que poseía un carácter de los mil demonios.

Entraron de nuevo encontrándose con Markus y Alan que los observaban estupefactos, los dos estaban contrariados por la actitud tan extraña del chef.

Alan esbozó una sonrisa, pues la había reconocido desde el momento en que la vio. Sabía que era la mujer con la cual Connor había salido de *Funky Buddha,* esperaba por lo que iba a suceder y ya imaginaba las bromas que le gastaría en privado.

En Markus despertaron unos instintos asesinos contra su amigo y hermano adoptivo. Se negaba a creer que de nuevo podía repetirse la historia, solo que esta vez estaba dispuesto a todo para no convertirse en el perdedor.

Ina los miró avergonzada pues aquella no era la imagen que deseaba dar a sus futuros jefes. Connor no prestaba atención a sus ruegos e ignoró todas sus amenazas mientras entraba a su oficina, haciendo malabares cerró con pestillo la puerta y caminó hasta el sofá dejándola ahí, para ir en busca de algo con que curarla.

Ina no podía evitar observar la oficina con curiosidad, pues estaba pulcramente ordenada y decorada en tonos marrones, eso le daba una idea de lo maniático que podía ser él. Se levantó para iniciar una nueva huida, pensando en llamar a Andrew para que le facilitará

algunos contactos que la ayudaran a conseguir otro empleo.

¡Huir!

Eso no era algo nuevo para ella, sin embargo, estaba arruinando todo y ni siquiera había llegado a iniciarlo.

—Ni lo pienses… —El tono de voz de advertencia de Connor la hizo detenerse—. Esta vez no vas a escapar.

Ina se giró apretando los puños a causa de la rabia que bullía dentro de su ser, odiaba que le dieran órdenes y más que la trataran como una niña, aunque se estaba comportando como tal.

Connor se quedó observándole con los brazos cruzados sobre su pecho, trataba de mantenerse serio, sin embargo, la situación le causaba gracia. Le encantaba una mujer con carácter y más le gustaban los retos, ella lo miraba con los ojos llenos de rabia y el rostro sonrojado.

«Esta mujer será todo un reto que estoy dispuesto a conseguir», se dijo tratando de no demostrar nada en su rostro, contrario al de ella que reflejaba toda la rabia en sus ojos y su cuerpo tenso.

—¿Quién te crees para darme órdenes? —espetó Ina que estaba a punto de un ataque de histeria.

—No me creo nada, pero creo que si merezco una explicación de por qué saliste de mi cama de esa forma.

—No te debo nada, fue una noche de sexo solamente.

Su respuesta fue una bofetada para Connor, que se giró para ocultar su rabia y la impotencia que le causaba, buscó lo necesario para limpiarle y curar su herida.

Ya se encargaría de lo demás más adelante.

—Sí, fue sólo una noche de sexo, pero creo que puedes ser lo suficiente madura para trabajar para mí —contraatacó con retín y esas palabras bastaron para sorprenderla, no podía creer que todavía podía desear que trabajara para él, todo la estaba dejando sin palabras—. De verdad necesito un sous chef y a Claude le sobraron elogios para enaltecerte.

—Pero…

Connor se giró molesto por todo, pues mientras él se moría por encontrarla, ella solo había disfrutado de una noche de sexo. Sabía quién era ahora, que provenía de una familia bastante notable del país y su recelo a que pudiera ser una niña mimada en busca de diversión lo molestó, claro que lo hizo porque ella lo había hechizado aquella noche. La obligó a sentarse de nuevo y le limpió con cuidado la herida.

—Señorita Ferguson, esa noche no existió. Ahora usted es mi sous chef y yo su jefe.

Ina tragó incomoda, porque ahora los nervios eran su mayor enemigo y el tono seco de las palabras de Connor le causaban cierta

incertidumbre. Necesitaba de ese empleo para lograr sus metas, ya que a una recién graduada no le darían un puesto así, si acaso le confiarían una estación, pero nada más. Cerró los ojos calmándose y aguantando el escozor que causaba el alcohol sobre su piel.

—Está bien, señor Bellamy —respondió aceptando.

Él subió su mirada, estaba sorprendido por el tono de sumisión, no obstante, maldijo mentalmente al encontrarse con su rostro molesto y una mirada inquisidora. Debió dejarla ir y olvidarse del asunto, solo que la chica despertaba en él una necesidad primitiva, sentía que era suya y que debía reclamarle para sí. Jugaría sus cartas con la excusa del puesto de sous chef, pues quería conocerle mejor, y así, poco a poco ella se daría cuenta por si misma de que podía ser más que una noche.

«Te estás volviendo loco», pensó al curarla y trató de centrar su atención en su tarea, porque le daba un terror inmenso que se largara de nuevo y no poder conocerla.

-4-

Ina esperaba no arrepentirse de la decisión que estaba tomando en aquel momento.

Cuando él terminó de curarle hablaron por dos horas sobre el menú. Poco a poco se iba sintiendo más calmada en compañía de Connor, mientras este le leía alguna que otra idea suelta que tenía anotada en un gran recetario, todo eso le sorprendió pues la pasión con la cual se refería a la cocina, sus platos y sus empleados era digna de admirar. Tenían gustos similares en cuanto a las tendencias culinarias, por eso ella se animó a mostrarle su recetario.

Connor estaba cada vez más fascinado por la chica y por todo lo que trataba de demostrar. Su amigo y maestro tenía toda la razón en elogiarla. Aquella mujer era un diamante en bruto que brillaría ante el mundo al ser pulido, por eso de manera inteligente le propuso incorporar alguna de sus recetas en los menús del día y le encantó observar la reacción de emoción en ella. Eso es lo que era Paulina, una niña rica en busca de su lugar en el mundo y estaba dispuesto a ayudarla.

Cada minuto que pasaba ella se encandilaba más por la pasión que sentía el hombre por la cocina, era algo que tenían en común, pero eso también la asustaba. Solo había conocido a una persona así y aunque el objeto de la pasión era diferente, no podía negar que le recordaba a George.

Cuando Ina puso su última rubrica en el contrato que la nombraba sous chef del restaurante, de tres estrellas *Michelin* [5], "Orange", se sintió feliz ante su nuevo logro y dio gracias al cielo que no se vio opacado por su encuentro con Connor.

Se levantó bajo la atenta mirada de Markus y de él. Ella no pudo evitar pasar su mirada entre los dos hombres, el primero era moreno con impresionantes ojos color café y él…, era un hombre rubio con los ojos más verdes que había visto nunca. Ellos la observaban con una sonrisa, sin embargo, era la mirada intensa de quién sería su jefe la que le hacía hervir la sangre.

«Quizás no sea tan buena idea», pensó bajando un poco de su estado de felicidad, aquello pintaba que podía terminar muy mal y ella sería una de las afectadas.

—Bienvenida, Ina —dijo Markus mirando a la chica sin disimular su interés.

A Connor no se le pasó por alto el repentino interés de su socio por la joven, apretaba sus manos y mandíbula con fuerza lleno de celos. Ya se encargaría de dejarle en claro todo, no podía permitirse de nuevo una discusión con su hermano adoptivo, todo lo que él le había quitado era suficiente y no podía suceder de nuevo. Paulina tenía que ser suya, le gustaba y era un reto que estaba dispuesto a

lograr a pesar del carácter arisco de la chica. La conquistaría, claro que lo haría, se repetía mirando atento la interacción entre ellos.

Tuvo que hacer acopio de toda su serenidad para decirle:

—Bienvenida Señorita Ferguson. —Le tendió la mano que ella tímidamente tomó y como en una especie de atracción, los protones y los electrones se atrajeron causando un choque eléctrico que los tomó por sorpresa.

—Gracias… —respondió ella entre tímida y algo angustiada al pensar en lo que se metía— Creo que haremos un buen equipo. —agregó muy poco convencida.

Connor no dejó hablar a Markus y se apresuró a informarle.

—Yo normalmente llego aquí a las ocho de la mañana los días que abrimos al público, por si quieres aprender alguna cosa.

Sonrió y ella quiso grabar esa sonrisa en su mente, aquel hombre era todo lo que cualquier mujer podía desear, sin embargo, no podía sentir nada y asintió convencida que solo era trabajo.

Markus anhelaba sobresalir y le explicó que llevaba toda la parte económica del restaurante en conjunto con Alan, dejando en claro que como sous chef debía ser ella la encargada de los pedidos semanales.

Ina trataba de concentrarse en las palabras de Markus, lo que le recordó lo mucho que odió la materia de administración. Cuando trataba de juntar las palabras se perdía con la intensidad de la mirada color jade de Connor.

Él no podía dejar de admirarla y algo en su interior le decía que ella estaba nerviosa por el escrutinio, al menos no solo sentía rechazo hacía él. Recordaba con exactitud el vestido que ella llevaba la noche del viernes, que la hacía ver como una reina, sin embargo, la falda tipo lápiz de color negro, la camisa de seda y la chaqueta de cuero, le daban esta vez un look de estrella de rock. Tragó en seco pues deseaba arrancarle la ropa y perderse en su cuerpo, escuchar sus gemidos mientras se dedicaba a acariciar cada tatuaje de su piel nívea. Sus pensamientos lo excitaron y su miembro iba cobrando vida debajo de sus vaqueros, todo el deseo debía reprimirlo y pensar en ella no lo ayudaba.

Ina le mantenía la mirada a aquel hombre desafiándolo, ya que su mente le jugaba sucio recordando la noche inolvidable vivida entre sus brazos. Esperaba no arrepentirse de tomar el puesto, lo menos que quería en aquel momento era una relación amorosa, no podía permitírselo debido a que sabía que todo terminaría en un desastre, todo lo que tocaba se desmoronaba o moría. Sabía que Connor estudiaba cada uno de sus movimientos mientras conversaba con Markus, por tal razón se mantenía tranquila tratando de llevar el hilo de la misma, intervenía cuando podía y si no solo afirmaba, sabía que había cosas para las que tendría que llamar a Andrew para

entenderlas. Su mayor preocupación era cómo salir de aquella situación tan incómoda, no quería defraudar a su maestro. Por eso cuando Markus dio por terminada la reunión saltó de su silla, alisó su falda haciendo una mueca de disgusto por sus medias de liguero y sus *stilettos* que estaban arruinados por la caída. Se dirigió a ellos con toda la educación que poseía.

—Que pasen buenas tardes —les deseó.

—Te esperamos mañana, Paulina —le contestó Connor y ella hizo una mueca de desagrado ante la mención de su nombre completo.

Salió de la oficina y del restaurante, seguía lloviznando a las afueras y las gotas de agua sirvieron para refrescar su rostro. Respiró hondo tratando de calmarse, se subió a su auto y metió la llave para encenderlo, con el rugido del motor automáticamente *Elastic Heart* de Sia retumbo a todo volumen. Agarró el volante con fuerza, en un arrebato de desespero pegó la cabeza varias veces en él, recriminándose el haber aceptado entrar a la cueva del lobo, sabía que no era el momento para entrar en la batalla del gato y el ratón con su jefe, solo tenía una guerra y era la que estaba dispuesta a combatir.

Sin embargo, necesitaba ese puesto para lograr lo que quería, no podía dejar sus planes de lado por un hombre. Connor Bellamy no iba a ser su piedra en el camino, se repetía que él estaba equivocado si pensaba que podía lograr algo más que una relación de trabajo. Se serenó y arrancó a toda velocidad, pues todavía tenía un asunto pendiente que debía resolver.

*****

—¿Me puedes explicar que fue todo eso?

Exigió Markus a Connor, se sentía entre molesto y curioso. No podía negar que la chica le parecía impresionante, el apellido le sonaba conocido y quería averiguar todo sobre Paulina Ferguson. La quería para él y no iba a permitir interrupciones puesto que esperaba tenerla pronto entre sus sábanas.

—No fue nada —contestó Connor y se levantó para ir directo al bar. Lo pensó y prefirió no beberse el trago aunque lo necesitara— Pero te advierto que la señorita Ferguson está fuera de tu liga, así que olvida cualquier avance que desees lograr con ella — le lanzó como advertencia a su hermano y socio.

El moreno no se sintió intimidado mientras los recuerdos de rencillas y la ira del pasado estaba resurgiendo poco a poco dentro de su ser. Odiaba a Connor Bellamy, lo hicía desde la primera vez que se habían visto, estaba unido a su familia por aquel papel que le daba el apellido Bellamy que no usaba, prefería presentarse con el de su madre adoptiva. Markus no era hombre de intimidarse por amenazas, si tenían que repetir de nuevo, lo haría, ya que había ganado una vez

y estaba seguro de que podía hacerlo de nuevo.

—Sí, claro —le respondió en modo sarcástico—. ¿No será que el quiere avanzar sobre esa hembra eres tú?, ¿desde cuándo no compartimos?

Ese comentario hizo que le hirviera la sangre a Connor, sin pensarlo dos veces se abalanzó sobre su socio tomándolo de las solapas del traje. Aquella mujer había dañado casi veinte años de relación de hermanos en pocos meses.

—Te lo advierto, no te quiero cerca de ella a menos que sea para explicarle algo, para el resto de las cosas puedes pensar que es un hombre —le advirtió Connor apretando los dientes de la rabia.

Markus lo miraba completamente sorprendido, su hermano nunca había reaccionado de esa manera ni siquiera cuando descubrió toda la verdad. Paulina debía tener algo que sacaba de sus casillas a Connor, le tomó los puños y se soltó.

—Tengo veinte malditos años conociéndote, no estoy dispuesto a perder esta vez —le contestó acomodándose el traje—. No te preocupes que no me voy a acercar, pero si ella lo hace perdiste, Connor. —Caminó hasta la puerta y tomó el pomo, pero se detuvo para agregar— Ahora soy yo el que te pide que te olvides de lo que sea que pase por tu mente, enfócate en el restaurante que esa mujer no te saque de tus proyectos.

Markus sabía que los planes de Connor eran volver a los Estados Unidos, quería independizarse y abrir su propio restaurante. Había hablado con un inversionista en los Estados Unidos, ahora no estaba seguro si él continuaría con ellos con la llegada de esa mujer, puesto que quizás todo cambiaría y no estaba dispuesto a permitirlo.

Connor se sirvió un vaso de Bourbon, había perdido los estribos y odiaba que la misma situación de hace tres años se repitiera. No, está vez lo mataría si se metía entre él y Paulina. Trató de calmarse ya que tenía que ir al aeropuerto para a buscar a su más grande amor.

*****

Ina guardó su auto en el estacionamiento del edifico donde se encontraba el despacho de su hermano, se quitó las medias, el liguero y los tiró atrás. Se acomodó la ropa y revisó su herida, aunque era un simple raspón Connor la había curado con delicadeza, pensó con diversión que aquella tarea parecía familiar para él. Negó y se reprendió por estar pensando en ese hombre.

Ese día se sentía extrañamente incomoda y debía hablar con David.

Photograh de Ed Sheeran sonaba mientras arreglaba el desastre de su indumentaria. Salió del auto un poco más tranquila y en el ascensor el sonido de su *iPhone* le alertó la llegada de un mensaje, sonrió cuando vio que era su amigo Jean Piere.

Jean Piere a Ina:

Espero que todo esté bien, estoy saliendo de nuevo a París, me han llamado de un restaurante. Te estoy llamando al aterrizar. Te quiero J.P

Tecleó rápidamente una respuesta:

Feliz viaje. Te contaré todo lo que sucedió hoy. Espero tu llamada.

Sabía muy bien que su amigo llegó a estar enamorado de ella, por eso en ningún momento usaba algún tipo de adjetivo o verbo que le hicieran creer que sus sentimientos estaban cambiando. No podía negar que sentía un gran cariño por el francés, pero no era amor.

Las puertas del elevador se abrieron ante una puerta de vidrio que era custodiada por un vigilante, ella se acercó hasta él porque nadie la conocía en aquel lugar, este la miró con curiosidad.

—Por favor con el Señor Ferguson —le dijo con amabilidad.

—¿De parte? —preguntó con cierta desconfianza.

—Su hermana, Paulina Ferguson.

Odió decir el apellido que le había arruinado la vida, sin embargo, se olvidó rápido de todo porque el hombre le exigió una identificación para verificar si era realmente familiar de David Ferguson. Por eso con gesto cansado se la tendió para recibir un pase de visitante.

Lo que encontró en la recepción fue algo que le causó mucha gracia, su mejor amiga Lorraine Wallas estaba teniendo una acalorada discusión con dos hombres. No los dejaba ni gesticular y ellos la observaban entre divertidos y molestos por su forma de dirigirse a ellos. Esta al verla dibujó una sonrisa en los labios y les dijo algo a los caballeros dando por terminada la conversación. Ella era la primera abogada en aquel despacho de tradición. Hamilton & Wallas Asociados, era la firma más prestigiosa del país y había sido fundada por el abuelo de la chica.

—Ina, bienvenida. —Le dio dos besos, una costumbre que no era típica entre los ingleses pero si entre ellas—. ¿Cómo estás?

—Gracias, estoy bien Lorraine, vengo por David —le contestó, porque no quería perder tiempo—. Podrías indicarme donde queda su despacho.

Ella asintió sabiendo cual era el apuro de su amiga.

—Seguiremos en otra ocasión. —les dijo a sus acompañantes y señaló al hombre de color que estaba en el grupo—. Keith te espero con esos papeles. —Tomó del brazo a Ina para caminar juntas al despacho de David—. Ahora cuéntame cómo te fue hoy y porque saliste de esa manera la otra noche.

—Prometo regalarte la hora del té, pero necesito hablar con David, ahora —recalcó la urgencia de su estadía en aquel lugar.

—Vale, pero quiero saber todo sobre Connor Bellamy y porque te fuiste con tu jefe esa noche.

Ina se detuvo de golpe mientras todo su cuerpo se tensaba y observó a su amiga sorprendida.

—¿Sabías que era mi jefe? —Lorraine asintió—. ¿Y no dijiste nada?

—¡Oh Dios mío! ¡Te juro que pensé que sabias!

Cuando llegaron a la puerta de su hermano su secretaria, una mujer de unos cuarenta años, la miraba con interés.

—Ella es la señorita Ferguson viene a ver a su hermano, Adele. —La mujer asintió, sin prestar atención a la conversación—. Envíame un texto, me debes más que un té —le pidió Lorraine en forma de despedida mientras hacía repiquetear sus tacones en la moqueta.

Ina gesticuló un "Sí" en repuesta, estaba entre tensa y sorprendida ya que quería que la tierra se la tragara y que la escupiera en Irlanda, no podía creer que en menos de tres días estaba jodiendo todo. Esto iba a ser lo de siempre y todos verían como Paulina Ferguson estropeaba su futuro otra vez.

—Puede pasar señorita —le informó la secretaria en un tono un poco más amable.

—Gracias.

Entró en silencio y se quedó impresionada al encontrar a su hermano detrás de una montaña de papeles, le recordó a su padre y las pocas visitas que le hacían cuando eran niños a la oficina. Ella nunca había visto a su hermano en la faceta de abogado, dentro de ella emergía ese sentimiento de orgullo por todos sus logros. Él se merecía todo lo que se propusiera y estaba segura de que lo lograría.

Sin embargo, tenían que hablar y debían que hacerlo en un sitio neutral. La casa de sus abuelos no era el lugar apropiado para eso, por eso ella había tomado la decisión que ese era el momento y el lugar para hacerlo.

—Ina… —Su hermano se levantó para recibirla. Se había sacado la chaqueta de su traje, solo vestía el pantalón y la camisa con la corbata un poco suelta.

—David, tenemos que hablar —soltó sin preámbulos.

David tragó en seco porque había esperado esas tres palabras por años. Aquella mañana en el comedor había imaginado que se sería pronto, no obstante, no sabía que sería tan rápido. Al mirarla se dio cuenta de que su hermanita se estaba convirtiendo en una mujer madura, pero en ese preciso instante su mente le jugó sucio y lo hizo volar al pasado.

—Ina, Ina no corras —le gritó a su hermana.

Ina corría por el prado del jardín de su casa de campo persiguiendo una mariposa. Ella era testadura y a la vez frágil. Su cabello como el ébano de la noche se ondulaba por la brisa, cuando una piedra se atravesó en su camino haciéndola caer de bruces contra el suelo. Ella empezó a

llorar desconsolada y él no pudo evitar correr a socorrerla. David tenía once años, pero amaba a su hermanita más que nada en el mundo. Le besó las rodillas y le cantó:

—Sana, sana, rabito de rana, si le das un besito sanará más rapidito.

Ina comenzó a hipear mientras él le borraba los lagrimones que salían de aquellos ojos tan azules como el cielo que tenían sobre sus cabezas.

—Te quiero, David… —le dijo entre hipidos.

—Y yo a ti, Ina…

Ese día David supo que cuidaría a su hermana toda la vida, como aquella mañana que su madre llegó con ella envuelta en unas hermosas mantas y no pudo pronunciar Paulina, pero le dijo Ina y así quedó para siempre.

David abrió sus brazos y le abrazó fuerte, mientras tanto Ina dejó que su hermano la protegiera de nuevo, como cuando era una niña.

—Siéntate —pidió señalando el sofá de su derecha.

Avisó a su secretaria que no quería ser molestado, percibió como se sentó tensa y hasta él lo estaba. Dentro de su mente se formulaban miles de oraciones para pedirle perdón, miles de escenarios, sin embargo, ninguno era el correcto. Él le había fallado a su hermana cuando más lo necesitaba y esa culpa lo hacía vivir atormentado.

Ina no sabía por dónde comenzar la conversación, lo cierto era que sabía que su hermano podía negarse y le daba terror encontrarse un “No” en respuesta a sus suplicas. Ella solo quería recuperar lo que tanto amaba y que solo había podido disfrutar por unas cuantas horas.

—A ver, Paulina —David la llamó por su nombre para sacarla de sus pensamientos, ella soltó un bufido y pensó: «Paulina murió, hermano»—. Sí, hermana, tu nombre es Paulina y por mucho que ame que uses el diminutivo que te di de niño, nuestra madre te dio un hermoso nombre. —Se sentó a su lado para abrazarla y darle seguridad—. Dime, ¿de qué quieres hablar?

—David los dos sabemos de qué deseo hablar —contestó sin rodeos—, llegó el momento, hermano, tengo veintitrés años y el abuelo está muerto. Quiero encontrar a mi hija.

David no podía creer la seguridad de las palabras de su hermana. Él mismo había emprendido la búsqueda de la pequeña y pese a todos los esfuerzos la información se perdía en Irlanda. La pequeña estaría próxima a su cumpleaños número seis, sabía que esos días serían tremendamente doloroso para ella y le daba terror lo que podía suceder si la teoría de que estaba muerta era cierta

—Sabía que este momento llegaría. Ina, te tengo que decir que he tratado de buscarla. Mi abuelo se llevó a la tumba la ubicación de la niña. —Respiró hondo pues estaba agobiado—. Fue una adopción cerrada, por lo cual no puedo saber los datos de las personas que la adoptaron, lo último que supe es que la habían llevado a Irlanda.

Ina dejó escapar un sollozo afectada ante las palabras de su hermano, ella quería recuperar o al menos saber si su pequeña se encontraba bien, si estaba sana, si las personas que la adoptaron la amaban. Solo necesitaba saberlo para poder continuar con su vida, no podía seguir viendo así.

—Ayúdame, hermano —le suplicó—, solo quiero saber si está bien, si no me necesita… —Ina le pidió con voz llorosa a su hermano y se aferró a sus brazos en busca de consuelo—. La tuve en mis brazos solo unas cuantas horas antes que me la arrebataran, necesito saber si mi hija está bien. Se lo debo a George, perderla lo llevó a la muerte.

—Te prometo que moveré cielo y tierra, te debo eso y más por no haberte defendido frente a mi abuelo. —Suspiró—. Soy tan culpable como él.

Le dio un beso en la coronilla tratando de tranquilizarla, amaba a su hermana más que a nada en el mundo, verla de esa forma le destrozaba el corazón. Quería protegerla de todo, pero en el camino de ayudarla perdería muchas cosas. Su carrera política y quizás el repudió total de la casa Fife, lo sabía. Pese a todo eso le importaba un bledo los estigmas sociales, él y su hermana ya habían perdido mucho por todas las estupideces de la nobleza.

*****

Alguien en aquel despacho levantó el teléfono y marcó un número con manos temblorosas, la mujer había recibido un pago a cambio de información. Esperó con impaciencia hasta que escuchó solo una respiración al otro lado de la línea.

—Ya está aquí y vino por ella —dijo en voz baja mientras miraba de un lado a otro.

Adele temía por su seguridad, nunca le había visto el rostro a aquella persona y su voz, esa voz le causaba un terror indescriptible, temía por su familia y sobre todo por su jefe que había sido tan bueno con ella.

—Debes informarme de todo.

La voz estaba distorsionada y no pudo reconocerla, escuchó el pitido de que la llamada había terminado mientras sintió que estaba traicionando a una gran persona.

*****

Ina entró esa noche en *Pub*[6] donde había quedado con su amiga, por su mente pasaban instintos asesinos, tenía ganas de matarla por no haberle advertido de que Connor era su jefe, ¿cómo iba a pensar que se conocían? Apenas pisó la ciudad se había ido con ella de fiesta, no tuvo ni tiempo de ponerse al corriente de quién le había dado la oportunidad de trabajo. A lo largo de su vida aprendió a no arrepentirse de sus actos, sin embargo, la noche que pasó con su jefe

era algo que no la dejaría dormir en mucho tiempo, estaba muy segura de eso.

Luego de llegar a casa después del encuentro con su hermano, tuvo tiempo para cambiarse a una ropa más informal, se decidió por un suéter de rayas grises y azules, falda de jean corta y unas zapatillas *Converse* de color gris. Al llegar a la mesa se quitó la cazadora de cuero y se sentó para enviarle un mensaje a su acompañante que estaba retrasada, era lo único que había mantenido Ina de su educación inglesa, su puntualidad. Estaba sacando el móvil de su bandolera cuando Lorraine se tiró en la silla frente a ella.

—Perdón, perdón, me retardó un atasco en el tráfico, te juro que llegué a pensar en cancelarte —le comentó haciéndole señas a la mesera.

Ina dibujo una sonrisa porque sabía que detrás de esa fachada de abogada invencible, su amiga era otra chica rebelde. Era de las pocas personas que conocía sus secretos, había llorado en su hombro por el dolor que sentía y le carcomía.

—Dos pintas —le pidió Ina a la mesera mientras Lorraine se sacaba el saco gris de su traje quedando en una camisa blanca.

Ella se soltó su hermoso cabello rubio que caía en ondas sobre sus hombros. La mesera buscó las dos cervezas y se las llevó a las chicas que esperaban en silencio para hablar.

—Y bien… —Comenzó Ina la conversación—. En toda la noche, no planeabas decirme que mi futuro jefe estaba en la misma sala que nosotras.

—¡Maldición! —exclamó Lorraine olvidándose los buenos modales—. No duraste ni una hora dentro del local, además te juro que pensé que lo sabías y a mi favor aclaro algo que las dos sabemos muy bien y es que a ti nadie te puede detener cuando se te mete algo en la cabeza, eres más difícil que un burro.

—¡Te voy a matar! Tenías que haber visto mi cara esta mañana cuando entró Connor al restaurante, quería morirme, tanto que salí corriendo y caí de bruces en el piso.

—¡Mierda! ¿Estás bien?

—Claro que sí. —Ina hizo un ademán para restarle importancia—. Pero te imaginarás qué sucedió entre nosotros y yo salí a la mañana siguiente dejando sólo una nota.

—¡Ina, te follaste a Connor Bellamy! —No era una pregunta, aquello era una afirmación—. Ese es uno de los hombres más codiciados de Londres —agregó su amiga y agarró el botellín—. Brindemos, puesto que esto queda para la historia.

Ina soltó una carcajada distendiéndose de todo el estrés del día, chocaron los botellines brindando por la hazaña.

Lorraine la puso al día con las noticias de Londres, aunque odiaba

ser parte de la nobleza era bueno enterarse de lo que sucedía a su alrededor. Mientras la ponía al día de todos los por menores y la hacía reír con sus ocurrencias, pensó que en su momento las dos fueron las ovejas negras de la aristocracia, la rubia era una muchacha extrovertida y completamente desinhibida, algo que le había traído como consecuencia infinidades de problemas con su familia conservadora, por esa razón eran tan buenas amigas, pues odiaban las reglas, los formalismos y todo aquello que las cohibiera de ser ellas mismas.

Connor entró al Pub junto a su hermano, había recibido la noticia que su pequeña no iba llegar ese día. Salieron del entrenamiento de rugby, como todos los lunes, directo al local por unas buenas cervezas irlandesas. Su hermano le preguntó sobre Paulina y le contó todo. Se sentaron en la barra y saludaron a las meseras.

—Entonces te dejaron a media mañana y con una notita de despedida, te has convertido en toda una mujer. —se burló Alan por la actitud de su hermano.

—Alan, creo es mejor que te calles estás comenzando a cabrearme —le contestó Connor molesto.

No soportaba que se burlaran de él y aunque la situación era bastante chistosa, para nada le causaba gracia.

—¡Joder, Connor! —soltó Alan riéndose—. Tienes que darte cuenta de que es muy chistosa la situación, mira, miles de mujeres mueren porque simplemente gires a verlas y llega esta chica, te olvidas de todo y lo peor es que te deja sin explicación y agradeciéndote. —Tomó un sorbo de su pinta y agregó en tono burlón — Pero el destino obra de maneras que no sabemos y es tu sous chef, esto es digno de una película de comedia.

—Jo de te —le respondió enseñando su dedo corazón.

Hablaron por un buen rato poniéndose al día. Dos risas femeninas captaron su atención, barrió con la mirada el local buscando de donde provenían.

«Vaya, pero el destino me la pone de nuevo al frente», pensó estupefacto

—Ya regreso —le dijo a Alan tomándose el resto de su botella.

Ina se levantó de su silla, ya que, entre la cerveza y las risas, no aguantaba las ganar de orinar. Entró al baño que era pequeño con un solo cubículo y un lavamanos. La puerta se abrió y cerró lo que le pareció extraño.

—Ya salgo —avisó mientras terminaba.

Se quedó paralizada al salir y encontrarse de frente con Connor Bellamy. Él estaba vestido con un short deportivo y un suéter lleno de barro, sus ojos verdes la repasaban de arriba a abajo causando que sus pezones se pusieran duros, no podía creer que se estaba excitando con

ese breve recorrido.

El hombre se abalanzó hacia ella y la besó, ella se resistió al principio, sin embargo, el deseo que sentía en su interior era mayor, por eso se dejó llevar correspondiendo al ardor de aquel beso.

Los dos gimieron cuando ella se entregó al momento, pues estaban siendo abrasados por la llama de la pasión. Él la tomó por sus piernas y las enroscó en su cadera, la subió en el mármol del lavamanos y se aprisionó contra ella, bajó sus manos hasta la abertura de su falda y se asombró pues está vez ella llevaba bragas, lo cual no era impedimento para él. Las apartó y metió sus dedos para deleitarse de la humedad que emanaba del sexo de la chica.

La penetró con tres dedos y percibió como ella se tensaba de repente, sin embargo, luego se movió en busca de la fricción para llegar al orgasmo. Sus arremetidas eran constantes y rápidas mientras que con su pulgar acariciaba el clítoris, pues deseaba que se corriera en su mano.

En un arrebato Ina mordió el labio de Connor, cerró sus ojos dejándose llevar y explotando en los brazos de aquel hombre que la hacía perder la razón. Él rompió su braga ya que le estorba, lo único que pensaba era en cuanto deseaba perderse dentro de ella, se bajó el short y el bóxer al mismo tiempo. La penetró con tanta fuerza que sus cuerpos temblaron por el éxtasis, con cada arremetida ella mordía sus labios reprimiendo sus gemidos, el placer que recibía de él enajenaba sus pensamientos.

Connor tenía su frente perlada de sudor tratando de contenerse, deseaba con locura ver los pechos de la chica y no dudo en subirle el suéter y sacarlos del bonito brasier de encaje, mordió uno de los pezones haciendo que ella lanzara su cabeza hacia atrás. Intensificó sus arremetidas, pese a todo ella seguía resistiéndose a entregarse completamente al placer, por su mente pasaban tantas emociones que no lograba descifrar, no entendía lo que sentía por ella, nunca había sido capaz de tomar a una mujer de manera tan primitiva como lo estaba haciendo en ese momento con Paulina.

—Vamos, Paulina, dámelo.

Le ordenó con voz ronca y bajó su otra mano hasta el clítoris para acariciarlo, la fricción de su pene con las paredes vaginales y su humedad estaban causando que el orgasmo se acumulara en la parte baja de su espalda.

Cuando ya se acercaba al clímax ella recostó todo su cuerpo contra el de él, alzó sus brazos para acariciar el cuello del hombre. Juntos explotaron en un orgasmo demoledor que los llevó fuera de este mundo.

Aturdida escondió la cabeza en el pecho de él mientras sintió dos arremetidas más y poco a poco la volvió a llenar con su semen. Sus

cuerpos se estremecían y respiraban agitados como si hubieran corrido un maratón. El sonido de unos toques en la puerta hizo que salieran de su etapa post orgásmica.

—¿Ina, estás bien? —La voz preocupada de Lorraine se coló a través de la puerta.

—Sí, amiga, ya salgo. —contestó la chica haciendo acopio de sus fuerzas.

Connor salió de ella sintiéndose como una bestia y culpable de esa situación tan indecorosa, para muchos londinenses era normal follar en un baño, sin embargo, él prefería la seguridad y privacidad de su habitación.

—Vale, te espero —le respondió.

—No, ve… ya voy… —le pidió para evitar que viera con quién se encontraba.

—Está bien… —contestó resignada su amiga.

Connor se había vestido e iba a limpiarla. En un arrebato de rabia le arrancó las servilletas de la mano, estaba molesta con ella misma, con él y con lo que había pasado. Él no iba a permitírselo y le quitó de nuevo el papel, las humedeció y la limpió sin dirigirle la palabra. Se sentía avergonzado de su comportamiento y de cómo había actuado. Al terminar, acarició su rostro y dejó un beso en su cabello, salió dejando una Ina conmocionada y molesta.

-5-

—¿Estás bien? —Lorraine le preguntó con mucha preocupación.

—Sí —respondió Ina en casi en un hilo de voz—. Necesito algo más fuerte que una cerveza.

Agregó eso último temblando y buscó con su mirada para saber en dónde se encontraba Connor, lo halló tomándose una cerveza junto al hombre que acompañaba a Markus en la entrada del restaurante. Su amiga pidió dos escoceses dobles, no obstante, ella necesitaba algo más y sus manos temblaron pues tenía años sin consumir drogas. Estaba turbada pues nunca se había sentido usada y menos que su cuerpo reaccionará así por un hombre.

Lorraine había visto salir a Connor de los baños, supuso de inmediato que podía haber pasado, le preocupaba su amiga y más como estaban sucediendo las cosas entre el chef y ella. La mesera puso los tragos en la mesa, Ina no dudo mucho y tomó el suyo de un solo trago.

—Otro —pidió cerrando los ojos esperando calmarse.

—Paulina… —la llamó su amiga con voz preocupada.

—¡Joder! Sabes que odio que me llamen así —le espetó poniendo los ojos en blanco.

—No me interesa si te gusta o no, lo que deseo es que me contestes algo —le exigió Lorraine bastante seria—. ¿Por qué Connor Bellamy salió minutos antes de los baños?

—¡Eres una maldita bruja! ¡Cómo te odio! —le contestó haciendo un mohín.

Lorraine soltó una carcajada y los presentes buscaron de dónde provenía aquella risa tan fresca.

—Me amas…

—¡Joder, no sé de dónde salió! —Ina se llevó automáticamente las manos a su rostro y se las restregó frustrada—. Sólo puedo decirte que he tenido la sesión de sexo más erótica de mi vida.

—¡Cristo, Ina! —Lorraine respondió atragantándose con su trago —. Y yo con está sequía que hace que mi pobre vibrador se siente ultrajado.

Ina no pudo aguantar la risa porque su amiga sabía cómo hacer que se relajara, buscó de nuevo a Connor y lo observó salir junto al hombre del Pub. Respiró hondo pensando que mañana sería un largo y extraño día.

*****

Ina no dejaba de analizar todo lo que había sucedido desde su llegada a Londres, tenía apenas cuatro días y ya se sentía sobrepasada al punto de querer probar las drogas de nuevo. No podía volver a caer y por eso había enfocado su vida a la cocina.

Se sentía arrepentida porque su polvo de bienvenida fue nada más y nada menos con su jefe, que además la folló como a una cualquiera en el baño de un bar. Ella tenía que encontrar la manera de evitar estar a solas con Connor Bellamy. Él estaba trayendo los síntomas de algo que podía destruir los planes de encontrar a su hija.

Puso sobre su cara la almohada para ahogar un grito de frustración:

—¡Maldición! ¡Maldita seas, Connor Bellamy!

No, ella no iba a permitir que ningún hombre interfiriera en sus planes, ya que en su mente tenía claro lo que deseaba y el orden de prioridades era encontrar a su hija y avanzar en su carrera. No iba a caer en el juego de seducción, porque sabía que era una bomba de relojería a punto de estallar. Le daba terror lo que podía causar esto y estaba muy consciente de que no creía en el amor, porque los hombres no eran dignos de nada y a la final estaban plagados de defectos. Su móvil sonó con *Invicible* de Muse, sabía de quién se trataba así que respondió en perfecto francés.

—Buenas noches, mi villano favorito.

—*Ma petite poupée* [7]—contestó su amigo en forma de saludo. Sonrió porque siempre habían jugado de la misma forma, para ella él era su villano y ella era *poupée* que significa muñeca—. Estoy completamente agotado.

—Te fuiste sin despedirte —le recriminó algo molesta ya que sólo le había enviado un mensaje.

El francés pensó su respuesta, pues si ella conocía alguna vez la verdadera razón de su partida terminaría la amistad y no estaba dispuesto a ello.

—*Ma petite*… —suspiró—. Tuve que salir corriendo porque me llamó Claude ofreciéndome el puesto de sous chef de su restaurante, te juro que deseaba quedarme más tiempo, pero prometo visitarte pronto.

—Me alegro por tu nuevo empleo… —susurró apenada, aunque era cierto que se alegraba por su amigo, le producía un poco de envidia que su profesor le ofreciera aquel puesto a él y no a ella—. Tengo que dormir, mi villano, pero mañana prometo llamarte y ponernos al día. *¡Bonne nuit3!*

—Ina…

—*¿Oui*[8]*?*

— *Tu vas me manquer …*[9]

Jean Piere colgó la llamada mientras Ina se quedó observando por un largo rato el móvil. Se sentía conmocionada por el tono de voz de su amigo, tenía que aceptar que iba a extrañar la cuidad de la luz y todos lo que dejó ahí, ya que fue en ese lugar donde consiguió la calma después de aquella tormenta, por eso susurró al vacío.

—Yo también te voy a extrañar…

Su último pensamiento antes de dormir aquella noche fue de nuevo su pequeña hija, Clare. Rezó al infinito por tenerla de nuevo en sus brazos.

Al amanecer escuchaba a lo lejos el sonido repetitivo de la alarma, quería morirse pues estaba agotada y de un manotón lo apagó. Se sentó en la cama en un acto mecánico, pasando sus manos por el rostro para despertarse. Como autómata caminó hasta el cuarto de baño despojándose en el camino de su ropa, se dio una mirada en el espejo y repasó cada uno de sus tatuajes: las tres golondrinas que simbolizaban a sus padres y George ubicados en su costado derecho, un hermoso lazo de cinta rosado en su vientre que simbolizaba a su pequeña hija, un infinito con la palabra Fuerte en la muñeca derecha, en la izquierda tres iniciales entrelazadas P. G. C., eran los más importantes de los dieciséis que poseía. Era un ritual acariciarlos y observarlos para recordar que le había quitado la vida y que ella debía ser fuerte ante las adversidades.

Se dio una ducha rápida, buscó entre sus cosas un mono ancho a cuadros y una camiseta del *Tomorrowland*[10], sus *Converse* negros un poco desgastados y se recogió el cabello en un moño tipo tomate. Repasó dentro de su bolso si llevaba sus cuchillos, su *Veste Blanche* [11] y el *Toque Blanche*[12]. Bajó corriendo para despedirse, entró al comedor donde su abuela y hermano ya se encontraban desayunando.

—Llegas tarde, Paulina —le espetó su abuela amante de la puntualidad.

—Lo siento, me quede dormida —respondió tomándose el jugo de naranja y mordiendo una tostada—. Desayuno algo en el restaurante.

—Por Dios, criatura no me gusta que salgas sin comer —escuchó a su abuela decirle mientras movía su mano en modo despedida.

Entró al garaje y accionó su *BMW* con una agilidad increíble, para el dolor que sentía en los muslos, subió en el auto y arrancó directo hacía su primer día de trabajo. La música era parte de ella, porque era una melómana conocida, por eso encendió el reproductor y buscó en su *iPod* una canción que la hiciera activarse. Escogió *Shake it off* de Taylor Swift, se burló de ella misma en su mente pues la letra tenía razón: porque los falsos seguirán siendo falsos, ella seguirá siendo una rompe corazones y solo va a sacudir todo fuera.

Connor estaba concentrado preparando su famoso *Tarte tartin*[13] cuando Ina entró a la cocina como una ráfaga de viento cayendo de bruces contra el mesón de pastelería. No podía evitar sonreír porque seguía pensando que esa mujer era una caja de Pandora y estaba a punto de abrirla para conocerla más puesto que se moría por saber que guardaba adentro.

—Disculpe, chef —le dijo agitada—. Había un atasco en el centro.

Él sonreía para sus adentros pensando que aquella mujer era una hermosa criatura, su camiseta ceñida hacía que sus hermosos pechos se percibieran aún más voluptuosos, no podía evitar que despertará de nuevo el deseo dentro de sus pantalones. Cerró los ojos mientras hacía la cama de trozos de manzana para calmarse.

—Aún es temprano. —Connor respondió con voz ronca a causa del deseo—. Cámbiate quiero que aprendas esto.

Ina susurró un "Sí" y fue al vestidor a dejar sus cosas. Algo en su interior la hacía querer demostrarle a Connor que era una excelente cocinera y no una muñeca inflable a quien podía follar cada vez que quisiera. Se quitó la camiseta, sacó de su bolso un top de tiras negros, se lo puso para luego colocarse el *Veste Blanche*, se repasó frente el espejo para quitarse sus argollas y sus anillos, que guardó en un pequeño bolso de mano, recogió los mechones sueltos de su peinado y se colocó su *Toque Blanche*. Empezó a respirar profundo mientras repetía mentalmente su mantra:

«Yo soy una excelente cocinera. Yo hago felices a mis comensales con mis comidas. Cada día cocino mejor. Yo me siento merecedora de tener éxito cada día».

Entró a la cocina en busca de Connor que estaba de espalda a la puerta de servicio, él hizo una seña para que se acercara, pero en ningún momento se giró a verla. Había llegado el momento de demostrar sus habilidades.

—Todos los días hago *tarte tantin*, somos famosos por este postre. —Ina llegó a su lado y observó como él doraba perfectamente la masa que recubría los trozos de manzana de la tarta—. Claude me dijo que fuiste la mejor en pastelería, ¿es cierto?

—Sí, chef —contestó ella viendo lo hermosas que estaban quedando las tartas.

—Quiero que todas las noches hagas una lista con postres variados para el siguiente día —le contestó Connor caminando de nuevo al mesón de pastelería—. Solo te exijo que el *tarte* no salga del menú, yo todas las mañanas lo haré.

—Sí, chef —contestó emocionada mientras en su cabeza volaban las diferentes recetas que podía hacer.

—Hoy, quiero que hagas una tanda de mouse de fruta de la pasión, *Creme Brulée*[14] y sorpréndeme con alguna creación propia —le ordenó cariñosamente, conmovido por la ilusión en el rostro de la chica.

Él se mantenía ocupado preparando la crema francesa para acompañar su tarta, ya que de otra manera se lanzaría sobre ella para besarla.

— ¡Sí, chef! y gracias, chef —Ina le contestó con una sonrisa emocionada.

Connor se aclaró la garganta, el verla tan sumisa ante él hacía que su miembro cobrara vida y se endureciera.

—Y, Paulina…

—*¿Oui?*

—Cuando estemos solos puedes llamarme, Connor.

Ina quiso contestarle alguna cosa que lo cabreara, pero recodó que él era su jefe y en ese momento lo que menos deseaba era un trato más personal con él. Para dejarle en claro que no está interesada le contestó.

—No, chef.

Connor negó divertido porque aquella mujer no dejaba de sorprenderlo. Le encantó observar como su amor por la cocina la emocionaba, también le encantaba la manera que trataba de tocarle las pelotas. Si tenía que domar a una fiera estaba dispuesto a hacerlo, no obstante, se sentía confundido pues había algo que se estaba despertando en su interior. Esa mañana despertó con una erección que lo obligo a masturbarse imaginando que escuchaba sus gemidos y como se entregaba él las veces que la había poseído. Poco a poco los empleados comenzaron a llegar y la cocina fue cobrando vida. Cada uno de ellos saludaba al chef con cariño, eran una pequeña familia por eso era fácil percatarse de que reinaba la camaradería entre ellos, deseaba que Paulina fuera integrada de la misma manera.

Ina salió del almacén distraída pensando en cómo podía sorprender a Connor con sus *Macarons*[15] de chocolate y dulce de leche, se detuvo de golpe al observar a una mujer pelirroja recostada del otro lado del mesón acariciando con su dedo índice el mentón masculino del chef. Ina sintió como le empezaba a hervir la sangre, se apuró y dejó todo ruidosamente.

A Connor le divirtió la manera en la cual Ina había tirado todo, decidió ignorarle mientras soportaba a la fastidiosa de Celines.

—¿Cuándo me invitas de nuevo a tu casa? —le preguntó la mujer de manera melosa.

Ina no pudo evitar poner los ojos en blanco, pensando en que hay mujeres que podían ser muy zorras.

—Mañana vuelve Emily, sabes muy bien que no puedo llevarte de nuevo —le respondió Connor con voz pausada.

«¿Emily? ¿Quién carajos es Emily?».

En la mente de Ina viajaban miles de hipótesis, pues si antes sentía rabia, en ese momento se sentía enfurecida. Connor estaba casado y le daba asco pensar lo que había sucedido. «¡Joder me folló en la misma cama que la de su esposa!».

Connor se percató de que el rostro de la chica estaba cambiando de color y se sentía entre emocionado y divertido, deseaba reírse porque ella estaba celosa por causa de Celines. Se aclaró la garganta y

se dirigió a ella.

—Paulina… —La joven giró su hermoso rostro, pero la mirada helada que le lanzó le removió todo. Sus ojos estaban más azules a causa de la furia y sus mejillas estaban un poco más rojas.

—*¿Oui?* —respondió ella en voz neutra.

—Quiero presentarte a Celines, ella es nuestra anfitriona. —La pelirroja repasó con la mirada a la chef.

Ina que siempre se había sentido superior a este tipo de mujer, no pudo ignorar su mueca de disgusto y sonrió. Limpió sus manos del repasador que tenía en el delantal y dijo.

—Paulina Ferguson. —Le tendió la mano a Celines que la estudiaba por unos segundos más, hasta que al fin le tendió su mano con sus largas uñas pintadas de rojo.

—¿Ferguson? —preguntó la mujer intrigada—. ¿Eres la hermana de David?

—Sí, David Ferguson es mi hermano, ¿lo conoce? —le preguntó Paulina entre molesta y divertida, esperaba algún comentario despectivo.

—Por supuesto —le respondió despectivamente—. Entonces tú eres la hermana menor, la oveja negra. —Su tono era desdeñoso y eso hizo que le hirviera la sangre a la joven chef.

—¡Celines! —le espetó Connor, había averiguado todo sobre Paulina y sabía que no se trataba de una blanca paloma, pero no podía permitir que nadie la hiciera sentir mal y menos de esa forma—. Paulina, disculpa a Celines tiende a ser un poco imprudente.

Ina presa de la rabia que bullía dentro de ella ignoró el comentario de Connor y le respondió a la pelirroja ácidamente.

—Sí, soy la oveja negra de la casa Fife y los Ferguson, pero sigo siendo parte de la realeza y no una vulgar zorra oportunista como tú.

Con su cabeza en alto salió del restaurante a respirar aire fresco, se quitó el gorro y se dobló sobre su cuerpo posando las manos en sus muslos. Tuvo que tomar varias respiraciones profundas para poder calmarse. Odiaba que personas que no la conocían de nada, la juzgaran, no escondía ser la descarriada de una de las casas nobles más influyentes de su país, pero en el Reino Unido debían estar acostumbrados a esta nueva ola de jóvenes rebeldes, pensar que el molde se rompió con la princesa Margarita.

Connor salió detrás de ella y al encontrarle de esa manera despertaron en él deseos de abrazarla y quizás decirle que todo iría bien. Tenía que ser neutral, no podía permitir que ninguno de sus empleados se llevara mal, hablaría con Celines para dejar todo en claro, algo como eso no volvería ocurrir dentro de su cocina.

—¿Se puede saber qué fue eso? —preguntó Connor.

Ina se irguió y por primera vez uso la coraza que tantos años le

había costado construir. Se cruzó de brazos y le respondió:

—Primero, aleja a esa mujer de mi espacio. —Connor esbozó una sonrisa al notar que estaba celosa—. Segundo, sí, soy de sangre noble como ya conoces mi cuerpo y también mi comportamiento, pues es completamente cierto que soy la oveja negra de mi familia, por el lado de la familia de mi madre me han desheredado. —Connor asintió. De todos los años que llevaba en Inglaterra nunca había logrado entender las tradiciones de la realeza—. Y tercero, lo que sucedió anoche y el sábado no volverá a pasar, ya que de ahora en adelante yo solo soy tu sous chef y tú mi jefe, así que te agradezco que mantengas las distancias.

A Connor le sentaron esas palabras como una patada en el estómago y en un rápido movimiento la tomó por las muñecas y susurró al oído:

—Cuando no te pongas roja de los celos —Paulina se estremeció por el contacto, erizándose toda su piel— y tu cuerpo deje de reaccionar al mío, te creo lo último. No me voy a alejar.

Él bajó su nariz e inhaló el olor a rosas que emanaba de ella, dejó un reguero de besos por el cuello de la joven. Ella presa de como reaccionaba su cuerpo cerró sus ojos, pero recordó a el nombre de Emily.

Connor llevó sus labios a los de la chica que se resistió un poco, no por mucho tiempo, y se fundieron en un beso apasionado, los dos luchaban contra lo que dictaba la razón y lo que sentían sus cuerpos. Alguien se aclaró la garganta trayéndolos a la realidad y rompieron el beso mientras Alan los observaba entre divertido y serio, su hermano estaba perdiendo los papeles con esa mujer.

Ella se soltó del agarré de Connor y salió corriendo. Tenía que poner un alto a los arrebatos de Connor y dejar de seguir besándose con él.

Alan soltó una carcajada mientras negaba, estaba atónito por la manera en que su hermano seguía con la mirada a la chef. No sabía si alegrarse o no, pues podía palpar con los dedos que los dos se sentían atraídos, sin embargo, la chica se negaba a tener algo.

—Hermano, estás jodido —le dijo.

—Más que jodido, Paulina causa sensaciones en mí que nunca sentí con Diane.

Alan abrazó a su hermano mayor y le dio un golpe en el abdomen jugando. Diane había sido el peor error de Connor, aún no comprendía como podía soportar a Markus cerca. Creía que su hermano era de los que mantenía a los enemigos cerca.

—Bueno, creo que no la tienes fácil se nota que Paulina es una fiera, venga, vamos a dentro tengo que contarte cuando llegan papá y mamá con Emily.

Ya él había pensado que Paulina era una fiera, pero estaba dispuesto a domesticarla para convertirla en suya. Se le vino la escena del zorro en el Principito del autor francés Antoine de Saint-Exupéry.

—Busco amigos. ¿Qué significa "domesticar"?

—¡Ah!…, es una cosa muy olvidada —respondió el zorro—. Significa "crear lazos".

—¿Crear lazos? —preguntó el Principito.

—¡Así es! —confirmó el zorro—. Tú para mí, no eres más que un jovencito semejante a cien mil muchachitos. Además, no te necesito. Tampoco tú a mí. No soy para ti más que un zorro parecido a cien mil zorros. En cambio, si me domesticas…, sentiremos necesidad uno del otro. Serás para mí único en el mundo. Seré para ti único en el mundo."

Connor sabía que ella era como el Principito, como fuera iba a conseguir ser el único hombre en la vida de Paulina Ferguson.

Estaba seguro de que esa era la mujer que había sido hecha para él.

*****

Ina estaba terminado las bandejas de Macarons, sin embargo, de su cabeza no se borraban las imágenes del beso que había experimentado hacía rato. Sabía que si no paraba eso iba a significar muchos problemas, empezaría a buscarle defectos porque no podía enamorarse de su jefe. Su cuerpo la traicionaba cuando reaccionaba a la más minina caricia de Connor.

Llevaba dos horas cocinando pero su mente no dejaba de pensar en él. Había hecho todo lo que le había pedido, los *Creme Brulée* estaban reposando en los *ramekins* [16]listos para flamear el azúcar y junto al mouse cuajaban en el frigorífico, había decidido que haría algunas filigranas de chocolate para decorarlo. Estaba satisfecha por su trabajo y sentían ansias de observar a Connor trabajar, las palabras de su profesor Claude cuando le aseguró que junto a él aprendería muchísimas técnicas la llenaban de curiosidad.

—Eres la mejor en lo que haces Pauline, puedo asegurarte que Connor es afortunado de tenerte —Claude le dijo lleno de orgullo—. También debes sentirte afortunada porque junto a él aprenderás técnicas que ni yo mismo he logrado. Connor Bellamy está casado con su trabajo… Y tú, mi pequeña esponja estás deseosa de información para poner en práctica.

Moría por ver que podía enseñarle Connor, ella era una esponja como la llamaba Claude, siempre hambrienta de conocimiento y con ganas de ponerlo en práctica. No pudo evitar que se le escapara una sonrisa.

Dejó todo en orden en su estación y salió a la sala de descanso. Dentro tenía una máquina italiana de *espresso,* se emocionó porque moría de ganas de probar un *lungo*.

Preparó el café y se sentó en uno de los sillones dispuesta a

disfrutarlo en silencio. Cerró sus ojos y al dar el primer sorbo pudo catar que ese grano proveía de Latinoamérica, de donde los granos eran amargos y con la acidez perfecta. Las puertas se abrieron y todos sus compañeros entraron junto a Markus y el hombre que siempre acompañaba a Connor. Este entró de último hablando con uno de los jefes de estación, sus miradas se cruzaron y él solo hizo un gesto con su cabeza a modo de saludo. Ella terminó su café evitando un poco fraternizar, se sentía de vuelta en la escuela donde siempre tenía que conocer a alguien nuevo y eso se le daba muy mal.

Markus se levantó de donde hablaba con Connor y el otro hombre, todos pusieron atención.

—Buenos días, como siempre de nuevo de parte de mis socios y la mía les damos gracias por formar parte de la familia de Orange. —Los empleados sonrieron e Ina se percató de que era el centro de todas las miradas—. Hoy le damos la bienvenida formal a la señorita Paulina Ferguson, quien se estará desempeñado en el puesto sous chef. —Le hizo un gesto llamándola a su lado—. Por favor, Ina acércate.

Ella se levantó mientras escuchaba los aplausos de bienvenida, barrió con su mirada la sala y observó los rostros expectativos sobre ella. Connor estaba en tercer plano recostado con sus brazos cruzados sobre el refrigerador, la observaba con el rostro impasible. Odiaba sentirse el centro de atención por eso se apresuró en llegar al lado de Markus que le sonreía con malicia.

—Esperamos que seas recibida por todos de la misma forma que han sido ellos recibidos en esta familia. —Markus le dio un apretón contra su cuerpo haciendo que ella se tensara, en cambio por el rabillo del ojo Markus observaba divertido la reacción de Connor—. Te deseamos el mayor de los éxitos y que aprendas del mejor como lo es Connor.

Connor no podía creer la provocación que le acababa de lanzar Markus, apretó sus puños y mandíbula con rabia. Quería matarlo por osar tocarla.

—*Merci* [17]—respondió ella zafándose del agarre.

Alan tomó la palabra, sabía que sino intervenía su hermano mataría a Markus. Lo veía en su mirada y en la forma como apretaba los puños.

—Bienvenida Paulina, yo soy Alan Bellamy el administrador de todo —le dijo guiñándole uno de sus hermosos ojos verdes—. En otros puntos, está es una semana en que estamos a tope con las reservaciones, Celines quiero otro tipo de actitud ante las personas que no las tengan, nuestra política es que todos puedan disfrutar de nuestra comida así no tengan reservaciones. —Ina respiró profundo y al fin vio el parecido de Alan con Connor, por otra parte, percibió la cara de fastidio de la pelirroja por el comentario—. Mañana Connor y

Paulina irán a escoger el pescado y los mariscos que se servirán esta semana. Feliz jornada.

Ina se quedó rezaga mientras sus compañeros salían, ahogó un gemido maldiciendo para sí misma su suerte. No quería estar cercar de Connor sin personas a su alrededor, reconocía que le temía. Caminó cabizbaja buscando la excusa perfecta para librarse, sin embargo, alguien la detuvo bruscamente y una explosión de energía ocurrió, no tenía que darse vuelta para ver quién era, ella lo sabía, no era otro que Connor Bellamy.

—¡Suéltame! —le siseó molesta.

Connor sonrió y se acercó para susurrarle:

—Muero por sentirte apretar mi polla con las paredes de tu coño. —A Ina se le cortó la respiración y su centro se volvió líquido—. No logro sacarte de mi mente, te deseo y tú a mí también.

Se le escapó un gemido bajito, no podía negar que sus palabras la excitaban, sin embargo, tampoco quería seguir siendo una marioneta en sus manos. Se soltó del agarré y se giró para responderle con rabia.

—Puedes ir a follarte a tú pelirroja o puedes esperar a que llegue Emily. —Salió de la sala de descanso dando un portazo.

Connor, no sabía si reír o llorar por lo que había escuchado. «¿Por qué creerá que me follo a mi hija?», pensó. Soltó una carcajada al recordar la conversación con Celines, un regocijo emergió en su interior porque le estaba demostrando que estaba celosa, lo que le daba esperanza.

—Me encantas cada día más, ojos azules —dijo él en voz alta saliendo de la sala, tenía que concentrarse porque está jornada pintaba a ser larga con ella cerca.

-6-

Para Ina el día había sido realmente productivo, conversó con cada jefe de estación, con cada cocinero, ayudante y hasta los lavaplatos ya que deseaba conocer todo el funcionamiento del restaurante. Había captado que todos seguían las recetas de Connor al pie de la letra y que tenían variaciones, ahí estaban las fusiones de sabores que tanto nombraba Claude. Estaba hablando con Maurice, un francés muy interesante, mientras este preparaba la salsa de trufas. Ya casi terminaba la jornada y ya había realizado la lista de postres para el día siguiente. Ahora solo revoloteaba al mismo tiempo que supervisaba.

Maurice amablemente le dio a probar de aquella exquisita salsa y ella no pudo evitar cerrar los ojos para disfrutar aquella explosión de sabores. Connor entraba en aquel momento y se quedó mirando la escena con interés, él solo había visto tal amor en dos personas antes que en ella; Claude su maestro y él, se acercó lentamente y la escuchó decir.

—¡Delicioso! —Ella esbozó una sonrisa y Maurice le guiñó el ojo a su jefe.

—Aprendí del mejor… —Maurice le hizo una seña hacia Connor —. Es un gran chef y una gran persona.

Connor no pudo evitar sonreír cuando ella se topó con él casi con su pecho. Sin llevar aquellos zapatos que le quedaban de vicio era una mujer menuda, perfecta para sus brazos. Sin embargo, moría por follarla como la otra noche, solo en tacones en las escaleras de su casa.

—Maurice, ¿cómo van esas salsas hoy? —Connor le preguntó y ella se alejó un poco poniendo distancia—. Espero que no le cuentes todos mis secretos a Paulina.

—Excelente chef y no se preocupe que los ingredientes secretos aún los guardo para mí —le respondió Maurice guiñándole el ojo a su jefe, Ina puso los ojos en blanco porque lo menos que intentaba era robarse sus recetas—. La chef Paulina es una esponja ávida de información, creo que hizo una excelente elección de sous chef.

—Gracias Maurice, pero por favor llámame Ina —le pidió la joven sonrojada por el alago del cocinero.

—Paulina —la llamó Connor disfrutando cada sílaba de su nombre y ella hizo un mohín algo que le causó gracia y ternura.

Ella podía ser niña, mujer, fiera y cocinera, eso lo estaba descubriendo al observarle.

—Chef —respondió neutral pero fastidiada que le llamara por su nombre.

—Quería felicitarte, tus Macarons son un éxito entre los comensales. —Ella no pudo evitar sonreír por el comentario—. Yo

mismo los he probado y son exquisitos.

—Gracias, chef.

Por primera vez esa noche ella esbozó una sonrisa genuina que hizo que el corazón de Connor se le acelerara, sabía que su uniforme ocultaba un cuerpo perfecto, que sus tatuajes era dignos de admirar y que temblaba mientras él lo poseía. Ella tan solo contaba con veintitrés años, él le lleva diez y se sentía como un adolescente enamorado. Se quedó admirando como ella prestaba atención a lo que le explicaba el cocinero, no se sentía así desde Diane y ni con ella fue tan hombre de cromañón, no, el cortejo con su exesposa fue simple y a los meses ya estaba embarazada de Emily, duraron poco y ella después de aquella traición salió de sus vidas. Había decidido casarse con el trabajo y con su hija, sin embargo, desde la llegada de Paulina estaba cambiando algo en su interior.

—Chef —lo llamó Ina y él parpadeó saliendo de su estado, se moría por escuchar su nombre de sus hermosos labios, pero ella se negaba hacerlo.

—Sí.

—Mañana me gustaría hacer un plato para que quizás pueda incorporar al menú, puede ser el plato del día. —La seguridad en las palabras de la joven chef hacía que le picara la curiosidad a Connor, ya le había advertido Claude que Paulina le gustaba demostrar que era la mejor.

—Ya veremos —contestó y ella palideció, por eso agregó— No he dicho que no, Paulina, pero las decisiones de los platos las tomamos mi hermano Alan y yo. —Connor miró su reloj—. Ya se acerca el cierre por favor deja las recetas de los postres de mañana y dime dónde puedo recogerte para ir al mercado.

Ella se tensó porque no deseaba que supiera la dirección de su casa, pensó una respuesta rápida y le sugirió:

—Chef, podemos vernos allá, así voy en mi auto.

Connor la miraba impasible y con la rabia bullendo dentro de él, ella se estremeció con pavor ante su mirada.

—Te he pedido que me digas donde recogerte, no quiero que salgas a las cinco de la mañana sola.

—Pero… —Ina trató de rebatirle pero Connor hizo un gesto con su mano deteniéndola. No se lo

pondría fácil.

—No quiero repetirlo dos veces, ¿entendido?

—Sí, chef —respondió sintiéndose una pequeña regañada.

Él salió de la cocina y ella hecha una furia se fue hasta el vestidor a cambiarse. No quería perder su norte, no podía renunciar y dejar mal a Claude. Le quería demostrar a su familia que ella podía sobrevivir sin aquel apellido, el abolengo y sin su dinero, no obstante,

odiaba que Connor la tratara como si tuviera derechos sobre ella.

Se sacó la filipina y el top, la puerta se abrió de golpe y Connor expulsó todo el aire de sus pulmones. Ella se tapó con la chaqueta tratando de esconderse, pues él estaba ahí parado suspendido en el tiempo y espacio observando cada detalle del cuerpo de ella.

—¡Sal! ¿Acaso no ves que me estoy cambiando? —le gritó sonrojada además de colérica.

—Acostúmbrate estás en un mundo de hombres —le respondió cerrando con el pestillo la puerta, ella se tensó pensando cuan machista era su respuesta— Deberías usar ropa interior, aunque no me quejo por la vista —agregó con voz ronca.

Ina se sonrojó por la manera como la observaba mientras se acercaba, puso sus manos en señal de alto que él ignoró preso del deseo.

—No te acerques… —le advirtió con voz asustada

—¿O qué? —preguntó desafiándola, moría por enterrarse en ella y nunca salir.

—Juro…, juro que voy a demandarte —le contestó presa del miedo además no quería caer entre sus brazos—. Connor esté no es el lugar.

Él sonrió lobunamente al escuchar su nombre, “uno” contó él para sí. Le arrancó la filipina de las manos y sus pechos saltaron a la vista, relamió sus labios. Por su parte, Paulina asustada retrocedía lentamente, pero su espalda chocó con los azulejos y su cuerpo se estremeció por el frío y la pasión.

La acorraló entre sus brazos y la besó, no pudo evitar ser agresivo pues deseaba besarla desde la mañana, tenerla cerca se estaba convirtiendo en su tortura. Rompió el beso y posó su frente en la de ella tratando de serenarse.

—Connor, te advierto que si no me sueltas gritaré —Ina le siseo cabreada, sin embargo, su molestia era con ella porque estaba excitada y quería más de él.

Los dos se debatían en la delgada línea de la razón y el deseo. Connor negó y se alejó de ella molesto por su nuevo arrebato, Paulina le nublaba la razón pues solo pensaba en follarla. No quería tratar a una mujer así y se preocupaba porque ella pensará que era su juguete.

—Perdóname… yo —susurró apenado y ella lo interrumpió.

—No quiero que vuelva ocurrir. Eres mi jefe y yo soy tu empleada, esto que está sucediendo tiene que parar. —Ina hizo acopio de su raciocinio, aunque se moría de ganas de estar en sus brazos—. Además, esto es imposible.

A Connor le sentaron aquellas palabras como un balde de agua helada, ¿imposible? Nada en la vida era imposible. Su hermano y él eran una prueba de eso.

¿Por qué iba ser imposible algo entre ellos?

—¿Por qué soy un plebeyo? —le preguntó con amargura y con un cierto tono de burla.

Ina se cruzó de brazos y resopló, la pregunta le parecía ridícula, a ella, la persona más anti nobleza del mundo, odiaba que alguien se sintiera “Más” por un título nobiliario.

—¿Eres idiota o qué? —le preguntó—. No, no es por eso, hay otras razones y una es que eres mi jefe y no estoy dispuesta a dañar está oportunidad por un polvo.

—¿Un polvo? —contratacó Connor molesto—. Paulina, puede que no sea el ejemplo de caballero contigo, pero de hace mucho tiempo que no busco un polvo pasajero.

Ina recordó que estaba medio desnuda y busco su camiseta, se la puso pensando que esa era la conversación más estúpida del mundo. Connor por su parte sabía que no podía lanzarse sobre ella y que tendría que dejarle ir, la conversación había tomado otro color y sería paciente, puesto que él fuera su jefe no iba evitar que tratara de conquistarle.

—Mañana paso por ti a las cinco, debes estar lista porque no me gusta esperar —le advirtió y se acercó a ella de nuevo. Ina presa de los nervios trató de alejarse pero se quedó paralizada, él en una sutil caricia rozó su mejilla y dejó un beso casto en sus labios—. Que descanses, nos vemos mañana.

Connor salió de la sala de descanso dejando a una Ina desconcertada. Tomó sus cosas y se fue hasta su auto.

«Vaya día de trabajo», pensó encendiendo el auto. Arrancó directo a su casa, su garganta seca le recordaba lo mucho que necesitaba un buen trago.

*****

Secrets de Onerepublic sonó en el despertador de su *iPhone*, Ina deseaba morirse pues estaba agotada por el día anterior y la noche llena de pesadillas. Necesitaba dormir al menos hasta pasado el mediodía.

Se sentó en su cama y llevó las manos a su vientre, un desasosiego en su alma se había formado apenas había llegado a su casa la noche anterior. Pensó en su pequeña y su corazón se aceleró al recodar las pesadillas que parecían tan reales, sabía que algo sucedía con la niña. Estaba a punto de cumplir los seis años y no sabía nada de su existencia, se había perdido el inicio de su vida. Pensaba muchas veces que quizás no hubiera caído en las drogas y en el alcohol si no la hubieran arrancado de su lado. Llevaba casi un año sin consumir estupefacientes, sin embargo, lo único que mantenía era el alcohol que anestesiaba su mente de tanto dolor.

Ella les debía ese cambio a Claude y Jean Piere, fueron ellos

quienes enfocaron a aquella chica descarriada y malcriada convirtiéndola en la mejor de su clase y una mejor persona. Lo único que le impedía seguir avanzando era Clare, sin su pequeña hija se sentía incompleta. Ese era su mayor obstáculo para ser alguien mejor, luchaba constantemente entre ahogarse en una borrachera o continuar luchando para que cuando la encontrara tuviera una madre con la que contar.

Salió de su habitación, cruzó el pasillo con cuidadoy entró a la habitación de su hermano que dormía. Se metió en su cama como cuando era niña y las pesadillas no la dejaban dormir, lo abrazó tratando de apaciguar su miedo y su ansiedad.

David se despertó cuando unos brazos lo atraparon, sabía que era su pequeña hermana y no pudo evitar sonreír.

—Renacuaja, ¿estás bien? —le preguntó con voz somnolienta, Ina negó con su rostro escondido en el pecho de su hermano, pero él sintió como las lágrimas mojaban su camiseta—. Paulina, ¿qué tienes? —le preguntó con la voz cargada de preocupación.

Ina se quedó unos minutos en silencio, lloraba y no sé explicaba que sucedía con ella en ese momento. Se sentía sobrepasada por todo y era una lista larga, no obstante, había dos puntos que la asustaban: su hija y Connor Bellamy. Se reservó sus pensamientos sobre este último y le rogó a su hermano sollozando:

—Hermano, ayúdame a encontrar a mi bebé, algo me dice que no está bien. Si ella es feliz, te juro que no voy a entrometerme, pero si me necesita lucharé hasta el final por recuperarla. —David sentía que su corazón se partía en mil pedazos, su hermanita sólo desea recuperar a su hija y él no sabía cómo hacerlo—. Te lo ruego, si yo tengo que desaparecer con ella, te prometo que lo haré. Necesito encontrarla porque algo me dice que no está bien.

—Te prometo que estoy trabajando en ello. —No era mentira había contactado al mejor investigador privado de todo Reino Unido —. Pero el maldito viejo se llevó el paradero de mi sobrina con él a la tumba; ten paciencia pronto la tendrás en tus brazos, sin embargo, te advierto una cosa no vas a desaparecer, me importa una mierda el qué dirán, ustedes son mi familia y las defenderé con uñas y dientes.

Las últimas palabras reconfortaron el corazón atormentado de Ina, ella no quería que revolver su pasado significara dañarle el presente a sus seres queridos. David acariciaba su cabello mientras su hermana se calmaba, dejó que ella drenará el vacío de su alma.

Cuando ella vio el reloj de la mesa de noche de su hermano se despidió:

—Tengo que ir con mi jefe al mercado del puerto. —Se agachó y le dio un beso en la mejilla—. Te amo hermano y gracias.

—Ina, te juro que no descansaré hasta verlas juntas.

Ella esbozó una sonrisa en la oscuridad, salió a su habitación y tomó una ducha rápida. Se vistió con un jean desgastado, una camiseta y encima una camisa abierta a cuadros. Observó que llovía por lo que se puso un suéter de capucha y optó por unas botas de trabajo. Peinó su húmeda cabellera y la dejó suelta. Revisó su bolso verificando que había metido lo necesario para su día incluyendo su uniforme. Su móvil sonó con una llamada entrante y corrió escaleras abajo cuando vio que era Connor. Un automóvil todoterreno de vidrios tintados estaba aparcado frente a su acera y ella dudó por un segundo en subir.

Connor al ver la indecisión de la chica bajó el vidrio de la ventanilla y le hizo un gesto para que subiera. Esa mañana la encontraba hermosa, ese estilo grunge le sentaba de maravilla.

Ina subió al todoterreno en silencio y él solo deseaba escuchar su voz.

—Buenos días, Paulina —le saludó Connor cortésmente.

—Buenos días, chef —le contestó ella.

Él no pudo evitar soltar una carcajada, ya que de nuevo había subido las barreras y sabía que aquella sería una mañana tan interesante como divertida. Ina no pudo evitar resoplar y cruzarse de brazos; ignorando a Connor sacó su *iPod,* buscó su carpeta de Metallica y *Nothing Else Matters* comenzó a sonar, eso le recordó que a ella no le importaba nada más que recuperar a su pequeña Clare.

Connor observaba a Paulina como escogía los mariscos, le encantaba mirar como la chica se mostraba fascinada por la frescura de los productos. Apenas habían cruzado palabras, aunque le hablaba con cierto tono de entusiasmo, le notaba abstraída. Esa mañana se dio cuenta de que a aquella joven de veintitrés años algo le estaba carcomiendo el alma, pero ¿qué? ¿Qué podía estarle consumiendo? Entre sus cualidades nunca había estado el cómo descifrar a una mujer y menos una como ella que era todo un enigma.

—Paulina —la llamó él, ella giró su rostro y lo observó con los ojos llenos de lágrimas.

No pudo evitar que ese sentimiento de protección emergiera de nuevo. Se enterneció de tal manera que deseaba abrazarle y decirle que todo iba a estar bien…

—Sí, chef —le respondió ella.

—¡Por Dios, Ina! Sabes que puedes tutearme —le dijo con voz cansada—. ¿Puedo preguntar algo?

—Sí —respondió dudosa.

«Qué no pregunte por qué lloro, porque no podré responderle», pensó ella.

—¿Por qué una mujer tan hermosa prefiere una noche de placer vacía a miles de noches que la puedan llenar?

Ina se quedó de piedra ante la pregunta y maldijo para sí misma, sabía que su jefe se estaba interesando de una forma un poco más profunda en ella. Estaba convencida de que no iba ser capaz de amar nunca más, que estaba muerta por dentro, también sabía que si se daba una oportunidad con él buscaría la manera de dañar esa relación.

—Connor, lo siento, pero prefiero no contestar —le respondió cansada.

—Quiero conocerte, quiero descubrirte y esto no tiene que ser solo sexo —comentó él mirando el suelo, no podía creer que estaba rogándole a esa niña por un poco de atención. Subió su mirada y se encontró con aquellos ojos azules que lo miraban con miedo y con algo más que no sabía descifrar—. Yo sé que es difícil dejar ir todo lo malo, pero a veces solo debemos confiar y quizás puedas encontrar algo que te haga feliz.

Ella, harta de sus avances soltó la cesta cruzándose de brazos y de manera chulesca le respondió:

—No te equivoques conmigo, si escogí llevar la vida que llevo no es precisamente por una decepción amorosa.

Mentía y ambos lo sabían, pero ella no iba a reconocerlo y él no se lo diría. Ina se agachó y tomó la cesta dirigiéndose al todoterreno, bastante molesta. Había pasado una noche de perros y la mañana no estaba pitando mejor con su jefe y sus ganas de acercarse. Lo que más la atormentaba era ese maldito mal presentimiento que se la había instalado en el corazón. Marcó el número de su hermano que respondió con voz aún soñolienta.

—¿Sucede algo?

—David, te lo ruego, ya esto me está matando necesito encontrarla, no he podido concentrarme por el mal presentimiento.

—Ina, ten paciencia, tienes que tener calma. Quizás nuestro tío.

—No quiero tener que pedirle ayuda a mí tío, recuerda que para ellos estoy muerta. No, no y no… —sollozó, pero se quedó paralizada al encontrarse a Connor que la observaba con semblante preocupado —. Hablamos cuando llegue a casa.

Ina colgó apurada su móvil, ya que no soportaba el malestar que le despertaba aquel sentimiento. Debía inventarse algo para excusarse por aquella llamada.

—Connor… —susurró pero su voz se quebró.

Ella no pudo evitar negar cuando él, conmovido, soltó todo lo que tenía en sus manos para surcar los pasos que los separaban y abrazarle. Se resistió al abrazo tratando de alejarse y de mantener las distancias, pero eso solo hacía que Connor hiciera más fuerte su agarre. Estaba negada a seguir llorando y demostrar sus emociones, sin embargo, de cierta manera se sentía protegida en sus brazos,

rindiéndose se dejó llevar y lloró como una pequeña en su pecho.

Connor acariciaba su espalada mientras ella drenaba todo, su corazón latía emocionado porque había conseguido acercarse. Aquella chica, que era toda una fiera cuando quería, estaba rota. Le tocaba aceptar que esa chiquilla lo estaba eclipsando, que ellos podían llegar a ser más que un jefe y una subordinada.

—¿Qué sucedió? —le preguntó pero ella negó con su cabeza—. Paulina, si necesitas algo puedo ayudarte.

—Nadie puede hacerlo. —Se separó de él y observó su rostro, por primera vez en mucho tiempo se sentía segura y protegida en otros brazos que no fueran los de su hermano, ese era su secreto y no se lo contaría.

—Quizás yo pueda, por favor déjame intentarlo.

—¡No! —le respondió cruzándose de brazos—. Quiero irme, necesito empezar todo el menú de postres de hoy.

Connor solo por esa vez le daría su espacio, recogieron todo y lo subieron a la parte de atrás del todoterreno. Esta vez no dejaría que se encerrará en su mundo, pulsó *play* apenas subieron al auto y *Demons* de Imagine Dragons, comenzó a sonar.

«No sabes cuantos muertos y demonios guardo en mi equipaje, Connor Bellamy», pensó Ina.

-7-

—Paulina, vamos Ina, hemos llegado. —Ella se removió gimiendo en forma de queja—. Vamos, nena, llegamos.

Connor no aguantó la tentación y acarició con ternura el rostro de la joven. Ina se removió y pestañó varias veces hasta abrirlos, frente a ella se materializó el rostro de Connor que la miraba con una sonrisa dibujada en los labios. Su mente se recreó con tranquilidad en aquel rostro masculino, él poseía una mandíbula cuadrada, nariz perfilada y cejas pobladas; dos hoyuelos se le formaban al sonreír, su barba parecía descuidada pero que en realidad estaba perfectamente recortada, en resumen…era perfecto.

Connor acercó su mano de nuevo y llevó un mechón rebelde de la chica detrás de su oreja, con sus dedos acarició el contorno de su rostro hasta detenerse en sus labios.

—Por favor, no —susurró ella asustada.

Connor dejó caer su mano decepcionado y bajó del auto dejando a Ina sola. Ella esta desconcertada por aquella sutil caricia, ese día no estaba pintando bien porque nuevamente había soñado con George. Londres se estaba convirtiendo en una mala idea, su pasado estaba volviendo y las puertas de su infierno estaban amenazando con abrirse.

Bajó del todoterreno y saludó con un gestó a Alan que acompañaba a Connor en la puerta de servicio. Entró a la sala de empleados, tomo una ducha rápida y se vistió apurada, tenía que comenzar a cocinar o correría al bar más cercano a emborracharse.

*****

Ina estaba terminando de montar la nata para sus profiteroles de nata con cobertura de chocolate, ese día había tenido ayuda de Anita, una joven española de su edad que deseaba ser chef. La joven no salía del asombro por como la chef movía con destreza su muñeca para batir la crema de leche, en pocos minutos con ayuda del baño de maría invertido y la emulsión, estaba convirtiéndose en una hermosa crema blanca y deliciosa.

—Chef, nunca he podido conseguir que emulsione tan rápido —le dijo Ana con admiración.

—Es cuestión de práctica, la próxima tanda la harás tú y no me importa cuánto demores —contestó Ina con una sonrisa.

Tomó la pequeña bolita de *pasta choux* [18]y le enseñó a la chica como rellenarlos para ella poder preparar la cobertura de chocolate. Esa era su mejor terapia, cocinar, así podía olvidarse de sus demonios, de su sed de alcohol o las ganas de darse un pase. Esa mañana había hecho ella el *tarte tartin*, los profiteroles, unas Charlotas de Fresa con *crema Bavaroise[19]* a la vainilla y Caulant[20] de chocolate. Ina se

había dedicado a tener los postres listos de manera que a la hora de abrir estuvieran perfectamente refrigerados y horneados.

Connor no había aparecido en todo el día en la cocina y eso la dejaba respirar tranquila, necesitaba buscarse la excusa perfecta para irse corriendo de ese lugar. Iba a llamar a Andrew para ver en que podía ayudarle y buscar la forma para que Claude no se decepcionara de ella.

Terminó la cobertura y le explicó a Ana como debía sumergir los *beignets* y se fue a la sala de descanso. Al entrar vio que llevaba doce horas despierta, su estómago crujió recordándole que de café no se podía vivir. Buscó en la nevera para los empleados y se decantó por uno de los sándwiches que estaban envasados al vacío, escogió uno de pastrami y una *Coca-Cola light*.

Necesitaba de un poco de paz y sabía que estando en Londres todo lo que había conseguido estando lejos lo iba a perder, estaba cerca y su primer error fue Connor. Esa noche que necesitó un polvo para poder estabilizar su mente le estaba pasando factura, ese hombre no hacía más que confundirla y además estaba el nombre de aquella mujer, Emily, estaba casado y estaba tratando de hacer avances amorosos con ella. Se estaba desesperando y solo llevaba dos días codo a codo con aquel hombre, sus semanas pintaban duras y más cuando él muy pocas veces escuchaba sus negativas. Dio un último mordisco a su sándwich cuando Alan entró hablando por su móvil, no lo pensó dos veces y se levantó de un salto.

—Paulina, ¿me permites un segundo? —le preguntó tapando el auricular.

Ella asintió y fue en busca de otra gaseosa mientras él terminaba la conversación. No, aquel día estaba pintando como uno terrible y eso le estaba poniendo los nervios de punta. Abrió con manos temblorosas la lata, cerró los ojos pensando en que le vendría de perlas esnifar un poco de cocaína para activarse. Tomó un sorbo nerviosa, debía borrar esos pensamientos de su mente, quería irse a su casa y encerrarse en su habitación para apagar el mundo.

—Listo, Paulina… —le informó Alan colgando la llamada con su hermano.

Ella se giró y sonrió con complacencia, una sonrisa forzada y fingida que con sus años de práctica nadie se daría cuenta.

—Tú me dirás… —le dijo sin perder la sonrisa.

—Quería avisarte que Connor no vendrá esta noche y quizás mañana tampoco. —Ina asintió en respuesta, se sentía aliviada y pensaba en que seguro su esposa había llegado.

—Gracias Alan, prometo no defraudarlos a ninguno.

—Lo sabemos Paulina, no en vano Claude dijo que eras una chica enfocada en la cocina. Lo has demostrado, aquí todos saben sus

responsabilidades y solo tienes que supervisar cuando se abran las puertas que cada plato este presentado correctamente y salga a tiempo.

—Entendido y por favor, llámame Ina…—le pidió.

—Está bien te llamaré Ina —le dijo él poco convencido— Cuando Connor acabe de disfrutar de su pequeña Emily volverá renovado —agregó

«¿Pequeña?», pensó ella.

—Disculpa Alan, pero… ¿Quién es Emily? —preguntó intrigada.

—Su hija, pensé que sabías que Connor estaba divorciado y la custodia de su hija quedó en sus manos. Bueno ya conocerás a ricitos de oro. Te dejo y nos vemos al terminar la jornada.

Quedó sorprendida, había pensado que era su esposa y nunca se imaginó que tuviera una hija. Recordó las palabras de su maestro: "Connor está casado con la cocina". Ahora entendía menos a aquel hombre.

*****

Ina entró al local de Andrew Britt decidida a solucionar su problema, sabía que el mejor amigo de su hermano sería incapaz de negarle algo. Todos la miraban y sabía que era por lo inadecuado de su atuendo para aquel sitio, la escoltaba el jefe de seguridad hacia donde se encontraban las oficinas administrativas del club. El hombre tocó dos veces a la puerta y pasaron unos segundos antes de que un Andrew despeinado y acalorado abriera.

—Ina… —susurró avergonzado.

Ella no pudo evitar poner los ojos en blanco, empujó la puerta abriéndose paso entre Andrew y el jefe de seguridad, dentro de la oficina se encontró a una chica que se estaba vistiendo apurada. La observó de arriba abajo.

—¡Fuera! —gritó.

—Pau… —la llamó Andrew.

—Calla Andrew y dile que salga, necesito hablar contigo.

—Pero ¿qué se cree esta, Andrew? —chilló la mujer ofendida.

Ina se giró y se cruzó de brazos esperando a que él hiciera algo, no le quedó más remedio que negar y decirle a la chica:

—Ella es mi prometida, sal por favor.

La chica terminó de vestirse molesta y antes de irse le atravesó el rostro de una cachetada. Ina soltó una carcajada cuando la puerta retumbo. Andrew caminó hasta su escritorio y se sentó acariciando su mejilla.

—¡Cristo, Andrew! ¿Cuándo aprenderás? —le recriminó ella entre risas.

—No me causa gracia y lo que acabo de decir deberías recordarlo. —Suspiró—. ¿Sabes, Paulina, el papel de novia ofendida no te queda?

Ina se sintió culpable, se le había olvidado aquel compromiso de palabra que habían hecho sus padres, sabía que Andrew esperaba paciente por ella y que él era un excelente partido, sin embargo, no podía amar, ¿qué podía ofrecerle?

—Lo sé y te juro… —Andrew la detuvo con un gesto.

—Has venido por algo y quiero que me digas que necesitas.

—Necesito que me consigas otro empleo —le comunicó sintiendo que se quitaba un peso de los hombros.

Andrew no sabía si llorar o reír, sabía que el regreso de Paulina removería todo lo que sentía por ella. La había amado desde que se había convertido en una mujer, la había visto caer en el más profundo infierno y estuvo con ella hasta que tomó la decisión de irse. Durante ese tiempo pensó que podría olvidarla, no obstante, cuando entró ese sábado por la noche al local, lo supo, no la había dejado de amar y deseaba que por una vez ella dejara de verle con ojos de hermana y viera debajo de las capas el amor que profesaba por ella.

—¿Sucedió algo? —le preguntó.

—Todo y no entraré en detalles, pero necesito salir de ahí antes de que yo… —Sus manos temblaron por la abstención y ella sabía qué necesitaba—. Dame un trago —le pidió entre avergonzada y ansiosa.

Andrew se levantó y bordeo el escritorio, no pensaba darle un trago y ayudarle con esa maldita adicción. La levanto de los hombros para abrazarla tan fuerte contra su pecho que ella no pudo resistirse.

—Vale —susurró él en su oído cuando ella empezó a llorar, acarició con ternura su larga cabellera mientras inhalaba su olor a rosas—. Pídeme que baje al mismo Infierno y lo haré, pero no me pidas un trago y menos drogas, porque no puedo dártelos.

—Andrew…

—Te amo —susurró y ella se tensó toda—. Sé que tú a mí no, siempre estuve en la *Friendzone*[21], pero te amo con toda mi alma, lo sé, sé que estar en esta ciudad está comenzando a pasarte factura.

—Tengo un miedo terrible de caer de nuevo —le confesó en voz alta.

Ina se sentía liberada por decirlo, estaba muerta de miedo porque llevaba pocos días y había caído en los viejos hábitos. Andrew se separó un poco y limpió con sus pulgares las lágrimas de ella, amaba aquella chiquilla y verla así le partía el alma.

—No vas a caer. —Se acercó lentamente y dejo un beso en su coronilla, ella cerró los ojos sintiéndose protegida—. Yo estaré a tu lado por si caes.

Ina asintió y se acercó para dejarle un beso en la mejilla. Andrew le buscó un vaso con agua y rodajas de limas, conversaron por una hora quedando en que él iba a conseguirle algo; él sabía que Connor Bellamy tenía que ver con esta decisión, había visto las grabaciones de

las cámaras y se había molestado al ver como ella había salido esa noche con él. No iba a revelarle que sabía las razones por las que se iba del Orange, pero sí haría lo que estuviera en sus manos para alejarla de ahí.

*****

—Tienes el campo libre de hacer con esta información lo que desees —le informó el misterioso hombre a Markus.

Después de aquella llamada su curiosidad sobre los secretos que escondía Paulina Ferguson solo había ido en aumento, le habían ofrecido la primicia del pasado de la chica y no lo pensó dos veces para aceptar.

—¿Es todo? —preguntó.

—Todo —contestó el hombre tirando la colilla del cigarrillo—. Quién me envía estará contento si la sabes usar.

El hombre dejó el callejón detrás del restaurante, aquel sobre tenía todo lo que necesitaba. Ella era la mujer perfecta, su fortuna y sus títulos lo ayudarían a salir de las deudas de juego. La información le caía como anillo en el dedo, la usaría en el momento correcto.

*****

Alan llegó a casa de Connor cansado de la larga jornada, encontró a su hermano sentado en el sofá tomándose un trago de Bourbon que sus padres habían traído de América. Se sentó a su lado y le robó el vaso para tomárselo casi entero, por su parte el chef se levantó y sirvió dos tragos más en silencio.

Connor sabía que su hermano estaba por comenzar el sermón del siglo. Se había ido esa mañana sintiéndose molesto y dolido con Paulina. Nunca pensó que una mujer lo iba a rechazar de aquella forma tan visceral, ella le estaba demostrando que su cuerpo lo deseaba, pero su mente no.

—¿Irás mañana? —Alan le preguntó.

—No. —Su respuesta fue corta pero rotunda.

—Vamos Connor, no puedes dejar que una cría de veintitrés años influya en tu trabajo. Si ella no quiere nada, olvídalo y sigue con tu vida.

Se sirvió otro trago y se lo bebió de golpe, ya que la joven era algo más que un polvo y esa mañana lo descubrió, cuando lo miró y sin decirle nada pudo saberlo todo. Ella escondía algo que no la dejaba avanzar y necesitaba descubrirlo.

—No puedo. —Dejó el vaso y pasó por las manos por su cabello, se sentía desesperado, estaba descubriendo que la piel de la chica se estaba convirtiendo en su espacio—. Tenías que verle está mañana, el tono de desesperación de su voz, algo oculta Alan… —titubeó—, ella necesita a alguien a su lado que la cuide.

Alan resopló mientras se levantaba del sofá, necesitaba descansar y no iba a manejar hasta su piso. Se quedaría esa noche ahí, disfrutaría de un desayuno en familia y luego iría al restaurante a asumir la ausencia de su hermano. La excusa perfecta era la llegada de Emily, sin embargo, no estaba por tolerar ese comportamiento y estaba molesto.

—Connor, me sabe a mierda lo que le sucede o no. Mira, la chica es excelente y asumió el reto de quedarse sola, pero ahí la estrella eres tú y recuerda que en un mes vas a grabar el puto programa. —Resopló de nuevo porque no estaba de acuerdo con eso—. Vas a estar casi dos meses fuera, no puedes dejarla tanto tiempo sola.

—Lo sé, lo sé… —Suspiró—. Mañana iré en la tarde con Emily.

Alan ni siquiera le respondió a su hermano, subió directo a una de las habitaciones y se tiró en la cama. Connor por su parte se sentó en el sofá y buscó en *Google* el nombre de Paulina Ferguson. Salieron casi veinte páginas de búsquedas y en ellas hablaban de la muerte de sus padres, pero pese a todo lo que salía la información quedaba cuando ella cumplió los dieciochos, prácticamente había desaparecido del mapa. No se le ocurrió otra cosa que telefonear a Claude.

—El gran Connor Bellamy —respondió el francés en un impecable inglés.

—Claude, sin rodeos quiero que me hables de Paulina.

El francés respiró hondo pensando en que problemas se había metido su pupila. Sabía que ella era una mente brillante, no obstante, también poseía muchos demonios.

—¿Qué hizo? —preguntó cauto.

—Nada, bueno hicimos los dos, pero eso es otro tema.

—Connor… ¿qué sucedió? —Claude empezaba a imaginarse diversos escenarios, pensando que había sido mala idea enviarla a Londres de nuevo.

—Me follé a Paulina antes de saber que era ella…

—*Merde*[22].

—Sí, lo sé. ¡Mierda! —Respiró hondo—. Estoy interesado, sí también sé que son cuatro días conociéndole y de los cuales me la follé tres, pero Claude… ella es diferente.

Claude no sabía que pensar, conocía a Connor tanto como a Paulina. Ellos eran de los pocos alumnos que había tomado como pupilos y le preocupaba el tono de él.

—Connor, no puedo contarte nada sin autorización. —suspiró—. Paulina es una mujer muy especial y no puedo negarte que me preocupa lo que dices. Ella, por más que no me creas, no ha tenido un cuento de princesa de Disney, su vida ha sido marcada por el dolor y te recomiendo que no la presiones en lo referente a sus temas personales.

Connor se estaba desesperando pues aquello no le decía nada, solo deseaba saber un poco más de ella.

—Me hablas por la muerte de sus padres, si es por eso puedo ayudarla —le dijo esperanzado.

Claude negó, no podía traicionar la confianza de Paulina y aunque sabía que Connor era lo mejor que le podría pasar a aquella chiquilla, no podía decirle nada.

—Lo siento amigo. —suspiró—. No la presiones y ella se abrirá, ese es mi consejo para ti.

—Vale, gracias.

—¿Y Connor?

—¿Sí?

—Paulina, bueno, con ella tienes que ir con mano de plomo. —Respiró hondo—. Es brillante, original y autentica, sin embargo, ella es una bomba de relojería suiza que podría explotar y devastar tu mundo.

El francés colgó la llamada sin despedirse. Connor se quedó mirando su móvil atónito, no podía creer que su maestro le hiciera eso, se levantó y subió a su habitación porque mejor dormía o iba a terminar loco.

Y su locura se iba a llamar Paulina.

*****

Ina llevaba dos horas despierta, el reloj marcaba las cuatro y cuarenta de la mañana. Había empezado su mayor pesadilla y la estaba matando, abrió el grifo de la ducha y se sentó a llorar. Quería refugiarse en el alcohol y las drogas, quería escapar de esa maldita realidad que la estaba matando y quería regresar a París. La ciudad de la luz había sido su epifanía, ahí había encontrado algo en que concentrarse y olvidar, sabía que tuvo sus meses donde el sexo, alcohol y drogas fueron parte de ella, pero todo cambió cuando encontró su pasión.

Había soñado con él, tenía años sin que esa pesadilla la visitara en las noches. George venía con una niña de la mano y le decía: “Me la llevé”. Sabía que esa pesadilla era su miedo irracional a nunca encontrar a su pequeña Clare y lo culpable que se sentía de la muerte de su amor. Pasaba meses enteros con el deseo de hablar con él y que este la pudiera escuchar, lo extrañaba como una loca, deseaba acostarse a su lado y abrazarle para escuchar los latidos de su corazón para saber que todo estaría bien.

Aquella fatídica noche que entró al pequeño piso en donde vivía George, quedó como una herida sangrante. Nadie imaginaba que el padre de aquella criatura era él, todo se descubrió con su suicidio. Un amor que necesitaba olvidar, no obstante, seguía protegiendo en su corazón.

Ellos deseaban vivir un cuento de hadas que fue destrozado por las más viles mentiras y artimañas. Las Moiras[23] tejieron entrelazado su destino, para luego cortar el hilo de vida de él. Su primo, era su primo y un amor prohibido. Sin embargo, eso no los detuvo para vivir el amor más intenso que se podía vivir con dieciséis.

Ahogó un sollozo entre sus piernas recordando cuando fue presentada en sociedad, también fue el día que se entregó a él. Lo amaba, como a aquellas cosas que saben que serán efímeras, pero que marcarán tu vida. No se arrepentía de nada de lo que vivió con él, fue su culpa no dejarlo asumir las responsabilidades y protegerlo para que no fuera expulsado de Oxford, solo deseaba que él cumpliera con lo que debía y olvidó que muchas veces todo lo impuesto no los hacía felices, ella misma lo había experimentado, entonces ahí había fallado.

George no era feliz con ser el próximo duque, lord o quizás abogado más importante de todo el Reino Unido, él solo deseaba mudarse a Irlanda y estudiar filosofía, ser feliz con ella en una casita en el campo y estar a su lado. Ella olvidó todo eso y lo había obligado a guardar silencio, nunca imaginó que solo una semana después de perder a su Clare, también lo perdería a él. Encontró su cuerpo inerte guindado del tubo de la ducha, sus armas un cinturón de cuero y una silla. Así acabó con su vida su primo, su amor, su amante y él padre de su hija, con él se llevó todos los sueños y las esperanzas. Ina entró al Purgatorio para nunca más salir, su primer pasé fue antes de irse de Londres y ahí fue cuando descubrió que las drogas la ayudaban a escaparse de la realidad.

Así como el agua fría que caía sobre ella, se daba baños para no tener que recurrir al alcohol, las drogas y el sexo; ya el sexo le había traído su primer problema y tenía que buscar la manera de solucionarlo. Tenía que correr, huir o esconderse. Lloraba desconsolada ya que estaba perdiendo la tranquilidad que había encontrado y no lo deseaba, le daba miedo perderse de nuevo. No quería volver a enamorarse, no quería de nuevo entregarse a alguien para perderlo y tampoco deseaba perderse ella, le había costado mucho encontrarse y solo le faltaba su otra mitad para ser ella de nuevo.

«Quiero de ser de nuevo Paulina», susurró en su mente turbada por el dolor.

Abrazó de nuevo sus piernas, quería llorar hasta que el despertador sonará y tuviera que comenzar un día nuevo, eso sí, estaba muerta de miedo y su corazón estaba destrozado.

-8-

Ina esa mañana compró una cajetilla de cigarros, necesitaba algo que le quitará la ansiedad y pensó que sería la mejor manera de mantener todo a raya. Llegó y aún nadie abría el restaurante por lo que sacó con manos temblorosas un cigarrillo para encenderlo, dio la primera calada cerrando los ojos y disfrutando el paso del humo por sus pulmones, repitió lo mismo cuando el todoterreno de Connor se estacionó cerca de ella y este bajó con el rostro circunspecto.

—Espero que te laves bien, no me gusta el olor del cigarrillo en mi cocina —le dijo él a modo de saludo.

La otra puerta se abrió y Alan bajó sonriente, no estaban solos sino con una pequeña niña rubia como su padre y que compartía el mismo color de ojos. Ina tiró la colilla y le contestó un seco:

—Sí, chef. —Ignoró por completo a Connor, su vista la mantuvo en la niña que venía saltando de la mano de su tío—. Buenos días, Alan —saludó al chico y se agachó frente a la pequeña, con una sonrisa que desarmó al padre— Y tú debes ser la princesa Emily. — le dijo y apretó su pequeña nariz.

Paulina conquistó el corazón de Connor con ese gesto, los dos hombres observaron como la joven interactuaba con la pequeña, hasta que ella finalmente le ofreció su mano y Emily la tomó tímida.

«Ya me tienes Paulina», pensó Connor.

Entraron en silencio escuchando como la chef le prometía a la niña que le haría una tarta, la que ella quisiera. Alan estaba seguro de que la actitud y el gesto de la joven eran genuinos, por eso negaba pensando que su hermano estaba bien jodido con aquella mujer.

Ina se había enamorado a primera vista de aquella pequeña, no sabía si era el anhelo que la había impulsado a comportarse de aquella manera, puesto que fue verla bajar de la mano de su tío, enfundada en aquel hermoso conjunto de jean y una camiseta de Nirvana, unas zapatillas deportivas y los rizos amarrados en dos hermosas colas con lazos de calaveras, para quedar prendada de esa niña.

Estaba decidida en pasar el día con la pequeña, si se lo permitían, soñaría que ella era Clare en su cocina y que la estaba complaciendo. Aplicaría el efecto placebo, lo necesitaba y Connor le había puesto la oportunidad al llevar a su hija ese día al restaurante.

*****

La puerta de la oficina de David se abrió y una ráfaga llamada Lorraine entró sin ser anunciada, acostumbrado al comportamiento poco ortodoxo de la chica no pudo evitar sonreír. Ese día ella brillaba con aquel conjunto de sastre color rojo, una camisa color negro y sus hermosas piernas en medias de seda del mismo color. Ella era una *Femme Fatal* [24]o eso pensaba él, más de una vez se había cascado la

polla pensando en ella y no es que tuviera la necesidad de hacerlo, era que simplemente Lorraine Wallas, se la ponía dura.

—Lorraine podrías al menos trancar la puerta —le espetó muy serio ocultando lo que sentía por la chica.

Ella le hizo un gesto de fastidio y se sentó en la silla frente a él. Abrió su bléiser y le gritó a la secretaria:

—Adele, que nadie nos interrumpa y trae dos cafés.

—Lorraine —susurró su nombre divertido.

Ella esbozó una sonrisa y sus labios pintados de rojo *Channel,* le parecieron aún más apetitosos a David, los imaginó alrededor de su polla y se removió incómodo por el color que tomaban sus pensamientos.

—Sabía que estaba en la puerta —le contestó ella y alzo sus hombros—. Tú y yo necesitamos hablar, como últimamente huyes cada vez que me ves, siento que tengo lepra o que quizás soy la mismísima Perséfone reencarnada que regresó para llevarte al inframundo.

David no puedo evitar soltar una carcajada por la ocurrencia de la joven, ella se levantó y se quitó el bléiser poniéndolo sumamente nervioso. Lorraine abrió los botones de su camisa y mostró su piel salpicada con hermosas pecas.

—Para que sepas que son pecas y no lepra…

—No es necesario que te desvistas para demostrarlo —contestó incómodo—. ¿De qué quieres hablar?

—Si lo deseas me desnudo y podemos tener un polvo salvaje para que luego hablemos —le dijo atrevida, no era un secreto lo enamorada que estaba de él. David no sabía si reír, llorar, cabrearse o tomarle la palabra y follarla hasta que aprendiera a respetarlo. Ella puso los ojos en blanco fastidiada y le dijo—: Vengo a hablar de Ina.

—Compórtate Lorraine, esto no es un bar a los que están acostumbradas a frecuentar tú e Ina —le dijo con voz seria, David quería esconder el efecto que tenía aquella cría en él—. ¿Y qué con mi hermana?

—En serio eres un idiota —le respondió molesta—. Estoy preocupada, sé que regresar a la ciudad le está afectando y me da miedo.

David se levantó cuando Adele abrió la puerta para dejar las dos tazas de café, sabía que la preocupación de la chica era válida, pensaba lo mismo y lo peor de todo es que no había localizado al detective que llevaba el caso.

—También tengo miedo, pero debemos aprender a confiar en ella —le contestó cuando escuchó la puerta cerrarse de nuevo—. No podemos estar cuidándola porque sentirá que no confiamos en ella.

—David, no es solamente eso. —Lorraine se calló de golpe

pensando bien si decirle o no al hermano de su mejor amiga lo que estaba pasando entre ella y su jefe.

—¿Y qué es? —le preguntó interesado—. Vamos habla, que ahora sé que sabes algo.

Lorraine apuró su café y vio su reloj, se levantó para ponerse el bléiser, sin embargo, David surco rápidamente la distancia que los separaba y la acorraló en el escritorio con sus brazos. Ella se sintió morir porque nunca había tenido tan cerca a aquel hombre, cerró sus ojos cuando él se acercó lo suficiente para rozar sus labios con los de ella.

—Lorraine, Lorraine —la llamó con voz ronca y tomo una de sus manos, la llevó al paquete que formaba su polla—. No te follo ahora porque el día que lo haga no será en la oficina y claro que verás las estrellas, será salvaje y escucharé que me pidas más. —Ella tragó excitada, David pasó la lengua lascivamente por su oreja y agregó— Pero la próxima que insinúes algo así te daré una buena zurra. —Se separó de ella y se alejó lo suficiente—. En cuanto a Paulina, yo me encargo.

Lorraine sabía que se había puesto de todos los colores, había sentido en su mano la dureza del sexo del hermano de su mejor amiga y sus palabras habían causado que mojara sus bragas. Ella estaba dispuesta a conseguir esa zurra y quizás más. Se acomodó su traje y salió de aquella oficina con una sonrisa en los labios, tenía la esperanza que no era del todo indiferente para David.

*****

Ina estaba terminando la pastelería fina que había hecho esa mañana y fue a la oficina en busca de Emily, le había prometido a la niña que harían una tarta de fresas que era su favorita. Entró a la sala de descansó tomó una lata de gaseosa y se detuvo en seco cuando vio salir a Andrew de la oficina de Alan.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó.

Alan salió de su oficina con el rostro serio y Andrew esbozó una sonrisa al verle. Ella no se imaginaba que hacía ahí, todo aquello pintaba mal y no quería más problemas hasta que saliera de aquel sitio.

Andrew no lo pensó se acercó para tomarle de la cintura y darle un beso casto en los labios, ella creyó morirse y se tensó toda ante el atrevimiento de su amigo.

—Vine hablar con Alan de negocios —le contestó acariciando su rostro y ella se le quedó observando fijamente para evitar golpearlo—. Pensé que no te vería, nena, pero esta noche vengo a recogerte.

Ina negó y buscó con la mirada a Alan que los observaba con atención. Quería morirse y se merecía eso por buscar ayuda de su amigo.

—Traje mi auto, te llamaré a la noche de casa —le indicó entre dientes.

Andrew sonrió sabía que ella estaba molesta y de paso estaba marcando su territorio, porque, aunque Paulina no le aceptaba aún, estaba aquel compromiso de palabra que hicieron sus padres. Él tomó la mano de ella y le dejó un beso.

—Estaré esperando tu llamada. —Se giró y de despidió de Alan—. Adiós, pequeña, te amo.

Ina se quedó fría por aquella despedida, negó tratando de salir de su asombro. Alan la miraba decepcionado y molesto, había algo en la actitud de aquella chica que lo desconcertaba y no quería que su hermano sufriera de nuevo a causa de una mala mujer.

—Alan…, yo… —Trató de explicarle.

—Ahórrate las explicaciones —le dijo molesto—. Te advierto que Connor ya ha tenido bastante de juegos, si Andrew es tu prometido dile la verdad a mi hermano o se la diré yo.

«¿Connor había tenido suficiente de malas mujer? ¿Soy una mala mujer? Sí, lo soy», se preguntó y se respondió mentalmente, ella deseaba aclararle por alguna extraña razón que Andrew no era nada en su vida.

¿Por qué no lo era?

—Yo no soy un dechado de virtudes, sin embargo, te aclaro que no es mi prometido. —Suspiró—. Ustedes son americanos y quizás no entiendan que aquí nos comprometen antes de nacer.

Alan se le quedó observando pasmado, no podía creer que en pleno siglo veintiuno se vieran aquellos arreglos tan ridículos.

—¿Me estás jodiendo? —le preguntó sin poder creerlo y ella negó sonriendo.

—Literalmente, Andrew es mi prometido desde que nací… —Alan no podía creer lo que escuchaba, pero casi se cae de culo cuando Paulina agregó— Él vino seguro porque le pedí que me ayudara a conseguir otro empleo y veo que estás al tanto de la situación con tu hermano, no puedo seguir en un sitio de trabajo con miedo que en cualquier momento folle con mi jefe.

—¡Cristo, mujer! ¿No tienes filtros?

—No, no los tengo y te dejo —le respondió—. Le prometí a tu sobrina hacer una tarta y eso haré.

Alan no podía creer lo que le decía aquella chica, le simpatizaba y sabía que en el fondo era una gran persona. La detuvo un momento de la muñeca y le dijo amablemente:

—Connor nunca se ha comportado como lo ha hecho contigo. —Sonrió—. Te puedo asegurar que es una excelente persona, piensa bien lo de irte porque puede que pierdas la oportunidad de aprender de uno de los grandes.

La soltó y se fue caminando hasta la oficina. Por su parte, Ina fue hasta la oficina de Connor y tocó dos veces la puerta.

—Ina…—chilló la niña emocionada abriendo la puerta—. Viniste.

Ella se acuclilló frente a la niña y le apretó la nariz. Connor observaba la escena con una sonrisa, le encantaban aquellos pequeños gestos que tenía con Emily.

—Te dije que haríamos una tarta de fresa y eso haremos —le respondió sonriente y le ofreció su mano—. Vamos.

La niña giró a ver a su padre que asintió con una sonrisa. Emily emitió un gritico emocionada y le dio la mano a la chef. Ina cruzó su mirada con Connor, este susurró un "gracias" y ella esbozó por primera vez una sonrisa genuina, él no sabía que era ella la que le daba las gracias por dejarla llevarse a la pequeña. Las dos se fueron a la cocina mientras la chica buscaba los ingredientes para la masa quebrada, le había dado la tarea a Emily de limpiar las fresas, todos en la cocina observaban como la pequeña se desenvolvía con la sous chef, que se había ganado el corazón de todos en los pocos días que llevaba dentro de la cocina.

Su eterna amabilidad, sus ganas de conocer el paso a paso de las recetas, su ímpetu a la hora de tomar las riendas y la dulzura con la cual los trataba. Todos habían alabado a la chica ese día luego de la ausencia del jefe, lo cual demostraba que todo lo que Claude había dicho era cierto.

Connor entró en la cocina y se enamoró de aquella escena donde Ina le explicaba con una sonrisa como amasar a su hija, nunca había visto a Emily sonreír de aquella forma y eso lo llenaba de beneplácito. No se había equivocado al pensar que aquella chica ruda en realidad era alguien de un gran corazón. Sus sentimientos hacia ella lo estaban confundiendo, no solo la deseaba como nunca había deseado a una mujer, sino que también le hacía emerger ternura, cariño y hasta el sentimiento de protegerla. Él se estaba enamorando de ella y nada podía evitarlo.

«Estoy jodido», pensó.

—Eres bonita —le dijo la niña a Ina mientras pinchaban con el tenedor la masa.

—Y tú hermosa… —le contestó la chica con una sonrisa.

—Mi papi me dijo que me portara bien contigo. —Suspiró—. Me porto mal con Celines porque parece a la madrastra de Cenicienta.

Ina soltó una carcajada por la excelente comparación que acababa de hacer la niña, estaba en lo cierto y lo triste era que a su padre no le era indiferente la mujer, extrañamente eso le revolvió la bilis y negó, se acercó a la niña y le susurró al oído:

—Pues a mí se me parece a Úrsula de la Sirenita. —Le guiñó el ojo y siguió en la tarea de hacer la tarta.

Las dos pacientemente esperaron a que la masa se horneara mientras hacían la crema francesa. La niña le preguntaba cosas a Ina que alegremente contestaba, se sentía distendida con la niña y a la vez conectada con ella.

Cuando colocaban los pequeños adornos con crema batida se acercó Connor y, aunque lo supo esconder, se percató como Ina se tensaba. No la quería tensa y molesta cerca de él, deseaba verla sonreír como lo hacía con su pequeña.

—Renacuaja, el abuelo vino por ti —les informó.

Las dos hicieron un mohín que le produjo una sonrisa al hombre que las observaba enamorado. Emily le contesto:

—Papi.

—Vamos renacuaja, mañana será otro día y puedes venir a jugar con Ina —le prometió.

Ina sonrió y asintió haciéndole saber a la niña que su padre tenía razón. Respiró hondo tratando de calmarse pues Connor llamaba a su hija de la misma manera que la llamaban a ella sus padres, eso le hizo un nudo en la garganta. Terminó de decorar la tarta, dejó la manga de un lado y se la entregó a él.

—¿Puedo acompañarlos? —preguntó tímida.

Padre e hija respondieron al unísono:

—Sí.

Los tres no pudieron evitar sonreír. Ina bajó a la niña de la mesa y con papel film envolvió la tarta para que se la llevara. Los acompañó en silencio mientras escuchaba a Emily relatarle a su padre todo lo que hicieron juntas. Ella daba saltos de alegría por el pasillo de servicio antes de irse. Ina se quedó parada en la puerta para no interrumpir la despedida, sin embargo, la pequeña le dijo:

—Ina, gracias y mañana traeré chocolate.

La chica sonrió y se acercó para agacharse a su altura, le dio un beso en su coronilla y contestó con dulzura:

—Pues te espero aquí, pequeña *padawan*[25].

Connor negó y salió con la niña, se despidió de su padre y de su hija con un gesto. Entró de nuevo al restaurante y fue hasta la cocina en busca Paulina, pero no la consiguió, entró a la sala de descansó y la encontró sentada llorando. Trató de entrar en silencio ya que estaba preocupado, porque no era la primera vez que la veía llorar e inexplicablemente él deseaba protegerla.

—¿Estás bien? —le preguntó con voz preocupaba.

Ella se secó las lágrimas torpemente y negó. No podía negar que estar cerca de la hija de su jefe le removía todo lo que ella deseaba hacer con su hija. Connor se acercó y la levantó con solo jalarla, entre sus manos se sentía como una muñeca. Él la abrazó y le quitó su *Toque Blanche,* con una destreza increíble desato su cabello dejándolo caer.

Connor enterró sus dedos en la cabellera de la chica y dejó un beso casto en ella. Inhaló la fragancia de su cabello; ese día olía a vainilla y rosa, igual que el helado o aquella especia que le da un sabor especial a las creaciones dulces. Ella era una combinación de dulzura y acides perfecta, ya que para él Paulina Ferguson era perfecta.

—Puedes confiar en mí —le susurró Connor mientras ella negaba enterrando su rostro en su pecho.

Ella necesitaba escuchar los latidos en su corazón, lo necesitaba para calmarse y serenarse. Estaba perdiendo los papeles cerca de Connor, pues se sentía protegida y nunca se había sentido de esa forma con otras personas que no fueran sus padres, abuela, hermano y George. Y ahora, llegaba este hombre con el cual había follado, no una sino muchas veces en menos cinco de días y la calmaba.

—No puedo contarte —contestó contra su pecho.

Connor se sintió decepcionado, sin embargo, creía que era cuestión de tiempo para demostrarle que podía ser digno de su confianza, con delicadeza tomó su mentón para lentamente acercar sus labios.

Expectante, Ina se mantuvo impaciente hasta que él, con dulzura, dejó un beso. Ella cerró los ojos y se dejó llevar, lo que empezó como un dulce beso se fue intensificando con la pasión desbordada que los dos sentían, pues de nuevo estaba cayendo en los brazos de él y por primera vez no se recriminaba que aquello estaba mal. Necesitaba de su calor, de sus caricias y de sus besos para tranquilizarse.

Connor rompió el beso pegando su frente a la de ella, mientras con sus pulgares trazaba círculos en forma de caricia en su mejilla.

—Ina… —susurró su nombre con voz ronca—. No sé qué me haces, pero cada día que pasa te metes más en mi corazón.

Ella cerró los ojos y negó, no podía corresponderle porque todo sería un desastre y terminarían hiriéndose.

—No puedo, lo siento —le contestó rompiendo la conexión y saliendo a la cocina bastante alterada.

Ina pegó la espalda de la pared y pensó, «Si tan solo me permito amarte, te destruiré». Recogió su cabello y se puso de nuevo su *Toque Blanche,* puesto que el día todavía no había terminado y tenía cosas que hacer.

-9-

Pasaron dos semanas de sana convivencia entre Ina y Connor dentro del restaurante, se había creado una pequeña camaradería entre los dos chefs en la cocina. Ella se sentía un poco más tranquila ya que él había cesado de insistir para tener una relación y se había centrado en el trabajo, también estaba el tema de Emily que conquistó el corazón de la joven, estaba llenando un vacío pero estaba feliz y en paz. Él por su parte había seguido el consejo de su hermano Alan, la estaba dejando que se adaptara a su ritmo de vida y trabajo.

Connor estaba seguro de que Ina también sentía una atracción, pues sin darse cuenta con cada gesto, risa y con cada receta estaba conquistando su corazón. Él tenía una paciencia infinita y estaba poniéndola en práctica con ella, puesto que sus sentimientos iban creciendo, incluso aunque su hermano le había advertido lo sucedido con Andrew. No estaba dispuesto a prestarle atención a nada que pudiera alejarlo de ella.

Estacionó frente a la casa de la joven como cada miércoles, era el día de escoger los ingredientes frescos de toda la semana y también guardaba para este día en particular, un comodín que pensaba usar a su favor.

Ina subió corriendo al todoterreno y se puso el cinturón de seguridad, se percató de que Connor no arrancaba y se giró para verle. Él la observaba con una sonrisa dibujada en el rostro y acercó su mano lentamente rozando sus labios y la saludó:

—Buenos días… —Ella se quedó sin palabras y asintió.

Connor se giró hacia el volante y arrancó el todoterreno directo al mercado. Ina, un tanto nerviosa, buscó en la radio alguna emisora que trasmitiera canciones decentes en ese momento, detuvo su búsqueda cuando escuchó los acordes de *November Rain,* prefería la música al incómodo silencio.

Él por su parte había logrado lo que deseaba, turbarla y estaba dispuesto a hacerlo más seguido con tal de ver sus mejillas con ese pequeño color rosado.

Llegaron al mercado, debía escoger los ingredientes de la semana, aún no le había revelado lo que tenía en mente. Al alcanzarla empezó a jugar con sus llaves mientras caminaban, ya los vendedores de pescado y mariscos estaban exponiendo la frescura del mar mientras los otros acomodaban en una hermosa variedad de colores sus verduras y frutas frescas.

—Tengo algo que comunicarte —le dijo Connor rompiendo el silencio.

—Dime —susurró ella algo asustada.

—Estuve revisando las recetas que me diste y quiero que hagas la

que más te gusta. —Ina se detuvo de golpe para poder observarlo, él sonreía mientras ella lograba ordenar las palabras—. Vamos Renacuaja, te dije que podías hacerlo, pero no te dije cuándo.

Ina tragó en seco y sin pensarlo se lanzó para abrazarlo emocionada, dándole un beso en la mejilla.

—Gracias —susurró bajito, un poco sonrojada por su reacción.

—¿Qué? No escuché —le contestó Connor poniéndose la mano en la oreja.

Ina esbozó una sonrisa y negó pensando, «Dios, que hermoso es».

—Gracias Connor, espero no defraudarte —le agradeció.

—No lo harás, de eso estoy seguro.

Codo a codo escogieron lo que iban a cocinar esa semana, cargaron en el todoterreno lo que podían puesto que todo lo demás sería repartido más tarde. Subieron entre risas de nuevo, sin embargo, Connor llevaba días deseando volver a probar sus labios. Sin pensarlo se arrojó sobre ella y tomó su rostro entre sus manos dejando escapar un suspiró nervioso.

Ina presa del miedo y del deseo se quedó quieta sin saber qué hacer. Él miraba su rostro con una sonrisa mientras que con sus pulgares acariciaba sus labios.

—Deseo besarte —susurró él cerca de sus labios.

Ina asintió levemente y pensó, «Qué me lleve el diablo, porque también deseo besarlo».

Cerró los ojos y Connor entendió ese gesto como una invitación. Primero lamió su labio inferior y luego lo chupó lentamente, hizo lo mismo varias veces arrancando un gemido a la joven. Al escucharlo él la besó apasionadamente, su lengua candorosa entró a su boca en busca de alguna respuesta.

Deseosa de recibir más de su parte enterró sus dedos en las hebras doradas de su cabello, correspondiendo al beso, mientras su corazón latía desesperado y su sexo se volvía líquido. Los dos sentían que la temperatura del auto se había elevado a unos cuantos grados.

Connor extasiado por la respuesta de ella soltó su rostro y bajo las manos para el quitarle el cinturón de seguridad, al escuchar el *click* sus manos volaron por debajo de la camiseta de Pink Floyd que ella usaba esa mañana. Acarició con ansias la piel de la joven, anhelaba con desespero volver a ver aquel lienzo humano, sin embargo, no era el momento y menos el lugar por eso contra de su voluntad fue ralentizando el beso. Ella gimió cuando él poco a poco fue despegando sus labios y pegó su frente a la de ella.

«Dios, necesito besarlo más», susurró en su mente, Connor había avivado nuevamente el deseo dentro de ella.

—Muero por perderme en tu piel —le confesó Connor con voz ronca.

—Una sola vez… —le contestó concediéndole lo que ambos deseaban.

Connor se despegó contrariado, ya que deseaba perderse en su cuerpo no una sino toda una vida. Él acarició su mejilla tiernamente y le dijo:

—Todo o nada Paulina. —Suspiró—. Todo o nada porque lo quiero todo de ti.

Se separó de ella y encendió la radio donde *Naughty boy- Runnin' (Lose it all*) de Beyoncé comenzó a sonar. Ina se quedó sopesando sus palabras pues se moría por besarlo y estar de nuevo entre sus brazos, no obstante, le daba terror comenzar una relación cuando sabía que todo terminaría en desastre y no quería ser una de las tantas malas mujeres con las cuales se había topado él. Ella lo admirada como chef, como hombre y como padre, lo cierto era que debía pensar bien antes de aceptar algo así.

—Dame tiempo —susurró.

Connor respiró hondo manteniendo un poquito de esperanza, sabía que la daría tiempo pues solo quería estar con ella. Aunque estaba cansado de andarse como en terreno inestable, pues ella era completamente diferente según el terreno donde estuviera y además le daba miedo por su hija.

—Tienes el tiempo que desees —contestó resignado.

Él sabía que podría llegar a amarla, se estaba enamorando de ella y había ganado su corazón cuando aceptó a su hija. Paulina era una caja de sorpresas y no de Pandora como había pensado.

*****

David se sentó en la mesa, estaba preocupado por las últimas noticias que había recibido por parte del detective, no eran alentadoras y tenía la leve esperanza de que su abuela estuviera al corriente de algo más en toda esa maraña de mentiras que había tejido su difunto abuelo.

Esperó pacientemente hasta que su abuela tomó el primer sorbo de su té, cuando la vio poner la taza en la mesita, le anunció con voz seria:

—Tenemos que hablar abuela.

Sarah imaginaba que sus nietos habían emprendido la búsqueda, sabía la ubicación exacta de la pequeña, sin embargo, también estaba segura de que al contarle la verdad podría perder la razón y cometer alguna locura que la llevara incluso a la muerte. Estaba feliz por Ina al verla tan animada y tan centrada trabajando en el restaurante. Puesto que de aquella joven rebelde solo quedan las marcas en la piel y nada más, pero eso era lo que ella pensaba.

—Es sobre Clare… —le contestó Sarah segura.

David no puedo evitar sorprenderse, sabía que su abuela nunca se

andaba por las ramas, mas no imaginaba que tomaría la batuta para conversar sobre el tema tabú de su familia.

—Sí, tenemos que hablar sobre mi sobrina.

—Solo hablaré con Paulina cuando esté preparada para escuchar la verdad —respondió, evadiendo el tema.

David se molestó ya que no estaba dispuesto a seguir con aquella farsa, necesita resarcirse con su hermana y sobrina, la única forma de hacerlo era reuniéndolas.

—Pero, abuela. —Sarah detuvo a su nieto con un gesto y él calló por respeto.

—David, el día que revele lo que sé, tenemos que estar para ella. —Respiró hondo—. Paulina tiene que aceptar que Clare no puede estar con nosotros.

David se levantó molesto y tiró la servilleta en la mesa. No podía creer que su abuela se estuviera comportando de aquella manera y más cuando sabía que eso era lo único que le regresaría la paz que había perdido su hermana.

—Abuela, no voy a descansar hasta verlas juntas y si tengo que pasar sobre ti. —Negó pensando lo que iba a decir—. Lo haré.

Él salió de su casa histérico y tecleo un número en su móvil sin necesidad de verlo. Esperó paciente hasta que la voz sensual de una mujer atendió.

—Te esperó en mi piso del centro en cuarenta minutos y es mejor que no me hagas esperar —le ordenó y trancó.

No podía creer que su abuela, después de tantos años, se pusiera en aquel plan; no, esta vez iba a llevarse por delante a quién osara atravesarse en su camino, incluso si esa persona fuera su propia abuela.

Al frente de la casa de los Ferguson un auto tintado de negro estaba estacionado, dentro un hombre tomaba fotos de todos los movimientos de la familia. Su cliente había pagado una exorbitante suma para saber cada paso que ellos daban. Fotografió a David y arrancó, era el momento de ir al restaurante para esperar paciente por Paulina Ferguson.

*****

El *coq au vin* [26]cocinado por Ina era todo un éxito entre los comensales de aquella noche, era un plato sencillo, sin embargo, ella decidió darle un cambio de vino lo que lo hacía una novedad. Ella rebozaba de alegría.

Connor se sentía feliz de hacerla sonreír, dado que desde que Ina había llegado y encargado de la estación de pastelería, las ventas de postres habían aumentado considerablemente. Ahora menos que nunca se arrepentía de haber escuchado a su maestro y aceptarla, muy pocas eran las noches que él salía a saludar a sus comensales, sin

embargo, esa noche le provocó y fue por su chaquetilla, la misma que llevaba grabado el logo del establecimiento con su nombre. En una pequeña bolsa llevaba otra de talla más pequeña, era su regalo de bienvenida. Se acercó y le tocó el hombro delicadamente pues ella estaba decorando con una hermosa filigrana de chocolate un mouse de fresa.

—Un momento, chef —le dijo ella poniendo con precisión aquella creación que se asemejaba a una hoja—. ¡Listo!

Se giró al terminar, él alzó la bolsa de regalos mientras todos en la cocina estaban atentos a su reacción. Ella se quedó mirando aquella bolsa y la tomó tímida ante la mirada de sus compañeros.

—Ábrela —le pidió Connor sonriendo.

Ina sacó el *Veste Blanche* que estaba grabado igual que el de su jefe, esbozó una sonrisa y no pudo evitar negar. Ella levantó la mirada de aquella chaquetilla y se quedó mirando a Connor con ojos brillantes de emoción, puesto que en un día le había hecho dos regalos, la verdad era que no sabía si llorar, reír o salir corriendo a comérselo a beso.

—Gracias —susurró.

—Póntela —le pidió.

—¿Aquí? —le preguntó asustada.

No llevaba sino un pequeño top que apenas cubría sus senos y él sonrió lobunamente, ya sabía que quizás no era adecuado que se desvistiera en plena cocina. Se aclaró la garganta y apartó esos pensamientos de su mente.

—Ve a cambiarte mientras te espero.

Ina salió corriendo y se cambió a la velocidad de un rayo, siguió su ejemplo y se cambió hasta el chándal por un jean que había llevado. Connor entró cuando estaba cerrando su chaquetilla y se la comió con la mirada, se veía hermosa y era suya, aunque ella no lo sabía todavía.

—¿Me queda bien? —le preguntó emocionada.

—Te ves hermosa —le contestó—. Suéltate el cabello pues quiero que esta noche conozcan a la nueva chef estrella del Orange.

—¿Estás de broma? —Le daba pánico que la reconocieran—. No puedo.

—¿Por qué? Tú eres la estrella tras los postres y además tu plato ha sido un éxito.

—Connor… —Negó—. No puedo…

—Sí, sí puedes —le contestó—, y si no, te lo ordeno.

Ina suspiró frustrada, de nada le valdría negarse. Se quitó el *Toque blanche* y soltó su cabello, sacó un cepillo de su casiller y se peinó ante la atenta mirada de Connor. Salieron juntos y al llegar a la cocina todos la aplaudieron. El cierre había sido perfecto y su plato el

más pedido, pese a todo Ina no pudo evitar sonrojarse. Dentro de su mente albergaba sentimientos encontrados, puesto que deseaba esconderse detrás de su jefe como una niña tímida o ser como una *rockstar* y hacer una reverencia. Decidió solo asentir sonrojada y susurrarle a Connor entre dientes:

—Te odio.

Él puso su mano en la cintura y la instó a salir, la charla con los comensales fue amena lo que hizo que se relajara disfrutando de cada uno de sus halagos. Una vez lo había escuchado de sus maestros, pero vivirlo en carne propia de parte de personas que van a degustar sus creaciones, era para ella excitante.

Desde una esquina Celines y Markus observaban con envidia la complicidad que se estaba haciendo evidente entre los chefs. La pelirroja se sentía frustrada ya que tenía más de un año tratando de avanzar y no había conseguido más que una simple invitación al cumpleaños de la mocosa. Odiaba que aquella joven que había nacido en una cuna privilegiada llegara para interponerse entre el hombre que deseaba y el dinero que necesitaba, tendría que idear algo para sacarla de medio y se le ocurría usar sus contactos para averiguar algo sobre ella.

«Será mía y es cuestión de tiempo», pensó Markus mientras se acercaba sigilosamente a donde Connor y Paulina conversaban amenamente con uno de los clientes más importantes. Le había cedido todo a su amigo y había perdido el amor de Diane, solo que ahora tenía más armas que usar y estaba dispuesto a todo. Ella era su boleto al éxito y una posición social envidiable, sabía que la chica podría ser un trofeo y encontrar su sumisión con las drogas. Apretó sus puños con rabia cuando observó como la mano Connor acariciaba la parte baja de la espalda de la chica, llegó rápido e interrumpió para romper la magia del momento.

—Edward, un gusto verte —le dijo al acompañante de ellos extendiendo su mano para un apretón.

—El gusto es mío, Markus —contestó este correspondiendo al saludo—. Como le decía a Connor, siempre es un placer venir a este lugar y ahora con esta nueva adición tendrán más éxitos.

Connor caviló responder algo, sin embargo, prefirió esperar por su socio, lo conocía mejor que nadie y sabía que estaba ahí por la manera en la cual tenía a Paulina. Ella susurró un “Gracias” y prefirió quedarse callada.

—Claro que sí, ya verás cómo en poco tendremos una guerra, por lo que sé cuándo la prensa tenga conocimiento de que una Ferguson trabaja para nosotros, se apostaran a las afueras del local —respondió Markus.

«Orange y Connor serán un fracaso cuando sepan que la

drogadicta está aquí», completó en su mente con malicia, Markus.

Ina se tensó ya que lo menos que deseaba era llamar la atención. Habían sido años de tranquilidad, evitando a los paparazis y en que pocas fotos de ella salían en la prensa amarillista.

Edward asombrado por la revelación que le acaba de hacer Markus, no pudo evitar sonreír y con el comportamiento de Connor con la chica tendría suficiente material para trabajar.

—Bueno, me tengo que retirar —les anunció este—. Un gusto conocerte Paulina Ferguson.

Ella asintió y se giró para encarar a molesta a Markus, este sonreía con suficiencia y cuando se alejó el periodista dijo con sorna:

—Lo que no emociona no vende.

—Markus —le advirtió Connor.

—¿Crees que soy parte de un circo? —le preguntó Ina molesta y no le dejó responder porque agregó— Si crees que haciéndote publicidad conmigo puedes tener mayor cantidad de comensales, estás equivocado. Espero que cuando esto se convierta en un pandemónium, no me culpes.

Se giró y caminó con el rostro en alto hacia la cocina, se le quemaban las entrañas de la rabia y quería matar a Markus. Por su parte, Connor observaba con decepción a quién fue su mejor amigo hacia mucho tiempo.

—Creo que la has cagado… —le dijo.

—No tanto como tú al follarte a una empleada —le contestó.

Connor esbozó una sonrisa y palmeó su espalda, estaban los mesoneros terminando de recoger todo. Se acercó y le susurró:

—Te dije que era mía y sí te atreves a acercarte, te mato.

Markus esbozó una sonrisa y se separó de él, paciente esperaría el momento de acercarse a la fierecilla, todo a su debido momento era lo que se repetía.

Connor fue en busca de Paulina ya que pretendía llevarla a casa. La consiguió saliendo con una bolsa y hablando apresuradamente en francés. Se dio cuenta de que aquella chica manejaba el idioma a la perfección e imaginaba que eran los años de educación en institutos costosos. Recordó que le costó casi un año adaptarse a aquel idioma demoniaco y para poder pronunciarlo correctamente. Ella colgó y lo único que escuchó fue hasta luego bandido, fue entonces que decidió acercarse.

—¿Con quién te vas? —inquirió cerca del oído de la chica.

Ina pegó un brinco asustada pues había estado tan entretenida discutiendo con Jean Piere que no se dio cuenta de que Connor estaba cerca.

—En taxi —respondió.

—Yo te llevaré, dame cinco minutos —le dijo serio.

Ina no supo cómo responder y se quedó tensa mientras él entraba a su oficina, porque no estaba segura de que con el beso que habían compartido esa mañana fuera una buena idea irse juntos. Y aunque se sentía cómoda con las pequeñas caricias de Connor, no creía que estar a solas con él fuera adecuado, temía que sus deseos la traicionaran. Se quedó mirando el pasillo y maldijo para sus adentros por no negarse. Cuando él salió de su oficina poniéndose una cazadora de cuero y haciéndole señas con su cabeza para que lo siguiera, se preguntó:

«¿Por qué esta tan bueno?».

Aquel hombre destilaba belleza en cada poro de su piel, su piel bronceada, su cabello rubio y esos ojos de color del pasto. En su barba salpicaban algunas canas y ese toque de llevarla al descuido, como si se olvidara por las mañanas afeitarse, lo hacía ver más interesante. Su mente volaba siempre a esos tatuajes que escondía, los símbolos japoneses en el medio de su *eight pack*, la cruz en su bíceps derecho, el pez koi que ocupada casi toda su espalda. La frase gravada en su costado que decía:

"Dare to live[27]"

Connor sabía que no la llevaría a su casa esa noche, tenía que encontrar la manera de decirle que la necesitaba. Encendió el todoterreno y se encaminó directo a su casa en Chelsea. Soportaría los gritos de ella, pero la callaría con besos y caricias.

Ina deseaba poner en práctica aquella frase que tenía él tatuada, atreverse a vivir sin miedo a lo que sucediera, no estaba acostumbrada a repetir con ningún hombre. Su miedo a sufrir y a la pérdida la hacían huir de las relaciones estables. Una vez, Jean Piere le sugirió que acudiera a un psiquiatra ya que estaba seguro de que sufría de algo llamado Filofobia. Pensó que estaba loco y casi dejó de hablarle, siempre creyó que su amigo usaba aquella carta para recriminarle que no era capaz de quererlo de la misma manera en que él lo hacía.

Connor encendió el sistema de sonido y *Wait for me* de King of lions, se escuchó en el ambiente interrumpiendo el silencio.

Ina cerró los ojos por unos segundos tratando de relajarse, estaba cansada de salir corriendo todo el tiempo. El calor de la mano de su acompañante la hizo abrirlos de nuevo.

—Este no es el camino a mi casa—comentó ella en voz baja.

—Lo sé, vamos a la mía

—Connor…

—Te necesito, Paulina… —le contestó con voz ronca. Ella negó con miedo a lo que pudiera suceder y él agregó— Estoy dispuesto a esperar por ti.

Ella sonrió y se quedó pensativa todo el camino, no sentía nada igual desde que tenía dieciséis años y, en aquel entonces, pensaba que la vida podía vivirse sin límites. Ahora, estaba segura de que todo

tenía límites, conocía los suyos por eso le da miedo entregarse a una pasión, pues podía llevarla a un vórtice de destrucción, como el de un tornado que va destruyendo todo a su paso.

«Tengo miedo». Se dijo, cerró los ojos tratando de que sus pensamientos dejaran de atormentarla, que su mente quedara en blanco.

Lo deseaba de la misma manera.

Era el momento de ir un poquito más allá y se estaba volviendo loca por todo, necesitaba alcohol o drogas, quizás un poco de sexo podría ayudarla.

-10-

Connor estacionó el todoterreno sintiéndose nervioso, sin embargo, sonrió cuando se dio cuenta de que ella estaba dormida, no la obligaría a hacer nada que no quisiera, pero dentro de su ser lo embargaba la necesidad de sentirla. Por eso cerraría bien las puertas para evitar que pudiera escaparse. La cargó en sus brazos y se tensó cuando ella balbuceó:

—George…

«¿Quién carajos era George?», pensó lleno de celos ya que había averiguado su vida y estaba seguro de que Ina era soltera. Todo a excepción de los comentarios de Andrew, que indudablemente sería un grano en el culo sino encontraba la manera de alejarlo. Trató de olvidarse del nombre pues no era un hombre celoso, llegó a la conclusión de que podía ser un amigo. Ahora, ella estaba con él y ya se encargaría de borrarlo de su mente.

Subió los escalones de dos en dos con ella cargada, andaba con cuidado de no despertarla y que saliera huyendo.

Posó a Paulina entre sus sábanas de hilos de algodón egipcio, acarició su rostro y ella se removió un poco, despertándose.

—¿Dónde estamos? —preguntó Ina como un animalito asustado, se sentó y miró todo a su alrededor.

—Mi habitación.

—Connor, no… —titubeó ella, pero él llevó un dedo a sus labios para detenerla.

—Déjate llevar y cuando amanezca pensamos en las consecuencias.

Él se acercó a sus labios con miedo al rechazo, la besó con dulzura sintiendo ternura en la forma que ella cerró sus ojos.

Ina se dejó llevar como él pedía, entreabrió su boca para dejar que su lengua explorará. En ese momento se sentía tímida por lo que correspondió con la suya en pequeños movimientos. Connor gimió cuando lo atrajo hacia ella mientras sus brazos rodeaban su cuello. No obstante, los dos necesitaban sentirse más cerca, por eso la tomó por la cintura para sentarla a horcajas sobre sus piernas.

Él intensificó el beso, deseoso de poder acariciar cada centímetro de su piel, quería perderse en ella. Pese al deseo rompió el beso y posó su frente en la de ella, cerró los ojos negando pues no podía creer que estuviera con él. Se repetía en su mente que Paulina era la mujer correcta para él.

—Deja que tu piel y mi piel detengan el tiempo —le susurró Connor.

—Tengo miedo —le confesó Ina mientras acariciaba sus mejillas.

—Nada de lo que pasé esta noche debe darte miedo. —Suspiró—.

Quiero a la mujer que conocí en el club, quiero esa mujer que se entrega a mis caricias y que se deshace entre mis brazos.

—¿Dónde está Emily?

—Está con mis padres en Irlanda, estamos solos y quiero que te entregues una vez más. —Le dio un beso suave en los labios—. Entrégate, Paulina.

La petición de Connor fue como una orden para Ina, se levantó decidida a entregarse completamente a aquel hombre que la había hechizado con sus ojos. Se desvistió muy lentamente bajo la atenta mirada de él, que iba calentando cada centímetro que descubría.

Connor no podía creer que ella hubiera cedido a estar con él, si solo le regalaba esa noche la disfrutaría, para después recordarla para siempre.

Cuando la chica solo quedó en una hermosa tanga de encaje, no pudo quitar sus ojos de los turgentes pechos que se erguían llamándolo para que los disfrutara. Aquella morena de ojos azules era una diosa para él. Muchos pensarían que su piel había sido profanada por los tatuajes, sin embargo, ella era perfecta, era hermosa y sería de él.

—Eres perfecta… —comentó Connor con voz ronca.

—No, no lo soy —susurró ella sonrojada en respuesta.

Connor se quitó su cazadora y su camiseta, se despojó de los zapatos y medias quedándose descalzo. Ella no podía evitar mirarlo, ya que ese hombre parecía que había sido formado fuera de este mundo, todo su cuerpo era magro y lleno de músculos. El jean que llevaba caía perfecto sobre sus caderas, tuvo que tragar en seco puesto que sentía la garganta como el árido desierto, todo a causa del apetito de probar su piel.

Él se acercó lentamente y con la yema del dedo acarició perezosamente sus pechos para luego juguetear con sus pezones, apretándolos entre sus dedos, causando que diera un pequeño respingo. Poco a poco sentía como su sexo se humedecía con cada caricia y con la expectativa de lo que iba a suceder. El dedo llegó a la pretina de su tanga, mordió sus labios cuando en un arrebato sus manos volaron a la pequeña prenda y la rompió.

Sentía que era deseada y cada caricia despertaba en ella algo que estuvo dormido, no tenía miedo a sentir, porque él hacía que se sintiera a gusto estando en su presencia.

Connor se arrodilló frente a ella para tomar su pierna izquierda, la besó desde la punta de sus dedos hasta detenerse en la cara interna de su muslo, la sensación de sus besos con el roce de su barba excitaba cada vez más a la chica que dejó escapar un gemido cuando se detuvo para cruzar su mirada con la de ella.

—Esta noche deseo probar tus mieles, estoy sediento del dulce

néctar que emana de tu sexo. —Ella gimió obnubilada del placer—. Te deseo Paulina.

—Connor —pronunció su nombre casi en un susurro.

Llevó su rostro al Monte Venus y con su lengua se adentró entre sus pliegues. Los dos estaban al punto de la locura mientras él la azotaba con su boca, decidió prestar atención a su clítoris y penetrarla con sus dedos.

Ina sentía que sus piernas iban a fallarle, el placer la estaba enajenando y gemía descontrolada con aquella brutal arremetida mientras la sostenía fuerte con uno de sus brazos.

Connor la sujetó cuando sus piernas temblaron, subió la mirada para poder observarle y creyó morirse al verla entregada, su cuerpo estaba ligeramente arqueado mientras su cabeza caía hacia atrás. Cada gemido que emitía para él era como una perfecta escala de Sol, sus manos se cerraban en puños tomando mechones de su cabello. Metió otro dedo más al mismo tiempo que, sediento, chupaba y lamía.

La chica se estremeció y sus paredes comenzaron a contraerse en los dedos de su amante, explotó en un orgasmo que la hizo gritar, no pudo mantenerse de pie por eso tuvo que atraparla entre sus brazos. Se levantó para llevarla a la cama, al posarla sobre la misma se quitó con desespero el jean y el *slip,* se posó encima de ella abriendo sus piernas y lentamente se fue enterrando en su coño.

—¡Joder! —exclamó—. Eres tan apretada y húmeda. —Ella no respondió, solo cerró sus ojos para acostumbrarse a él, su polla la llenaba de tal manera que la hacía sentirse repleta. Connor bajó su rostro y mordió su labio, ella los abrió perezosamente y cautivado por su mirada le confesó—: Te deseo, Ina.

—Fóllame —le pidió ella al mismo tiempo que movía sus caderas.

Connor comenzó a moverse lentamente para poder disfrutar de cada penetración, bajó su rostro a sus pechos para morder sus pezones.

Ina enredó sus piernas a las caderas del hombre para corresponder a cada embate con pequeños movimientos, sus dedos se enterraban en su espalda provocando que él chupara con fuerza sus senos. Aquello era más que un polvo de una noche, los dos entendieron que estaba sucediendo la entrega de dos cuerpos deseosos e impacientes para lograr el éxtasis.

—Me corro —le anunció Ina entre gemidos y él solo aumentó sus penetraciones.

La chica no podía creer lo que estaba percibiendo en aquel momento, él la llevaba a un estado en donde solamente podía reinar el placer y olvidar lo que la atormentaba. Se corrió gritando su nombre. Connor solo esperó un poco para que se calmara para girarla y así penetrarla desde atrás.

—Me encanta tu espalda parece un hermoso jardín —le susurró mientras lamia su oreja.

—¡Más! —le pidió, pues era lo único que en ese momento pudo pronunciar.

Él obedeció, en aquella postura la penetración era aún más profunda y sabía que no iba a durar mucho tiempo, ella golpeaba su trasero contra su pubis correspondiendo sus embestidas. Sintió una presión en sus testículos y la tomó de las caderas para penetrarla con mayor rapidez.

—Acaríciate, Ina, estoy cerca —le ordenó con voz ronca.

Ella gimió llevando una de sus manos hasta su clítoris y le bastaron pocas caricias para explotar en un nuevo orgasmo que la hizo temblar y derrumbarse en la cama. Él la siguió en dos penetraciones más gimiendo su nombre, se derrumbó sobre ella besando aquel jardín intricando que se dibujaba en su espalda.

«Mía». Se dijo cuando ella besó su mano.

*****

Connor acariciaba la espalda de Ina mientras esta dormía plácidamente a su lado. Todavía no creía lo que había sucedido entre ellos, había sido increíble todas las sensaciones que despertó dentro de su ser. Aquella chica rebelde era todo lo que requería para sentirse vivo, ya que su audacia en la cocina lo sorprendía cada día más, la forma de tratar a su pequeña hija en el poco tiempo que se conocían y la manera en que se entregaba a él, era perfecta.

No dejaba de admirar aquel delicado tatuaje que era una hermosa enredadera que se conectaban con unas preciosas golondrinas de la vieja escuela, sin embargo, lo más llamativo era el lazo que estaba grabado en su vientre que de cerca podía leerse el nombre de “Clare”.

Esa noche él había descubierto a una Ina tímida y hasta insegura. Ella era un pecado, un delito de pies a cabeza, poseía unos ojos ilegales que tentaban al más santo de los hombres, toda ella inspiraba al pecado y él estaba más que dispuesto a condenarse por su cuerpo,

Le estaba regalando lo que tanto había anhelado, porque para él era una muestra de que la perfección existía. Sus manos bajaron disfrutando de sus nalgas cuando se removió de manera violenta. Connor frunció el ceño pensando que podría causarle una pesadilla a una mujer como ella. Ina comenzó a sollozar y balbucear cosas inentendibles, se acercó para susurrarle que estaba a su lado, mas no le dio tiempo pues se despertó gritando.

—¡Clare! —Ina estaba en un estado de inconsciencia que no lograba entender, esa pesadilla era nueva y era aterradora, en un primer momento no fue capaz de reconocer nada y casi se cae de la cama cuando alguien la trató de abrazar—. ¡Suéltame!

—Ina, soy yo —le dijo Connor preocupado—. Mírame, nena,

mírame…

Ella giró su rostro y lo observó negando desesperada con su cabeza, se levantó de la cama recogiendo su ropa; no debía estar ahí pues no podía ser feliz y aquel mal sueño era una muestra.

Él la siguió y la atrapó por la cintura, sintió como se tensó toda mientras se resistía pataleando un poco y rogando que la soltara. No iba a permitir que saliera de su casa tan aturdida, la intriga estaba sembrada y necesitaba descubrir la verdad de lo que afligía a aquella chica que se estaba metiendo en lo más profundo de su ser.

—Me tengo que ir —le suplicó entre lágrimas.

—Quédate, no puedes irte así…, por favor —le susurró con voz calmada.

Ella relajó su cuerpo mientras él la bajaba sin aflojar su agarre. Se estremeció rompiendo en llanto en sus brazos.

—Necesito ducharme —sollozó.

La llevó al cuarto de baño y la sentó en el borde de la tina para esperar que se llenara. Ina lloraba con impotencia y dolor, haciendo que creciera en su corazón el anhelo de poder protegerla, ya era tercera vez que la veía de esa forma, lo que confirmaba que algo escondía y que aquello la estaba afligiendo. Escogió sales de camomila y lavanda para relajarla, le ofreció su mano y con dulzura le pidió:

—Entra, Ojos Azules, vamos.

—Necesito estar sola —le contestó arisca.

—¡No! —Su voz retumbó en toda la habitación—. Si no me quieres contar está bien, sé que aún no confías en mí y lo entiendo, pero no pienso dejarte sola ahora.

Ina se estremeció por la intensidad de sus palabras, entró a la tina juntó a Connor y esperó que se sentará para hacerlo. Señaló sus piernas, cerró los ojos para hacerlo sin chistar, cuando la pegó a su pecho se le escapó un sollozo.

Toda la situación estaba matando de la curiosidad a Connor, no quería jugar a ser feliz con ella por no esperar el momento correcto. Creía que había llegado tarde a la vida de Ina, pues había confundido el amor con la compañía, quizás debió esperar un poco por su pequeña Blancanieves.

—No eres tú —susurró ella con voz apenada—. Soy yo, no puedo con esto, Connor, no puedo.

Le confesó su verdad a medias, sin embargo, él no iba dejarla irse tan rápido y la abrazó contra su cuerpo, cerró sus ojos al dejar un beso en su hombro.

—Confía en mí, puedo ayudarte —le pidió él con esperanzas de que se quedara a su lado.

—Esto vas más allá de una simple ayuda —le reveló Ina—. Nadie puede ayudarme y por eso te ruego que corras antes que te llenes de

mi mierda.

—No puedo, Paulina, porque desde que Claude te metió a trompicones a mi vida. —Respiró hondo—. No puedo dejarte ir.

Ella ahogó un sollozo y él solo la abrazó, quería conocer la verdad de aquella mujer y quererla. Mientras que Ina no podía creer que estaba demostrando ser vulnerable delante de aquel hombre, sabía que estaba pérdida desde que entró a su vida. Nada de lo que hiciera parecía asustarlo y para muestra ahí estaba ella llorando en sus brazos. Esa noche había soñado con su hija y su mente le jugó la mala pasada de hacerla creer que estaban juntas, al principio creyó que soñaba con su hermano y ella, sin embargo, cuando la niña cayó al suelo tenía el rostro desdibujado y lleno de sangre. Aquello no era normal pues las pesadillas se estaban volviendo frecuentes, mientras ella solo añoraba encontrarla para ser felices juntas.

«Me estoy volviendo loca, muy loca». Se repetía en su mente.

Connor no quería romper la conexión, sin embargo, la impotencia estaba dominando sus emociones, pues la manera en que ella lloraba en silencio y su cuerpo se estremecía, lo hacía suponer tantas cosas. Sabía que había consumido drogas, no era nadie para juzgarla puesto que llegó a Inglaterra porque sus padres huían de los errores que él mismo había cometido en los Estados Unidos.

—Tienes que dejar que te ayude —le rogó.

Ina negó vehementemente pues estaba segura de que nadie podría hacerlo. Esa noche necesitó más que nunca drogas, sabía que todavía le quedaba un largo camino ya que la búsqueda solo estaba iniciando. Solo pedía un poco de paz para lograr su objetivo.

*****

El sonido insistente de un móvil los despertó, ella se había dormido al fin luego de casi dos horas en la tina. Salió disparada de la cama al reconocer el tono.

—*¡Merde, merde!* —repitió Ina en francés—. ¡Donde está el maldito móvil! *¡Dammit[28]!*

Al encontrarlo maldijo al ver que tenía setenta llamadas perdidas de su abuela y su hermano. Connor la observaba divertido mientras ella marcaba el móvil con destreza y esperó mordiéndose las uñas a que David atendiera.

—Paulina, ¿dónde diablos estás metida? —le gritó por teléfono—. Júrame que no tengo que ir a buscarte, la abuela se está volviendo loca.

—David, lo siento… *¡Merde!* —contestaba mientras negaba, ya que quedarse con Connor fue un error a todas luces—. Ya voy a casa.

—¿Y es qué no piensas trabajar? —le preguntó molesto su hermano.

—Sí, pero debo ir a casa… ¡David, joder! No tengo quince años…

—le reclamó contrariada.

—Lo siento hermanita, pero tu historial te precede y mi abuela está molesta.

—Voy saliendo.

Cortó la llamada para comenzar a vestirse apurada. Connor se levantó completamente desnudo mostrando su erección matutina. No la dejaría salir de la casa y tampoco pensaba hacerlo él, se acercó y tomó el móvil de sus manos.

—Lo siento, no vas a ir a ninguna parte.

Ella tragó en seco cuando la tomó de la cintura y la besó apasionadamente. Aquel hombre le quitaba cualquier rastro de cordura a Ina.

*****

David llegó a la oficina de su mejor amigo hecho una furia, nada de lo que hacía podía sacarle a Lorraine de la mente, aquello lo estaba matando. Encontró a Andrew sumergido entre papeles y casi soltó una carcajada sarcástica.

—Hombre, ¿qué haces aquí? —le preguntó Andrew al verlo en horas de oficinas por el club.

—Necesito un momento de respiro y un buen trago de ginebra —le contestó.

Andrew asintió y abrió con unos botones la gaveta donde guardaba sus reservas. Puso dos vasos enfrente y los sirvió con ginebra.

—¿Lorraine? —le preguntó alcanzándole el vaso a su amigo.

David se bebió el vaso de un solo trago, era todo lo que sucedía a su alrededor. Su abuela ocultando la verdad sobre Clare, Paulina durmiendo fuera de casa y haciendo Dios sabe qué cosas, sin embargo, también estaba aquella rubia de piernas kilométricas que deseaba más que a nadie en su puta vida.

—¡Todo, es todo! —le confesó a su amigo—. ¿Te has acercado a Ina?

Andrew está vez fue el que se tomó el trago de golpe, no lo había intentado y ella huía de él, la conocía, sabía que acosándola no lo lograría nada. Se había quedado como piedra cuando le pidió en un mensaje que olvidara el asunto del nuevo empleo.

—Nada, ella nunca me verá con eso ojos —le contestó—. Tu hermana me ve como un hermano, quizás un amigo cercano, en cambio en tu caso es diferente.

David se levantó y tomó la botella para destaparla, le dio un trago de morros olvidándose de sus modales de caballero.

—No es tan fácil, ella es la mejor amiga de mi hermana y la nieta de mi socio. —Suspiró—. Ella cree que sería bueno follar conmigo y no creo que sea necesario explicarte que a mí no me va el sexo

monógamo.

—Proponle lo que deseas y verás que puede sorprenderte —le respondió Andrew, se acercó a su amigo con un dosier en la mano y se lo entregó. —Tuve que sobornar a mucha gente y cuando leas que sucedió con Clare, no te va a gustar.

Andrew amaba a Paulina desde que tenía conciencia, era la mujer que sus padres habían escogido para él, no obstante, el asunto no iba de eso pues era más y siempre lo fue, se enamoró de la Paulina que siempre los perseguía de niña, la adolescente rebelde que ya dejaba entrever su belleza y ahora, de la mujer en la que se había convertido. Conocía sus demonios y no la juzgaba, deseaba que ella lo dejara entrar para demostrarle su amor, fue por eso que cuando su amigo le pidió ayuda para buscar a su sobrina no lo pensó dos veces. Aquello que acaba de descubrir cambiaría la vida de todos y quizás era el punto en donde perderían.

—¡Santo Cristo! —David exclamó sentándose de golpe—. ¡No puedo creerlo!

—Yo tampoco… —le contestó.

—¿Cómo le cuento la verdad a mi hermana? —David se preguntó en voz alta, se sentía derrotado y frustrado—. Esto la matará.

—No puedes contárselo. —Andrew se acercó y le arrancó las copias del dosier—. Esto nunca lo leímos —le dijo mientras lo destruía.

*****

El detective tomó el fajo de billetes que le habían tirado, ya había forzado los registros que le había entregado a Andrew Britt. La suma que le habían ofrecido superaba con creces lo que el hombre pagó, asintió conforme a su acompañante, que se bajó satisfecho con una sonrisa maléfica dibujada en sus labios.

-11-

—Estoy alucinando —dijo Lorraine con sorna al ver a Paulina—. Me estás honrando con tu presencia, alteza. —Le hizo una reverencia.

—¡Cállate, idiota! —le contestó ella poniendo los ojos en blanco mientras se tiraba en el sofá de su mejor amiga— He pasado el día follando con Connor Bellamy —le confesó afligida.

—¡Cristo santo, Ina! —exclamó alucinada Lorraine—. Cuéntame todo.

—Lorraine, soy un desastre —comentó asustada.

—No lo eres —contestó su amiga y se sentó a su lado—. Ahora cuéntame todo y después te auto flagelas.

Ina le contó y desnudó nuevamente su alma mientras le relataba las pesadillas, todo lo que había sucedido desde la última vez que se encontraron. Delante de Lorraine podía aceptar que sufría de miedo, ansiedad y muchas veces de depresión, todo eso unido la llevaba a dos cosas: drogas y tener relaciones sexuales desenfrenadas. No, ella no se auto flagelaba, sabía que era lo que se sentía.

Un pedazo de mierda.

—Ina, te estás presionando y no tienes la culpa de nada —expresó preocupada Lorraine al terminar Ina.

—Claro que sí, todo lo que sucede es por mi culpa —contestó.

—Amiga, nadie quisiera vivir la vida que te tocó y te entiendo, pero… —titubeó Lorraine, estaba cansada de ver a su amiga así, por lo que prefirió decirle lo que pensaba— No es tu culpa la muerte de tus padres, pasó y ya. Tampoco es tu culpa que tu abuelo fuera un maldito hijo de perra. —Suspiró—. Tampoco puedes culparte de las depresiones que sufría George, no puedes culparte de una decisión que no fue tuya y que con cualquier cosa que sucediera él la iba a tomar.

—Estoy vagando como una sombra y esa es mi maldición por hacer las cosas mal —sollozó.

Lorraine abrazó a su amiga, pensó muy bien sus palabras, no deseaba que su amiga pensará que no la apoyaba, pues odiaba mirarla de esa manera y ya era hora que se perdonara para dejar ir todo.

—Ina, quizás lo que voy a decir no te va a caer bien, pero creo que debo decirlo. —Suspiró—. Ya no puedes vivir así y no lo voy a permitir, tengo una investigadora privada que se parece a Jessica Jones, la de Marvel. Ya basta de ser la víctima y si Connor te hace feliz, disfruta del momento. George se iba a suicidar, estuviera Clare o no contigo y todos sabíamos que él sufría de depresiones.

—Lorraine…

—Nada Ina, lo otro es que tienes que mudarte porque por más que quieras a Sarah, debes cortar el cordón umbilical, puesto que esa casa te afecta y te enloquece.

—Tengo miedo —le confesó.

Lorraine se separó de ella e hizo que observara.

—No lo tengas, pues ninguno de los que te amamos te dejará caer y de eso puedes estar más que segura —le dijo y secó las lágrimas a su amiga—. Llama a Sarah, hoy te quedas aquí y mañana me pongo a buscarte un *loft.*[29]

Ina le hizo caso a su amiga, llamó a su abuela y le comunicó que de nuevo dormiría con Lorraine. Era una mentira para justificar su falta de la noche anterior y tranquilizarla. Ella misma necesitaba serenarse para pensar mejor todo lo que estaba sucediendo a su alrededor. Confiaba en su amiga y en cuanto a lo de la detective que le nombró, le contó que era una mujer ruda que le sacaba información a todos y que creía que encontraría a Clare en un abrir y cerrar de ojos. Esa noche recordaron su juventud, comieron palomitas con *Nutella*, tomaron *Coca-Cola* con sabor a vainilla mientras veían al famoso Capitán Jack Sparrow y a Will Turner en Piratas del Caribe.

Ina sentía la calma que necesitaba, por primera vez, creyó que quizás el momento de ser feliz había llegado.

*****

Connor estaba haciendo la tarta de manzana cuando Ina entró como un torbellino a la cocina. Ella al encontrarlo con las manos metidas en la masa, no pudo evitar esbozar una sonrisa y se acercó para darle un beso en los labios que sorprendió al hombre.

—Buenos días —le susurró ella cerca del oído y añadió— Me encanta verte cocinar.

Connor cerró los ojos y retuvo un gemido, aquella chica no dejaba de sorprenderlo pues esa pequeña muestra de cariño le demostraba que había bajado una de sus barreras.

—Ven aquí —le pidió tomando sus mejillas sin importarle mancharla con harina.

Ella se acercó y ambos se dieron un beso apasionado, no les importaba quién pudiera entrar en ese instante. A ella no le afectaba nada y él solo deseaba besarla.

Ina se abrazó a su cuello alzándose en puntas, estaba decidida a escuchar su corazón y aquello era el primer paso de muchos que tenía que dar. Rompieron el beso y él posó su frente en la de ella.

—¿Qué significa esto? —le preguntó consternado.

—Significa una vuelta de hoja, solo te pido un poco de paciencia —contestó con voz ronca.

—La tengo y ahora vamos a cocinar, por ahora mantengamos esto fuera del trabajo.

Ina asintió y fue hasta su estación a realizar las recetas de ese día.

Markus dio media vuelta y pensó antes de entrar a la cocina, lo había observado todo y le enardecía que una vez más Connor

estuviera ganando terreno. Aquella chica le gustaba más que nada en el mundo, además que era perfecta para posicionarse en aquella sociedad tan cerrada. Marcó su móvil y cuando escuchó la voz de su antigua amante le dijo:

—Hora de volver, Diane…

*****

En la hora de descanso Connor llamó a Ina a su despacho, intrigada por la seriedad con que se lo pidió se apresuró a ir. Tocó dos veces y cuando escuchó que podía pasar abrió la puerta con cuidado pero no lo encontró, sin embargo, una mano tomó su muñeca y la haló dentro de aquel espacio. En un acto de desespero él la llevó contra su cuerpo y trancó la puerta, acorralándola entre la misma y sus brazos.

—Muero por enterrarme dentro de ti… —susurró en voz ronca.

Ella percibió como su sexo se humedecía, aquello le parecía erótico. No obstante, él no esperó su respuesta y se abalanzó sobre ella deseoso por probar de nuevo sus labios. La chica no pudo evitar gemir y abrazarlo pues sentía lo mismo que aquel hombre, se estaba dejando llevar por la atracción que sentía por él y no estaba dispuesta a pensar las consecuencias.

Connor la aupó y ella enredó las piernas en su cintura, sin despegar sus labios la llevó hasta el sofá. Se sentó con ella encima disfrutando del beso apasionado, sabía que no debía follarla dentro del restaurante, pero no podía negar que lo deseaba. Le quitó la chaquetilla y gimió al encontrarse un top rosado que hacían ver sus pechos más abultados, ella lo imitó encontrándose con su torso perfecto, con su uña recorrió la pequeña separación entre sus abdominales y mordió sus labios excitada.

—*Beau* —susurró “hermoso” en francés.

Connor sonrió porque no se consideraba hermoso, más bien creía que era el típico chico americano. No, aquí la hermosa y perfecta era ella.

— *Non, tu es la belle ici* [30] —contestó en francés.

La chica se sonrojó y se sorprendió al saber que él también hablara francés, puesto que ella normalmente usaba los dos idiomas. Quiso ir más allá por el morbo que reinaba en el ambiente y le exigió:

—*Baise moi.* [31]

—Tú deseos son órdenes… —contestó en voz ronca.

Se levantó y la desvistió lo más rápido que pudo, mientras también se despojó de su ropa. Ina gimió al ver su polla erecta y dura que se erguía llamándola, en el capullo se notaba las primeras gotas de líquido preseminal y deseaba corresponderle las veces que le había regalado el placer del sexo oral. Sin pensarlo se arrodilló frente a él y la tomó entre sus manos

—Nena, ahora no…

Ella no lo escuchó y se metió en la boca el miembro viril, lo llevo completo hasta el fondo de su garganta, respirando para no provocarse una arcada.

Connor gimió y lanzó su cabeza hacia atrás cuando sintió sus labios mullidos recorriendo su polla de arriba abajo.

Ella disfrutaba escuchar los gemidos de placer del hombre, porque ella era la causa de ese goce, tomó sus testículos y los acarició mientras que con su otra mano se ayudaba para acariciar el miembro. Lo deseaba y quería que él también llegará en su boca, sentir en sus cabellos sus manos tratando de indicar el ritmo en el cual la deseaba.

—¡Joder, Paulina! —exclamó muerto de placer—. ¡Me matas! — Esas palabras eran suficiente para que siguiera en aquella tortura placentera. Connor se tensó y le avisó—. ¡Para, que me voy a correr!

Ella ignoró y él se corrió en su boca luego de dos arremetidas más. Ina tragó su semen y se limpió con su lengua los labios.

Connor la alzó y la besó, sin embargo, no estaban en sus planes parar y la llevó hasta el sofá. Le giró y la penetró desde atrás con sus dedos, el morbo y el placer hacían que su polla poco a poco volviera a estar erecta.

—¡Joder! —exclamó extasiada al sentirlo dentro.

—Estás tan húmeda, tan apretada y lista que me muero —le susurró al oído.

—Te quiero a ti —le exigió Paulina.

Él se tocaba para estar listo para ella, cuando ella se corrió en su mano estuvo listo y la penetró. Los dos estaban completamente ciegos ante el placer que sentían. La penetraba con fuerza y ella correspondía gimiendo, moviendo sus caderas al ritmo de las arremetidas y pidiéndole más. Los dos olvidaban en donde estaban, tampoco les importaba ya que se deseaban, aquello solo era una muestra de lo que estaban sintiendo.

—Me corro, Connor —le avisó ella con voz ronca.

—Dámelo, nena, vamos —le pidió él bajando su mano hasta su clítoris.

Lo acarició varias veces y ella se corrió ahogando un grito de placer, él la siguió derramándose de nuevo dentro. Los dos se quedaron respirando entrecortadamente y con los corazones latiendo a mil por hora.

Para Ina había sido el mejor polvo de su vida y para Connor el inicio de una relación a la que pensaba no tendría vuelta atrás. Le dio un beso en el hombro y salió de ella con cuidado. La chica no pudo evitar gemir y sintió como su semen corría por sus muslos. Él entró al baño y salió con toalla húmeda.

—Voy a limpiarte, siéntate por favor —le ordenó

Ella se sentó y él se agachó frente a ella para limpiarla con

delicadeza, el paso de la toalla era como una caricia que la hacía temblar.

—Gracias —dijo avergonzada por el gesto.

—Es mi deber y placer —le contestó él concentrado, al terminar acarició el lazo que ella tenía tatuado, lo que hizo que Ina se tensara —. No te voy a preguntar, cuando estés lista sabes que estoy aquí.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas y asintió, no sabía si algún día estaría preparada para contarle su historia.

Él se sentó a su lado y la besó para que olvidara sus tristezas, para que los sueños que tuviera a su lado fueran hermosos, para que dejara atrás las pesadillas. Connor sabía que aquella chica lo estaba enamorando y estaba dispuesto a amarla, porque el amor puede sanar las cicatrices más profundas de nuestros corazones.

«Paulina, la que me estás domesticando eres tú», pensó recordando al Principito.

Cuando ella se relajó le ayudó a vestirse, las miradas de curiosidad no pasaron desapercibidas para ellos al entrar de nuevo a la cocina, no tenían que dar explicaciones de su vida pues eran dos adultos. Esperaban poder separar el trabajo de lo personal, ya que estaban dispuestos a estar juntos.

Celines los observó con ojos llenos de odio, tenía que calmarse o la mataría ahí mismo. Se dio media vuelta para seguir conversando con el nuevo mesero, mientras en su mente elucubraba una manera de separarlos. La ocasión perfecta era el cumpleaños de la hija de Connor, la pequeña bastarda, si algún día se casaba con él la enviaría a un internado en Suiza, sin embargo, ella era la menor de sus preocupaciones, su problema era aquella mujer de sangre noble que había llegado para trastocar sus planes y tenía que alejarla pronto de ahí.

*****

Sarah estaba tomando su acostumbrado té con unas pastas que había horneado Ina en su día libre. Creía fervientemente que ella pronto emprendería el vuelo como un ave libre, por eso rogaba al cielo que nunca le preguntara sobre Clare. Se encontraba arrepentida de guardar aquel secreto por tanto tiempo, sin embargo, estaba convencida que una dulce mentira era mejor que una verdad que la destruyera. No podía creer que su difunto esposo hubiera sido capaz de tal atrocidad y le dolía en el alma que lo confesara solo antes de morir. Su pobre nieta no iba estar preparada para continuar su vida después de aquella verdad.

«La voy a perder», era lo único que se repetía y ya estuvo a punto de perderla, no quería repetirlo de nuevo pues la adoraba más que a nada en el mundo. Paulina era la viva imagen de su madre, su cabello negro y sus ojos azules, su hijo diría que hasta el carácter irreverente.

Aquella chica había nacido para triunfar, quizás su vida se trastocó ya que le tocó vivir tragedias y no alegrías a tan corta edad. Ella era como el humo que se te escapa de las manos, efímero al tacto.

David entró azotando la puerta de la habitación, estaba lleno de rabia y deseaba más que nada en el mundo solucionar todo. Nunca había pensado que sus abuelos tuvieran una mente tan maquiavélica, estaba decepcionado y al ver a su abuela se olvidó de los años de crianza.

—¡Lo sé todo! —le gritó con rabia.

A Sarah esas palabras le paralizaron el corazón y sintió como un vahído la alejaba de ahí. David se asustó al mirar como su abuela caía lentamente ante sus ojos. Ella no podía morirse, necesitaba que dijera la verdad, no podía irse a la tumba guardando el maldito secreto que había destruido a su familia.

—¡Abuela! —gritó y corrió a su lado.

Trató de socorrerla, pero Sarah había perdido el conocimiento, pues todo aquello significaba perder lo que más amaba en el mundo.

*****

Alan entró a la cocina y buscó a su hermano, no sabía cómo comunicarle que Andrew había venido por Ina y menos como iba a tomar la noticia la chica. Tragó en seco cuando lo encontró junto a ella cocinando, no, aquello no iba ir para nada bien. Respiró profundo y le hizo señas para que se acercara.

Connor al darse cuenta del semblante serio de su hermano decidió ir a su lado, le dio un beso en la mejilla a la chica que se sonrojó por la muestra de cariño y fue hasta donde él lo esperaba.

—Dime.

Alan carraspeó.

«¡Joder solo a mí me toca esto!», pensó este sabiendo que en breve se armaría la de San Quintín en aquel sitio.

—Quiero que tomes lo que te voy a decir con calma… —le dijo alzando una ceja y Connor no le quedó de otra que asentir—. Andrew está aquí y vino por Paulina.

—¿Qué? —preguntó molesto.

—Cálmate viejo, porque la cosa no termina ahí. —Respiró hondo —. A la abuela de Paulina le dio un infarto.

—¡Cristo! —Connor negó y le dijo a su hermano— Tienes que decirle que yo me encargo y que se largue.

—Connor, no creo que sea prudente.

—Me importa una mierda la prudencia.

Connor se giró y fue hasta donde Ina terminaba de servir uno de los platos. Se acercó y le pidió que lo siguiera hasta el salón de descanso.

Ella se quedó mirándolo sorprendida y pensó, «Este hombre no se

cansa de follar.» Lo siguió y entraron en silencio a la sala. Él no sabía cómo decirle aquella noticia y estaba seguro de que la chica no tomaría lo que pasaba de la mejor manera. La puerta se abrió de golpe y Andrew entró seguido de Alan.

—Este no es tu asunto, Bellamy —gritó molesto Andrew a Connor.

Sorprendida por el momento, Ina no dejaba de mirar a su amigo.

—¿Andrew qué sucede?, ¿te has vuelto loco? —inquirió incomoda.

—Britt, este no es tu local, así que sal —contestó Connor entre dientes.

—Esto es familiar —zanjó Andrew el tema.

Alan e Ina miraban confusos aquella pelea, sin embargo, a ella no se le pasó desapercibida la palabra "Familiar". Eso la asustó y se metió en el medio de los dos, se giró hacia Connor y le acarició la mejilla, sonrió para que entendiera que no debía temer.

—Yo puedo resolverlo —le expresó para calmarlo. Andrew observó aquel gesto y creyó morirse, no podía ser que por segunda vez escogiera a otro en vez de a él—. ¿Sabes qué sucede? —le preguntó a Connor mirándolo a los ojos.

—Es tu abuela —contestó tomándola de la cintura y la abrazó fuerte contra su pecho, cerró los ojos y le dijo— Tenemos que ir al hospital porque sufrió un infarto.

Ina se tensó toda y se separó de él girándose para ver a Andrew, este asintió en señal de confirmación, sin embargo, no podía creerlo. El destino de alguna manera la jodía cuando intentaba ser feliz, buscó sus cosas y paso en el medio de los tres hombres.

—Paulina, voy contigo —le participó Andrew.

Ella se detuvo a un lado de Alan y apretó sus puños molesta. No era momento que ninguno de los dos marcara territorio, menos cuando ella no deseaba nada con Andrew.

—Andrew, te agradezco que vinieras y esto va para los dos, no soy ninguna perra a la que tengan que mear para marcar territorio. —Se giró molesta—. Vamos, Connor.

Ella salió del restaurante y se detuvo de golpe pues estaba lloviendo, sabía que lo que había hecho era una elección bastante clara de a quién estaba escogiendo.

Connor la alcanzó y la tapó con su cazadora hasta subirse en el todoterreno, lo encendió y arrancó bajo la atónita mirada de Andrew.

—Me escogiste —susurró Connor.

—Creo que te escogí desde aquella noche en el club.

Ina estaba segura de que aquella era la decisión correcta, pero ahora le rogaba al cielo que su abuela estuviera bien. Quería creer que era un simple susto por su edad, un llamado de atención para cuidarse

más.

«No se puede morir sin decirme la verdad», de dijo en su mente preocupada por perder una oportunidad de encontrar a su hija.

*****

David caminaba de un lado a otro sintiéndose culpable del estado de su abuela. No era más que un susto que casi la mata, todavía no podía creer que el secreto de su abuelo iba a terminar de destruir a la familia Ferguson.

Ina entró corriendo y se lanzó a los brazos de su hermano, este se sorprendió de verle entrar con su jefe y no con Andrew.

—¿Está bien la abuela? —le preguntó con voz preocupada.

—Fue solo un susto, pero ahora hay que evitarle otro disgusto. —Besó su cabello y le preguntó—: ¿Y Andrew?

—No sé y te agradezco que la próxima vez no lo envíes de emisario —le contestó molesta, tomó la mano de Connor y le dijo—: Te presento a Connor Bellamy, el dueño del restaurante y un amigo.

David sabía que aquello era un desafío y lo peor del caso que no podía hacer nada, negó y le ofreció la mano al chef.

—David Ferguson.

—Connor Bellamy —le respondió este—. Ina, voy a estar aquí, por si acaso me necesitas.

Ella asintió y llevó lejos a su hermano, le aplicó tercer grado para saber qué había sucedido, sin embargo, este solo le daba respuestas esquivas. Discutieron por casi veinte minutos en donde su hermano no espero para recriminarle que estaba saliendo con su jefe.

—¿Te has vuelto loca? —le preguntó David—. Ese hombre no te conviene.

—¿Pero Andrew sí?

—Ina, no te vayas por ahí porque Andrew es la persona en quien más confío y deberías darle una oportunidad, después de todo hay un arreglo.

Ina no podía creer que su propio hermano sacara el famoso compromiso, negó alucinada y le contestó molesta:

—Mira David, metete en tu lindo cerebro que no me voy a casar nunca con Andrew y ahora llévame a dónde está mi abuela.

Connor miraba de lejos la discusión de los dos hermanos, sabía que no la tendría fácil con la familia de Ina y además tenían que encontrar la manera de contarle que aún seguía casado con Diane. Le daba terror que aquella verdad fuera el detonante de su ruptura, tenía que buscar a su exmujer e iniciar los trámites del divorcio, ya que ella le había cedido la custodia de Emily. Era una locura aquello que rondaba en su mente.

«Con Paulina podemos formar una familia».

Ya las cartas estaban echadas, era todo o nada, parecía que ella lo

había entendido y el gesto de escogerlo a él para venir al hospital le daba las esperanza para continuar luchando para conquistarla.

-12-

Ina se había quedado dormida esperando noticias de su abuela sobre el regazo de Connor, el que no dejaba de admirar lo dulce que podía ser aquella chica.

David por su parte miraba sorprendido la escena, sabía que su hermana se había negado al amor desde la muerte trágica de George, no obstante, observarla de aquella manera con un hombre que apenas conocía era como un milagro, se cruzó de brazos y amenazó a Connor:

—Ella es todo lo que tengo y soy capaz de matar si alguien le hace daño.

Connor asintió y prefirió callar, ya que no sabía si aquello era una bendición o una amenaza. Acariciaba el cabello sedoso de la chica que parecía estar de cierta manera cómoda en sus piernas. No pensaba moverse de ahí a menos que ella se lo pidiera.

—Ina no puedo, lo siento tenemos que decir la verdad —le expresó George molesto mientras caminaba por el parque de un lado para otro—. No puedes asumir todo lo que sucede.

—No puedes dejar Oxford, mi tío me odiaría —contestó ella entre lágrimas.

George se arrodilló al frente de ella y sonrió triste, limpió su cara bañada de lágrimas para darle un beso casto en los labios mientras le susurraba:

—Si me amas tienes que dejarme ir, tienes que dejar ir a Clare…

Las manos de George se tiñeron de sangre y a su lado apareció una pequeña de cabello negro que tenía ojos oscuros y vacíos.

—Mamá —dijo.

—Clare… ¡Clare! —sollozó Ina desesperada.

—Es mía… —le gritó George riendo.

Ina se despertó alterada en las piernas de Connor, cruzó su mirada con la de su hermano que la observaba con preocupación.

—¿Estás bien, Renacuaja? —le preguntó David.

Ella negó y se levantó corriendo a vomitar en la cesta de basura que estaba en la sala de espera. Los hombres se levantaron para socorrerla.

Connor le tomó el cabello preocupado, le partía el alma observar que aún la perseguían las pesadillas. Le urgía estar a solas con ella y saber que era todo lo que la atormentaba, deseaba ayudarla y sanar su corazón. Estaba perdido, pues se estaba dando cuenta de que era tarde y se había enamorado de la chef.

Ina no podía con aquellas pesadillas y necesitaba contárselas a alguien, se sentó en el piso, pero Connor la tomó y la alzó en sus brazos para cuidar de ella.

—Vamos a casa —le dijo con voz ronca.

—Ina… —la llamó su hermano. Ella despegó su rostro y lo observó bastante conmocionada. David sabía que eso era una pequeña muestra de lo que podía suceder cuando supiera la verdad—. Ve con él, cuando la abuela reaccione te llamaré.

Ina asintió y Connor pasó al lado de David, no obstante, este lo detuvo un segundo para darle una mirada de advertencia. El chef no pudo evitar poner los ojos en blanco y salió de la sala de espera para llevarse a casa a su chica.

«Mi chica, Paulina es mi chica», se repetía mentalmente.

La subió al todoterreno y se preocupó al ver lo pálida que se encontraba, quizás era mejor dejarla en el hospital para que la revisaran, acarició con ternura el rostro de la chica y le dijo:

—Te sentirás mejor en casa. —Paulina tomó su mano y la besó.

—No tengo casa —le respondió y por primera vez pronunció esas palabras después de tanto tiempo, porque ella sentía que había perdido su hogar el mismo día que perdió a sus padres.

—Ahora mi casa es tuya, porque tu lugar está a mi lado —le expresó Connor seguro y bajó su rostro hasta el de ella para darle un beso en la nariz—. Esperaré por ti.

Ina se quedó dormida de nuevo y él se sentía el guardián de sus sueños, quería ser todo para ella pues deseaba con todas sus fuerzas borrar aquellos recuerdos que la atormentaba. Se estaba convirtiendo en algo más en su vida, lo supo desde el mismo instante que la vio por primera vez, que Paulina Ferguson era la mujer para él y estaba más que seguro que él sería el hombre de su vida. Una familia, eso formaría al lado de ella y su pequeña Emily, quizás tener dos pequeños que correrían junto a su hermana en el Orange. Llegó a su casa y estacionó junto a su moto apagando el motor del todoterreno, se le partió el alma el pensar en despertarla. Decidió que la dejaría descansar y la cargó llevándola hasta el interior. Se quedó frío al encontrarse a sus padres tomando café sentados en el salón y junto a ellos estaba su hermano que esbozó una sonrisa.

—Vamos a dormir —anunció.

Sus padres asintieron mientras él subía las escaleras, acostó a Ina en su cama e hizo lo mismo a su lado. La atrajo contra su cuerpo para abrazarla a su cuerpo, besó su coronilla susurrándole:

—Velaré por tus sueños, pequeña.

*****

Ina se removió cuando las ganas de orinar ya eran insoportables, trató de levantarse pero un inmenso abrazo la retenía, abrió los ojos y se encontró con Connor que dormía a su lado, con mucho cuidado se desprendió de su agarré para ir al baño. Al terminar se lavó el rostro y

recordó la pesadilla, a su abuela y la razón del porqué estaba en casa de Connor. Salió cuando escuchó la voz de este llamándola.

—Estaba en el baño —le dijo cuando la tomó por la cintura y la abrazó.

—Pensé que te habías ido de nuevo —le respondió.

Puso su mano sobre el pecho de Connor y así sentir los latidos de su corazón. Todo aquello era real, deseaba poder retener el tiempo en esos instantes y no salir de la burbuja de tranquilidad.

—Prometo que no volverá a suceder —le juró con seguridad.

Connor tomó su mentón e hizo que lo mirara, necesitaba mirar aquellos ojos azules que lo hacían retener la respiración. Ahí estaba ella con los ojos apagados, con la sonrisa triste y con él, pero ya se encargaría de hacerla sonreír de nuevo, estaba con él y ese era el primer paso.

—¿Quieres comer algo? —preguntó con ternura mientras acariciaba los labios de la chica.

—No —le respondió ella separándose y agregó—: ¿Puedes llevarme a cambiarme?

—Sí, deja que me dé una ducha rápida y te llevo a donde quieras. —Se acercó a ella de nuevo y le dio un beso casto en los labios—. Te aviso que mis padres están abajo.

La puerta se abrió de golpe y un ventarrón pequeño llamado Emily entró riendo. La niña al ver a Ina corrió a su lado y se abrazó a sus piernas.

—¡Inaaaaaaaaaaaaaaa! —la llamó con tanta emoción que se le formó un nudo en la garganta.

Connor se quedó en el rellano del baño observando la interacción, esta sería su manera de domesticarla y sabía que ese terreno lo tenía ganado con su hija. Ella se agachó a la altura de la pequeña y la abrazó.

—Me tienes abandonada —comentó fingiendo estar dolida.

—Estaba visitando los *Hightlanders* con los abuelos, pero yo no sé qué son esos —le respondió con sinceridad. Ina esbozó una sonrisa y le tocó la nariz, se quedó de piedra cuando la niña le preguntó—: ¿Eres la novia de mi papá?

Connor alzó una ceja divertido esperando su respuesta y ella pasaba su mirada de la niña al hombre. Él se cruzó de brazos esbozando una sonrisa que le hizo encoger el estómago.

—A ver, Ina, dile a Emily que somos —le apostilló divertido.

Ina sonrió y no pudo evitarlo pues, aunque estaba acorralada, le divertía aquella situación. No pudo impedir que el sentimiento se opacará pensando en su pequeña hija, se la imaginaba así de dicharachera como la pequeña Emily.

—Bueno nena, verás tu papá y yo… —Suspiró—. Bueno, sí, somos

algo así como novios.

—¿Cómo es eso? —le preguntó la niña cruzándose de brazos.

—Si yo tampoco entiendo —agregó él divertido ganándose que ella lo fulminará con la mirada.

Ina suspiró pues aceptarlo sería un arma de doble filo, sin embargo, había decidido intentar ser feliz y este era el primer paso de muchos.

—Bueno, sí, somos novios —le respondió, la niña aplaudió feliz y Connor ensanchó su sonrisa y guiñó el ojo.

«No puedo creerlo, soy su novia… es oficial».

«Ahora es mi chica, mía», se dijo él entrando al baño y dejando a sus dos mujeres hablando en la habitación.

*****

Después de conocer a los padres de Connor y de tomar un pequeño *brunch,* los dos fueron a la casa de Ina para que se cambiara la ropa. Él no deseaba despegarse de ella ni un solo momento y ella se sentía protegida por esos pequeños instantes.

Para Ina significaba muchísimo aquellos pequeños gestos, que estaban causando que aquel corazón lleno de miedo se atreviera amar. Al llegar al hospital lo inevitable estaba por pasar, pues la entrada estaba repleta de paparazis y ella tenía que sortearlos.

—*¡Merde, Merde!* —gritó asustada cuando los vio—. No estoy preparada para esto… —susurró.

Connor tomó su mano y le sonrió para tranquilizarla, porque a su lado podría enfrentar cualquier cosa, siempre estaría para apoyarla.

—Vamos a entrar juntos, así que no tengas temor —le dijo dándole un beso en los labios.

—¿Qué? No, Connor, porque si nos ven juntos van a vincularnos y te juro que no quiero traerte problemas. —Suspiró—. Eso haría que se apostaran en tu casa, en el restaurant y en todas partes.

Él tomó sus mejillas y le dio otro beso un poco más profundo para que se calmarla. Ella gimió y se dejó llevar por la sensación de paz que le brindaba. Rompió el beso y pegó su frente a la de ella con los ojos cerrados, aunque había aceptado delante de Emily que era su chica, no se lo había pedido por eso tomó una respiración profunda.

—Ojos azules, mírame —le pidió el con voz ronca, ella se encontró con su mirada y se estremeció al ver la intensidad de la misma, el verde de sus ojos se había oscurecido—. Hoy, estamos empezando una relación y quiero que sepas que esto es para bien y para mal, sobre todo porque también soy famoso así que… —Le dio un beso en la nariz—. Vamos a salir y visitar a tu abuela, pero juntos y no importa nada más.

—Connor…

—Ya no hay vuelta atrás y creo que esto es lo que los dos

esperábamos, tú también eres mi vuelta de hoja.

Ella suspiró y le dio un beso en los labios. Salieron del auto y al encontrarse se tomaron de las manos. Ina inspiró varias veces porque se sentía al borde de un ataque de pánico, al mismo tiempo que Connor haló su mano y caminaron en silencio, hasta que los fotógrafos los visualizaron y comenzaron a tomarles fotos.

—¿Connor, están juntos?

—¿Paulina, tu abuela está bien?

—¿Connor cuándo saldrá tu programa?

—¿Paulina desde hace cuánto estás en Londres?

—¿Aún sigues prometida con Andrew Britt?

Connor se tensó ante esa pregunta y abrazó a Ina posesivamente. Ella deseaba morir porque, aunque eran suaves aquellas preguntas comparadas con otras que pudieran hacerle, le daba terror que él se enterara de su vida de excesos, las drogas y sobre todo de cuanto le ocultaba. Tenía demonios que aún no estaba dispuesta a dejar salir.

En silencio entraron al ascensor, sin embargo, Connor no dejaba de pensar en Andrew Britt y tenía que solucionar aquello lo antes posible.

Al llegar ella le apretó la mano y le dijo:

—Te prometo que lo de Andrew…

—Ina tienen que aclarar las cosas —la interrumpió Connor molesto y salieron del ascensor—. No quiero que nuestra relación sea marcada por él.

—Vale.

Llegaron a la sala de espera donde estaban Andrew, Lorraine y David. Esta al verlos saltó de su asiento y fue directo a abrazar a su amiga. Connor solo así soltó a Ina, silenciosamente se medía con aquellos hombres y sabía que su futuro cuñado no se la pondría fácil, más cuando era su mejor amigo quien estaba de por medio.

Lorraine le susurró algo a Ina en el oído y él solo logró escuchar un *“Hablamos más tarde”*.

—David —llamó Ina a su hermano—. ¿Puedo verla?

David asintió y tomó del brazo a su hermana para conducirla hasta la habitación donde se encontraba su abuela. No podía ocultarle la razón del porqué su abuela sufrió aquel ataque cardiaco y antes de entrar le informó:

—Ina, la abuela sabe la verdad sobre Clare.

Ella detuvo su mano antes de tomar el picaporte de la puerta y giró su rostro sorprendida por la confesión de su hermano.

—¿Estás de broma? —le preguntó anonadada y David negó, pasó sus manos frustrado por el rostro.

—Es mi culpa que ella este así y creo que no deberíamos presionarla, cuando mejore tienes que conversar con ella. —Acarició

la mejilla de su hermana que lo observaba sorprendida—. Ina, te quiero más que a nada en el mundo y necesito que seas fuerte.

—David.

—Entra ahora y recuerda que después puedes presionarla, sin embargo, ahora solo necesita descansar.

Ina asintió poco convencida mientras abría la puerta. Encontró a su abuela acostada y conectada a los monitores cardiacos y suministro de oxígeno, parecía que dormía y se acercó sigilosamente para no despertarle. La tomó de la mano, mientras en su mente se sentía contrariada por la noticia que le acababa de dar su hermano, no podía creer que después de tanto tiempo ocultara la verdad sobre su hija y sobre todo sabiendo el daño que le causaba. Apretó la mano de su abuela con rabia y esta se despertó. Al verla la anciana que compartía el mismo color de ojos que ella, negó con la mirada anegada de lágrimas.

—Paulina —susurró Sarah temiendo que su nieta ya estuviera al tanto de la verdad.

—No sé nada abuela, sin embargo, algún día tendrás que contarme la verdad y el porqué de todo lo que me has ocultado —le dijo con rabia, tuvo que respirar hondo para anunciarle—. Hoy, mismo me iré de la casa…

—Paulina.

—No deseo estar cerca de ti, perdóname. —Se levantó de golpe de la silla y se detuvo en la puerta para agregar—: De todas las personas que podían lastimarme, nunca me imaginé que tú fueras una de ellas. Mejor que nadie sabes lo que he sufrido a lo largo de estos años y sobre todo después de lo que hice tratando de sanar aquel dolor. Me decepcionas tanto, abuela, creo que más que mi abuelo.

Ina salió de la habitación dejando a Sarah alterada, la anciana sabía que iba a perderla en el mismo momento que le revelara la verdad. No podía creer que estaba pagando el precio de guardar tan vil secreto, no deseaba perder a su familia y lo veía venir tan pronto como la muerte. Ella en su corazón guardaba muchos secretos que destruirían a su familia y eso la estaba acabando.

—Perdóname, hija… —susurró al escuchar la puerta trancarse.

Ina llegó a la sala de espera con lágrimas en los ojos, todos se acercaron, sin embargo, ella buscó a su hermano y se refugió en sus brazos. David aguantó las ganas de llorar pues no debía ser débil, le partía el alma verla destrozada y sabía que nada sería igual después que se revelará todo sobre Clare.

—Mañana —le susurró entre sollozos a su hermano.

—Lo sé, debes ser fuerte —le pidió él.

—Me voy de la casa. —David se tensó y se separó de su hermana, no quería que cometiera una locura y si ella pensaba mudarse con

Connor Bellamy, no iba a permitirlo—. No me iré con él.

—¿Estás segura? —le preguntó muerto de miedo.

—Lorraine, ya buscó algo cerca de Kensington, me iré hoy.

—Ina.

—No puedo seguir en esa casa —le dijo y se fue directo a donde estaba Connor y Lorraine—. Vamos tienen que ayudarme.

Los dos asintieron y la siguieron. Connor estaba completamente sorprendido por el rumbo que tomaron las cosas, tomó la mano de la chica y la besó, quería transmitirle todo su amor con aquel gesto.

—¿Estamos bien? —inquirió Connor mientras esperaban el ascensor.

—Sí —Ina le contestó poco convencida—. Necesito tiempo para contarte la verdad.

—El que necesites, Ojos azules, te daré todo el que necesites.

*****

Entraron al piso que había alquilado Lorraine, estaba completamente equipado y listo para usarse. El edificio había sido recientemente remodelado y habían convertido pequeños pisos sencillos a unos de lujos para estrenarse. Entre los tres subieron las maletas que por alguna razón Paulina no había deshecho, solo lo esencial había sacado y no le costó recoger todo. No había dejado nada, ya que hasta la ropa que se había quitado ese día estaba doblada y guardada en su vestidor.

Connor sabía que en ese momento sobraba y aunque deseaba quedarse también sabía que debía darle el espacio que necesitaba, ya tendría el tiempo suficiente para hablar. Se acercó y la tomó del mentón, ella esbozó una sonrisa tímida pues no estaba acostumbrada a ese tipo de acercamientos.

—Puedes tomarte el día de mañana, vendré a la noche con Emily —le informó Connor en voz baja.

—Necesito trabajar, no me hagas quedarme aquí —le pidió muerta de miedo, conocía lo suficiente el barrio para saber que podía chasquear los dedos y conseguir dos dediles de cocaína.

—Necesitas descansar, deja que te cuide. —Le dio un beso casto —. Un gusto conocerte formalmente Lorraine, cuida de mi chica —le pidió guiñándole el ojo.

—Lo haré… —contestó esta mientras él salía.

Ina no aguantó más y se derrumbó en el piso a llorar, su amiga corrió a su lado para abrazarla. Lloraba porque no soportaba que la persona en la cual había confiado toda su vida la hubiera traicionado. Al día siguiente su pequeña Clare cumpliría años y sería otro más que pasaría lejos. Su abuela sabía el paradero de su pequeña y se lo había ocultado después de todo lo que había hecho, necesitaba un pase como nunca lo había hecho y si se quedaba mañana sola en aquel

lugar iba a ir por él.

Por otro lado estaban las malditas pesadillas, pues parecía que George intentaba atormentarla desde la tumba y deseaba volverla loca, se estaba desgarrando por dentro. Ella era el cadáver vivo de aquel amor adolescente y nada de lo que hacía parecía que podría darle la redención de sus pecados.

—Por favor… —le susurró Lorraine mientras la mecía en sus brazos—. No puedes rendirte ahora.

—Mi abuela sabe la verdad y me lo está ocultando —sollozó.

Lorraine le había dado todo a la investigadora y era cuestión de tiempo para que encontrara la verdad, solo le rogaba al cielo que esta no destrozara a su amiga.

—Ya todo está en manos de Pipper, Te dije que es como Jessica Jones, solo tenemos que tener paciencia y fe.

—Tengo miedo y necesito un pase, necesito drogarme.

Lorraine se separó de su amiga y la obligó a levantarse, ya que sabía qué hacer cuando estaba de esa manera. Caminaron juntas hasta el cuarto de baño y abrió el grifo del agua fría. Se sentaron en el piso.

Ina lloraba mientras balbuceaba palabras llenas de dolor, aquello era triste para la abogada y más cuando quería a la chef como una hermana.

—Estoy rota, ¿cómo puedo enamorarme de Connor, si no puedo amar de nuevo? —le preguntó a su amiga.

—Encontraras las razones para amarlo, si no escuchamos a Pink cantando con Nate Russell —le contestó ella riendo, la separó de su regazo—. Ina, mañana no te dejaré sola y cuando necesites un pase, te daré helado de pistacho, cuando quieras llorar, te abrazaré y cuando estés muy mal nos meteremos como ahora a la ducha para que el agua se lleve tu dolor.

—Lorraine… —Ina susurró y tomó las manos de su amiga—. No sé qué hice para merecerte, pero gracias.

—Hermanas, ¿recuerdas? —le preguntó con una sonrisa.

—Hermanas.

—Vamos, que vas a resfriarte y mañana vendrán ellos. Sonríe que la vida te está regalando razones para hacerlo de nuevo.

Aquella noche Lorraine cuidó de Ina como cuando eran jóvenes, aquella chica era lo más cercano que tenía en su vida y no es que ella fuera el mayor ejemplo para su amiga, pues también había consumido. Le dolía tanto no poder ayudarla, aquello no era la vida que se merecía y quizás todo hubiese sido diferente si sus padres no hubieran muerto en aquel accidente, y si George no se hubiera enamorado de ella, y si su abuelo no hubiera sido un maldito clasista de mierda.

-13-

Ina bailaba el Vals del Emperador en el lujoso salón de fiesta del Hotel Ritz, era su presentación en sociedad. Ella no quería celebrar pues apenas había pasado un año de aquel fatídico día en que sus padres habían muerto. Su hermano David le cedió el turno a George que sonrió al verla vestida de princesa.

—Eres mi sueño hecho realidad —susurró George cuando le entregó la rosa blanca.

Aquel era el hombre que le había robado el corazón y esa noche moría por escaparse con él. Había planeado todo y ese sería el gran día.

George y Paulina tenían seis meses de amores a escondidas. "Es una relación prohibida", había dicho el padre del joven quien era tío de la chica, pero se amaban más que a nada y no podían evitarlo. Las notas del vals estaban finalizando y él se acercó a su oído.

—Habitación cuatrocientos quince —le susurró al oído cuándo Andrew se acercó para tener su turno.

Ella asintió y tomó la rosa que le dio el otro joven. Su cercanía la hacía sentir incómoda. Siguió con la mirada a George que le regaló una hermosa sonrisa y alzó su copa de champagne en su honor. Así sucesivamente bailaron con ella todos los chicos de la sociedad londinense, esperaban con ansias a la Reina Elizabeth, seguro llegaría luego de todas las presentaciones. Ante el mundo Paulina era una mujer y no estaban tan lejos de la verdad, porque esa noche se convertiría en una.

Se escabulló y encontró a George en la terraza observando el horizonte, se acercó silenciosamente, lo abrazó desde atrás. Él esbozó una sonrisa ya que sabía que se trataba de ella.

—Te extrañé —le dijo Ina al oído—. Ya quiero que todo termine para estar contigo.

Él se giró y la tomó por la cintura, aquella era la chica que amaba y con la que deseaba compartir su mundo. Tomó su mentón y lo acarició con su pulgar, lentamente se fue acercando para dejar un beso casto en sus labios.

—Te amo Paulina, te amaré por siempre y sí muero te visitaré en sueños para llevarte a mi lado.

Ina se levantó de golpe de la cama, llevaba una hora despierta y había decido escuchar algunas canciones, sin embargo, cada vez que oía *Thinking of you* de Katy Perry, le sucedía aquello.

¿Y sí se estaba volviendo loca?

¿Será que el fantasma de George la atormentada en sueños para llevarla a su lado?

No podía negar que a lo largo de los años pasaba noches vacías al lado de hombres que no la llenaba y que eran solo pequeños momentos fugaces para olvidar. Ella necesitaba dejar de lado que se sentía culpable de la muerte de George, sin embargo, lo que

comenzaba a sentir por Connor no podía compararse con lo que había sentido por su primo. Estaba aprendiendo a querer de nuevo mientras se atormentaba con el dolor de sus recuerdos.

Se levantó y rebuscó en una de sus maletas hasta encontrar una pequeña caja de metal, sus posesiones más preciadas estaban guardadas ahí. Sacó dos anillos y una foto de un joven de cabello castaño y ojos de color avellana, acarició con nostalgia la imagen que ya se descoloraba pues fue hecha por una *Polaroid. S*onrió triste, ni todo el dinero del mundo la dejaba construir una máquina del tiempo para regresar y decirle que significaba para ella.

—En otra vida haré que te quedes a mi lado. —Besó la foto y lloró en silencio recordando todo lo que vivió con George.

*****

No había dormido e iba por el tercer café de la mañana cuando Lorraine apareció en la cocina. Se sorprendía de la habilidad de su amiga para conseguirle este sitio casi en un chasquido de dedos, sabía que ella podía conquistar el mundo, si se lo proponía.

—¿Dormiste? —inquirió la rubia subiéndose al taburete.

—No, pasé la noche en vela y pensando en algunas cosas —contestó—. ¿Sabías que George sufría de depresiones?

—No, pero lo intuyo, me ha tocado muchos casos y creo que las sufría. —Suspiró—. No era normal que de momento estuviera eufórico y en otro deprimido. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque quizás no fue mi culpa —contestó en un susurro.

Lorraine negó por su respuesta, ya que no sabía de qué manera hacerle entender que no tenía la culpa de nada.

—Debes dejar ir a George, déjalo ir y vive —le pidió con sonrisa triste, tomó la mano de su amiga y agregó—: Sé que hoy pedirte eso es casi que imposible, pero si Connor viene con la pequeña, por favor, intenta desconectarte.

—Emily, me la recuerda —le confesó—. No conozco a Clare, pero la imagino todos los días como una bocanada de aire fresco, me la imagino coloreando y haciendo galletas.

—Pronto la tendrás a tu lado. —Lorraine apretó su mano—. Te lo prometo.

—¿Crees que el amor debería lastimar? —le preguntó triste.

—No, pero Ina ¿Qué se yo de amor? —Lorraine sonrió triste—. No creo que deba lastimar, pero cada quien tiene una forma diferente de amar.

—Tengo miedo a enamorarme de nuevo.

—¿Sabes? En algún sitio leí que eso llama Filofobia o algo así… —Ina puso los ojos en blanco, era la segunda persona que le nombraba aquel miedo—. ¿Tienes miedo a enamorarte de Connor?

—Tengo miedo a amar, porque hacerlo significaría perderme y

tendría que encontrarme de nuevo. ¿Sabes lo mucho que me costó encontrarme?

—Lo sé, solo te digo que dicen que lo que el amor hirió solo puede sanarlo el mismo. —Se le escapó otro suspiro a Lorraine—. Vamos a comer y después seguimos, trata de desconectarte cuando vengan Connor y la niña, hazlo por ti.

Ella asintió e hicieron juntas el desayuno, comieron en silencio. Al terminar arreglaron la ropa de Ina en el vestidor y se sentaron a ver una película.

La chica se adormitó viendo como aquellos dos jóvenes se reencontraban para revivir un amor del pasado.

«Iré a visitarte pronto, amor mío». Pensó imaginando el rostro de George.

*****

Emily corría de un lado a otro mientras Connor cocinaba una sencilla cena para tres. Ina trataba de sonreír, sin embargo, estar ahí con ellos y no tener a su pequeña hija le estaba destrozando la vida. Ella no podía creer que en menos de un mes había avanzado, pues normalmente luego de su tragedia daba un paso y retrocedía dos. No creía en las segundas oportunidades ya que el destino se había encargado de demostrarle que para ella no existían, hasta que conoció a quien sería su jefe y ahora su novio.

—Ina —la llamó con voz preocupada, ella alzó su rostro del mármol del mesón que veía fijamente—. ¿Te sientes bien?

—Estoy cansada —contestó con voz queda.

—Vale, ya está listo. ¿Me ayudas con Emi? —le preguntó preocupado, él sabía que ese día había algo más que la atormentaba.

Ella asintió y atrapó a la niña que venía corriendo desde las habitaciones. Connor quedó enamorado del momento, ya que Ina abrazaba a su hija besándola y haciéndole reír, aquello era algo que llenaba de alegría su corazón puesto que no solo había conseguido una pareja, sino que también había encontrado a alguien que amara su hija.

Cenaron entre risas mientras Emily les hacía diferentes tipos de preguntas o les pedía cualquier ocurrencia, tomaron de postre helado de chocolate y se quedaron viendo la película Valiente, la hermosa historia de Mérida. Al terminar, Emily dormía en el regazo de Ina mientras ella acariciaba rítmicamente su cabello dorado.

—Creo que es hora de irnos… —anunció Connor rogando a los dioses que le dijera que no.

Ina se había sosegado un poco junto a ellos y si se iban quizás sus demonios volverían para atormentarla. Negó y le dijo:

—Quédate, ella puede dormir en el medio de los dos…

Él asintió y tomó a la niña en silencio mientras ella cogía su mano

para conducirlo a la habitación. Ella le quitó el jean que llevaba la niña dejándola solo en la camiseta de un unicornio sobre un arcoíris, acarició su rostro y ella se removió un poco, le dio un beso bajo la atenta mirada de Connor.

—Dulces sueños, pequeña —murmuró

—Si sigues haciendo eso creo que me voy a enamorar más de ti —susurró en voz baja. «Diablos lo dije en voz alta», se recriminó cuando observó a Ina sonrojarse y esbozar una sonrisa tímida. Se acercó a ella y tomó su mentón para que lo mirara—. Gracias por querer a Emily.

A ella se le llenaron los ojos de lágrimas y sonrió triste.

¿Quién no podía amar a una pequeña tan hermosa y tierna como aquella?

Ina no sabía que había sucedido entre su madre y él, sin embargo, algo le decía que no era un tema que Connor no estaba preparado para tocar, por eso tomó su mano y le respondió:

—Gracias por no dejarme sola.

Connor se acercó y le dio un beso, bordeo la cama y se acostó a su lado, con su brazo alcanzó a las dos para abrazarlas. Los dos compartían miradas en silencio y aquello era más, mucho más que un simple noviazgo.

«Connor ¿qué me estás haciendo?», se preguntaba Ina mientras recibía sutiles caricias en su brazo. Aquello era amor pues le estaba oprimiendo el pecho, no quería sentir miedo y no quería arruinar aquello que le daba la paz que había perdido. Él se quedó dormido y ella no pudo evitar acariciar su rostro.

—Yo también me estoy enamorando de ti, Connor Bellamy —le susurró bajito.

*****

David entró al Funky Buddha en busca de un poco de diversión y olvidar todo el peso que llevaba sobre sus hombros en aquel momento. Entro a la sala VIP sin siquiera pedirlo, su nombre era uno de los que estaba registrado para disfrutar aquel espacio íntimo, por ser día de semana el lugar no estaba tan lleno y era la oportunidad perfecta para cazar una presa y desahogarse. Le estaban dejando un escocés doble en las rocas cuando una rubia asombrosamente hermosa entró.

«No puede ser», se dijo observando el contoneo de sus caderas en aquel vestido rojo que sobre su hermosa piel nívea resaltaba. «¿Cómo luciría la piel de sus glúteos con las marcas de mis manos?», se preguntó excitado. Aquello era una maldita treta del destino, fue a cazar y terminaría siendo cazado.

Lorraine lo había visto a David apenas había entrado, pero aquella noche no iba arrastrarse por la atención del hermano mayor de su mejor amiga. Estaba acompañada y disfrutaría de un buen

polvo, necesitaba uno con urgencia, pues llevaba más de un año en celibato desde su relación fallida con Aiden. Su acompañante, un interno que era tan solo un año menor que ella y además era el golpe maestro porque estaba en uno de los casos de David. Se sentaron a tomar sus tragos y ella pícaramente alzo su Cosmopolitan hacia el hombre que la observaba de manera impasible, lo iba a provocar y luego se iría con otro. Su rostro no demostró ningún tipo de emoción, sin embargo, se dijo a sí misma: «Jódete, David Ferguson».

Se acercó a Harrison y le susurró lamiendo el lóbulo de su oreja:

—Quiero que me folles en el baño… —Tocó de manera descarada su entrepierna y no la decepcionó encontrar que estaba duro y listo para ella—. Te espero.

Se levantó y fue a los baños privados de la sala, si el chico era inteligente iría y tendrían un polvo de desahogo. «Tú puedes, nena», se animó acomodando sus exuberantes senos dentro su escote. Tocaron finalmente la puerta y ella abrió, se quedó de piedra al encontrarse con un David cabreado, que la tomó por el rostro y se estampó contra sus labios. Lorraine gimió cuando su lengua irrumpió de manera violenta y sus manos apretaban su rostro, cuando chocó contra la pared de mármol su sexo era líquido y su espacio fuego. David rompió el beso y le preguntó con rabia:

—¿Quieres follar? —Mordisqueó el espacio entre su cuello y hombro—. ¿Quieres que te folle salvajemente? —Ella no podía responder porque aquel hombre la enajenaba—. Responde.

David le exigió con rabia y en un momento de lucidez ella lo empujó. Claro que quería que la follara salvajemente, claro que deseaba que se enterrara dentro de ella, pero no así.

—¿Qué te sucede David, tienes un ataque de celos? —inquirió contraatacando—. Esperaba a Harrison y no a ti, así que, si me permites —le dijo tratando de salir de donde la acorralaba.

David delineó en sus labios una sonrisa lobuna y la atrapó por la cintura, su polla estaba a punto de reventar dentro de sus pantalones. La tomó de la cintura y subió una de sus piernas, ella aguantó la respiración aguardando a lo que pudiera hacerle aquel hombre que esa noche irradiaba calor como lava hirviendo. Él se acercó a su oído y le susurró:

—No tengo porque tener celos, ya que eres mía. —Lorraine gimió ante la afirmación y la sutil caricia de aquella mano masculina que ascendía hacia su entrepierna—. Te gusta rudo, te gusta que te follen como la hembra que eres, ese niño no iba a complacerte. —David la siguió torturando hasta llegar a su tanga que rodó para meter dos de sus dedos—. Cristo, estás lista para recibirme.

Lorraine cerró los ojos, no iba a decirle que la follara, sí lo hacía era porque él lo deseaba, sin embargo, no iba a rogarle por un poco de

sexo. Ella bajó sus manos hasta su cinturón y lo abrió bajo la mirada expectante del hombre, agradeció que sus manos no temblaran cuando terminó. Metió una de ellas en su bóxer y sacó el miembro firme y grueso. El glande estaba húmedo por las primeras gotas del líquido preseminal. No pudo evitar relamerse los labios cuando le arrancó un gemido ronco a David.

—¿Ahora quién desea a quién? —se burló de él mientras lo atormentaba con la mano.

—Sigues siendo tú —le respondió brusco mientras sacaba los dedos de su vagina y con esa misma mano tomaba su polla para penetrarla.

Ella gimió y cerró los ojos maravillada por el placer mientras él tuvo que quedarse quieto por unos segundos, estaba tan cerrada que creía que iba acabar con tan solo moverse. David tomó una respiración profunda y le exigió:

—Abre los ojos. —Lorraine accedió a su demanda abriéndolos y dejando ver sus ojos color verde, vidriosos por el goce—. Eres mía de hoy hasta que digas que no. —Salió un momento y ella gimió—. No más juegos y menos provocaciones, no más hombres. —La penetró de nuevo y ella lanzó la cabeza hacia atrás gimiendo—. Di que eres mía y dilo mirándome a los ojos, dilo o no te daré lo que quieres.

Lorraine centro su mirada de nuevo en él, pero la rebelde que vivía en ella hacía que deseara desafiarlo.

—¿Y qué es lo que quiero? —le preguntó insolentemente.

David no pudo evitar sonreír mientras sacaba su polla lentamente.

—Que te folle, eso es lo que quieres —le respondió seguro al escucharla gemir en señal de protesta—. Ahora, di lo que te pido.

Lorraine respiró profundo y lo dudó, ya había escuchado las leyendas urbanas sobre David y sus gustos sexuales. ¿Pero ella estaba preparada para eso?

—Soy tuya y ahora fóllame —le ordenó.

David sonrió a manera de triunfó y la penetró tan fuerte que los dos gimieron. Aquello era el inicio de lo que tanto deseaban. Él esperaba que ella aceptara todo lo que podía darle o se quedaría en un polvo de quitarse las ganas solamente.

*****

Connor observaba en silencio dormir a Ina y a su pequeña hija, las dos estaban abrazadas, pero la chica lo hacía de manera protectora. No podía creer que estaba experimentando el sentimiento más puro que muchos estudiosos habían querido comprender, quería a Paulina y era algo que no podía ni negar. Era tan evidente como que llovía en Reino Unido, que los glaciares se estaban derritiendo o que sus pensamientos solo intentaban encontrar razones para que ella

pudiera ser feliz. Si, aquello era amor, sabía que con el paso del tiempo nada sería igual, por eso debía encontrar la forma de confesarle que Diane, formaba aún parte de su vida y que él no había interpuesto la demanda de divorcio con la esperanza puesta en recuperarla.

Ya eso ni le importaba ya que desde hacia dos años la había perdido, ahora estaba con Ina y solo por ella quería hacer las cosas bien. Sin embargo, tenía miedo.

Miedo a la verdad, a su reacción y a todo lo que podía traer el querer terminar el lazo definitivo con su exmujer. Diane no se la pondría fácil de eso estaba seguro y sabía bien que a Paulina había que tratarla con guantes de seda, porque ella era como un coco, su corteza era dura pero su interior tierno y dulce.

-14-

Ina despertó asustada luego de que sintiera la cama temblar. Emily saltaba feliz gritando que el sol era perfecto para salir a jugar. Ella quiso creer que aquello era un sueño y no la realidad que la vida le regalaba, había pasado la primera prueba y sus demonios habían atacado levemente. Se sentó abriendo los brazos y la niña saltó a ellos, la abrazó pensando en su pequeña Clare, quizás en una semana tendría otro episodio de dolor debido a la frustración de gozar a una niña que no era su hija.

Connor entró a la habitación con una bandeja en las manos y con una sonrisa en los labios, aquel hombre estaba derribando los muros que había construido y tenía que aceptarlo, ella se estaba comenzando a enamorar, aunque el fantasma del pasado siempre estuviera rondando su presente y su futuro.

Tomaron el desayuno en la cama y deseosa de volver al trabajo le pregunto:

—¿Iremos a trabajar? —Dejó el vaso de jugo de naranja en la bandeja mientras Connor le daba un poco de avena a Emily que la comía obligada.

—Mañana, pero Ina está semana quiero que me ayudes con algunas recetas. —Suspiró cansado porque odiaba la idea de parecerse a aquel chef que gritaba a todos en televisión—. En unos días empezaré las grabaciones de un programa, la verdad es que es un piloto, pero todos juran que será un éxito.

Ina sonrió porque le pidiera ayuda en cuanto a recetas, era un honor, Connor era un chef consumado y tenía más de diez años construyendo su nombre a base de sus logros. Orange contaba con dos estrellas Michelin, nada mal para un chef de treinta y tantos años.

—Es un honor —contestó bastante emocionada—, me hace ilusión ayudarte.

—El honor es mío —rebatió mientras tomaba su mano para dejar un beso —. Vamos, arréglate que debemos pasar por mi casa y luego tengo una sorpresa para mis dos mujeres.

Emily saltó feliz tirando el resto de la avena. Ina aguantó la risa cuando le dijo a su padre:

—¡Uoops! No hay más avena.

Todos soltaron una carcajada ya que la niña había ganado la batalla contra el desayuno. Ina se levantó y tomó una ducha rápida, frente al espejo limpió el vaho y llevó sus manos a su vientre, acarició el lazo que llevaba el nombre de su hija. Tuvo que cerrar los ojos por unos segundos para evitar llorar y que los sentimientos encontrados no derrumbaran lo que estaba logrando. Ella se sentía feliz por avanzar en su vida sentimental, a la vez se sentía culpable de no

buscar a su hija como debía. Se debatía entre una línea delgada entre ser feliz o infeliz, necesitaba que su abuela mejorara para saber la verdad de todo y de una vez por todas poder continuar.

Salió del baño y escuchó a Connor jugar con Emily en el salón, abrió una puerta de su closet y se decidió por un *skinny jean* de color negro bastante roto, un suéter de algodón de color gris y unas zapatillas *Converse* del mismo color que el suéter. Peinó su cabello y salió al encuentro de las dos personas que empezaban a importarles más que nada en este mundo.

*****

Connor salió de Londres vía Warwick imaginando un día explorando el castillo. La ciudad que estaba al lado del río Avon era rica en arquitectura del Estilo Tudor y su mayor atracción era el Castillo que abría sus puertas a miles de turistas.

Ina posó su mano encima de la de él haciéndolo sonreír y aunque lo único que sonaba en ese momento era las voces de los Minoins, en Mi Villano Favorito, para Connor era uno de los momentos más románticos de toda su vida.

Al estacionar a las afueras del Castillo de Warwick la pequeña Emily no pudo evitar gritar:

—¡Jugaremos a las princesas y los sirvientes!

Ina se giró para mirarla y la pequeña pilluela solo le guiñó el ojo. Ella no sabía si reír o llorar, más de una vez obligó a su hermano a ser su lacayo.

—¿Quién será el sirviente? —Ina preguntó con interés.

—¡Papá!

—Emily, vamos a conocer y no a jugar. Luego comeremos y comerás todo —le advirtió Connor con el semblante serio, pero divertido de las cosas de su hija.

Ella ladeo la cabeza pensando.

—No papi, podemos jugar y cuando no pueda caminar me puedes cargar por el castillo. —Suspiró—. Quiero un príncipe azul como el de la Bella Durmiente.

Ina mordió su labio divertida con ricitos de oro, no, aquella niña era toda una sorpresa. Connor puso los ojos en blanco y le contestó:

—No si antes te encierro en una torre y terminas como Rapunzel.

Ina no pudo evitar soltar una carcajada mientras se bajaba del auto, ayudó a Emily y tomó su mano. La pequeña había perdido la sonrisa un poco molesta con su padre y ella no pudo evitar susurrarle:

—Ya haremos que sea nuestro sirviente. —Le hizo un guiño ganándose una sonrisa de la niña.

Connor se acercó y tomó una de las manos de la niña mientras la otra la tomaba la joven. Subieron el sendero hasta el Castillo y disfrutaron de la atracción del hacedor de reyes, del molino y la

central eléctrica. Se sentaron en el prado a disfrutar del clima cálido que reinaba ese día. Ante los ojos de todos eran una familia y eso provocaba cierta nostalgia en el chef, porque se sentía frustrado de no brindarle algo estable a su hija y que ahora tenía algo más que una simple relación. Sabía que la estaba involucrando con lo más sagrado que tenía y aunque tenía muchísimo miedo de que terminara mal, estaba arriesgando todo solo para ganar dos cosas, amor y una familia.

Decidieron ir a comer y fueron a un hermoso restaurante ubicado en el corazón de la ciudad, era una hermosa casa tipo tudor que abría sus puertas y en ella guardaba la mejor gastronomía de la ciudad. Todos se desvivieron en atenciones al ver que se trataba de él, sin embargo, su mayor temor era que la niña no quisiera probar nada de aquello. Pidió un plato simple para ella y cuando el mesonero lo puso en frente vio como ella arrugaba el ceño.

Ina no pudo evitar preocuparse al ver el rostro contrariado de la niña y ya había visto lo difícil que resultaba alimentarla bien, solo ayer se había negado de comer la maravillosa comida que había preparado Connor para las dos y fue por eso por lo que tomó sus cubiertos.

—¿Puedo? —le preguntó y acercó su tenedor a los escalopes de pollo, la niña asintió y ella los probó gimiendo como si fuera lo más delicioso del mundo. Tomó otro pedacito y lo llevó a la boca de la niña—. Tu turno.

Emily miró el tenedor y luego a Ina mientras Connor observaba la lucha interna de su hija que finalmente se rindió a los encantos de la chica.

—Gracias —susurró Connor mientras comenzaba a comer.

Ina alimentó a Emily entre cada bocado que tomada de su propio plato. La niña devoró todo el plato y al terminar la chica no pudo evitar darle un beso a la niña.

—Ves, te has comido todo y no has muerto… —le dijo muerta de risa—. ¿Quién quiere postre?

Todos respondieron “YO” y comieron unos ricos pasteles de chocolate.

Caminaron por el pueblo y compraron algunos recuerdos. Ina se tomó una foto que envió a Lorraine mientras esperaba que Connor le pagara algunas cosas a Emily. Su amiga contestó en unos segundos con un link y el mensaje:

Lorraine a Paulina:

Vas a morir cuando lo veas.

Ella pinchó el link y casi muere al ver el titular de *The Sun,* el diario sensacionalista por excelencia en Inglaterra.

PAULINA FERGUSON, LA FAMOSA SOCIALITE HA VUELTO A

LONDRES.

¿LAVARÁ SUS CULPAS POR LA MUERTE DE SU PRIMO?

¿SE CASARÁ FINALMENTE CON EL EMPRESARIO ANDREW BRITT?

¿QUÉ NUEVA AVENTURA NOS TRAERÁ LA OVEJA NEGRA DE LA CASA DE FIFE?

Connor salió y se asustó al encontrarla espantada con la cabeza metida en el teléfono, pensó que había sucedido algo más con su abuela y corrió a su lado. Ella se sobresaltó de tal manera que su móvil cayó partiéndose la pantalla en pedazos.

—¿Estás bien, cielo? —inquirió él preocupado.

—No lo estoy —susurró.

Negaba con desespero mientras sus ojos se anegaban de lágrimas, pues no podía creer que la vincularan de forma directa con la muerte de George. Nunca nadie lo había hecho y era como si quien escribió el artículo supiera sus más oscuros secretos, se estaba abriendo la puerta del Infierno recordándole que ella no tenía permitido ser feliz.

Salió corriendo de aquel lugar sin escuchar los gritos de Connor pidiéndole que se detuviera. Ina no supo cómo llego hasta la estación del tren más cercano y compró un billete con rumbo a Londres. Su mente vagaba a sus más profundos secretos, esos que nadie conocía que la atormentaban con cada pesadilla y con cada despertar.

Por suerte nadie se sentó a su alrededor y la tarde se volvió oscura, las gotas golpeaban el vidrio de su ventanilla mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. «No puedo ser feliz, no puedo», se repetía agobiada. Estaba asustada de que todo saliera a la luz.

Al llegar a la ciudad bajó corriendo y tomó un taxi empujando a una anciana a su paso.

—Al Cementerio Kensal Green… —le dijo tirando un fajo de billetes.

El chofer arrancó y observó con lástima a aquella joven que lloraba recostada en la puerta de su auto. Estaba acostumbrado a aquello y no era la primera vez que veía algo similar, sin embargo, ella le inspiraba ternura.

—El dolor pasa y da paso a la felicidad —le dijo.

Ina alzó su rostro y se encontró con la mirada café de aquel hombre hindú, como podía decirle algo tan ridículo cuando no sabía que le sucedía. Negó y siguió llorando como el cielo de Londres aquella tarde. Al llegar se bajó del taxi bajo una lluvia torrencial y asomó su cabeza para responderle al conductor.

—El dolor queda cuando te dejan atrás.

Se alejó caminando como un ánima en pena y sorteó los mausoleos hasta llegar al que deseaba. A lo lejos el cuidador del

cementerio la reconoció como la adolescente que encontraba muchas veces dormida en donde yacían sus padres. Ahí estaba de nuevo, atormentándose con el ramalazo de no aceptar la pérdida.

Ina abrió la cancela y entró a aquella estructura fría, cavernosa que estaba iluminada por algunas velas. Allí yacían unos cuantos miembros de aquella casa noble a la que ella perteneció hasta su expulsión deshonrosa, se sentó en frente de una lápida y leyó la inscripción:

Conservar algo que me ayude a recordarte,
Seria admitir que te puedo olvidar.
William Shakespeare.
George W. Carnegie F.
15/07/1985
24/09/2009
Amado hijo

—George… —susurró al vacío de aquella tumba solitaria—. Perdóname, perdóname —sollozó acariciando las rúbricas de su nombre—. Ya no puedo estar aquí reviviendo nuestra historia, no puedo seguir culpándome de algo que decidiste tú y continuar así, muerta en vida. Lo entregaría todo para estar a tu lado, acostarme cerca de tu cuerpo y escucharte hacer planes sobre nosotros. —Suspiró temblando pues el frío empezaba a calar en su cuerpo—. Tengo que dejarte ir porque cuando estoy con él, pienso en ti. Quisiera volver a mirar tus ojos y poder pedirte perdón en persona. —Ina se levantó y se arrodilló frente a la tumba—. ¡¿Acaso también tengo que morir para ser feliz?! —gritó—. Perdóname por tratar de protegerte, de protegernos y de querer alejarte de todas las locuras del maldito viejo que era William Ferguson. La vida no es vida desde que tú o Clare no están a mi lado, porque el sol, la luna o las estrellas no brillan de la misma manera. Este maldito dolor me hace extrañarte, extrañarte como una loca y te juro George que siempre te he amado, pero ya no puedo seguir haciéndolo.

Lo último lo dijo casi en un susurro y se sentó derrotada sobre sus piernas, jaló su muñeca y acarició las iniciales de ella unidas con las de él.

—Te prometo que, si vivo otra vida, seré tu chica…

*****

David buscaba con desespero a su pequeña hermana y se sentía frustrado de no poder encontrarla. Su móvil se encontraba apagado y no había rastros de ella, luego de que Lorraine recibió la llamada del cocinero casi se desmaya al decirle que Ina había desaparecido. Eran

casi las cuatro de la mañana y su búsqueda era infructuosa.

—¡Maldita sea, Paulina! ¿Dónde estás? —gritó pegándole golpes al volante.

—¡Cálmate, hombre! —Andrew le pidió asustado—. ¿Piensa a dónde iba ella cuando la sofocaba todo?

«A ver a papá y mamá».

—El cementerio… —susurró—. Escríbele a Lorraine a donde vamos y que nos encontramos allá.

—¿Estás seguro? —le preguntó este asombrado.

—Te aseguro que está en el mausoleo de mis padres. —Suspiró—. Muchas veces el abuelo y yo la encontramos durmiendo en el banco que está frente la lápida de mi madre. Ina sigue en el fondo siendo una niña huérfana.

—¡Maldita sea! —Andrew exclamó al leer la respuesta de la chica, no podía creer que ella apoyara la relación de Ina con el chef—. Lorraine va con Connor.

—Andrew eso es lo que menos me importa, necesito encontrar a mi hermana.

David manejó a toda velocidad por las húmedas calles de la ciudad, la puerta del Cementerio daba terror al verla a esas horas, más cuando la única luz que la iluminaba era aquella hermosa luna llena que estaba ya ocultándose para dar paso al sol. Estacionó derrapando un poco y bajó corriendo, maldijo al encontrar la puerta cerrada.

—¿Hay alguien allí? ¡Por favor, necesito que abran! —gritaba desesperado.

Recordó su adolescencia cuando otro auto estacionó de golpe, empezó a escalar la verja cuando un hombre mayor salió entre la oscuridad con una lámpara antigua.

—Bueno, muchacho estás no son horas de venir al cementerio —le dijo en forma de regaño.

David saltó al otro lado y le importó una mierda que el viejo viniera molesto. Se acercó a él y se sorprendió cuando vio su rostro, era el mismo cuidador de hace años.

—¿No me recuerdas? Solía venir por mi hermana —le preguntó esperanzado—. ¿La has visto hoy?

—Claro que los recuerdo a todos y tu hermana duerme en la tumba del joven George —contestó con tristeza.

—¿Quién diantres es George? —inquirió Connor con voz cansada de saltar la verja.

—Ve por ella muchacho que no es bueno compartir tanto con la muerte a tan corta edad. —El viejo le palmeó la espalda a David.

Este salió corriendo directo a la tumba de su primo que estaba muy cerca de la de sus padres, entró con facilidad y se entristeció de encontrar a Ina acostada en el piso durmiendo. El rímel de sus ojos

estaba corrido demostrando que había llorado, su cuerpo temblaba por el frío. Se acercó corriendo y la cargó en sus brazos ante la atenta mirada de sus acompañantes.

—Ina… —susurró—. Hermana, estoy aquí, siempre estaré aquí.

Connor se le cayó el alma a los pies cuando vio el estado de la mujer que amaba. Se había sentido frustrado cuando ella salió huyendo de él, pues aún no entendía que sucedía alrededor de Ina. Sabía que algo se perdía de aquella historia y eso lo estaba matando, porque deseaba quedarse en su vida sin que ella huyera de él cada vez que tuviera miedo. David se detuvo a su lado y le dijo:

—Ella es la única que puede explicarte todo y no nosotros.

Connor lo detuvo por el brazo.

—No me voy a alejar de ella, sé que no soy el hombre que quieres para tu hermana —Respiró hondo—. Pero soy el hombre que ella quiere.

David asintió y sabía que aquello era cierto, solo les pedía a sus padres que cuando este se enterara de la verdad, no dejara a su hermana sola. Salieron del cementerio rumbo a su piso ubicado en el centro, no deseaba llevar a Ina a un hospital y lanzarla de nuevo al escarnio público que tanto le había hecho daño.

-15-

—Ina… —David llamaba a su hermana que temblaba a causa de la fiebre—. Vamos, pequeña, reacciona.

—Clare… Clare —llamaba a su hija delirando—. Regresa, no te vayas con George, no puedes dejarme tú también.

David se mordió los labios cuando escuchó la súplica de su hermana. La puerta se abrió y Lorraine dejó pasar al doctor Withehouse junto a Connor, los dos hombres estaban preocupados por la chica y el chef estaba sacando sus propias conclusiones con lo que desvariaba. Tomó del brazo a su cuñado alejándolo para preguntarle:

—¿Clare es su hija? —David se quedó de piedra y asintió—. ¿Murió?

—No lo sé… —David mintió porque no estaba seguro si ella deseaba que el chef estuviera al corriente de la verdad—. Ni ella, ni nadie, y él que sabía está muerto.

—¿George?

—No. —Suspiró—. Mi abuelo, mira no puedo revelarte nada pero si pedirte que cuando sepas la verdad, no le hagas daño a mi hermana.

Connor se percató de lo derrotado que estaba David en ese momento, quería aclararle que en sus planes no estaba alejarse de la chica.

—Yo amo a tu hermana —le confesó y David levantó su rostro sorprendido, hasta él lo estaba de decir aquello en voz alta—. Estoy seguro de lo que siento y dile a tu amigo que se acostumbre, no quiero tener que llegar a pelearme con él.

—Cuida de Paulina y yo me encargaré de lo demás.

Aquello fue la bendición que Connor necesitaba para hacer feliz a Ina. David sabía que aquello mataría a Andrew, sin embargo, la felicidad de su hermana era más importante para él. La escena que encontró en la tumba de su primo por nada del mundo deseaba que se repitiera. Salió de la habitación dejando al cocinero con ella, se sentó derrotado en el sofá y Lorraine junto a él.

—¿La encontraste, cierto? —le preguntó ella.

David estudió a aquella chica que era tan inteligente como caliente, le había demostrado que no le tenía miedo y se había entregado a él. Solo que a ella no le podía revelar la verdad, pues Paulina aún no estaba lista para saberla.

—No, pero lo haré… —respondió acariciando su mejilla, Lorraine ladeo su cabeza y aquella respuesta le supo a mentira.

—Vale.

La duda estaba sembrada en la cabeza de la chica, podía estar enamorada de David y estar disfrutando del mejor sexo de su vida, sin embargo, su amistad con Ina era más importante. No iba a descansar

hasta regresarle la paz.

*****

Connor llevaba toda la noche en vela buscando y cuidando a Ina, su vida se había convertido en una montaña rusa desde que la había conocido. Un mes, treinta días, setecientos veinte horas, cuarenta y tres mil doscientos segundos desde que aquella chica que parecía la propia reencarnación de Blancanieves había llegado para enamorarlo. Dibujó una sonrisa al recordar la etapa por la historia que pasó su pequeña Emily y como aquel príncipe se enamoró de la voz de la princesa. Acarició su hermosa nariz perfilada y dibujó el contorno de sus labios con sus dedos.

—Te amo, Ojos Azules y aquí estoy para conquistar tu corazón —le susurró.

Paulina se removió y se giró enterrando su cuerpo en su pecho. «Poco me importarán los problemas, si tú me amas Paulina», pensó abrazándola y besando su cabello. El cansancio le estaba pasando factura y la respiración sosegada de la chica fue el calmante que necesitaba para descansar.

Paulina corría detrás de dos niñas: una de cabello dorado como el sol y la otra de cabello como el manto del cielo, un color negro que le parecía conocido. Las niñas llevaban dos hermosos vestidos blancos que se ondeaban con la brisa que corría en el prado, reconocía aquel lugar como la casa de descanso de su familia en Escocia, cada vez que se acercaba a ellas parecían alejarse más. La más pequeña de las niñas se cayó y el llanto salió como una melodía dolorosa.

—¡Mami, mami! —La pequeña llamaba a su madre desesperada.

Ina corrió hasta donde estaba, pero se detuvo a pocos metros asustada y cuando vio el vestido lleno de sangre y la cara desdibujada de niña.

—Clare…

—Es tu culpa… —le dijo la otra niña llamando su atención. Ina se quedó sorprendida al ver rabia en el rostro de Emily—. Eres mala, mala como mi mamá que no me quiere.

—No es mi culpa, no lo es. Clare perdóname…

—¡Mami, mami! —La niña la llamó por última vez.

Paulina observó cómo la niña llena de sangre se iba desvaneciendo y todo a su alrededor se volvió negro como la noche, pero conocía aquel lugar y era donde estaban enterrados los cuerpos de sus padres. Al final, estaba un ataúd blanco abierto con muchas rosas negras alrededor. Ella caminó hasta él temblando y se asomó para ver quien yacía en él. Su cuerpo se estremeció y de su garganta profirió un alarido de dolor al verse tan pálida en la etapa post mortem de su cuerpo, se sentía desdoblada y que estaba viendo su final. Se tiró en el suelo a llorar pero alguien la abrazó fuerte y escuchó:

—Regresa a mí. Vamos, cielo, despierta y regresa a mí.

—Connor… —gritó despertándose aterrorizada.

Connor la mecía en sus brazos mientras ella se calmaba, la puerta se abrió y David entró asustado junto a Lorraine. Lloraba desesperada por la frustración de sus sueños mientras su cuerpo se estremecía por los espasmos del llanto, se sentía débil. Londres sería su tumba, lo sabía desde que subió en aquel avión para regresar. Se aferraba a la camiseta de Connor sintiéndose segura en sus brazos. Su hermano se sentó a su lado con el alma rota de no poder protegerla, se sentía inútil ante la situación, acarició su rostro y ella tomó su mano como un animalito asustado.

—Me estoy volviendo loca, creo que está muerta —le sollozó—. Clare está muerta y por eso no la encontramos.

A David se le paralizó el corazón por las palabras de su hermana. Connor se tensó por las misma, algo le decía que Clare era la hija de aquella joven.

—Te prometo que la encontraré, te lo prometo —le prometió David a su hermana—, pero te ruego que seas fuerte.

—Mi hija, mi hija, me voy a morir sino la encuentro —sollozó—. Connor, abrázame te lo ruego.

—Te abrazaré siempre que lo necesites —contestó haciendo más fuerte su abrazo y recostándose con ella en el cabecero de la cama—. Te quiero Paulina.

Connor dejó que Paulina drenara todo el dolor de aquella pesadilla y sin pensarlo le había confirmado que Clare era su hija. No entendía por qué no estaba con ella y menos la desesperación de recuperarla. David le hizo señas y salió de la habitación derrotado, todo lo que sucedía al chef le parecía inverosímil y sacado de una historia del siglo XVII en donde las doncellas que cometían errores eran desterradas en el exilio. No se imaginaba que aquello podía pasar en pleno siglo XXI y parecía que estaba en plena colonia y no en el la época del desarrollo tecnológico. El cuerpo de Ina dejó de temblar y solo escuchaba uno que otros hipidos que emitía tratando de calmarse.

—Llévame a casa —le rogó y él beso su cabello.

—Te llevaré a la mía —contestó.

—Pensé que dijiste que esa era mi casa… —susurró ella.

Connor se alegró de escuchar aquellas palabras, porque era lo que precisamente deseaba con ella. Si lograba que Ina consiguiera su paz interior se sentiría servido por todo.

*****

Ina metió en su bolso lo necesario para pasar unos días en casa de Connor, no deseaba estar sola y tampoco deseaba que se viera manchado por su pasado, por eso antes de ir a su hogar necesitaba contarle la verdad. Una verdad un poco irreal ya que nadie sabía lo que había pasado y eso era algo que siempre guardaría en su alma

hasta el final de sus días. Salió de su habitación, lo encontró sosteniendo una discusión en el teléfono, se imaginaba que todo tenía que ver con el restaurante y ella era la única culpable de aquel descuido. Se sentía egoísta porque necesitaba a aquel hombre y a la vez le da miedo entregarse plenamente a aquella pasión y amor que bullía como a fuego lento. Él colgó la llamada al verla y sonrío.

—Connor, debemos ir al restaurante —dijo frustrada, necesitaba trabajar.

Connor negó y sabía que la noticia que estaba a punto de darle no le gustaría, necesitaba tenerla cerca y de esa manera vigilar que ella estuviera segura. Se acercó y la tomó por la cintura acercando su cuerpo lentamente.

—No, pues a partir de mañana serás mi asistente de cocina en el programa —le informó esforzándose por sonreír.

Ina quería morirse pues sentía que le estaba cortando las alas, no deseaba que le quitaran sus sueños y tenía que convencerlo que esa no era la solución a los problemas. Se soltó de su agarre y se alejó pensando sus palabras.

—Me imagino que debes creer que soy una loca con todo mi comportamiento —le espetó lacónica—. Tengo una hija, una hija que solo pude disfrutar por cuatro horas después de dar a luz y donde me encontraron, era la tumba de su padre. —Le dio la espalda porque no deseaba ver la decepción en la mirada de Connor, mientras que él pudo comprender todo el dolor que ella guardaba dentro—. Necesito cocinar para poder vivir y, si me quitas lo único que me hace feliz, me estarás condenando a un pasado que no quiero repetir.

Connor se acercó y la giró para que lo mirara mientras pronunciaba aquellas palabras, deseaba cuidarla y protegerla, se dio cuenta aquella tarde que debía poner su situación en regla pues no deseaba hacerle daño. Tomó su mentón entre sus dedos y acarició la pequeña separación que tenía en él. Ina era preciosa y su mundo comenzaba a girar en torno a ella.

—Ina, no me importa amarte a media velocidad, tienes miedo y lo entiendo. Si las cosas no salen bien, te volvería a buscar porque sé que mi futuro está a tu lado.

—Connor…

—No dejes que el miedo te haga dejarme escapar, porque yo si tengo miedo de este amor tan prematuro y que me está volviendo loco. —Respiró hondo—. Si no quieres seguirme en el programa y quedarte en el restaurante, tienes que prometerme que estarás tranquila.

—Te lo prometo, porque volverás en las tardes y estaré esperándote para volver a casa juntos —contestó escondiendo su mirada y Connor hizo que lo mirara de nuevo.

—No quiero que estés más aquí sola y desde hoy te vienes a casa, porque no hay manera que me alejes de ti.

Ella se levantó en las puntas de sus pies y le dio un suave beso en los labios, cerró los ojos pensando que algo bueno estaba por llegar, pues estaba harta de los ecos del pasado que volvían para atormentarla cada vez que podían. Solo faltaba confesarle que era una adicta en recuperación, necesitaba tiempo para abrir todas las puertas de su infierno personal. Salieron juntos con una maleta llena de ropa y de miedos que arañaban el estómago de la Ina. Albergaba la esperanza, sin embargo, se conocía que de alguna manera ella terminaría arruinando todo lo que la hacía feliz. Le envió un mensaje a Lorraine y David avisándoles donde estaría, tenía que encontrar la manera de que su abuela hablara y tenía que obtener el perdón de una sola persona.

Al llegar a la casa se encontraron con los padres Connor que miraban con recelo a aquella jovencita, no estaban de acuerdo con la relación y menos con alguien tan joven. Temían por su nieta que estaba sufriendo el abandono de su madre. Se sentaron en el mesón de la cocina y el chef le sirvió un poco de café a ella.

—Entonces. —Fue Maggie la madre de Connor quien rompió el silencio—. ¿Son una pareja? —preguntó interesada.

—¡Maggie! —Kevin, el padre, llamó su atención pues dejaba que sus hijos tomaran sus propias decisiones.

Paulina y Connor compartieron una mirada y esté último asintió.

—Sí, pero necesito que respeten mis decisiones, estoy grandecito para saber qué es lo quiero.

—Señora, sé que le asusta que no me lleve con Emily… —le comentó Ina sintiéndose nerviosa por todo—, pero yo adoro a la pequeña.

Maggie miró a su esposo y luego a su hijo, algo le daba mala espina de aquella chica que además era tildada de oveja negra. No quería que su nieta se viera involucrada en un escándalo y menos su hijo que era la luz de sus ojos.

—Me imagino que conoces la historia de Diane y Connor… —objetó Maggie y Connor se tensó y abrió los ojos llamando la atención de su madre.

—No, no la sé —contestó un poco pérdida.

—¿Connor? —Su madre lo llamó molesta y tiró el paño de cocina —. Esto es increíble, bueno iré por mis cosas ya que no me necesitas aquí.

—¡Mamá! —la llamó Connor asustado por su reacción—. Ya le contaré todo a Paulina y no tienen que irse a los Estados Unidos, yo te necesito y siempre lo haré.

—Margaret pídeles disculpas a los chicos —le exigió Kevin

molesto—. Deja de ser mamá gallina y dale una oportunidad a la muchacha, no todas las mujeres son como Diane.

Las palabras de su esposo molestaron más a Maggie que salió directo a la habitación, como pensaba que no iba a proteger a su hijo después de todo lo que había pasado. Además, estaba casi que segura que Connor tenía miedo de confesarle la verdad a aquella chica y no quería lidiar con el dolor de su nieta al enterarse que nuevamente otra persona saldría de sus vidas.

Ina se quedó asustada mientras que padre e hijo compartían una mirada de preocupación, para Connor era importante que la chica fuera aceptada por sus padres. Kevin trató de cortar la presión del momento preguntándole a la joven sobre su trabajo y su familia. Ella creía que era su destino ser odiada por sus suegras, aquello sobre la relación anterior de Connor empezaba a crearle miedo y se sentía extraña por estar en una a ciegas. No podía juzgarle porque ella misma le ocultaba muchas cosas y quizás ese era el error que cometían los dos.

*****

Sarah levantó el teléfono y marcó el número que había jurado nunca marcar. Le había prometido aquello a su esposo en el lecho de muerte, no obstante, estaba dispuesta a quebrar esa promesa para traer la paz que necesitaba su familia. Al tercer tono la voz de una empleada contestó el teléfono y ella pidió hablar con el señor de la casa.

—Sarah… —contestó una voz masculina

—David, lo sabe… —Fue lo único que dijo.

—Sabe la mentira que dejamos Williams y yo, pero nadie podrá saber nunca la verdad.

—Voy a hablar —le advirtió.

—Entonces alguien morirá y será tu amada nieta.

El interlocutor trancó la llamada dejando pasmada a la anciana, bajó el cuadro donde escondía la caja fuerte de su habitación y sacó de ella una serie de papeles que revelaban la verdad sobre Clare Carnegie. No iba a permitir que nadie le siguiera haciendo daño a su pequeña, aunque eso significara su propia muerte, hablaría con Paulina. Tomó dinero en efectivo y la pequeña pistola que había pertenecido a su loco y amado espeso.

—Nadie le hará daño a Paulina —dijo en voz alta mientras cargaba el revólver—. ¡Nadie!

-16-

—Tu madre me odia… —susurró Ina cuando se sentó derrotada en la cama.

Connor dejó la maleta para acostarse a su lado, la jaló por la cintura y los dos cayeron en la mullida colcha, para él era la visión más linda del mundo ver el cabello negro de la chica desperdigado en la blancura del cobertor, su cuerpo era un deleite y su belleza sin duda era sinigual.

—No te odia, Ojos azules, pero tiene miedo por Emily —le contestó mientras acariciaba su rostro—. Nadie podría odiarte, mi Blancanieves.

Ella sonrió triste y le hizo gracia que la llamara como la princesa del cuento de hadas. Connor besó tiernamente sus labios. Ella le pidió:

—Hazme el amor y ayúdame a olvidar…

Connor tomó su rostro entre sus manos y la observó en silencio por unos segundos, se percató de que sus ojos eran de un azul casi celeste, sin embargo, en ese momento eran un poco más oscuros, sus labios tenían arriba la forma de un corazón y que olía a rosas. Él se acercó lentamente y con su lengua delineó el contorno de sus labios, una de sus manos dibujó una línea casi perfecta desde su mejilla hasta uno de sus pechos.

Ina dejó que con sus caricias Connor borrara su pasado, cuando sus manos subieron lentamente su camiseta dejó de pensar en el dolor y se entregó a la pasión. Mientras ella se entregaba, él la veneraba como una diosa y la protegía como a una damisela en peligro.

De la garganta de Connor se escapó un sonido ronco cuando la vio completamente desnuda en su cama. Ina no dejaba de sorprenderlo ya que de nuevo no llevaba nada de ropa interior y al desnudarla había disfrutado de encontrar aquel hermoso lienzo.

Su dedo dibujaba el trazo de cada tatuaje, las golondrinas, el lazo, los anillos y moría por ver cada flor del jardín de su espalda. Intuía que cada tatuaje tenía que ver con su pasado, solo quería saber que significaba cada uno de ellos.

—Eres como un cuadro de múltiples colores —le dijo extasiado—. Eres una jodida obra de arte…

—Y tú como una escultura del hombre perfecto —contestó ella con una sonrisa.

Connor esbozó una sonrisa y se quitó su ropa bajo la mirada ardiente de aquella hermosa chica que le había robado el corazón. Ella tragó el nudo que se le hizo en la garganta y sentía que esa noche sería diferente a todo lo que había vivido, pues el pene de él se erguía firme y sus venas se marcaban alrededor mientras su capullo brillaba por las primeras gotas del líquido preseminal. Ella se levantó para

poder tomarlo con sus manos, no obstante, él la detuvo.

—Ni lo pienses, esta noche es sobre ti.

—Connor.

—Esta noche las horas se van a escabullir y no van a alcanzar para que pueda demostrarte que yo soy la persona que llegó para cambiar tu vida.

Bajó su rostro a su hermoso y depilado coño, lamió sus pliegues saboreando sus fluidos que eran el néctar dulce que necesitaba para vivir. Ina sintió que él era la droga que necesitaba para existir, veía arcoíris y estrellitas a causa del placer. La lengua de aquel hombre atormentaba su clítoris mientras sus dedos la penetraban al ritmo de sus gemidos, sentía que su cuerpo se doblaba y temblaba al paso de cada lamida. Él estaba decidido a pasar horas devorando su coño y consumiendo aquel vino exquisito que se derramaba por él. La chica apretaba el cobertor y cerró sus ojos absorta en el placer, explotando en un millón de partículas, mientras gemía su nombre y pedía por más.

Él se levantó y se abrió paso entre sus piernas, colocó su polla en la entrada de su coño y la penetró lentamente. Apretó sus dientes conteniéndose, pues se sentía como un ajustado guante que se apretaba en su sexo y lo húmeda que estaba era como un maldito sueño. Sus pechos lo llamaban y sus pezones rosados eran como unas pequeñas frutas que ambicionaba degustar. Salió lentamente al mismo tiempo que Ina enredaba sus piernas a su cadera, la penetró con mayor fuerza y bajo casi todo su cuerpo para sentir el roce de piel con piel.

—Me conduces al infinito, eres un cien del uno al diez y eres mía… —le susurró—. Solo mía.

—Más… —le pidió ella cerrando sus ojos.

Connor la complació, la torturó con movimientos lentos y sutiles; besaba sus labios hinchados, ella gemía mientras arañaba su espalda y con sus piernas lo empujaba para sentirlo más profundo. Él le susurraba palabras de amor que ella solo respondía con besos, ya que aún sentía que no estaba preparada para decir aquellas dos palabras. Sus cuerpos sudorosos bailaban un vaivén que los catapultó al éxtasis divino. Él cayó sobre ella y enterró su cabeza en el hueco de su cuello inhalando su olor a sexo, sudor y rosas, estaba decidido a no dejarla ir y ni renunciar a su amor.

Ina aguantó las lágrimas y mentalmente se despidió de George. «Adiós dulce amor, adiós dulce ilusión».

Esa noche comprendió que estaba naciendo en ella algo y que le daba miedo exteriorizar por temor a perderlo, se estaba encontrando con la mujer perdida y que no deseaba amar, pero ella estaba corriendo directo al amor.

*****

David estaba sentado junto a Lorraine en la terraza de su piso, acababan de tener una sesión de sexo, y estaban fumándose unos pitillos. Ella no podía parar de pensar en todo lo que sucedía a su alrededor. Paulina parecía un volcán a punto de explotar y la detective estaba hurgando en el pasado de los Ferguson, sin embargo, por lo que había encontrado el viejo Peter era un rastrero. Solo que ahora estaba preocupada por ella y por ese sentimiento que crecía cada día más, amaba a aquel hombre que miraba al vacío.

—¿Qué es esto? —lo interrogó.

David se giró sorprendido y a la vez confundido, porque la verdad no sabía a qué se refería y menos ahora que buscaba la manera de saber si todo lo que había encontrado era cierto.

—¿A qué te refieres? —le preguntó ladeando su cabeza y lazando la colilla al suelo.

—A esto —contestó señalándose entre ellos.

—Creí que lo sabías —rebatió David levantándose de la silla y acercándose a la cornisa.

—Sexo —señaló Lorraine con voz queda.

—No puedo ofrecerte nada más y pensé que estabas clara sobre eso. —David le habló con voz dura y molesta. Lorraine vio cómo se derrumbó su castillo en el aire, se levantó bastante contrariada y con unas ganas terribles de llorar—. ¿A dónde vas?

—No te importa, si esto es sexo puedo salir y entrar después que obtengamos lo que buscamos —alegó con rabia.

David cruzó la terraza y la tomó por la cintura, el cuerpo de la chica temblaba por la ira que corría dentro de ella. Acarició su rostro y lo retiró tan rápido, que eso hizo que él se cabreara pues necesitaba tocarla.

—Lorraine, aceptaste lo que te daría… —le reprochó debatiéndose entre follarla o amarla.

—Lo estoy aceptando, no por eso tengo que quedarme. —Se soltó de su agarre y salió directo a vestirse a la habitación.

Con lágrimas en los ojos tomó sus prendas mientras se regañaba mentalmente por ser tan ilusa pensando que podía obtener algo más del calienta bragas de David Ferguson. «Por Dios, Lorraine, el tipo tiene leyendas urbanas sobre su pene y como echa a las mujeres después de follarlas, ¿qué creías?».

Se subió la falda molesta y tomó las llaves de su auto, ya que no deseaba pasar ni un segundo cerca de él. Salió y lo consiguió tomándose un trago de whisky. David la miró de arriba abajo haciéndole temblar y ella subió su barbilla haciendo acopio de su dignidad.

—Ya veo que no está preparada para lo que quiero —comentó

decepcionado mientras dejaba el vaso de cristal en la mesita de centro —. Si sales por esa puerta, todo se termina.

—Excelente David, nos vemos mañana en la oficina.

Lorraine salió trancando la puerta tan fuerte que los vidrios retumbaron y bajó las escaleras buscando el aire fresco de la noche. Se sentía perdida puesto que lo único deseaba era una persona que la quisiera. Subió a su auto llorando y pisó el acelerador tomando un rumbo desconocido.

«Eso te pasa por creer en que todos te pueden amar».

Encendió su sistema de sonido y se sorprendió al escuchar la canción que le parecía hecha para ellos, *All I Want* de Kodaline, que le recordaba que todo lo que siempre había necesitado para ser feliz era aquel hombre de ojos azules que no la amaba y que no deseaba estar con ella.

*****

—Vamos, Blancanieves, hora de despertar —murmuró Connor a Ina.

Le dio un beso en la coronilla mientras ella se removía en la cama bastante remolona, ya que habían pasado la noche haciendo el amor, se giró y tomó la almohada de Connor, esbozó una sonrisa cuando el perfume amaderado entró por sus fosas nasales.

Abrió los ojos para darse cuenta de que nada de lo que había sucedido era un sueño, todo era real y que no había tenido pesadillas. Se sentó en la cama estirándose pero se quedó a mitad cuando Connor salió en todo el esplendor de su desnudez, su cuerpo perfecto era digno de admirar y cuando él se giró pudo ver aquel hermoso pez Koi que tanto le gustaba. No, aquel día sufriría de una hemiplejia por observarlo.

—¡Buenos días! —lo saludó con una sonrisa pícara en los labios.

Connor se giró y se quedó observándola correspondiendo con el mismo gesto.

—Buenos días, Bella Durmiente —contestó su saludo con una sonrisa—. ¿Todo bien?

Ina negó y lo llamó con el dedo mientras con la otra mano se quitó la sábana quedando desnuda. Ella nunca había sido tímida y con aquel hombre tampoco lo sería, pues lo deseaba, era como una inyección de heroína o las pastillas de anfetas que a veces se tomaba. Connor sería su droga para poder sobrevivir.

Connor estaba excitado de ver como aquella mujer caminaba a gatas sobre la cama, era el pecado personalizado y él deseaba morirse enterrado en ella. Cuando llegó al borde de la cama se acostó frente a él abriendo las piernas y mostrándole su coño ya húmedo, profirió un gemido gutural cuando ella llevó su mano para tocarse.

—No, porque no estás dentro de mí —le respondió ella jadeando.

—¡A la mierda todo!

Connor se lanzó sobre ella olvidando que en menos de una hora empezaría la jornada de trabajo para los dos. Lo último que deseaba aquella mañana era ir a trabajar. Se enterró en ella tragándose sus gemidos con sus besos. Ina arañó su espalda complacida de sentirlo y dejó que le diera la primera dosis de anfetas personal.

*****

Ina estaba haciendo lo que más le gustaba, cocinar. Estaba preparando todas las recetas con ayuda de cada ayudante de estación. Anita estaba terminando de montar los postres de esa noche y ella se sentía como si se hubiera inyectado adrenalina. Estaba eufórica y sabía que era lo que muchas veces le provocaba tener sexo desenfrenado como lo había tenido esa mañana.

Connor no estaba porque iniciaría las grabaciones de su programa y aunque aquello le parecía excitante, nada podía compararse a estar frente al fuego descubriendo con cada probada la explosión de sabores.

Cada receta para ella era como encontrar el Santo Grial, porque las pequeñas variantes que el chef había ideado le daban un toque bastante ecléctico a la comida tradicional francesa. Aquello era lo que la mantenía centrada entre tanta mierda que rodeaba su vida. Estaba terminando con la salsa de trufas cuando escuchó a Celines.

—Ahora las zorras tienen premios por faltar una semana al trabajo —murmuraba con una cocinera que había sido ya bastante odiosa con ella.

Ina trato de ignorarla, sin embargo, cuando entró Alan buscándola y escuchar los comentarios de la anfitriona le valieron mierda los buenos modales.

—Los quiere a los tres, no se conforma solo con Connor, también quiere a Markus y a Alan. —Celines le dijo con rabia a Amatista—. Una zorra a todas luces.

Alan llegó a su lado y se percató de la mala leche que empezaba a emerger de la cocinera. No pudo llegar a tiempo cuando tomó a Celines por el cuello y una cuchara.

—Mira pequeña, el hecho que sea de la nobleza no quiere decir que no sepa cómo defenderme.

—¡Alan! —chilló Celines temblando asustada.

—Alan, ni una mierda, eres bien valiente para llamarme zorra, entonces se valiente para enfrentar las consecuencias. Entre tú y yo hay una gran diferencia, se nace con clase y no se hace, aquí o en Pekín, la zorra eres tú y no yo. —La soltó y se giró con una sonrisa bajo la mirada de todos—. Aquí no ha pasado nada todos a cocinar.

—Celines, te espero en la oficina en veinte minutos —Alan le dijo molesto—. Ya escucharon a la chef a trabajar.

Ina se acercó temblando de la rabia a Alan, que le entregó un sobre. Ella no sabía porque había olvidado sus modales, aquella mujer la sacaba de sus cábeles.

—Perdona, Alan, pero es que no pude evitarlo.

—No te preocupes, ya queríamos prescindir de ella y me has dado la excusa perfecta. —Alan palmeó su hombro—. Es de Connor. Él no podrá venir a hoy. ¿Ya comiste?

—No… —respondió ella tomando el sobre—. Tomaré algo y la leo en el salón de empleados —le contestó acariciando la caligrafía perfecta del hombre que le robaba el aliento.

Salió de la cocina cansada y entró al salón donde ya algunos estaban descasando para enfrentarse a la apertura del restaurante. Tomó una gaseosa ligera y se sintió un poco adolorida de su vientre. «Debe ser que el periodo me bajará». Se dijo mientras hurgaba en sus cosas en busca de algún calmante, se olvidó de todo por la curiosidad de leer la carta.

Paulina…

Hoy no he parado de pensar en ti, en tus labios y en btodo lo que me estás haciendo sentir. Te espero esta noche en casa, seré él que lleve el mandil así que no cenes.

Con amor.

Connor.

Ina no pudo contener la emoción y sentía que aquella Paulina ilusionada, fresca y dulce resurgía como el ave fénix. Solo le faltaba Clare para ser completamente feliz y eso entre todo lo que sentía la hacía dudar, porque ella no deseaba enfrentarse a más dolor. Querer se le hacía complicado y en aquel momento solo sentía los pequeños pasos de una persona que le gustaba otra, que se siente bien a su lado y con la cual formaría una relación.

¿Enamorarse?

No sabía si podía amar y no entendía a las personas que iban por el mundo gritando a los cuatros vientos que estaban enamoradas cada tres por dos, era algo así como que me enamoro la misma cantidad de veces que me quitó las bragas para lavarlas. Su cuerpo le estaba pasando factura de todos los excesos que había tenido. Revisó sus mensajes y se encontró con varios de Jean Piere.

Jean Piere a Ina:

Espero que te encuentres bien, te escribo para recordarte que en unos días Claude irá a Londres y quiere verte. Te extraño, porque la ciudad no es lo mismo sin ti, amiga.

Ina sonrió, pues no había tenido tiempo para pensar en su amigo, se había dedicado a trabajar y también a vivir encerrada en sí misma. Muchas veces se sentía egoísta porque con sus problemas olvidaba que

sus amigos también existían, ya que con el francés tuvo momentos especiales y de él aprendió el verdadero secreto de la cocina francesa. Escribió un mensaje rápido esperando que su amigo estuviera desocupado para responderle.

Ina a Jean Piere:

Yo también te extraño, aunque no lo diga muy seguido. Estoy mejor, aunque a veces siento que vivo en un torbellino de emociones y no lograré salir ilesa. Me da miedo a veces caer, pero me hago la fuerte.

Tomó su gaseosa y se levantó, fue a buscar en sus cosas una compresa para colocársela. «Mujer prevenida vale por dos», pensó al encontrarla. Fue al baño y se puso la misma porque conocía su organismo y el dolor era significado que estaba por bajarle la menstruación. Revisó en el botiquín y encontró ibuprofeno, tomó dos píldoras y las tragó sin agua. Cerró los ojos recordando cuantas veces había tragado metanfetaminas de la misma manera. Su móvil vibró sacándola de esos oscuros recuerdos y lo sacó para leer.

Jean Piere a Ina:

Cuando sientas que vas a querer cocaína, recuerda que uno de tus norte es cocinar. También recuerda a las personas que te queremos y que el amor muchas veces puede sanar. Por si no recuerdas YO TE QUIERO, no respondas yo también, porque sé que te cuesta hasta escribirlo.

Ina cerró los ojos y guardó su teléfono pensando en lo bien que la conocía su amigo. Se lavó las manos y salió del baño directo a su norte con la esperanza de una noche tranquila al lado de Connor.

-17-

Ina entró a la casa de Connor sintiéndose cansada por la larga jornada. La sala estaba completamente despejada, pero por los altavoces se sonaba *Creep* de Radiohead. Se sentó en el sofá escuchando la letra de aquella canción.

«¿Cómo puede una canción decirte tanto?», se preguntó.

—¿Eres tú, Ojos Azules? —preguntó Connor desde la cocina.

—Sí… —contestó con voz queda escuchando el estribillo.

But I'm a creep, I'm a weirdo.
What the hell am I doing here?
I don't belong here.
(Pero yo soy un desgraciado, soy un bicho raro
¿Qué diablos estoy haciendo aquí?
No pertenezco aquí)

«¿Pertenezco a algún lugar?», se preguntó Ina.

Ahí estaba de nuevo, con ganas de huir para alejarse de la felicidad. Muchas veces creía que esa soledad autoimpuesta significaba solo una cosa, miedo. Su mente se debatía entre amar o correr, por eso era un acto de valentía para aquella chica intentar una relación con Connor. Se levantó un poco desconcertada del sofá y fue en la búsqueda del cocinero y lo encontró en la cocina salteando unos vegetales. Se recostó en el bordillo de la puerta, para quedarse observándolo absorta en todos sus movimientos. Ina reconocía que aquel hombre cocinaba con una destreza increíble.

Connor dejó el sartén y tomó una cuchara para probar una salsa. Cerró los ojos para apreciar los sabores de las especias que estaba utilizando. Cuando los abrió se encontró con Ina que lo miraba con una sonrisa, dejó la cuchara en el mesón y se limpió las manos con el repasador que tenía en el hombro.

—¿Tienes hambre? —preguntó Connor.

—Mucha —respondió ella acercándose hasta donde estaba el chef —. Te extrañamos en la cocina.

Él no pudo evitar alzar una ceja de manera interrogativa, se preguntaba sí ella lo extrañó o en realidad la cocina no era nada sin él. Dio la vuelta al mesón y se acercó a ella para dejar en sus labios un beso.

—En realidad, te extrañe a ti —murmuró en respuesta sobre los labios de la chica.

Ina se separó de él y posó las manos en su pecho. Esbozó una sonrisa tímida pensando si podría pronunciar las palabras que Connor esperaba.

—¿Qué cocinas? —Decidió preguntar cambiando el tema y separándose para observar que se cocía en aquellas ollas

—Comida hindú —expresó decepcionado el cocinero, pero tendría paciencia para aquella chica.

—¿Y Emily? —Deseaba ver a la niña y jugar un rato con ella.

—Dormida. —Dio la vuelta para cortar en julianas unas cebollas —. Cenamos los dos solos.

Ina asintió y tomó el cuchillo de su mano. Se miraron por unos segundos y ella se alzó en puntas para darle un beso tierno en la mejilla.

—Yo te ayudo.

Connor asintió y los dos cocinaron codo a codo los momos; era un plato de origen tibetano, una bola de masa de harina de cebada cocida y rellena de carne picada de cerdo o cordero, que se condimentaba con cilantro. Él se centró en el rajma para no abusar con las especias y el curry. Ella armó las pequeñas bolas con esmero.

Para Ina era la primera vez que preparaba algo distinto a prostres en mucho tiempo. Se consideraba especialista en la comida francesa y aunque dominaba una gran cantidad de recetas, nunca fue muy amante de la comida tan condimentada. Por eso cuando Connor le ofreció que probará aquel plato de judías lo dudo por un segundo.

—Vaya… —murmuró Connor en tono burlón—. La chef se niega a probar nuevos sabores.

Ina puso los ojos en blanco y se metió la cuchara a la boca. La explosión de los sabores de las diferentes especias en combinación del curry, hicieron que cerrara sus ojos. Era como probar una gama de sabores entre picantes y dulces.

—Delicioso —gimió y abrió sus ojos.

—No digas que no, si no lo has probado —se burló mientras dejaba la cuchara en lavaplatos—. Deja menos de cinco minutos cocinar todo.

—Sí, chef.

Connor soltó una carcajada y en un arrebato la tomó por la cintura. Se estampó contra sus labios con necesidad y urgencia. «Mía, es mía», se decía convenciéndose de que aquello que no era un sueño. Blancanieves se había enamorado de un cocinero y no del príncipe encantador. Se sentía tal cual hombre de Cromañón, puesto que deseaba tomarla del cabello y arrastrarla a la cueva para que no saliera de ahí nunca más. El corazón y belleza de aquella chica solo tendrían un dueño y era él, nadie más. Rompió el beso y dejó unos cuantos por sus mejillas haciéndole reír.

—Te quiero, Paulina.

Para Ina fueron un remanso de paz aquellas palabras, sonrió y cerró sus ojos sopesándolas. No contestó nada, no podía, pero tenía la

esperanza de que algún día lo haría.

Comieron contándose los por menores de su día, a Connor le bastó solo unos minutos para trasmitirle que odiaba grabar aquel programa. No quería seguir, sin embargo, había un contrato de por medio. Además, estaba el hecho de que habría días que se repetiría lo de hoy y no deseaba dejarla tanto tiempo a solas. Conversar con ella fue ameno y hasta lo hizo olvidar su frustración, todo estaba cambiando en la vida de los dos, por eso muchas veces se preguntaba si tendría la paciencia para esperar escuchar esas palabras de sus labios.

—Claude viene a Londres —comentó Ina mientras secaban la vajilla.

—¿Quién te avisó?

—Jean Piere.

—Ina, quiero que me aclares dos cosas —le pidió tenso porque no sabía quién era el tal Jean Piere, pero no quería ningún hombre cerca de ella.

—Pregunta.

—¿Entre tú y Andrew hay algo más?

—Una amistad de años, nada más —contestó ella recelosa y agregó— Antes que preguntes por Jean Piere, te aclaro que también es una amistad. Claude y él me ayudaron a encerrar mis demonios.

Connor se acercó sintiéndose mal por su desconfianza. No podía juzgarla si le ocultaba algo porque él todavía no encontraba el valor para contarle que no estaba divorciado. La tomó por la cintura y besó su frente.

—Te quiero solo para mí. Tú haces que me sientas como un cavernícola posesivo. —Ina soltó una risita—. Lo único que quiero es que Andrew no se acerque más.

—Connor.

Él se separó un poco para poder ver su hermoso rostro. Acarició con el pulgar los labios mullidos de la chica.

—Te quiero…

Ina no le respondió, sin embargo, lo besó para poder corresponder a sus sentimientos. Se sentía mal ya que creía que no estaba entregándose completamente a la relación. Tenía miedo a fracasar y que aquel espejismo de felicidad se esfumara. Recordó la letra de Creep y se dijo mentalmente: «Debo correr». Cambió de opinión cuando las mariposas de su estómago le recordaron que estaba sintiéndose viva.

«Debo vivir».

Connor rompió el beso y la cargó en sus brazos hasta el sofá. Se sentó con ella sobre su regazo y le susurró bajito:

—Tendré paciencia para escuchar esas palabras de tus labios.

Ina se aferró a él y escondió su rostro en el pecho. Todo se nubló a su alrededor y sus pulmones dejaron de hacer su tarea. Escuchaba que él la llamaba a lo lejos, pero se desesperó buscando aire, se desmayó cuando no pudo resistir más.

Connor no sabía qué hacer ante la situación, lrlamó a sus padres desesperado, los que bajaron para ayudarle. Acostó a la chica en el sofá mientras su madre buscaba alcohol para traerla devuelta, pusieron la mota de algodón en su nariz y ella volvió en si luego de casi cinco minutos. Él la abrazó y besó sus labios sintiéndose asustado. Recordó los síntomas de los ataques de pánico que a veces sufría Emily desde que su madre se fuera. Ina había tenido uno a todas luces y se sentía culpable por provocárselo.

Los padres de Connor observaban la escena con preocupación. La madre tenía desconfianza de aquella mujer y no quería que hijo sufriera más, pero al ver la manera en que él la miraba era digno de admirar. Su hijo se estaba enamorando de nuevo y de una forma diferente. Le rogaba al Señor que esta no le hiciera daño. Tomó la mano de su esposo y le indicó las escaleras, se acercó y les anunció:

—Los dejamos y muchacha descansa, a veces dormir despeja la mente.

—Gracias —contestó Ina con voz trémula.

—Gracias, mamá y papá… —se despidió Connor de ellos.

Él tomó la mano de Ina y la besó. Se hizo miles de preguntas que no se pudo responder, pues la única que tenía las respuestas para todo era ella. Le daría tiempo porque si ella se iba, no sabía qué diablos iba a hacer. Sería un cataclismo, porque no deseaba estar sin ella

—Vamos a dormir.

Ina le sujetó el brazo asustada, estaba segura de que había comenzado su declive. Conocía los síntomas y lucharía contra ellos para poder corresponderle.

—Dame tiempo, solo te pido eso —le rogó nerviosa.

—Te daré el que necesites.

Connor la alzó esta vez como una delicada muñeca de porcelana y la llevó hasta su dormitorio. La ayudó a desvestirse, le dio una de sus camisetas y él se cambió por un pantalón de pijama. Se acostaron cada uno con pensamientos similares. Los dos no deseaban quedarse con la esperanza guardada en un bolsillo roto, ellos deseaban poder amarse con todas las ganas que contenían por miedo a los secretos que los dos guardaban.

*****

Lorraine llegó a su piso tiró la bolsa con la ropa que llevaba el día anterior en el suelo. Fue a la cocina y sacó de la nevera un botellín de agua, la abrió y tomó directamente de ella. Había manejado la noche

anterior por las calles de Londres y se detuvo cerca del *Millenniun Brige*. Había algo en aquel lugar que le parecía relajante, no sabía que era, pero caminar de noche por un puente sola no era muy buena idea. Solo se quedó observando la profundidad de aquella majestuosa arquitectura que daba una vista perfecta de la cúpula de la Basílica de San Pablo.

Fue ahí donde pensó que estaba ahogándose en un vaso de agua. David no le había mentido y fue claro en cuanto a las condiciones para poder estar juntos. Bajó aviso no había engaños, sin embargo, lo que había sucedido con Ina y la manera en la cual él se comportó buscando refugio en ella le dio a entender que había algo más. Se sintió ilusa la noche anterior cuando el hombre le recordó que compartían nada más que sexo.

¿Acaso ella no tenía derecho amar?

Sí, pero estuvo muchos años idealizando a un David que no existía. Había estudiado derecho solo para estar cerca de él, amaba su carrera, pero eso lo había aprendido a lo largo de los años de estudio. Estaba decepcionada de ella misma que se autoproclamaba una mujer independiente, pues se sentía perdida por el rechazo de aquel hombre.

No había ido a trabajar y dejó que su móvil se apagara, ya al siguiente día iría con el rostro en alto. Ya había sido suficiente dormir en un hotel y llorar, sí llorar, para olvidarse de esa ilusión de niña. Ya encontraría ella a la persona con la cual emprender una vida. Tiró el botellín en el cesto y fue hasta su dormitorio. Se tiró en la cama y abrazó la almohada, se daría la licencia de llorar solo por esa noche.

—¡Maldito seas, David Ferguson! —exclamó propinándole un golpe a la almohada—. Mil veces maldito.

De la oscuridad una sombra se cernió sobre ella sobresaltándola y haciéndola pegar un grito aterrorizada. Encendió las luces y se sorprendió al ver el rostro molesto del causante de sus tomentos.

—Sí, Lorraine, soy un maldito. —Suspiró cansado—. Un maldito preocupado por ti.

David la besó enfurecido con él mismo y con ella. Había pasado la noche en vela buscándola, fue hasta el despacho para darse cuenta de que tampoco estaba. Le pagó al conserje para que lo dejara entrar al piso de la chica. Le transmitía su rabia y su anhelo, porque necesitaba de aquellos labios para vivir tranquilo.

Ella era su calma y no quería perderla.

Lorraine se dejó besar sintiéndose sobrepasada, nunca se imaginó encontrarlo en su casa. Si era un sueño, no deseaba despertar, no quería desilusionarse. David era su primer amor, aquel que de manera platónica todos los seres humanos han tenido. Aquel beso era duro y las caricias del hombre se sentían desesperadas. Ella hizo acopio de su fuerza y amor propio para romper el beso, él posó su frente en la suya

y las lágrimas se precipitaron solas.

—¿Qué haces aquí? —preguntó ella en voz baja.

—Estaba preocupado.

—Me fui porque no quería tenerte cerca. —Lo empujó sutilmente porque necesitaba espacio—. Yo no puedo continuar con esto.

—No hemos empezado —murmuró él decepcionado de que Lorraine lo alejara. Acarició su rostro y ella se tensó, haciéndolo sentir como una basura—. Lorraine.

—No, no David, no quiero al hombre de las leyendas urbanas. —Se levantó de la cama para tomar distancias—. ¡Carajo, que no eres el Marqués de Sade! —gritó frustrada arrancándole una sonrisa al hombre—. Te amo desde que tengo conciencia y ahora consigo que me veas como una mujer. —Suspiró—. Pero me ves como una sumisa, meretriz o lo que te dé la gana llamarlo.

—¡No eres nada de eso! —David se levantó y la tomó por los brazos para que no huyera más de él—. Convénceme que puedo ser feliz, Lorraine, que la semana tiene más de siete días y que la rutina no existirá entre los dos.

—David.

—Dime, mi vida, que esto termina en un final feliz… —Suspiró—. Te necesito y me ha bastado solo una noche para saberlo.

—¿Estás seguro?

—No estoy seguro de nada, pero prefiero averiguarlo a tu lado que vivir de nuevo el tormento al que me sometiste anoche. —David aflojó su agarre y pegó su frente a la de ella—. Bésame, bésame y construyamos juntos ese mundo de unicornios y arcoíris, que le relatabas a Ina cuando eran pequeñas.

Lorraine sonrió y lo besó sin piedad. Ella quiso frenar el tiempo para hacer crecer aquello que sentía David. Siempre hablaba de cuentos de hadas y finales felices, lucharía por el suyo ahora que tenía la oportunidad. Lo besaba como si el mundo se fuera a acabar después de ese beso, porque su corazón lo deseaba. Rompieron el beso y ella sonrió sobre sus labios.

—David Ferguson, la leyenda urbana acaba aquí —murmuró en tono de burla.

Él soltó una carcajada y la cargó en sus brazos haciéndole gritar. La llevó a la cama y la acostó en ella para hacer lo mismo. La abrazó de tal manera que ella quedó sobre su pecho, sus piernas entrelazadas. El olor a jazmín que desprendía su cabello era embriagante, se sintió en casa.

—Ahora comienza la leyenda del hombre enamorado. —Dejó un beso en el cabello de la chica—. Vamos a dormir porque cierta señorita me desveló toda la noche buscándola.

—Gracias —susurró ella.

—A ti enana, a ti.

Se durmieron fundidos en un abrazo. Para Lorraine los latidos del corazón de David eran los acordes de una canción de cuna perfecta. Nunca había imaginado en sus sueños más preciados que él terminaría buscándola, bastó un día para que el hombre se diera cuenta de que solo debía mirar a un lado para encontrar lo que deseaba. Ella sabía que no sería fácil aquella relación, pero guardaba la esperanza de que resultara como los dos deseaban.

-18-

Las semanas pasaron para Ina y Connor como una secuencia fotográfica, contando la historia de su vida. Estaban creando una rutina entre ellos que consistía en ir juntos al restaurante, cocinar y volver a casa para compartir con Emily. Tenían días que estaban separados por causa del programa que él grababa, sin embargo, llegaban a casa y ponían sus brazos alrededor de sus cuerpos, los dos sentían que estaban en su hogar.

Para Ina se estaba convirtiendo en una necesidad que Connor pudiera observar a través de las paredes que ella había construido con temor a que la lastimaran de nuevo. No lograba decir con palabras lo que sentía, ya que si lo hacía creía que despertaría del hermoso sueño que vivía. Ella sabía que, si caía, él estaría para sostenerla. Deseaba encontrar las razones para decir que se estaba enamorando, pero cada día se le hacía más difícil hacerlo.

Connor estaba en el mejor de momento de su vida. Se sentía feliz por haber encontrado una mujer que fuera su igual y que compartiera su misma pasión por la cocina, pese a todo lo que mayor alegría le causaba era ver lo bien que se llevaba con su pequeña hija. Desde la llegaba de Ina, la pequeña había mejorado su comportamiento y hasta había dejado de tener micciones sobre la cama mientras dormía, las mismas que comenzaron luego que su madre los abandonara. Aquella chica era la bocanada de aire fresco que padre e hija necesitaban en su vida. No tenía dudas de lo que ella sentía por él, no podía negar que deseaba oír esas dos palabras de sus labios.

Aquel día era un lunes y el Orange no abriría sus puertas, ese era el día de descanso para todos. Connor tenía planeado sorprender a sus dos mujeres con un desayuno en la cama. Estaba haciendo la mezcla para los gofres cuando Ina entró con el rostro bañado en lágrimas. Él dejó todo y corrió a su lado para saber que sucedía.

—¿Qué sucede, Ojos Azules?

Ina se sujetó fuerte de sus brazos buscando refugio. Aquella pesadilla había vuelto a visitarla y nunca había imaginado que el significado de la palabra tragedia, la llevaran dos personas tatuadas en su alma. George la atormentaba en sueños y se llevaba a la pequeña Clare. No sabía nada de ella, la buscaba sin resultados positivos.

—De nuevo tuve una pesadilla con Clare —confesó ella sollozando, pero como siempre le ocultaba que en su pesadilla recurrentemente estaba él.

—La encontraremos, te lo prometo. —dijo Connor besando su cabello. Se separó un poco de ella y con los pulgares borró el rastro de sus lágrimas—. Ayúdame y así sorprenderemos los dos a Emily.

Ina asintió y se alzó en puntas para dejar un beso en sus labios.

«Te quiero», le dijo mentalmente.

Rompió el beso y tomó el mando de la cocina mientras Connor hacía todo lo que ella le decía. Decidieron sorprender a Emily con tortitas, con esmero llenaron unos dispensadores de salsa con mezcla de diferentes colores.

—¿Estás segura de que te saldrá Ariel? —preguntó Connor con duda, sabía que Ina era un As en la pastelería. Pero dibujar a La Sirenita, para él eso era otro cantar.

—¡Calla y aprende! —Con destreza delineo el dibujo sobre la plancha caliente y previamente engrasada. Poco a poco fue rellenando los espacios en blanco con el color que correspondía.

Connor estaba embobado viendo la técnica y a la chica desenvolverse tan ágil en la cocina. Su cocina para ser exacto, amaba verla ahí con una camiseta vieja de Muse, un pantaloncillo corto de pijama y el cabello recogido en un moño desordenado. Ina era perfecta entre todas sus imperfecciones, porque nadie podía llegar a serlo. Cuando ella le dio vuelta a la tortita, sonrió diciendo:

—*¡Voilà*[32]*!* —Connor sonrió—. Te dije que aprendieras.

—Ya veo, señorita sabelotodo yo quiero a Blancanieves para comer…

—Las haré…

—Eres hermosa… —murmuró él en voz baja.

—¿Qué?

—Nada voy a montar la crema y cortar las fresas —contestó él levantándose para dejarla terminar.

Cuando tenían todo listo Ina le sugirió a Connor hacer un desayuno de princesas. Subieron y se cambiaron de ropa para despertar a Emily. Ella estaba sirviendo los platos cuando la niña irrumpió en la cocina como una tromba.

—¡Las princesas! —chilló emocionada—. Hoy, nos comemos a las princesas.

—Dale las gracias a Ina —le pidió Connor a su hija al entrar.

La niña no dijo nada, pero corrió hasta donde estaba la chica y la abrazó fuerte. Emily empezaba a querer a Ina de la misma manera que amaba a su madre. La niña se sentía segura bajo la protección de la chef que la cuidaba y mimaba como si fuera su mamá.

Todos se sentaron en la mesa para desayunar. La niña no paraba de decirle que iba hacer la envidia en su colegio cuando mostrara las fotos. Connor e Ina reían de todo lo que Emily les contaba. Aquel día su padre había pedido permiso para que faltara, tenía una sorpresa para las dos y se moría por ver sus rostros.

—Vaya hicieron tortitas y no me guardaron —comentó Alan con un tono decepción entrando a la cocina.

—¡Tío! —exclamó la niña al verlo y salió corriendo.

Ina se preguntaba que hacía Alan ahí, porque normalmente solo lo veía en alguna que otra práctica de Rugby. Quedaban dos Blancanieves, las puso en su plato y le dijo:

—Quedan dos, pero son de la chica que experimenta con sietes enanos. —Alan y Connor entendieron el chiste y soltaron una carcajada sonora. Ella alzó sus hombros sonriendo y se acercó hasta Connor, dejó un beso en sus labios y le avisó—: Voy a ducharme y ayudar a Emily, ¿vamos a salir?

—Sí, vayan —respondió.

—Alan —Ina le dijo en modo de saludo.

—Gracias por dejarme las tuyas —contestó Alan.

—De nada, vamos nena es hora de ser unas princesas. —Tomó la mano de Emily y salieron de la cocina.

Connor miraba embobado por donde habían salido sus dos grandes amores. Su sorpresa había cambiado un poco por culpa de la pesadilla, sin embargo, compartir estos pequeños momentos que no parecen importantes y son los primeros que más anhelas. Eran una familia y ahora faltaba que finalmente la familia de Paulina lo aceptara.

—¡Estás rematadamente jodido! —se burló Alan de su hermano.

—Lo estoy, pero no me arrepiento. —Connor se giró hacia a su hermano y le preguntó—: ¿Todo listo?

—Sí, pero Connor te piensas perder una maldita semana. —Alan suspiró cansado—. ¿Estás seguro?

—Quiero crear recuerdos felices en la vida de Paulina y quiero que sean conmigo.

—Te entiendo, Connor, tengo que informarte algo. —Alan no sabía cómo tomaría su hermano aquello.

—Habla, pero antes dime si tienes todo listo en el restaurante.

—Sí, no te preocupes por eso —contestó y respiró profundo—. Connor, préstame atención un segundo.

—Habla hombre.

—Diane ha estado llamando al restaurante y no para de preguntar por ti.

Connor se paralizó pues la sombra de su pasado estaba por cernirse sobre ellos. No encontraba la manera de contarle la verdad.

—¿Qué quería?

—Volver…

—¿Me estás jodiendo? ¿Volver? ¿Es qué esa mujer se ha vuelto loca? —exclamó molesto.

—Baja la voz Connor y no lo sé, pero tienes que decirle la verdad a Ina.

Connor se sentó en el taburete al lado de su hermano y pasó las manos por su cabello de forma desesperada. Ina llevaba apenas tres

meses en su vida y dos viviendo aquella experiencia. Cualquiera pensaría que estaba loco por creer que estaba enamorado en tan poco tiempo, pese a todo estaba seguro de lo que sentía.

—Lo haré, te lo prometo.

Alan negó porque sabía que su hermano estaba haciendo las cosas mal. Le dio dos palmadas porque no podía meterse en su vida, aunque le molestaba que estuviera comportándose de esa manera.

Connor dudaba que el regreso de Diane trajera algo bueno a su vida. Nunca olvidaría el día que entró a su oficina y la consiguió follando con Markus. Había sido el fin de su matrimonio y de su amistad con aquel hombre. Los unía la sociedad, pero había tomado una decisión para romperla.

—Alan, llama a Caleb y pregúntale sobre nuestras inversiones. Voy a comprarle su parte a Markus.

—¿Estás seguro? —le preguntó alucinado.

—Nunca he estado más seguro en mi vida.

Ina y Emily entraron a la cocina cambiadas. La chica sonrió cuando Connor se quedó mirándola de pies a cabeza. Llevaba un jean, un suéter de punto color beige y unas botas de caña alta. Ya le había advertido la noche anterior que iban hacer un viaje corto.

Ina se acercó a donde estaban sentados los dos hombres y le dio un beso a Connor en los labios.

—¿Seguro de qué?

—De que nos vamos a *Disneyland París* en pocas horas.

Emily gritó y saltó emocionada mientras Ina no podía creerse el matiz que tomaba aquella relación. Cerró los ojos respirando hondo varias veces, tenía miedo, mucho miedo y su sexto sentido le decía que algo estaba por suceder.

*****

—¡Maldito, Londres! —se quejó Diane cuando bajó del auto que la dejaba frente al Ritz.

—Diane, deja de decir tacos —bramó Markus molesto.

Caía esa mañana una lluvia tempestuosa como aquella mujer. Parecía un camión lleno de cerdos quejándose. Ya estaba hecho, no podía arrepentirse de sus acciones, solo esperaba que todo saliera según lo planeado. Entraron al hotel y la registró bajo un nombre falso, no querían levantar sospechas.

—Necesito un Martini —dijo ella mientras le entregaban la llave de la suite.

—Vamos al bar —murmuró Markus con fastidio, le dio un billete al botones y la escolto.

Diane odiaba Londres y todo lo que tenía que ver con aquella ciudad, por fastidiar a su marido y conseguir dinero, había vuelto, solo por eso. Ella sabía que Markus solo quería fastidiar a Connor, sin

embargo, a ella le divertía atormentarlo y sabía cómo hacerlo. Arruinar su relación con la chica que le interesaba a su examante iba ser pan comido.

—Markus dime que tiene de especial la tal Paulina —curioseó Diane con fastidio.

—Paulina, vale muchos ceros a la izquierda de mi cuenta.

—No entiendo que tiene, me parece simplona.

—Tiene tantas cosas que ni te imaginas. Paulina Ferguson es mi pase directo a la realeza de este maldito país.

Diane profirió una carcajada. No podía creer que aquel hombre estubiera interesado en pertenecer al *Jet set* [33]londinense. Puso los ojos en blanco mientras tomaba un trago de su coctel.

—¡Que ridiculez! Markus, te advierto que solo deseo dinero, espero conseguirlo de Connor y de ti.

—Lo tendrás, separa a esos dos y yo te daré una buena suma.

—Tendré que fingir que la madre arrepentida ha vuelto. —Suspiró e hizo un ademán con su mano—. Emily amará verme.

—No lo creo, porque hasta en eso Paulina te ha ganado terreno.

La mujer se tensó ya que siempre pensó que su hija sería el boleto si algún día deseaba regresar. Odiaba la vida y la rutina junto a Connor, detestaba a sus suegros y cuñado. La verdad, no le gustaba nada que tuviera ver con su marido, se enamoró de su físico y no podía negar que amaba la manera en que follaban. Lástima que era tan estúpido y noble como sus padres.

—Ya veremos. —Diane dejó su copa en la barra y pasó su dedo seductoramente por el mentón afeitado de Markus—. ¿Recordamos viejos tiempos?

Markus esbozó una sonrisa, claro que la follaría y con algo le tenía que pagar aquella estadía. Esto era un acuerdo consensuado y Diane sabía lo que le gustaba. Las piezas estaban en el tablero y él empezaría a moverlas con una sola intención:

Hacer Jaque Mate a Connor Bellamy.

*****

—¿Está todo listo? —preguntó.

—Sí, ya todo está en las principales rotativas del país.

—Quiero que la destruyas —le ordenó.

—Después de esto, huirá como una cucaracha.

—Eso espero.

Colgó la llamada mientras observaba jugar a la pequeña con su perro, todo lo que deseaba era protegerla y estaba dispuesto a todo por sacar Paulina Ferguson del medio.

*****

Ina a Lorraine:

Iremos unos días a París, pero de regreso quiero hablar con tu detective.

Lorraine leía el mensaje de su mejor amiga con lágrimas en los ojos, ya que su detective había conseguido la verdad que tanto buscaba. No lo podía creer, su amiga no iba a soportar enterarse de que Clare había fallecido horas después de nacer.

—Lorraine… —la llamó Piper Reeves, la detective privada.

—Piper esto la matará.

—Sigo investigando hay cosas que no me cuadran en la investigación, pero necesito unos datos.

—¿Cuáles?

—Necesito saber sí hay alguien más investigando, porque siento que estoy pasando por los pasos de otro. Además, que los Ferguson y Carnegie están ocultando algo más. —Sacó de su bolso un juego de fotos que había tomado en la residencia de campo de los tíos de Paulina—. Esta niña fue adoptada por el Duque de Fife seis meses después del nacimiento de Clare. Fenotípicamente se parece a su amiga.

—No puedo créelo.

—Estoy haciendo conjeturas, hay cosas que no me terminan de convencer en el acta de defunción y a medida que me acerco a la verdad, alguien obtiene primero la información.

—Hablaré con David. —Suspiró Lorraine—. Creo que tiene un investigador trabajando.

—¿David Ferguson?

—Sí —respondió—. Piper, te transfiero ya mismo y espero más información.

Piper se levantó y se despidió con un ademan. Aquel caso se estaba volviendo un entuerto. Tenía pistas y todo apuntaba que la niña había muerto, pero luego de observar de cerca a Elizabeth Carnegie tenía dudas. Salió y se cruzó con un hombre que entró sin tocar a la oficina de su clienta.

—Lorraine. —David la llamó con voz preocupada cuando la encontró llorando. Lorraine se sobresaltó y recogió con azoro todo el dosier que tenía en su mesa. Tenía que esperar para contarle lo que había conseguido Piper—. ¿Estás bien?

—Sí, solo tengo dolor de vientre —contestó y aunque no mentía, le parecía una excusa para justificar su estado.

—¿Segura?

—Sí.

—Venía a invitarte para comer juntos. —David se acercó y la hizo levantarse de su silla—. ¿Segura está bien? —Acarició el rostro de la chica con cariño.

—Sí, solo es malestar. Recojo mis cosas y nos vamos. —Lorraine besó al hombre con una sonrisa y cambió el tema agregando— Me imagino que sabes que Ina fue a París.

David la soltó y se pasó la mano por el traje quitándose una pelusa inexistente. No soportaba al cocinero, pero parecía que le hacía bien a su hermana.

—Me llamo hace una hora, espero que esto salga bien esta vez.

—David. —Lorraine lo llamó preocupada—. Connor la quiere y aunque Ina no lo admita, ella igual.

—La verdad, no sé si puedo confiarle a una de las personas que amo.

—Tienes que darle una oportunidad… —Respiró hondo—. Ina no está consumiendo nada desde que está con él.

—Lo sé. —David la tomó por la cintura y posó las manos en el trasero de la chica—. Solo que es mi hermana pequeña y necesito cuidarla.

—Te entiendo. Vamos a comer. —David asintió y besó a Lorraine.

Lorraine quería encontrar la manera de contarle todo de lo que se había enterado. Sabía que todo aquello iba a fracturar más a los Ferguson. Temía por la estabilidad emocional de Ina y hasta del mismo David.

-19-

París era todo aquello que necesitaba Ina. Le sugirió a Connor dormir en el pequeño piso de dos habitaciones que mantenía, siempre pensó que podía huir de Londres y volver a la ciudad del amor. Estaba acostando a Emily en la habitación de huéspedes y sintió un vacío en su corazón.

«¿Será que algún día haré lo mismo con Clare?», se preguntó acariciando el rostro de la niña. Esos días cuidando de la hija del chef habían sido la némesis que estaba recibiendo por su loca manía de ser infeliz.

Salió de la habitación pensando que ella quizás estaba pasando por algún estado de bipolaridad. Había días en los que fingía estar bien, cuando en realidad reinaba el desprecio propio y el rechazo al amor. También tenía otros que simplemente se levantaba como un huracán devastando todo a su paso, esos días estaban llenos de felicidad y disfrutaba al máximo de lo que estaba viviendo. Por fin, encontró a Connor en la cocina con una bolsita. Ina reconoció las pastillas que estaban en ella. Subió sus muros y puso su máscara de indiferencia cuando él alzo su rostro.

Connor la miraba alucinado, no podía creer que tenía drogas en sus manos. Él sabía que eran eso y lo triste fue encontrarse con el rostro molesto de la chica. Suponía que iba a enterarse de muchas cosas, pero no de esa manera, pensó que lo había dejado y encontrarse con esas pastillas lo estaba decepcionado.

—Paulina —susurró su nombre negando.

—¿Dónde encontraste eso?

—¿Son lo que creo? —preguntó decepcionado.

Ina se acercó y le arrancó las metanfetaminas. Fue hasta el triturador, le enseñó la bolsita para luego abrirla y tirar el contenido en él.

—Es mi pasado Connor y no tienes derecho a censurar nada.

—¡No te estoy reclamando nada! ¡Cristo, Paulina! —gritó frustrado—. Solo quiero saber a qué atenerme conmigo. Te amo, pero sigo sintiendo que camino sobre arena movediza y me da miedo por mi hija.

Ina se quedó fría, esa era la primera vez que Connor pronunciaba aquellas palabras en voz alta. Le entró pánico y comenzó a hiperventilar, sentía que su cuerpo colapsaba de nuevo. Su visión se nubló y las lágrimas quemaban al salir. Buscó el mesón para sostenerse, pero unos brazos lo hicieron.

—No puedes amarme —sollozó.

—Paulina, respira conmigo, nena. —Connor ignoró aquello y trató de tranquilizarla.

Ella buscaba el aire como un pez fuera del agua. No iba a soportar estar mucho tiempo cerca de Connor, no podía escuchar aquellas palabras. Respiró hondo tratando de serenarse y cuando lo logró se soltó del agarre del hombre.

—No puedo y te juro que lo intento, pero no mereces un amor a medias tintas. —Ina le habló con voz afligida, secó el rastro de su llanto—. Soy un fantasma, una sombra que vaga. Sí, esas metanfetaminas eran mías. Soy una drogadicta y una alcohólica.

—Paulina. —Connor trató se acercarse conmovido por la confesión de la chica.

—¡No! —profirió un grito ahogado y puso sus manos al frente en señal de alto—. No puedo decirte lo que siento. ¿Cómo puedes soportarme?

—Porque te amo —respondió él apretando sus puños—. Déjame entrar, pero hazlo real y desnuda tu alma.

—No puedo, entiéndelo. —Caminó alejándose de él—. Hui de Londres buscando la paz y aquí encontré el infierno. Yo estaría muerta sino fuera por la cocina, por Claude y mis amigos. Iba a clases drogada y mi maestro se dio cuenta de ello, me ayudó, pero desde que estoy contigo deseo drogarme y te uso a ti para no hacerlo.

—Úsame las veces que sea necesario, pero no me pidas que me aleje. Me das amor al querer a Emily, cuando estas a mi lado leyendo un libro o cuando hacemos el amor en silencio. No puedes dejarme después de todo lo que hemos vivido estos días.

—¿Qué sentiste cuando encontraste las drogas? —preguntó ella con voz temblorosa—. ¿Estabas decepcionado?

—Tenía miedo.

—No voy a matarte o hacerle algo a Emily, te lo juro.

—No tengo miedo a eso. —Connor exhaló todo el aire de sus pulmones—. Tengo miedo a que mi hija y yo nos acostumbremos a ti, y en algún momento te perdamos.

—Yo no entiendo cómo puedes amarme. No te merezco.

Connor se acercó y la abrazó, odiaba escucharla de esa manera tan derrotada. Quería ser todo para ella y hacerla sonreír. Aborrecía ver todo el dolor que le habían causado a tan temprana edad.

—Porque eres una humana. Todos somos imperfectos, todos caemos y nos rompemos. Tú te levantaste. —Connor besó su coronilla —. Tus palabras son cuchillos para mi corazón.

—Puedo tomar todo lo que me des y correr cuando no pueda más. No quiero hacerte daño.

—No lo harás, porque, aunque no lo puedas pronunciar, me amas. —Ina se quebró y lloró desconsolada, se abrazó al cuerpo de Connor porque tenía razón. Él la cargó y la llevó hasta la habitación. La bajó frente a la cama y la desvistió poco a poco. Luego lo hizo consigo

mismo y los dos quedaron en ropa interior—. Fuerza, valor y coraje. —Señaló los símbolos japoneses que tenía en el medio de su *eigth pack* —. Te toca.

Ina se tensó y señaló las golondrinas que estaban unidas por una cinta. No sabía si podía pronunciar los nombres, respiró para no romperse en miles de pedazos.

—Mamá, papá y George… —pronunció en voz alta.

—Amor. —Connor señaló el símbolo de su hombro derecho.

—Clare. —Ina señaló la cinta de su vientre—. Fuerza. —Señaló el infinito y la palabra grabada en su muñeca derecha—. Libertad. —Señaló las hojas que volaban en su pecho.

—Fe. —Él le enseñó la cruz y se acercó—. ¿Conoces la leyenda del pez koi que se convirtió en dragón?

—No.

—Cuenta la leyenda que un grupo de peces Koi nadaron contra la corriente y se acercaron a una cascada muy caudalosa. Uno de ellos propuso que debían volver y no saltar. Otro que debían saltar. Al final un grupo numeroso se regresó nadando contra la corriente y los pocos que quedaron saltaron. El dios del sol al ver la intrepidez de aquellos peces transformó sus hermosas escamas en unas más gruesas y los convirtió en un hermoso dragón, que solo alcanzan los más valientes. Todos tenemos la fuerza de forjar nuestro destino.

Connor se acercó y con el pulgar trazó los labios de Ina. Bajo el rostro y le dio un beso para trasmitirle toda la ansiedad que ella había causado esa noche. La lengua de él irrumpió con fiereza dentro de la boca de la chica ahogando un gemido que profirió. Las manos de él bajaron las tiras de su brasier y amaso sus pechos. Necesitaba que ella sintiera que la amaba, que la necesitaba con urgencia y que su mundo no era nada sin ella. Rompió el beso y le señaló la fecha que tenía a un costado.

—Veintisiete de marzo del dos mil siete, el día que nació Emily.

—George, Clare y Paulina. —Señaló las iniciales entrelazadas en un hermoso arabesco.

—Atrévete a vivir. —Señaló la frase de *"Dare to live*", que tenía a su lado.

—Tengo miedo.

Connor sujetó las mejillas de Ina y le dio un beso casto. Posó su frente en la de ella y se perdió en aquel azul tormentoso que tenía su mirada.

—Cuando tengas miedo de caer ahí estaré para sostenerte. Cuando quieras probar alguna droga o licor, úsame yo seré lo que necesites. —Acarició la nariz de ella con la de él tiernamente—. El amor destruye, lo sé, lo viví. Aparta el dolor y aprende amar, estaré a tu lado para sostenerte porque el amor también sana.

—No sé, Connor, yo… —Connor la calló con un beso.

—Lo sabrás y cuando menos lo esperes lo dirás. Te esperaré con paciencia y con amor. No vamos a decir adiós, ni ahora ni nunca, porque esa no es la mejor manera de enfrentar la vida.

—¿Cuál es?

—Vivir.

Connor la besó esta vez con dulzura y transmitiéndole su amor. Sintió el temblor que estremeció el cuerpo de Ina. Caminó lentamente hasta la cama sin separar sus labios, la acostó lentamente. Acarició su cuerpo con sutileza borrando cada mal recuerdo. La despojó de lo que quedaba de su ropa y la penetró de manera delicada, esa noche él le hizo el amor.

Quiso borrar sus miedos, sus dudas y demostrarle que no todo se quedaría en palabras. Esas que muchas veces olvidamos y el viento se lleva.

Ina dejó que la amaran, se entregó en cuerpo y alma. No podía decir en voz alta lo que sentía, pero él lo sabía y eso le bastaba. Confesarle que era una adicta y recibir solo amor fue lo más reconfortante de su vida. En aquellos ojos verdes se reflejaba miedo y no decepción, no quería defraudarlo y tampoco usarlo como le pidió. Necesitaba de Connor y su amor para curarse, daba pequeños pasos para atreverse a amar. Aquella noche ella aprendió que el amor podía sanar alguna que otra herida, sin embargo, ella tenía muchas que deseaba curar.

Ina dormía bocabajo abrazando una almohada. La blancura de su piel resaltaba con aquellos vivos colores que tenía el jardín tatuado en su espalda. Su cabello caía ligeramente en uno de sus hombros y con uno de sus brazos cubría su rostro.

Connor no dejaba de observarla dormir y de rememorar todo lo que había sucedido hacía pocas horas. Otro hombre en su sano juicio huiría de todo aquello, a pesar del miedo él estaba seguro de que su amor podría hacerle bien a aquella chica atormentada. Cuando la observó arrojar las pastillas en el triturador, para él fue un acto de valentía. Ella era como el pez que al saltar se convertía en dragón, lo estaba haciendo al enfrentar su pasado y lo hacía con él. Sabía que no se había equivocado que aquellos tatuajes eran recordatorios y quería saber más de George, aunque no era de los que acostumbraba a hurgar en el pasado de los muertos.

Decidió aquella noche buscar a la hija de Ina, ese sería uno de sus nortes. Al regresar a Londres le contaría su situación y le rogaría al cielo que ella entendiera. Pondría todo en orden en su vida, porque deseaba estar con ella hasta el final.

Se había dado cuenta en esos meses que ella no se molestaba cuando la llamaba por su nombre real. Sabía que era cuestión de

tiempo para que renaciera de las cenizas. Ina era una mujer única, su inteligencia, su audacia en la cocina y su carisma la precedían. Cualquiera al conocerla pensaría que era una más del montón de la nobleza, pero ella no era así.

—Eres como el coco, dura por fuera, pero blanda por dentro —murmuró en voz baja.

Las luces de la torre Eiffel se colaban por la habitación de la chica. Una vista idílica para cualquier pareja, sin embargo, para él era el momento perfecto de despertar y hacerle de nuevo el amor en silencio.

*****

Los cuerpos sudorosos de Markus y Diane cayeron sobre el colchón luego de una sesión de sexo. La mujer alargó sus brazos para tomar la cajetilla de cigarros franceses. Estaba disfrutando de las artes amatorias del hombre pues compartían los mismos gustos. Sus encuentros eran feroces y hasta muchas veces rayaban en lo violento, dos almas oscuras unidas por la necesidad de la carne. Encendió el pitillo y le dio una primera calada.

—¿Quieres? —le preguntó exhalando lentamente el humo.

—Paso —Markus se levantó en busca de su ropa.

—¿Te vas?

—Sí, recuerda que en horas sale en los titulares todo lo que encontré sobre Paulina y debo hacer una llamada.

—Vaya, vaya estamos dando la primera estocada.

—¡Segunda! —corrigió Markus con una sonrisa—. La primera fue hace meses.

—Una joya nos salió la princesita. —Diane disfrutaba aquello y era una venganza dulce—. Madre soltera y drogadicta. Veamos cómo lo toma Connor y mis suegritos al enterarse.

—¿Por qué te casaste con él? —Markus, en el algún momento de su vida, amó a aquella mujer de piernas perfectas y cuerpo de reloj de arena.

—Connor tenía algo que tú no. Dinero y estemos claros que nunca me has amado. —Sonrió maliciosamente—. Tú y él me idealizaron, pero ahora que me conoces sabes lo que me gusta.

—El dinero no te hace feliz.

—Pero puedes comprar la felicidad con él.

Markus se cerró los pantalones y fue hasta la mesa de noche para tomar sus cosas. Muchas veces se preguntaba si había valido la pena perder su amistad con Connor por ella. Lo detestaba por una infinidad de razones y una de ellas era Diane, por eso ahora verlo feliz le carcomía las entrañas. Salió de la habitación sin despedirse, no perdería más el tiempo con aquella mujer.

Paulina iba ser una muesca en su cinturón. Había planeado

follarla y olvidarse de ella, pero al descubrir de dónde provenía fue perfecto. Tenía años tratando de entrar a aquel círculo cerrado que llamaban nobleza y estaba pensando comprar el título de Lord. Para un hombre que creció en un orfanato y fue adoptado por una familia, tener todo y más que la vida le negó era su norte

Markus no iba a renunciar a sus planes y sí tenía que destruir a su paso, estaba dispuesto a hacerlo. Conseguiría dos cosas, fama y destruir finalmente a Connor Bellamy.

-20-

Un ruiseñor se paró en la baranda de la habitación y cantó una hermosa melodía que despertó a Ina. Había dormido toda la noche tranquila y sentía que se había quitado un peso de encima. El piso estaba en el barrio de Les Halles que es uno de los más bellos para visitar. Por sus calles se podía vivir parte de la historia de la ciudad, el barrio nació cuando Luis VII quería un mercado a las afueras de la ciudad. Ella amaba aquel refugio de paz y ahora lo compartía con el primer hombre que dejaba entrar a su vida. Se levantó y fue en búsqueda de él.

Todo estaba en silencio y le extrañaba porque ese sería su último día en la ciudad. Encontró una nota y la leyó:

Fui por algunos dulces y pan para comer. Emily está aún frita.
Te amo.
Connor.
P.D.: Aprieta el botón de la máquina de Neoesspreso.

Ina sonrió y fue hasta el mesón donde estaba la máquina, ya en ella estaba la taza colocada y apretó el botón. Mientras estaba listo el café fue por su móvil a la habitación y lo encontró sin batería. Regresó a la cocina con el cargador en la mano, lo conectó y pulsó el botón de encender para ponerse al día. Deseaba llamar a su abuela, ya que desde que salió de la clínica aquella mañana no había vuelto hablar con ella. Lo poco que sabía era por David y trataba de ser neutral a la hora de preguntar, tenía que aprender a perdonar, pues había recibido el mismo beneplácito de su familia.

Prefirió usar el teléfono fijo y marcó el número que se sabía de memoria. Repicó varias veces hasta que al fin escuchó la voz de Agnes, el ama de llaves.

—Soy Ina, por favor comunícame con mi abuela.

—Un momento señorita.

—Paulina es David, ¿cuándo vuelves? —Su hermano tomó el auricular y le habló preocupado.

—Mañana estoy en Londres.

—¡No vuelvas! —pidió él rápido.

Ina sintió que su cuerpo se tensaba. No se imaginaba que podía estar sucediendo en la ciudad, se había desconectado por completo, le había enviado una que otra imagen a Lorraine.

—¿Qué sucede? ¿Te has vuelto loco?

—No puedes pisar la ciudad, no ahora, ¡Joder! —exclamó frustrado—. Paulina se ha filtrado todo a la prensa. —Las piernas le fallaron y calló al suelo—. Hablan de Clare, de las drogas y de George.

—¿Cómo? ¿Cómo lo descubrieron? —sollozó.

—No lo sé, pero necesito que te quedes unos días en París. —Suspiró—. La abuela quiere hablar contigo.

—Paulina.

—Abu…

—Voy a tomar el jet para estar contigo y tenemos que hablar.

Connor entró a la cocina y se asustó al encontrar a Ina llorando mientras conversaba por el teléfono. Se acercó y se lo quitó, escucho a su abuela decirle que la quería.

—Señora Ferguson le habla con Connor Bellamy.

—Señor Bellamy le pasaré a mi nieto.

La respuesta de la abuela de Ina hizo que se encendieran sus alarmas. David le habló preocupado y le contó toda la situación. Connor sabía que cuidaban a la chica del asedio de los periodistas, sin embargo, él pensaba diferente y no estaba de acuerdo con quedarse a esconderse en la ciudad. Discutió con su interlocutor por más de veinte minutos para colgarle con las siguientes palabras:

—Paulina ahora es asunto mío y vamos a volver.

Se sentó a su lado y la abrazó. No podía creer que avanzaban un paso en su relación y retrocedían dos. Dejó que ella drenara su miedo, no iba a permitir que se escondiera. Era hora que ella enfrentara las consecuencias de su pasado, no era y no iba a ser la última chica adolescente con un embarazo precoz. Los únicos que habían obrado mal era su familia y no ella, no defendía su drogadicción, pues le parecía que ella misma se había auto desterrado para destruirse. Tomó el rostro de Ina en sus manos y dijo:

—Nos vamos como lo tenemos planeado. No vas a huir.

—¡Connor, no! —exclamó asustada.

Él tomó más fuerte su rostro y dejó un beso en sus labios para calmarla.

—No vas a huir y anoche te prometí que estaría para ti cuando cayeras. Esta es mi prueba de fuego.

—Pero, pero Emily, tu familia y el restaurante —balbuceó nerviosa.

—Emily estará bien con nosotros juntos. Mi familia tiene sus propios asuntos. —Suspiró—. En cuanto al restaurante no te había comentado, le pedí a Alan que comprara la parte de Markus y lo hará hoy.

—¿Quéééééééé? —Ina se encontraba alucinada.

—Markus se folló a Diane y fue una de las causas por las que me separé de la madre de Emily —Connor le confesó una verdad a medidas a Ina.

—¡Oh Connor! Llego a tu vida a complicar todo.

—No, Ojos Azules, llegaste a mi vida para encenderla.

—Gracias.

—Papi, mami tengo dolor de pancita. —Emily irrumpió en la cocina sollozando.

Ina observó cómo Connor se levantó para cargar a la niña. Aquellas cuatro letras y dos sílabas fueron como una daga para su alma. Ayudó a atender a la pequeña y veló por ella mientras se calmaba su dolor. No se despegó ni un segundo de su lado y la niña se aferró a ella como si fuera su madre.

La complicidad conmovió a Connor, sabía que la sanación para las dos era el amor. Retrasó el vuelo dos días porque creía que Emily tenía una gripe estomacal. Su hermano ya le había avisado que la prensa estaba alrededor del restaurante, ya se encargaría de todo, ahora solo necesitaba de la efímera tranquilidad que tenían en las paredes de aquel piso.

*****

Markus entró a la oficina con una sonrisa en los labios. Todo iba según lo planeado y pronto obtendría lo que tanto deseaba, venganza. Se sentó frente a su ordenador y revisó las páginas amarillistas del país. Pensó que Connor no iba a soportar nada de lo que ahí se decía, su vida siempre era correcta y su familia perfecta. Odiaba a los Bellamy, siempre odió aquel matrimonio perfecto que lo acogió para demostrarle lo desgraciado que había sido al no tener la suerte de sus hijos. Odiaba a los hijos porque eran el claro ejemplo de que unos nacían con suerte y otros jodidos.

Dos toques en la puerta le anunciaron que tenía que cerrar todo lo que tenía en la pantalla. Abrió un documento Excel y lo dejó ahí cuando dijo:

—Pase.

Alan entró con el dosier que le acaba de enviar Caleb Mraz con el informe anual del restaurante y otras inversiones que tenía junto a su hermano. Sabía que aquello iba ser un golpe bajo para Markus, en teoría también era su hermano, aunque él no lo sentía así.

—Markus, tengo que hablar contigo —dijo y se sentó en una de las sillas frente a él.

—Yo también y seré directo. Quiero a Paulina fuera del Orange.

«Así puedo acudir en su apoyo», agregó en su mente.

—Pues no vengo a hablar de eso. —Respiró hondo y puso la carpeta sobre el escritorio, la empujó y al ver que Markus la tomaba agregó—: Connor y yo estamos comprando tu parte del restaurante. Eso es la evaluación de inversión que nos envía Mraz y Chapman.

Markus apretó los dientes de la rabia que recorría su cuerpo en ese momento. No sabía de donde salían esas ganas de romper la sociedad. Ni cuando Connor lo encontró follando con Diane lo hizo, había algo más y algo le decía que tenía que ver con Ina. Revisó los papeles en silencio lo más calmado posible y cuando leyó todo lo

cerró.

—Quiero el doble de lo que me ofreces —le informó. Alan levantó una ceja y le sostuvo la mirada—. También quiero saber el porqué de este cambio tan radical.

Alan sabía que no iba ser fácil aquello. Disponían hasta del cuádruple de aquella cantidad y pagar el doble no significaría nada. Explicarle que Connor no lo quería cerca de Paulina, la verdad, esa era otra cosa y pensaba que era mejor una mentira por omisión.

—Connor y yo deseamos expandir el negocio. Sabemos que esto no es tan importante para ti y si deseas el doble, lo pagaremos.

—¿En serio es solo por eso? —preguntó Markus. Conocía tan bien a su hermano menor adoptivo que sabía que le mentía—. Te conozco Alan, me estás mintiendo.

Alan se removió incómodo y Markus se recostó de su silla esbozando una sonrisa. Su hermanito estaba incómodo, aquel trabajo lo tenía que hacer Connor y no él. Eso hizo que su odio hacia el chef creciera aún más.

—Queremos tu parte y listo, fija tu precio —Alan le contesto cortante, no se dejaría intimidar.

—El doble más el veinte por ciento del cierre de este año —contestó Markus seguro que no aceptaría.

«Vamos a ver si aceptas, hermanito»

—Considéralo hecho. —Alan se levantó y agregó—: Solo te diré algo, hiciste las cosas mal y lo sabes. Connor y yo siempre te vimos como un hermano, fue por esa razón que te perdonó.

—Connor me quitó lo que era mío y solo lo reclamé devuelta. —Markus no negaba que en su momento había amado a Diane. Ella fue su tormento—. Connor no pensó que era su hermano cuando se interpuso.

—Diane fue el error más grande en la vida de ustedes —le comentó Alan negando—. Seguimos siendo hermanos y como todos es hora de tomar caminos diferentes.

—Claro, solo que soy yo el que queda fuera de la ecuación. ¡Bravo hermanito! —Markus hablaba con un tono sarcástico en su voz—. Quiero el dinero mañana.

—Lo tendrás.

Alan salió de la oficina y Markus se levantó de la silla para tirar todo lo que tenía encima del escritorio. Una vez más Connor le estaba quitando algo, pero él que ríe al último, ríe mejor. Marcó el número de Diane y le ordenó:

—Te quiero mañana aquí en el restaurante.

Trancó y buscó el bar, se sirvió un trago que se bebió apurado. Tenía que encontrar la manera de hundir a Connor.

Sabía que quitándole la mujer que amaba iba a destrozarlo.

Conocía a aquel hombre como a nadie y notaba lo enamorado que estaba de Paulina. No obstante, parecía que cada paso que daba no cumplía con las expectativas.

-21-

Sarah estaba tomando el té de la tarde cuando su ama de llaves le informó quién estaba afuera preguntando por ella. Le dio instrucciones que la hiciera pasar al antiguo despacho de su esposo. Se levantó apurada, ya que en poco tiempo llegaría su nieto y no quería que encontrara aquella visita inesperada en casa. Entró y buscó el arma que tenía escondida en la primera gaveta bajo llave.

Elizabeth Carnegie entró al despacho en compañía de Agnes, quien era el ama de llaves de la casa. Se encontró con Sarah sentada imponente en el escritorio que pertenecía a su difunto esposo. Había tomado la decisión de ir luego de leer que Paulina estaba de vuelta.

—Puedes irte, Anges. Avisa que no deseo ser molestada —le ordenó Sarah.

—Sí, señora. —Agnes hizo una reverencia y salió trancando la puerta.

—Toma asiento Eli. —Sarah le señaló las sillas de frente y esperó a que la mujer se sentara para agregar—: ¿A qué debo tu visita?

—Sarah… —Elizabeth exhaló el aire de sus pulmones nerviosa—. Vengo por lo que tú ya sabes.

—No sé nada, Eli. Así que te pido que dejes de rodeos y hables. Creo que te das cuenta de que aquí no eres bienvenida.

Sarah observó como la mujer se removió incomoda en el sillón. Se arrepentía de muchas cosas en su vida, quitarle su hija a Paulina era una de ellas. Y él, pero cada vez que aquel hombre de cabello negro y ojos azules aparecía en su mente lo borraba.

—Vengo por mi nieta. Sé que Paulina está de vuelta.

—Me imagino, si publicaron que George se suicidó por su culpa. ¿Hasta cuándo la van a culpar?

—Sarah, te juro que nosotros no tenemos que ver con nada de eso —respondió apurada Elizabeth—. No creo que Edward se atreva a tanto.

—Pues me parece que sí, ¿cómo llegó eso a la prensa?

—No lo sé. —Elizabeth se levantó nerviosa—. Te juro que vengo a pedirte ayuda, necesito que todo esto se resuelva. Tú y yo fuimos unas simples marionetas de nuestros esposos y ahora vivimos con las consecuencias de sus actos.

—Si Paulina sabe la verdad. —Suspiró Sarah cansada—. Me han amenazado con matarla.

—Pero es su hija —profirió sorprendida Elizabeth. No podía creer que estuviera involucrada prácticamente en un secuestro.

—Lo sé, mira Elizabeth estoy esperando el momento perfecto para decirle todo a mi nieta. Necesito de tu ayuda eso sí.

—La tendrás, necesito su perdón —Elizabeth se sentó derrotada y

le confesó a la que fue su amiga alguna vez—: Estoy muriendo Sarah y no quiero juntarme con mi hijo sin decirle la verdad a Paulina.

—¿Dónde está?

—La llevó a la casa de campo.

—Elizabeth, te voy a rogar que te vayas, pero espero contar con tu ayuda cuando le revele la verdad a Paulina.

—La tienes. Y espero que algún día Paulina sepa perdonarme por ser tan cobarde. —Elizabeth le dijo arrepentida y se levantó para caminar directo a la puerta—. Espero algún día resarcir todo lo malo que hice.

—Yo igual.

—Adiós Sarah, nos estaremos viendo.

Elizabeth salió un poco más tranquila. Subió a la parte trasera del auto que la esperaba frente de la casa. A lo lejos Piper tomó fotos. Aquella investigación se estaba complicando cada día más. No podía creer que todavía hicieran ese tipo de cosas. Tiró la cámara en el montón de periódicos y arrancó su auto. Elizabeth Carnegie y su esposo eran la clave para resolver el maldito caso que la mantenía sin dormir.

*****

Mientras bajaban del avión Paulina sentía que estaba por iniciar un calvario. Había estado nerviosa desde que recibió la noticia que se había filtrado todo a la prensa. En la sala de espera estaba Lorraine que los aguardaba con una sonrisa. Al verla Paulina corrió como una niña para abrazarla, su amiga era lo que necesitaba en ese momento.

—Te extrañé —dijo la joven chef en voz baja.

—Vaya, voy a tener que pedirle a Connor que te lleve más seguido de viaje —respondió en tono de burla la rubia y rompió el abrazo—. Tenemos que hablar, tengo tanto que contarte.

—Sé que te follas a mi hermano. —Ina sonrió.

—Bueno, vaya… ¿Cómo lo sabes? —Lorraine se calló de golpe cuando apareció Connor junto a Alan, Emily y las maletas—. Buenos me imagino que vamos a la casa de Connor.

Connor saludó con un beso a la chica y le confirmó la información. Se fueron en autos separados, pero la niña insistió en irse con ellas por lo cual decidieron conversar en otro momento.

Lorraine era fanática de Bruno Mars y las tres iban cantando a toda voz las canciones. Podía ver que al fin estaban cayendo las capas de tristeza que poseía Ina. Tenía claro que todo lo que sabía podía desestabilizarla, confiaba que el amor de Connor ayudaría. Sin embargo, tenía miedo por ella y palpó su ansiedad en el abrazo que se dieron en el aeropuerto.

Ina observó que la puerta de la casa se encontraban algunos fotógrafos. Maldijo para sus adentros y compartió una mirada de

preocupación con Lorraine.

—Emily, usa la capucha del suéter —le pidió Ina haciendo lo mismo con el suyo—. Como yo. ¿Ves?

—Sí, voy —respondió emocionada.

Lorraine hizo lo mismo y dio gracias por escoger ropa deportiva ese día. Estacionaron y bajaron, pero solo un fotógrafo se acercó para tomar una imagen cerca. Una pared de casi dos metros se interpuso entre las tres chicas.

Connor y Alan bajaron molestos del todoterreno. El chef en dos zancadas se acercó a sus mujeres y las hizo entrar a la casa. No soportaba aquello y sabía que tenía que resolverlo. La niña entró corriendo a la casa y él se detuvo para ver el rostro de Ina.

—¿Está bien? —preguntó preocupado.

—Lo estoy.

—Alan y yo tenemos que resolver unas cosas en el despacho, mientras Lorraine y tú pueden ponerse al día.

—¿Y Emily? —Connor señaló el sofá y los dos sonrieron cuando la vieron adormilada en este. El viaje le había pasado factura, pero sobre todo el retraso—. Yo la acuesto con Lorraine.

Connor tomó su mentón e hizo que subiera el rostro. Dejó un beso en sus labios y ella se sonrojó porque Alan y Lorraine los miraban con una sonrisa.

—Pediré comida china —les comentó Connor.

—Por eso digo que, en casa de herrero, cuchillo de palo. Pedir comida en la casa de un chef. ¡Fin del mundo! —Lorraine se burló y todos soltaron una carcajada. Ina subió en su compañía y con Emily en brazos. La acostó en su cama y la arropó. Salió al pasillo donde la rubia miraba todo con curiosidad—. Déjame decirte que tu novio tiene un gusto impecable a la hora de decorar.

—No lo hizo él —contestó sintiéndose incómoda. Ina sabía que era la casa que Connor compartió con su ex—. Vamos a la habitación. —Señaló la tercera puerta.

Caminaron juntas y entraron. Ina se tiró en la cama y se acostó, su amiga la imitó. Las dos compartieron miradas que decían todo sin necesidad de palabras.

—Estoy enamorada de David…

—Cuéntame algo nuevo.

—Tu hermano es un dios del sexo.

—¡Asco, Lorraine! Estás hablando de mi hermano y eso no me interesa saberlo —dijo riéndose Ina.

—Te toca contarme si Connor es un dios del sexo.

—Connor se sale de las líneas cuando me hace el amor. —Suspiró —. Creo que me estoy enamorando y me da miedo aceptarlo.

—Ina no vayas a huir. Tienes que darte una oportunidad.

—Lo sé, pero ¿cómo puedo amarlo cuando tengo tanto miedo? —Ina tomó la mano de Lorraine y la apretó fuerte.

—Yo también tengo miedo, pero el que no arriesga, no gana.

—Sabe que soy una drogadicta.

—¿Qué dijo? —Lorraine le preguntó sentándose de golpe.

—No lo merezco. —Suspiró cansada—. Estoy hecha un desastre, en mi mente hay días que quiero estar con él y otros salir corriendo.

—Sabes Paulina, el amor es como una montaña rusa. No son los arcoíris y unicornios que pensamos de niñas. George te jodió y sé que se amaban, pero lo hizo.

—Yo estaba jodida con la muerte de mis padres.

—¿Qué vas a hacer querida Watson? —preguntó Lorraine como si fuera Sherlock Holmes.

—Seguir intentándolo, pero necesito encontrar a Clare.

Lorraine se tensó porque no sabía cómo iba a tomar la noticia Ina. Quería estar segura antes de decirle y aún tenía esperanzas de que todo fuera un error.

—La encontraremos y consentiré mucho a mi sobrina.

—Ahora que serás una Ferguson, supongo que legalmente lo será.

Lorraine esbozó una sonrisa, la verdad era que estaba feliz. Entre todo lo malo que sucedía a su alrededor, ella tenía su pequeño pedacito de cielo.

—Estoy enamorada de tu hermano hasta las trancas. No se compara a todos los chismes, David es más.

—¡Qué asco! —Ina soltó una carcajada—. Oye, por cierto, quiero saber todo.

Ina escuchó a Lorraine relatarle la historia con su hermano, le contó con pelos y señales la noche en la discoteca hasta sus últimos días como novios. Sin embargo, la mente de Ina volaba en todo lo que le esperaba al día siguiente. Estaba acostumbrada esconderse, solo que esa vez tenía que luchar contra todos. La cocina y los brazos de Connor serían su refugio y esperaba que fueran suficientes.

Esa noche cenaron comida china como Connor había anunciado, pero él la cocino para complacer a su invitada. Comieron entre risas y anécdotas, él amó ver a una Ina distendida y alegre que se amoldaba a su amiga. Se percató que la locura de una era el complemento perfecto de la otra, que ella a su manera calmaba los nervios de su chica.

Esa noche fue motivo de celebración cuando anunció la compra del Orange, Ina saltó a sus brazos y lo abrazó con devoción. Tenía en mente más adelante pedirle que formara parte de la sociedad.

Todo aquello se veía opacado con la llegada de Diane a Londres, sabía que había llegado el momento de contarle todo a su Blancanieves. Esperaba que no saliera huyendo, porque lo que más le daba terror de todo era…

Perderla.

-22-

Connor estaba terminando de grabar cuando la vio y todos los recuerdos se precipitaron en su mente. Ahí estaba la mujer que había amado, por la que cual luchó para cumplir sus más grandes sueños y hacerla feliz. Ella le sonrió y todo su cuerpo se tensó. Diane, ahí estaba la madre de su hija y la que tanto daño le hizo en su momento.

Ella que era su secreto, pero necesitaba confesarlo. Terminó la receta y la sirvió para despedirse de la audiencia. Cuando terminó todos se acercaron a felicitarlo, sin embargo, él solo quería salir de ahí para enfrentar al mayor de sus problemas. Se acercó y la tomó del brazo para sacarla del estudio.

Diane solo se reía mientras dejaba que él la llevara adonde fuera. Se regodeaba ante la reacción de su exmarido. Lograría su cometido y luego se largaría, no soportaba estar ahí, deseaba estar en las Bahamas tomando el sol y un cóctel.

Connor entró al camerino y trancó la puerta cuando empujó a Diane que reía histérica. Respiró hondo varias veces para calmarse.

—¿Qué haces aquí? —preguntó entre dientes.

—Querido, esa no es la forma de recibir a tu esposa —contestó Diane sentándose.

—No estoy para juegos Diane. ¿Qué quieres? —El cuerpo de Connor temblaba por rabia, quería conocer la razón por la cual ella había regresado—. ¡Habla!

Apretó las manos como puños cuando ella se levantó y caminó sensualmente hasta él. No la quería cerca y ahí estaba ella de nuevo. «¿Cómo adivinaba que estaba bien para venir a lastimarme?», se preguntó. Diane se detuvo frente a él y pasó su dedo por la chaquetilla.

—Sabes, aún recuerdo como me follabas y me decías que era la única en tu vida —murmuró ella mientras él se tensaba—. Quiero recuperarlos a ti y a mi hija. —Connor agarró su muñeca.

—Renunciaste a ella —contestó en modo de advertencia.

Diane se soltó de su agarre pensando en las palabras correctas para herirlo. Necesitaba ganar la primera batalla y no iba a permitir que la drogadicta de la noviecita de su exmarido se interpusiera.

—Ya vi que estás con una adicta, me sorprendes Connor, bueno la verdad… me decepcionas.

—¡Cállate! —Connor estaba perdiendo los estribos—. No quiero hacerte daño y quiero que me digas la verdad.

—La verdad, la verdad, pareces un disco de vinil rayado —se burló—. Quiero estar en la vida de mi hija y tengo el derecho, además se te olvida que soy legalmente tu esposa. —Le mostró su mano y señaló el anillo que le había entregado el día de su boda—. ¿Es qué lo

has olvidado?

—No he olvidado nada y eso se soluciona. —Fue en busca de sus cosas y sacó su chequera—. ¿Cuánto quieres para que me des el divorcio y salgas de mi vida?

Diane se tensó porque nunca había visto a un Connor tan decidido. Tomó su bolso y decidió que era mejor retirarse por ahora de la contienda.

—Connor estaremos hablando y espero que me permitas ver a mi hija de nuevo —le dijo mientras caminaba a la puerta—. Nos veremos pronto.

Connor cerró sus ojos frustrado y pasó sus manos con desespero por el cabello. No tenía dudas que Diane había regresado con ganas de destruirlo, tenía y debía contarle la verdad a Ina. No quería hacerle daño y tampoco quería que se viera envuelta también en las crueles intenciones de su exmujer.

Él necesitaba tranquilidad para ver el futuro que estaba planeando al lado de la joven. Se levantó y se quitó la chaquetilla para ir al restaurante. Necesitaba verla, besarla y tocarla para calmarse.

*****

Ina dirigía la cocina con destreza y se llevaba bien con todos sus compañeros. Todos la trataban con respeto y admiraban sus cualidades como chef. El restaurante desde su llegada había comenzado a resaltar con la fina pastelería francesa, ella dedicaba las primeras horas para tener todo listo mientras Connor estaba fuera. Era el primer día luego de regresar de París, imaginó que sus compañeros iban a juzgarla y fue completamente diferente a lo que sucedió. Todos criticaban que hurgaran en su pasado solo por llevar un apellido. Eso la hizo respirar tranquila, nadie en aquel sitio se llevaba mal, la única manzana podrida ya no estaba.

Estaba terminando de emplatar unos *Escargot*[34] cuando escuchó la voz de quien fue su maestro. Limpió con destreza el plató y se giró en busca de Claude. Al verlo corrió donde estaba hablándole a Alan en forzado inglés.

—¡Claude! —lo llamó emocionada.

El cocinero al escuchar su voz giró su rostro formando una sonrisa en sus labios. Lo que encontró lo complació y pensó, «Hice bien en enviarte aquí Pauline»

—¡Pauline! *Ma petit apprenti*[35]...

—*Professeur*[36]… —Ina abrazó a quién admiraba y quería como un amigo—. Qué gusto verte —expresó.

—El gusto es mío, pequeña Padawan.

Ina sonrió y cuando la llamaron volvió a sus obligaciones. Le prometió a Claude desocuparse tan pronto le fuera posible y le ofreció Macarons de almendras, que era el postre favorito entre los

comensales y pasó a formar parte del menú.

Alan invitó a Claude a uno de los despachos y al salir se encontraron con Connor. Este al verlos se acercó y abrazó a su amigo.

—Claude que placer verte. ¡Bienvenido! —dijo Connor contento de verle.

—El placer siempre será mío. Ya he visto a Pauline, mi pequeña aprendiz está feliz en tu cocina —comentó Claude con una sonrisa.

—Y yo estoy feliz de tenerla. —Dibujó una sonrisa en sus labios —. Ya regreso, voy por ella.

Connor apuró el paso y se encontró a Ina cortando en *brunoise*[37] unos vegetales con una destreza increíble. Uno de los ayudantes la observaba alucinado.

—La velocidad te lo da el día al día, te aseguro que con práctica lo harás hasta mejor que yo, —Ina le aseguró al chico con una sonrisa dibujada en los labios—. La práctica hace al maestro.

—Chef, usted lo hace a una velocidad increíble —comentó Jaime el nuevo aprendiz que tenían en la cocina.

—Ya lo harás así —contestó ella poniendo todo en la olla—. Te toca y cuidado que te cortas. —Connor se acercó lentamente y la tomó de la cintura, cada día se sentía más enamorado. También necesitaba tenerla cerca luego de su encuentro con Diane. Ella dio un salto y se giró—. ¡Connor!

Todos observaban la escena con una sonrisa. Se estaban acostumbrando a ver la complicidad entre los dos chefs. Connor le dio un beso y le dijo:

—Deberías pensar en enseñar.

—Estás loco —respondió riendo—. Jaime puede decir que soy mala profesora, ¿verdad que sí?

—Al contrario, chef, en esto últimos días he aprendido mucho de usted.

Connor guiñó el ojo y alzo sus hombros sonriendo. La tomó de la mano y la sacó prácticamente arrastras de la cocina. Entraron al cuarto de descanso y la besó apasionadamente. Amaba a la Ina feliz que siempre revoloteaba dentro de la cocina, sería capaz de convertir su vida en una para verla sonreír siempre de la misma manera. Al romper el beso posó su frente en la de ella.

—Te extrañe, Ojos Azules.

—Connor.

—Necesitaba verte, tocarte y besarte. —Respiró hondo—. Ya quiero llevarte a la cama.

—¡Dios! —respondió Ina entre risas—. Soy más que un polvo.

—Lo eres todo, princesa, todo. —Connor besó de nuevos sus labios pero de una manera más suave y al romperlo le dijo—: Al llegar a casa tengo que contarte algo, pero ahora vamos con Claude que nos

espera.

Salieron tomados de la mano, no obstante, Connor se tensó cuando se encontró a Diane entrando por la puerta trasera. No podía creer que tuviera las agallas para presentarse, sin embargo, ahí estaba con su sonrisa y el rostro jactancioso de que podía arruinar todo.

Ina observó a aquella mujer con detenimiento luego de ver como se tensaba Connor a su lado. Se le parecía conocida, más no ubicaba en donde la había visto. Cuando el hombre se giró y le dio un beso en la frente vio por el rabillo que ella ponía cara de asco.

—Espérame adentro con ellos, Cielo —le pidió Connor a Ina con la voz tensa.

—Vale —contestó aceptando un poco intrigada.

Connor esperó que ella entrara para tomar a Diane por el codo y sacarla arrastras del lugar. No la quería cerca de nadie y menos de él, no sabía cómo había amado a aquella mujer tan fría e indiferente.

—Ya veo porque te gusta la niñita esa —comentó Diana riéndose cuando salían—. Son tal para cual.

—¡Cállate! —gritó Connor molesto—. ¿Qué haces aquí, Diane?

—Te dije que nos veríamos pronto —se mofó—. Aquí estoy, no voy a descansar hasta ver a mi hija.

—¡No la verás! ¡Firmaste unos malditos papeles renunciando a su custodia!

—Voy a apelarlos. —Connor maldijo y empezó a caminar desesperado de un lado a otro—. Connor, es mi hija, quiero recuperar a mi familia. ¿Acaso no me amas? —preguntó Diane apelando a aquellos sentimientos que él alguna vez sintió por ella.

—No, no te amo y quiero que salga de mi vida de una maldita vez. ¿Qué quieres de mí? —preguntó desesperado—. Te conozco como a nadie y fuiste una madre fría por cuatro malditos años. ¡Le tuviste asco a tu propia hija! ¡Diablos, Diane, no te creo!

Diane se tensó porque sabía que todas aquellas palabras eran ciertas. Aquello estaba tomando otro cariz y no le estaba gustando. Odiaba a los niños, decidió tener un hijo por complacer a Connor, pero al tenerla en sus brazos no quiso tocarla más. Respiró hondo para calmarse, había dinero de por medio y ella estaba en bancarrota.

—Te doy una semana para ver a mi hija, o si no, atente a las consecuencias. —Lanzó aquella amenaza y se dio vuelta para irse de aquel lugar que tanto odiaba.

Connor la vio alejarse y le pegó una patada al conteiner de basura. Escuchó la puerta abrirse mientras maldecía en voz alta. Pensó que era Alan, pero al darse vuelta se encontró con Paulina, su mundo se hizo trizas, tenía que decirle la verdad.

—¿Quién es ella? —preguntó Ina alucinada por ver aquella actitud en él.

—La madre de Emily —murmuró con rabia.

—¿Qué quiere? —preguntó asustada.

—Verla —contestó hosco.

Ina suspiró y se acercó hasta Connor. Tomó su rostro entre sus manos haciendo que la mirara, necesitaba ver sus ojos para saber si podía encontrar algo más en ellos. Quería ver la respuesta en sus ojos de lo que iba a preguntarle.

—¿Por qué no la dejas?

—Porque tengo miedo de perder a Emily —confesó Connor temblando de la rabia.

Ella se levantó en puntillas y le dio un beso transmitiéndole calma. No permitiría que él perdiera a su hija, porque ella tampoco quería perder a la pequeña que le había robado el corazón.

—No vas a perderla, encontraremos la manera de que se encuentren y no pueda llevársela.

—Ina… —Connor negó, porque ella no conocía la maldad de Diane—. No la conoces.

—Ten fe en mí y en súper Lorraine al rescate, te prometo que hasta acudiría a David. —Suspiró—. No quiero que pases lo mismo que estoy viviendo yo.

—¡Oh cielo, te amo! —Connor la abrazó sintiéndose el peor hombre del mundo, porque no solo tenía miedo a perder a su hija también podía perderla a ella.

*****

La pareja pasó la tarde con Claude. Los tres estuvieron cocinando codo a codo mientras se ponían al día. El francés admiraba a sus dos alumnos y estaba seguro de que cuando la chica estuviera lista para volar, superaría a todos. Él, que vivió con ella su bajada al infierno, para verla renacer. El proceso de la abstinencia fue uno de los más fuertes, pero la cocina fue aquel placebo y aquella adrenalina que ella necesitaba.

Ahora observaba con beneplácito que ellos se querían y que hacían una dupla perfecta a la hora de cocinar. Se sentía orgulloso de los dos, sin embargo, su Pauline era la hija que nunca tuvo. Conocía su historia y deseaba que la chica alcanzara la felicidad.

Al cerrar el restaurante los tres tomaron una copa en el bar del local. Aquella noche había sido una locura con los comensales y superaron el reto de no tener ninguna reservación cancelada.

—Veo que no me equivoqué a enviar a mi pequeña Pauline —dijo con orgullo, saboreando del rico coñac.

—Te debo tanto Claude —contestó Ina con una sonrisa—. Eres más que un maestro y lo sabes.

Claude acarició el rostro de la chica en un gesto paternal, debía contarle las verdaderas razones de su visita. Observó a Connor

distraído en ese momento y pensó que algo también debía estar atormentando al hombre.

—Quería atrasar esto, pero mi pequeña —Suspiró cansado—. Creo que tienes que saber que he recibido una amenaza por ti.

Connor levantó el rostro de golpe y aunque estaba escuchando distante la conversación, aquella palabra sobre Ina hizo que prestara atención.

—¿Una amenaza? —preguntaron los dos al mismo tiempo.

Ina temblaba pues todo sobre su rehabilitación salió de algún lugar de París. Temblaba de miedo porque no entendía quién deseaba verla hundida.

—Pauline, sabíamos que al volver a Londres el pasado saldría a flote. Estoy casi seguro de que todo lo que saben de ti, salió de la boca del distribuidor de drogas que casi maté a golpes.

—¡Claude! ¿Pero qué dices? —Ina estaba asustada.

—Antes de salir todo a luz me llegaron unos anónimos. —Claude mordió sus labios y se arrepintió de prestar atención a aquellas amenazas—. Me advirtieron que lo harían y me estaban extorsionando, quizás si hubiera pagado nada habría salido a la luz. *Pardonne moi s'il te plaît.* [38]

—*Je n'ai rien à pardonner. Je dois tant*[39]… —Ina le contestó en perfecto francés. Suspiró cansada y le dijo como siempre lo llamaba en privado—. *Papa*…

Connor se conmovió por las palabras que compartían Ina y Claude. Sabía que su maestro tenía una conexión con la joven, más nunca pensó que la quisiera como una hija. Ahora su cabeza trabajaba el doble, no descansaría hasta descubrir quién estaba atrás de todo aquello. Aquel momento sirvió para que él dejara de pensar en Diane.

Ina se levantó para cambiarse dejando a los hombres solos. Claude sabía lo que había sucedido aquella tarde, porque la chica se lo había contado. Captó en el aire que ella no tenía conocimiento que Connor seguía casado, esperó un poco hasta estar seguro de que ella se había alejado y le dijo con rabia:

—Pauline es una hija para mí. —Connor dejó de mirar su vaso vacío y Claude agregó—: Te doy una semana para contarle la verdad, sino lo haré yo. No quiero que sufra y menos que quede en medio de todo esto.

—Esto no es asunto tuyo… —siseó entre dientes Connor.

—¡Lo es, Connor! Esa chiquilla es frágil, como una estatuilla de cristal que es tan hermosa que te da miedo que en cualquier tropiezo se rompa. Estás a tiempo de ser sincero, porque conozco a tu ex y sé que está loca por decirle la verdad.

—¡Lo sé! —contestó frustrado pasándose las manos por el rostro —. Estoy jodidamente enamorado de Paulina y ahora me debato entre

el deber y la pasión. Claude, no quiero perder a mi hija, pero tampoco quiero perder a Ina y ahora con la aparición de Diane alguna se irá.

Claude se levantó y palmeó la espalda de quien fue su alumno, porque ahora Connor era su amigo. No quería interferir, no podía negar que la estabilidad emocional de Paulina era prioridad para él.

—Te doy dos semanas, lo siento amigo, pero ella es como mi hija.

Salió del restaurante en el camino se despidió de la chica queriendo decirle que todo estaría bien. Si ella alcanzaba la felicidad, se daría por complacido. Cada quién guardaba secretos y él había enterrado en el fondo del baúl que guardaba los suyos a su hija, la que por desgracia negó y cuando la buscó fue tarde. Su pequeña Sophie había nacido muerta, habían pasado veinte años y una soledad que solo llenaba la cocina cuando Paulina llegó a su vida.

Aquella joven con ganas de comerse el mundo y la vez tan perdida. Una mañana la vio ingiriendo unas pastillas y eso lo alarmó, manteniendolo atento a su comportamiento. Dos semanas después sabía que la chica ingería varias sustancias, cuando la enfrentó, como buena adicta, negó todo. Amenazas con ser expulsada y algunas tretas valieron para que aceptara ayuda, aquellas vacaciones de invierno vivió con ella su infierno y la confesión de sus pecados.

Nada en su vida se comparaba al escuchar la historia de aquella chica, su helado corazón se conmovió ante el sufrimiento de ella. La ayudó a salir de las adiciones y temía por Ina, sabía que un adicto nunca se recuperaba y que solo enfocaba su mente a otras cosas. No deseaba hacerle daño, pero sabía que la esposa de Connor era una mala mujer y algo le decía que fue ella la que escarbó en la ciudad de la luz para encontrar el pasado de su Pauline.

«*Je vais toujours prendre soin de vois, ma petite poupée*[40]», pensó arrancando su auto sin percatarse que lo seguían de cerca.

*****

Llegaron a la casa bajo un silencio incómodo. La chica que cuidaba a Emily se fue apenas llegaron, prometiendo que mañana llegaría más temprano. Ina fue a la habitación y le dio espacio a Connor, no era quien para presionar cuando ella le había escondido tanto. Dejaría que el sueño calmara sus pensamientos y le preguntaría sobre su exesposa, ya muchas veces le había picado la curiosidad y la había alejado. Estaba tomando una ducha con agua caliente para relajar sus músculos cuando la puerta corrediza se abrió y él entró.

Connor la abrazó por la cintura pegando la espalda de la chica a su torso. Cerró los ojos y enterró su nariz en su cuello. Necesitaba contarle la verdad, sin embargo, iba a ser un poco egoísta y disfrutarla una noche antes de perderla. Pues estaba seguro de que la perdería y eso lo atormentaba, la fragancia de rosas lo embriaga y lo volvía loco. La giró en un movimiento sutil y tomó su rostro. Se perdió en la

mirada azul de la princesa rebelde que llegó a su vida, para demostrarle que la vida a veces podía ser una mierda.

—¿Estás bien? —Ina le preguntó preocupada.

—Lo estaré cuando me entierre dentro de ti —contestó él.

Él tomo una de sus piernas y la alzó, poco a poco la pegó en los azulejos. El miembro del hombre entró a la vagina de ella arrancado de su garganta un gemido.

—¡Connor!

—Eres mía, solo mía —dijo apretando su mandíbula, quería morir enterrado en ella.

Ella gimió cuando comenzó a arremeter contra su sexo. El cuerpo de Ina reaccionaba a la mínima caricia del cocinero, pensaba que había sido hecha para él. Cada momento de lujuria, pasión y deseo que vivían ella lo disfrutaba al máximo, por eso cuando subió su otra pierna para hundirse más ella clavó las uñas en la espalda del hombre.

Cerró sus ojos dejándose llevar por el placer que sentía. Su respiración se volvía entrecortada a medida que las penetraciones de él se volvían cada vez más rápidas. Sus piernas empezaron a fallar y en su sexo sentía un cosquilleo. Mordió el pecho del hombre cuando el orgasmo atravesó cuerpo.

Connor gimió al sentir la mordida y los músculos vaginales de la chica contraerse en su pene. Tres arremetidas más y se derramaba dentro de ella. Se abrazó a su cuerpo y se dejó caer en el piso, acomodándola sobre sus piernas.

—Te amo, Paulina.

Ella se tensó porque no podía responder a aquellas palabras. Ya no le daba tanto miedo escucharlas, sin embargo, se sentía una mala persona al no poder pronunciarlas. Él besó su cabello y la abrazó pegándola a su cuerpo.

—Prometo ayudarte con todo —musitó ella en voz baja.

—Yo lo resuelvo cielo, porque yo soy el que debe protegerlas —le contestó y besó su cabello—. Paulina… ¿Perdonarías una mentira?

Eso encendió las alarmas de la chica e hizo que se rompiera la atmosfera de intimidad. Ella se separó de manera sutil del abrazo. Respiró hondo y trató de descubrir algo en su mirada.

—No, puedo ocultar muchas cosas. —Suspiró—. Pero nunca te mentiría. ¿Tú me has mentido?

—No —respondió él negando—. Te adoro y te prometo que pronto seremos una familia.

Aquella noche Connor temió por el futuro de su relación, maldecía el regreso de Diane y todo lo que conllevaba. Le hizo el amor varias veces para poder sentirla como suya. Él amaba la forma en la cual Ina se entregaba en cuerpo y alma, no era necesario que pronunciara palabras de amor. Sus cuerpos se tocaban en una armonía

perfecta de caricias y gemidos. Él sabía que era un cobarde y hasta se comportaba de manera egoísta, pero no deseaba perder a aquella mujer que se había convertido en todo.

Ina entregó su cuerpo a Connor como nunca pensó, deseaba trasmitirle sus sentimientos ya que las palabras no las lograba pronunciar. Todo era una novedad en su vida y se sentía bien vivir por primera vez.

Ellos creían que a su manera en cualquier punto se perderían, lo que no sabían era que los secretos y los miedos eran los que destruían una relación.

-23-

Los días pasaban lentos en las vidas de Connor e Ina. La presencia de Diane cada día creaba una sombra que estaba arropando a la pareja como una manta invisible. Ninguno de los dos hablaba y estaban distanciándose.

Ina creía que era el principio del fin, pues en su corazón se formaba una inquietud al ver a Connor tan distante. Sabía que ellos estaban formando una relación bajo un terreno pantanoso, aunque siempre pensó que sería ella la que arruinaría aquella relación.

Ella se estaba cambiando para salir del restaurante, había decidido irse unos días a su *loft,* debía pensar en claro y sola para no cometer una locura. La cocina la calmaba, pero muchas veces se quedaba despierta observando a Connor removerse. Las visitas constantes de aquella mujer le ponían los nervios de punta y, el mutismo de él estaba abriendo una amplia distancia entre los dos. Salió del salón de empleados y prácticamente corrió hasta la puerta.

Lorraine la esperaba en su auto y al subir sintió que aquella fantasía que vivía se venía abajo. Una relación imposible, vaya novedad en la vida de Ina. Una mujer que parecía sacada de una historia de Shakespeare.

—¿Estás bien? —preguntó Lorraine preocupada al ver el rostro acongojado de su amiga.

—Creo que acabó. —Aquellas palabras fueron como dagas que rasgaron la garganta de Ina. Respiró hondo y le dijo—: Llévame a tu casa.

Lorraine arrancó el auto mientras en su mente maldecía Connor Bellamy. Ella que lo había defendido y había aupado a su amiga a que comenzara aquello. Recapacitó de contarle la verdad sobre Clare y esa noche la haría olvidar todas sus preocupaciones. Encendió el sistema de sonido y buscó hasta encontrar *So what* de P!nk y sonrió.

—¿En serio? —le preguntó riendo Ina—. Eres la peor consolando.

—Cantemos a todo pulmón, porque Paulina Ferguson es una *rockstar*.

—Estás loca.

—Y tú complementas mi locura.

Las dos chicas cantaron durante todo el camino y eso hizo que Ina se calmara un poco. Llegaron a la casa de Lorraine, era noche de chicas, necesitaba ese respiro. Al llegar ella cocinó comida decente para su amiga y de paso preparó algo de más para dejárselo en la nevera. Se dieron una ducha y comieron escuchando un poco de todo.

Lorraine evitó poner licor cerca de la chef, le daba miedo que con todo lo que en ese momento pasaba se pusiera a beber. Al terminar sacó dos potes de helado y le entregó el favorito de su amiga.

—Ahora cuéntame todo —le pidió Lorraine enterrando la

cucharilla en el suyo que era de sabor a pistacho.

Ina suspiró y tragó el bocado de helado que había tomado. La sensación de frío la golpeó y arrugó el rostro. La otra chica soltó una carcajada

—Te dije que me contaras, no que te atragantaras.

—¡Perra! —contestó Ina riendo, se sentía bien reírse después de días de angustia.

—¡Oye, señorita perra para la próxima! —le dijo fingiendo estar ofendida—. Ahora sí, dime.

Ina respiró hondo y no sabía por dónde empezar, porque ella no sabía lo que sucedía. Se sentía apartada y eso no le gustaba.

—Apareció la madre de Emily.

—¡Ajum! —Lorraine gimió mientras se engullía una cucharada de helado más grande que su boca.

—Eres una cerda, no sé cómo pretendes que me concentre si haces eso.

—Tú habla y no me observes comer.

Ina le contó todo de principio a fin. Su regreso de París no había sido ensombrecido por la verdad que había salido a luz, sino más bien por el regreso de aquella mujer. Le confesó que entendía perfectamente a Connor, pero le molestaba que la alejara cuando muchas veces él la obligó a contarle la verdad. Se sentía asustada y frustrada, porque él era como una píldora que la hacía sentir bien.

—Lo necesito para sentirme bien.

—¡Mec, mec, mec! ¡Diablos, Paulina! —le regañó molesta Lorraine—. Pensé que teníamos esa lección aprendida, vamos repite después de mí: Yo, Paulina Ferguson…

—Yo, Paulina Ferguson.

—No necesito de un hombre para ser feliz, necesito un hombre que me apoye en mis sueños y que esté a mi lado para emprender una vida.

—Lorraine.

—Dilo —le exigió, Ina puso los ojos en blanco fastidiada.

—Yo, Paulina Ferguson, no necesito de un hombre para ser feliz, necesito un hombre que me apoye en mis sueños y que esté a mi lado para emprender una vida. —Para Ina aquellas palabras supieron a gloria. Respiró hondo y le dijo agradecida a su amiga—: Gracias, sin ti y mi hermano no sé dónde estaría.

Lorraine se acercó y la abrazó, sabía que Ina estaba molesta con su abuela. Pensó sus palabras, porque conocía una verdad a medias y aún le daba miedo revelarle todo a su mejor amiga.

—Ina, tengo que pedirte algo.

—Lo que quieras, te debo tanto.

—Escucha a tu abuela, porque estamos juzgando a Sarah y quizás

ella te protegía.

Ina se tensó y se soltó del abrazo de su amiga, le molestó que defendiera a su abuela. Respiró hondo para calmarse. No le había dado la oportunidad a su abuela de explicarle nada, tampoco fue a visitarla como le había prometido hace días, se sentía mal por ello.

—Lorraine, yo… —titubeó, sin embargo, se dio cuenta de que su amiga estaba nerviosa—. ¿Sabes algo que yo no?

Ahora la que se tensaba era su amiga y no sabía que hacer o decir. Cerró los ojos y empezó hablar porque sentía que le debía todo a su amiga.

—Piper encontró algo, Paulina, pero promete que no te volverás loca.

—¿Por qué voy a volverme loca? ¿Acaso está muer… —Ina no pudo continuar porque esa palabra era ácido en su garganta, se levantó y empezó a caminar de un lado a otro.

—Ina.

—¡Habla de una maldita vez, Lorraine! —exigió por primera vez, porque tanto secreto le destruía la vida mientras se detenía de golpe frente a quién consideraba una hermana.

—Encontraron un acta de defunción, horas después que la tuviste en tus brazos por última vez. Creemos que está viva. —Ina negaba y sus lágrimas brotaron solas—. Yo lo creo y quiero que tú lo hagas.

Le relató todo lo que sabía. Ella prefirió contarle de que su abuela y sus tíos eran los únicos que sabían la verdad. Observaba como su amiga se iba encogiendo y llorando del dolor, se le arrugaba el estómago junto a ella que daba alaridos cuando le dijo que estaba muerta. Se levantó y la abrazó antes que las dos cayeran al suelo

—Existe esa posibilidad y necesito que te aferres a ella, estoy trabajando en ella.

—¡Está muerta, está muerta! —sollozó desesperada—. George, me lo dijo en sueños.

—Paulina, George está muerto y no Clare —exclamó Lorraine para calmarla y le pidió—. Ten esperanza.

—¡No! —gritó y se levantó, visualizó llaves del auto de su amiga —. Perdóname…

Ina fue más rápida que Lorraine al tomar las llaves y salir del *loft*. Bajó las escaleras como una loca y ni siquiera se dio cuenta de que estaba descalza. Se subió en el auto como una tromba y arrancó a toda velocidad con rumbo a casa de Connor. Necesitaba de sus brazos para llorar y drenar aquel dolor que tenía metido desde hace siete malditos años.

No podía creer que su propia familia era el verdugo de su tragedia. Comprendió que aquello era lo que transmitían los escritores medievales, hasta tu familia te destruía. El amor tenía que ser algo

que el Diablo había creado para atormentar a los humanos. Algo malo tenía que tener, una maldición o una brujería pues cada vez que trataba de ser feliz todo se diluía. Necesitaba a Connor, necesitaba creer en él y ese amor que con tanta facilidad él confesaba.

Estacionó frente a la casa y se extrañó de encontrar un Jaguar estacionado. Maldijo para sus adentros cuando se percató de que no tenía la llave, sin embargo, recordó que él guardaba una bajo una maceta. La sacó y abrió con manos temblorosas ya que necesitaba abrazarlo para calmarse.

Casi vomitó cuando encontró a Connor besándose con Diane, aquello no era nada comparado al observar la manera en que él la acariciaba, sus cuerpos se movían al ritmo de sus deseos y poco a poco los observó despojarse de su ropa. Quiso morirse de una vez por todas, primero recibir aquella noticia y luego ver al hombre que amaba traicionarla. Sabía que no podía ser feliz y eso la llenó de una ira descontrolada.

—¡Connor! —gritó y tomó el cenicero que tenía frente a ella para estrellarlo contra ellos.

Connor se separó de Diane, el rostro lo tenía lívido del susto y su acompañante lo tenía completamente feliz, aquello no era lo que esperaba encontrarse Ina. Esa noche su corazón se había roto de nuevo y está vez para siempre. No podía enamorarse sin sufrir y comprendió que amar era destruir.

—Paulina —susurró asustado.

—¿Qué significa esto? —preguntó ella molesta mientras se debatía por salir corriendo o golpearlos—. Ahora lo entiendo, te pido un tiempo para que puedas ordenar tus malditos problemas y tú la buscas —gritó—. Ya… ¡El maldito problema soy yo! —Se señaló dolida.

—Paulina, no… —Connor le contestó asustado y trató de acercase a ella pero Diane se atravesó en el medio.

Paulina odio a aquella mujer que había regresado para quitarle todo. Se sintió como si hubiese estado de pie sobre un tapete y ella solo había llegado para arrancarlo, sentía que había caído de lo más alto.

—Claro que eres el problema, porque Connor sigue casado conmigo. ¿Verdad, querido? —Diane destilaba veneno con cada palabra pronunciada, se giró y sonrió triunfante.

Connor no sabía que hacer mientras observaba a Ina que negaba sorprendida. Quitó a Diane y llegó hasta la chica que estaba descalza y con ropa de casa, su rostro estaba manchado con lágrimas. La tomó por los brazos, mientras ella se resistió y le cruzó el rostro con una cachetada. Ina lo golpeaba en el pecho con rabia.

—¡Eres un maldito! —gritó decepcionada—. ¿Eso es verdad?

—Ina, cálmate, te lo pido, Ojos Azules—rogaba Connor tratando de atraparla en sus brazos.

—¡Responde! —le exigió pegándole un golpe seco en el pecho al que le siguió una cachetada—. ¡Responde!

—Vamos, Cielo, dile la verdad a la niñata malcriada —apostillaba Diane feliz de ver lo que estaba causando.

—¡Cállate, Diane! —gritó él y tomó la mano de Ina que temblaba de la rabia—. Paulina, nena, por favor…

—¡Quiero la maldita verdad, ahora! —rugió molesta.

—Sí, sigo casado con Diane —confesó resignado porque la estaba perdiendo—. Pero yo…

Ina no lo dejó continuar cuando le dio otro golpe con el puño cerrado en la mandíbula. La chica sintió que se le rompieron los huesos.

Negaba porque sentía que el aire no le llegaba a sus pulmones y que todo lo que había conseguido se estaba esfumando.

—¡Vete al diablo! ¡Vete al diablo Connor, tú y todas tus malditas mentiras! —gritó Ina entre lágrimas.

—¡Paulina! —la llamó.

Ina salió corriendo y Connor no pudo atajarla. La vio caer en la entrada y pensó que le daría tiempo de detenerla, sin embargo, ella se levantó metiéndose con una rapidez sorprendente en el auto.

—¡Paulina! —gritó cuando ella arrancó el auto y doblo sus piernas arrodillándose en la calle—. ¡Paulina vuelve!

—Connor das lastima. —le dijo Diane subiendo a su auto—. Vamos sigue a la drogadicta y arruina la oportunidad de estar con tu familia.

—¡Cállate! —gritó molesto—. ¡Esto es tu maldita culpa! ¡Eres una arpía!

Diane soltó una carcajada y arrancó el auto. Ya estaba hecho y además tenía dinero suficiente para estar tranquila un buen tiempo. Envió un mensaje a Markus y manejó tranquila al hotel.

Ina manejaba sin rumbo fijo y quería morirse, pues prácticamente esa noche le habían arrebatado todo. Cuando el auto se apagó por falta de gasolina, maldijo y golpeó el volante como una loca. Se sentía perdida en la nada.

¿En dónde estaban las palabras y el amor que le juraba Connor?

No encontraba justificaciones para una traición tan baja y que le ocultara que aún seguía casado, pero que estuviera follando con la mujer, era lo más bajo que pudo imaginarse. Sentía asco de él y de todo ese sentimiento que parecía una maldición, no quería amarlo, no más.

Aquello la hacía querer morirse y no lo negaba, ya que se había construido castillos con unicornios, príncipes y princesas. Había creído

que podía encontrar a su hija, formar una familia junto a él y las niñas, pero por supuesto ella no tenía derecho a ser feliz. Estaba convencida que ella era el significado de la tragedia. Observó que su mano derecha se estaba hinchando y que le dolía.

Dolor, aquella palabra era recurrente en su vocabulario. Ina abrazó el volante derrotada y lloró.

-24-

Cuando David y Andrew llegaron a la calle donde estaba el auto de Lorraine, eran más de las dos de la mañana. Habían localizado por el GPS la ubicación, los nervios de la rubia no le permitían recodar la contraseña para activarlo. Andrew se bajó corriendo del auto aún andando y corrió hasta el otro para sacar a Ina. Gritó frustrado cuando vio que estaba vacío

David derrapó y se bajó molesto. Casi mató a Lorraine cuando le confesó que le había contado la verdad a su hermana. Ahora estaban persiguiéndola por las calles de Londres y lo peor era que no la encontraba.

—¡Sube! —le dijo a Andrew con rabia.

—Deja que revise el auto, puede que encuentre algo.

—¡Hazlo! —contestó mientras marcaba el número del chef, que contestó al tercer tono.

—¿Está Ina contigo? —preguntó Connor, desesperado.

—Era la misma pregunta que te iba a hacer —respondió David sintiéndose confundido y escuchó a Connor maldecir—. Escúchame, necesito saber si has visto a mi hermana esta noche.

—Sí… ¡Oh diablos! Ella vino a casa y me encontró en una situación bastante incomoda.

—¿Dejaste ir a mi hermana? —gritó David molesto—. Mi hermana acudió a ti y la dejaste ir… ¡Maldita sea!

—David, escúchame necesito encontrarla, voy saliendo a buscarla.

—¡Olvídalo idiota, no debí confiarte la seguridad de ella! —Trancó la llamada y se subió al auto donde ya esperaba Andrew—. Vamos al cementerio.

Arrancó a toda velocidad y con un yunque que pesaba en su estómago. Sabía que tenía que decirle la verdad, solo que esperaba el momento correcto y ahora se arrepentía, porque su hermana estaba pérdida. No quería imaginarse que sentía y como se encontraba.

Lorraine le contó que había salido en un pijama corto y esa noche de finales de noviembre estaba lloviendo. Era como si el cielo llorara por el dolor de Ina, como si sus padres trataran de llevarse con agua aquel dolor. Temía no encontrarla a tiempo de que cometiera alguna locura y sentía pánico de pensar que hiciera algo que atentara contra su vida.

—Vamos primero al *loft* que tiene Ina —sugirió Andrew ante un pálpito.

*****

Ina llegó al *loft* que Lorraine le había alquilado y miró todo con angustia. Había pasado solo una noche ahí y lo quiso mantener por si acaso, ahí estaba y lo estaría por muy poco. Entró al baño y llenó la

bañera con agua caliente, buscó entre sus cosas personales una cajita de hojillas y sus manos temblaron al encontrarlas. Se desvistió y volvió al cuarto de baño.

Aquella esperanza que le estaba dando Lorraine seguro se diluiría como todas en su vida. Su pequeña no estaba viva y lo sabía porque George se la llevaba en sueños. Su vida era un maldito caos, ¿por dónde debía empezar para recordar?

Por el momento estaba llorando de nuevo. El silencio de la soledad estaba otra vez haciendo que se adentrara al cataclismo del final de su vida. Ella era el fantasma de una chica que quería ser algo, era la cáscara vacía de una niña que solía conocer bien. Se metió a la bañera temblando y se sentó con una hojilla en la mano. Se meció como si se arrullara a una niña pequeña.

Pedazos eran lo que quedaba de aquella historia donde hubo una vez amor, pues ella era un fragmento de su historia con George. Ahora solo quedaba ella sola, bailando en una habitación.

Sintió como el filo de aquella arma que usaría para acabar con su vida cortaba su mano. Cerró sus ojos y pensó que al fin podría conseguir la paz que tanto necesitaba, estaba cansada y desesperada. «Hazlo, hazlo», escuchaba a una voz susurrar en su mente. Respiró hondó e hizo el primer corte de manera diagonal en su muñeca donde estaba tatuado el símbolo del infinito y la palabra fuerte.

—No soy fuerte —sollozó.

La herida dolió como el demonio y la sangre brotó en un hilo por su miembro. Aquel dolor no era nada comparado con el que sentía por la traición de Connor, era como sí ya nada quedara. Creyó que podía ser feliz y se encontró con una mentira, le había entregado su corazón a aquel bastardo y le había confiado lo más hondo de su ser. Estaba cansada de amar y que las personas que amaba murieran o la traicionaran.

Sus padres, George y Clare estaban muertos, y estaba segura de que Lorraine le había dicho que la niña vivía para mantenerla atada a la esperanza. La traición que vivió de sus abuelos y de su propio tío, que les arrebataron la posibilidad de ser feliz.

Sin embargo, creyó que podía ser feliz con Connor y ahora se enteraba que era toda una mentira. Tenía miedo y rabia acumulada de todos esos años, se sentía atada a la presencia de sus padres y George. Aquella pena era muy dolorosa ya que ellos tenían la culpa de todo, se lo llevaron de su lado con su muerte. Connor fue esa efímera luz que pensó que finalmente disiparía todos sus miedos infantiles y todos sus dolores. Dejaría de ser una carga para su abuela y para su hermano, ya no existiría la basura que les daba dolores de cabeza. Lorraine podría ser feliz con su hermano, la verdad, todos estarían mejor sin ella.

Como pudo cortó su otra muñeca, agarró el frasco de pastillas para dormir y se las tomó todas, sumergió su cuerpo en la bañera para esperar que al fin terminara esa vida de mierda que le había tocado y así pudiera descansar. Ella necesitaba irse para siempre de ese maldito mundo.

Andrew y David destrozaron la puerta cuando llegaron al pasillo y observaron que salía agua de la ranura. El primero en entrar fue el amigo de la chica con el corazón desbocado y con un miedo irrefutable, siguió el camino del agua y gritó fuerte el nombre de la mujer que amaba desde niño:

—¡Paulina! —Se metió a la bañera donde una Ina semiconsciente le dio una última mirada con ojos vidrioso—. ¡David, llama a emergencias!

David se quedó paralizado al ver el cuerpo inerte de su hermana y el agua de la bañera tintada de rojo. Profirió un alarido de dolor desesperado y se lanzó en el piso a llorar

—¡David, mírame! ¡Mírame, carajo! —le gritó Andrew y su amigo subió su mirada anegada de lágrimas—. Esta viva, así que mueve el culo y llama a emergencias antes que sea tarde.

David asintió e hizo lo que su amigo le pedía mientras sacaba a su hermana de la bañera. Recitó la dirección y les ordenó que se dieran prisa. Andrew revisaba las heridas de Ina y buscó una franela limpia que rompió para detener la hemorragia. Tomó sus signos vitales y se percató que los tenía muy débiles. La arropó con el cubrecama, ya que su cuerpo estaba frío y había perdido el color de sus mejillas.

—Esto es mi culpa —susurró David, sintiéndose responsable por lo que había hecho su hermana.

—David, escúchame y quiero que prestes atención. —Andrew suspiró—. Iba a ser esto o una sobredosis, Ina tiene mucha mierda y le hemos ocultado muchas cosas pensando que con eso la protegíamos. —Lo último lo dijo en un susurro porque se le había quebrado la voz —. Vamos pequeña, regálame tu mirada. Te amo princesa y nunca lo viste.

Andrew mecía a Ina cuando llegaron los paramédicos. Les costó mucho arrancársela para atenderla y lograr salvarla. David y su amigo sentían que parte de su vida se iría con aquella chica irreverente de ojos azules. Los dos corrieron detrás de los paramédicos cuando la bajaron, no podían reanimarla con el RCP manual y el piso estaba inundado. La subieron a la ambulancia y David lo hizo con ellos.

—Yo te sigo —Andrew le dijo mientras cerraban las puertas.

Conectaron a su hermana y el incesante pitido que informaba que su corazón no latía, hizo que David llorara como un niño pequeño.

—¡Sálvala, sálvala! —gritaba desesperado.

—¡Vamos, trescientos! —gritó uno de los paramédicos. Cargaron

la máquina y gritó—. ¡Despejen!

David observó como el cuerpo de su hermana se elevó y volvió a caer sin vida en la camilla. El sonido de la sirena era horrible y ver aquello tantas veces, estaba haciendo que se volviera loco. Le inyectaron algo que no entendió que era y volvieron a reanimarla, una, dos y a la tercera cuando creía que la perdería un pitido débil en el monitor empezó a sonar.

—¡La tenemos! —gritó aliviado el paramédico.

David se hincó para tocar a su hermana, pero la ambulancia se detuvo de golpe y la bajaron corriendo. Trató de seguirla, pero sus piernas fallaron y se clavó en el piso, alzó su rostro bañado en lágrimas y le susurró a su madre:

—Gracias mamá.

Ina reaccionó cuando entraba al hospital. La luz blanquecina la cegaba y sentía que su alma se había desprendido de su cuerpo. Había soñado que iba hacía la luz, no obstante, sus padres la habían detenido porque debía cuidar a Clare. Se arrepintió en aquel momento de la locura que había cometido y se aferró a la esperanza de que su hija estaba viva. Quiso regresar y en el camino se encontró con George que le pidió perdón y le rogó que corriera al lado de su hija.

«Encuentra a mi madre, ella te dirá la verdad». Aquella frase se repetía en su mente.

—Te toca descansar —Escuchó a alguien.

Solo podía ver sombras y el rostro de un ángel se puso en frente de ella. «Estoy muerta», se dijo asustada. Lloró pues se sentía débil y se dejó llevar por aquella pesadez que sentía.

—Perdóname, Clare… —susurró cuando los ojos se le cerraron.

*****

David llevaba horas esperando noticias de su hermana. El camino al hospital había sido un calvario, se sentía culpable de todo aquello. Por eso, cuando llegaron su abuela y Lorraine se quebró en miles de pedazos y lloró en el regazo de lo único que le quedaba de la familia que tenía. Se sentía desesperado y no quería nada más que sentirse seguro.

Todos en aquella habitación aguardaban por noticias cuando Connor hizo acto de presencia sintiéndose culpable de todo. El primero en reaccionar fue David que se abalanzó hacía él y le propinó un puñetazo que le rompió la boca al chef.

—¿Qué hiciste? Solo debías protegerla, te la confíe, te confíe a mi hermana —rugió David—. ¡Maldito! —Lo tomó de las solapas de la cazadora y lo pegó contra la pared haciendo acopio de todas sus fuerzas—. ¿Por qué huyó de ti?

Connor se sentía muerto en vida luego que recibió la llamada de Lorraine. Ninguno de ellos estaba en conocimiento de lo que había

sucedido, pero él sí y se sentía culpable de todo.

—Solo hablaré con ella —contestó este soltándose.

En ese momento salió un doctor y pidió hablar con los familiares de Paulina Ferguson. Todos corrieron y el doctor al verlos suspiró cansado.

—Estará bien, perdió mucha sangre y el lavado de estómago fue exitoso. Tenemos que dar parte a las autoridades y también le recomendamos ayuda psicológica —comentó con voz seria—. En estos casos de suicidios fallidos, las personas vuelven a intentarlos. Por ahora, la señorita duerme y voy a pedirles que se calmen, si escucho que están causando problemas y los saco de mi hospital.

—¿Puedo verla? —preguntó Connor muerto de miedo.

—¡No! —siseó David entre dientes—. El señor Bellamy no es familiar directo y no puede ver a mi hermana.

—Lo siento, señor debo seguir las órdenes de los familiares. Los demás podrán verla mañana cuando despierte.

Lorraine alejó a Connor lo más posible de todos, pues deseaba saber la verdad. Se imaginó que su amiga lo buscaría o iría al cementerio a refugiarse. Aquello que estaba sucediendo era su culpa, sin embargo, sabía que Paulina había encontrado algo más por el arrepentimiento desesperado del hombre. Cuando estuvieron lo bastante distanciados le exigió en voz baja la verdad:

—A mí me tienes que decir la verdad, Connor Bellamy, porque mi amiga fue en tu búsqueda.

Connor miró arrepentido a aquella rubia de ojos verdes. No quería perder a Ina y menos de una manera tan trágica. Se sentía culpable, lo era, mas no sabía cómo iba a reconocerlo.

—Solo hablaré con ella.

—No, tú no te acercas a Paulina a menos que me digas la verdad. —Lorraine lo tomó del brazo y de manera increíble lo empujó.

—Le oculté a Paulina que no estoy divorciado y me encontró en casa con Diane —confesó arrepentido y Lorraine en una reacción de ira le atravesó el rostro de una cachetada.

—¡Maldito! Mi amiga confiaba en ti —le recriminó molesta—. ¡Yo confíe en ti!

—Te juro que la amo, pero todo se salió de control.

—¡Vete!

David se acercó cuando vio que la joven había abofeteado al chef. Escuchó lo último y alcanzó a Lorraine por la cintura antes que volviera a hacerlo.

—Te pediré que te largues antes que llame a seguridad —exigió David a Connor mientras sujetaba a una histérica Lorraine.

—¡Eres un maldito, Connor Bellamy! —Lorraine le grito al borde de la histeria cuando entró al ascensor. Se soltó del agarre de David y

le reprochó—: Tú sabías todo, lo sabías y fuiste incapaz de decirle la verdad a tu propia hermana. Te lo pregunté y me dijiste que no sabías nada. Esto también es tu maldita culpa.

—Lorraine. —David sintió que no solo le fallaba a su hermana, sino que también a la mujer que amaba. Trató de acercarse y ella se alejó—. Nena…

—¡No! Nada de nena o de amor, porque es una mierda lo que tenemos. Quiero la maldita verdad, mi amiga casi se muere. Tu maldita familia prefiere a Ina muerta que viva. ¿A qué juegan?

—¡Yo no sé la verdad! —farfulló molesto y se agarró el cabello frustrado—. No la sé y si mi hermana se muere, será mi culpa porque nunca supe cómo protegerla.

A Lorraine se le ablandó el corazón al ver las lágrimas del hombre. Negó y secó las suyas propias, también era culpable de todo aquello, no debió, no debió abrir la boca.

—Ina, no es una niña y espero que todos alguna vez la tratemos como una mujer. —Pasó por un lado de David.

Él la sujetó de su muñeca para detenerla, no podía perderla ahora cuando más la necesitaba.

—No me dejes tú también —le imploró.

—Ahora no te quiero cerca, porque es muy fácil culparme de todo por decirle la verdad, cuando eso era algo que tenías que hacer tú. —Suspiró cansada—. Tú preferiste esto y ahora todos vivimos con las consecuencias de lo que hicimos.

David la dejó ir y se quedó de espaldas a todos. Lloró en silencio por todos los errores que había cometido en su vida, nunca debió tratar de proteger a Ina de aquella manera. Quizás si él hubiera enfrentado a su familia y defendido a su pequeña hermana, estarían viviendo otra historia, pero no lo hizo y tenía que enfrentar las consecuencias. Le tocaba enmendar todo y ayudarla para salir de ese hoyo que todos habían cavado para que ella se hundiera.

-25-

Ina despertó sintiendo una pesadez en todo su cuerpo. El pitido de la máquina que media sus signos vitales era desquiciante. Levantó sus muñecas y se encontró con vendas que tapaban sus heridas, sus lágrimas salieron a borbotones y profirió un alarido de dolor. Supo que aquello era tener que soportar más mierda y no quería, lloró y trató de quitarse las vendas de sus brazos.

La puerta se abrió y los médicos entraron para detenerla. David se coló y la sujetó fuerte. Compartieron una mirada y su hermana lo golpeó desesperada.

—¿Por qué? ¿Por qué me hicieron eso? —sollozaba Ina desesperada mientras le propinaba débiles puñetazos a su hermano.

David no respondió y la pegó a su pecho para abrazarla. Sintió que el cuerpo de su hermana temblaba y escuchó a un doctor pedir que lo sacaran.

—Salgan todos porque esto es familiar —les ordenó con voz molesta—. Quiero estar a solas con mi hermana.

—Tenemos que sedarla —contestó un doctor.

—¡No! —exclamó David molesto—. ¡Salgan!

—Los dejaremos solos bajo su responsabilidad —contestó el mismo doctor.

David esperó que todos salieran de aquella séptica habitación. Abrazaba a su hermana con fuerza mientras ella lloraba aferrada a su pecho. Cerró los ojos y respiró hondo infundiéndose valor.

—Yo no debí ocultarte que encontré el certificado a los pocos días que comenzó la búsqueda. Preferí que la abuela me dijera la verdad, pero ella enfermó. —Besó su cabello mientras acariciaba su espalda—. Yo nunca supe cómo defenderte ante el abuelo y aunque sabía que lo de George no traería nada bueno, te dejé ser feliz porque sonreíste de nuevo.

—¿Está muerta? —musitó asustada.

—No lo sé, creo que la única que sabe la verdad es mi abuela. Ella se niega a decir la verdad y estoy asustado. —Respiró hondo—. Yo necesito que me prometas que sí es cierto que Clare está muerta, no volverás a hacerlo.

Ina negó contra su camisa y David se tensó. Debió internar a su hermana en algún sitio para que pudiera sanar su mente y corazón.

—No estoy loca, no lo estoy —le dijo ella como si intuyera lo que él pensaba—. No soporto tanto dolor, soy un fantasma que quiere vivir entre los vivos. —Suspiró—. Estoy cansada de tanto dolor.

—Yo también los perdí —le recordó—. Eran mis padres también y Clare era mi sobrina. Solo te tengo a ti, y si te pierdo —titubeó—, si yo te pierdo, no tendría nada más.

—David.

—Anoche quería morir —balbuceó llorando como un niño pequeño—. Estabas muerta Paulina, no me quedaba nada y quería morir porque sentí que había fallado. —Se separó de ella y se encontró con aquellos ojos azules tristes y apagados—. Paulina, mi Ina, mi pequeña hermanita, perdóname, perdóname si no supe cómo defenderte.

—¡Oh, David!

Ina abrazó a su hermano y lloró para sacar todo lo que la asustaba. Recordó hablar con sus padres y que no era su momento de partir. Se sentía una mierda, pues de nuevo le fallaba a su hermano y lo peor es que lo estaba haciendo sufrir. No, él no merecía aquello y por eso le dijo arrepentida:

—Perdóname a mí…

Ina pasó la tarde rodeada de las personas quienes la amaban, sin embargo, deseaba estar sola o muerta junto a Clare y George. Ella sentía que era un cascarón vacío sin alma. Lloró en silencio cuando su mejor amiga entró y le pidió perdón, era ella la que debía pedir clemencia por todo lo que los hacía sufrir. Tenía la mirada perdida recordando todo lo que había conocido y lo que había perdido, necesitaba aferrarse a algo para poder vivir.

Recordó a Connor y sus promesas vacías, los te amo que se escurrieron como arena en las manos. Él, que la obligó a entregarle su corazón hecho pedazos para curarlo, solo lo sacó para matarla. «El Cazador está vez sí mató a Blancanieves, para llevarle su corazón a la bruja», pensó recordando el sobrenombre cariñoso que el hombre le decía en los momentos tiernos. Quiso morirse por lo estúpida que había sido, ahora entendía el rechazo de la madre del chef o las constantes indirectas que Markus le hizo. Cerró los ojos porque deseaba descansar su mente de tanto dolor.

*****

Connor se coló en la habitación de Ina con la ayuda de una enfermera. Se le partió el alma cuando la encontró dormida en la cama, su rostro estaba aún pálido y sus muñecas estaban vendadas. Deseó morir aquella noche, se sentía culpable, era culpable en parte de aquella monstruosidad que había cometido la chica. Se sentó a su lado a velar por sus sueños, deseaba implorarle perdón por el error que había cometido. Un error imperdonable cuando amas y tienes una relación, romper la confianza.

La confianza que era como una fina hebra que podía fracturarse. No supo cómo caminar al lado de una chica que simplemente debía ser sanada, amada y él le falló; le falló de la peor manera posible. Se sentía impotente y deseaba llorar como un chiquillo sobre su regazo. Ella que fue a refugiarse y encontró aquella escena espantosa, se

arrepentía de haber caído en el juego de Diane. Aquella mujer sin escrúpulos sabía cómo llegar a él sexualmente y pensó con su miembro, no con su cabeza o corazón. Ahora cargaría con las consecuencias de todo lo que había hecho.

Ina abrió los ojos asustada por una pesadilla y cuando alguien acarició su cabello se estremeció. Encontrarse con Connor era lo que menos esperaba, no lo quería cerca y deseaba no haberlo conocido. Giró de manera brusca su rostro y clavó su mirada en un ramo de rosas que hace pocas horas no estaba.

—Ina, perdóname —se lamentó Connor, herido por el rechazo de la chica.

Las lágrimas comenzaron a salir solas y ella no se dio cuenta hasta que las probó en sus labios. Decidió enfrentarlo y acabar con aquella farsa de una vez por todas.

—¡Lárgate! —le exigió Ina con la voz cargada de rabia—. Y no vuelvas, no vuelvas nunca más.

Para Connor aquellas palabras fueron las más amargas que imaginó escuchar de la mujer que amaba. Maldito miedo que lo estaba llevando al peor de los infiernos.

—Déjame explicarte. —Trató de acariciarla, pero ella se alejó—. Sé que no merezco nada, pero déjame contarte la verdad.

—No deseo escucharte —masculló ella, aquello le estaba partiendo el corazón—. Pasé días sin dormir tratando de adivinar que te hacía remover intranquilo por las noches, mientras mis recuerdos me seguían atormentando.

—Perdóname, te lo ruego…

—Puedo perdonarte, sin embargo, olvidar lo que hiciste será imposible. Ahora me queda solo recoger de nuevo las piezas de mi corazón para vivir. —Ina se secó las lágrimas y le rogó de nuevo—: Vete…

—Voy a esperar por ti —sollozó Connor sintiéndose una bolsa de basura—. Te amo como nunca podré amar a nadie más.

—El amor no destruye Connor y tú me destruiste a mí…

—Te amaré hasta que el sol muera. —Connor le susurró bajando su rostro y dejando un beso casto en la coronilla de Ina y agregó con voz quebrada—: Viviré con los errores que cometí.

—Vete, por favor… —sollozó ella—. No quiero verte, no quiero.

—Esperaré por ti, porque te amo. —Connor caminó hasta la puerta y antes de abrirla de nuevo le imploró—: Perdóname.

Connor salió de la habitación y de la vida de Paulina como ella lo deseaba. Aquella chica de ojos azules que lo había enamorado a primera vista se había ido de su vida para dejarle el corazón roto. Todos decían que aquel amor era imposible por la inestabilidad emocional de la chica, solo que resultó que fue por su miedo de decir

la verdad y casi follarse a su exmujer.

Ina se quedó llorando en la habitación y a pesar de tanto dolor no quería morir. No, ella quería reconstruir su vida, renacer como el ave Fénix y aferrarse a aquella esperanza que le había regalado su mejor amiga. Si Clare vivía, tendría que luchar por todas contra su familia, y estaba dispuesta. Ya había defraudado a muchas personas y lo había hecho con ella misma, no quería hacerlo de nuevo. Se secó las lágrimas y respiró hondo.

—Yo también te amaré hasta que muera el sol.

Le confesó a la nada el amor que sentía por Connor, porque la nada no la juzgaría por dejarlo ir. Ella necesitaba emprender el camino de una buena vez por todas, sin embargo, necesitaba hacerlo sola.

*****

Sarah entró a la habitación de su nieta en silencio. No había querido hacerlo el día anterior respetando su dolor. Se sentó en la cama y tomó uno de los brazos de la chica, parecía una mariposa frágil que con cualquier golpe arruina sus alas. Se sentía culpable de todas sus desgracias y estaba resuelta a contarle la verdad.

—Paulina… —la llamó con voz cargada de emoción—. Mi pequeña princesa, despierta.

Sarah como buena inglesa era muy poco dada a las demostraciones de sentimientos. Era distante y bastante comedida, podía regalar un abrazo o una palmadita, exceptuando con su nieta menor. Aquella niña de cabellos negros, tez tan blanca y ojos color cielo la habían turbado desde que nació. Su hijo y ella eran un recordatorio de lo que había perdido.

—Abuela —susurró Ina abriendo sus ojos.

La anciana esbozó una sonrisa cansada y beso la palma de la mano de la joven. La amaba como a nadie había amado y también la quiso sobreproteger tanto que le falló en el intento.

—Estoy dispuesta a contarte la verdad —le confesó Sarah y le pidió a Dios que la ayudara a protegerlos de lo que venía—. Solo que debes saber que corres peligro.

Ina se incorporó, se sentía mareada y lo que acaba de escuchar de los labios de su abuela la confundía.

—¿Está viva? —inquirió Ina angustiada.

—Lo está hija, lo está y te ayudaré a recuperarla…

—Quiero verla. —Ina trató de levantarse desesperada por aquella confesión—. Necesito verla con mis propios ojos —le suplicó a su abuela.

Sarah la atrapó en sus brazos y la abrazó para apaciguar a la joven. La necesitaba sana y en su sano juicio para poder revelarle toda la verdad. Aquello no sería fácil y mucho más con la amenaza que

estaba sobre la cabeza de la chica.

—La veremos, pero tienes que calmarte. —Sarah se separó de ella y tomó el rostro afligido de la chica entre sus manos—. Tienes que sanar y demostrarle al mundo que eres capaz de obtener su custodia.

—Me la robaron.

—Lo sé, pero sí no eres capaz de demostrar que mentalmente puedes cuidarte y hacer lo mismo con alguien más no te la darán.

—Abuela.

—Pequeña, te juro que esto no saldrá a la luz, pero tu tío es sucio y jugará todas sus cartas para destruirte.

—¿Cuál fue mi pecado? —indagó dolida—. ¿Cuál?

—Amar a quién no debías. —Sarah le manifestó lo mismo que le había dicho alguna vez su difunto esposo—. Perdona por causarte tanto dolor.

—Fue mi abuelo.

—Yo callé y eso es peor, ahora vivo con el tormento. —Suspiró cansada la anciana—. Tu hermano y tú son lo único que tengo, les fallé, les fallé cuando debía protegerlos.

Ina abrazó a su abuela, pero sabía que, aunque había indultado a la anciana, siempre tendría aquella herida. No deseaba nada más y quería dormir para recuperar su corazón de tantas confesiones. Ahora lucharía para poder demostrarle al mundo que era capaz.

Había muerto Ina Ferguson, para nacer Paulina Ferguson Carnegie.

-26-

Connor llegó al hotel Ritz con ganas de terminar con todo lo que causó aquel dolor. Había pasado tres días sin dormir desde que vio a Ina por última vez. Se había muerto en vida y aunque deseaba respetar su decisión, lo estaba destrozando. Llevaba los papeles de su divorcio con Diane más un cheque que le valdría por su libertad. Que tonto había sido en ocultarle la verdad a la mujer que amaba, ya nada o nadie podía ayudarlo para recuperarla.

Se detuvo cuando escuchó los gritos de dos amantes discutiendo y se percató que conocía aquellas voces.

—Markus, ya tienes todo perdido y tampoco quería cargar con un muerto —gritaba desesperada la mujer—. ¡Me largaré mañana!

—¡No puedes irte! ¡Quiero a Connor destruido! —contestó Markus.

Connor se estaba dando cuenta de que los culpables de sus desgracias eran ellos dos, siempre lo habían sido. Derrumbó la puerta de la habitación de Diane y se abalanzó ciego de la ira sobre quién considero un hermano toda la vida. Le propinó tantos puñetazos que se necesitaron tres hombres para quitárselo de encima.

Diane miraba la escena horrorizada y no podía creer que alguien tan calmado como Connor podía llegar a tanto. Se arrepintió cuando Alan fue a visitarla y le contó lo que había hecho Ina, quería joderle la vida a su exmarido, sin embargo, no desea cargar con el peso de una muerte en su cabeza. Aquello había llegado muy lejos y ahora él seguro iría la cárcel. Cuando la policía llegó a preguntarle qué había sucedido ella respondió:

—Fue en defensa propia, mi exesposo encontró a mi pareja golpeándome y me defendió. —Diane sabía que aquello era una mentira.

La obligaron a ir a la comisaría más cercana y declarar. Cuando Alan y el abogado de Connor llegaron se le acercó para pedirle una copia de los papeles de divorcio. Los dos hombres compartieron una mirada y el abogado, que tenía una copia en su maletín, se la entregó junto a bolígrafo. Ella firmó aquellos papeles y renunció de una vez por todas a Connor Bellamy y a Emily.

—Declaré que me estaba pegando Markus, pídele a Connor que sostenga lo mismo y que se salve. Yo te prometo que desapareceré de su vida cuando esto termine. Lo siento, Alan —expresó arrepentida.

Connor caminaba de un lado a otro en la celda de la estación de Scotland Yard, le dolían los nudillos de la misma forma que lo hacía su corazón. No podía creer que Markus lo odiara tanto para destruir su matrimonio y su nuevo intento de ser feliz.

Su familia le había abierto las puertas de su casa y lo habían

recibido como un hijo más al que amaron. Se sentía traicionado una vez más y ahora había perdido la mujer que más amaba.

«¿Por qué, por qué le hicieron eso?». Se preguntaba desesperado.

Él había amado a Diane y si las cosas no hubieran sucedido de la forma que lo hicieron, quizás seguirían juntos. Ahora ninguno tendría nada y él asumiría que casi mató a su hermano con sus propias manos. Se sentó derrotado en la lúgubre y fría celda para llorar.

*****

Connor creía que llorar era fácil y que solo le bastaba estar solo. También creyó que su amor con Ina sería eterno y no aquellos momentos efímeros de felicidad que vivieron. No pudo averiguar nada de ella y se le hacía imposible acercarse para poder verla. No sabía que podía hacer para observarla de lejos por unos segundos y despedirse.

Al salir de la cárcel luego que su abogado y Alan pagaran su fianza fue hasta el hospital a verla, pero se había ido y eso lo desesperó. Llevaba un mes, treinta días sin tener una mísera noticia, le rogó a Lorraine por teléfono y ella solo se lo tiró amenazándolo con una demanda por acoso. Ahí estaba esperando que ella saliera de su casa y lo hizo.

Paulina estaba más delgada y aún la palidez reinaba en su rostro. La muerte aún no quería darle paso a la vida. Observó cómo su hermano la escoltaba hasta un todoterreno blindado y arrancaron. Encendió su auto, los siguió de cerca con preocupación, su corazón latía desesperado por la necesidad de tocarla y besarla. Se estaba muriendo en vida y eso acabaría con él.

Se detuvo a pocos metros de ellos y como un espía vio como bajaban en un edificio de oficinas. David nunca se despegó de ella para darle la última oportunidad de acercársele. Cerró los ojos y se despidió:

—Paulina, fuiste el fuego de mis noches y el hielo de mis días. Me hiciste feliz y yo te fallé aun cuando te prometí que nunca lo haría. —Suspiró—. Ahora la sombra de nuestro amor, seré yo… porque nunca podré recuperarte.

Su móvil sonó y él contesto apresurado, no podía alejarse mucho de casa y estaba rompiendo la promesa que le hizo a su hermano.

—¿Dónde estás? —Alan exclamó molesto.

—Tenía que verla por última vez.

—Connor, hermano regresa a casa.

—Si algún día muero pon en mi funeral la parte triste de November Rain.

—¡Déjate de chorradas! —Alan le increpó molesto—. Markus no presentará cargos y se irá de Londres.

—Ya no me importa nada —murmuró apretando el volante.

—¿Ni siquiera Emily?

Aquellas fueron las palabras correctas para llamar su atención. Colgó la llamada y archivó sus recuerdos, porque desde ese día sufriría de Alzhéimer por amor.

Los días pasaron y Connor recordaba cada momento que había vivido junto a Ina. Se preguntaba muchas veces ¿A dónde habían ido el tiempo que vivieron? Las cosas estaban cambiando y era extraño para él acostumbrarse. Él tenía una vida y ella también, ahora él se había quedado solo creciendo y envejeciendo. Necesitaba resolver su vida y poder continuar.

Se atormentaba con los recuerdos y deseaba recuperarla, pero el fin había llegado. Aquella despedida le supo amargo y el dolor de la pérdida lo estaba consumiendo.

Marcó su número y saltó directamente a la contestadora, intentó varias veces hasta que tomó valor y habló:

—Tengo que decirte adiós de nuevo, pero esto me duele y me está matando. —Suspiró—. Sé que lo merezco, te prometo cumplir mi palabra y alejarme de ti. —Respiró hondo—. Te amo Ina, siempre voy a amarte y deseo que encuentres al hombre que te haga feliz.

*****

El sonido ensordecedor de unos disparos retumbó en un callejón vacío de la ciudad de Londres, una mujer cayó muerta cerca de un contenedor de basura. Las ratas se apresuraron al cuerpo hambrientas, el victimario escupió y soltó una carcajada al mismo tiempo que buscaba la gasolina para borrar el rastro.

Nadie se preocuparía por encontrar a una mujer como ella, le estaba haciendo un favor a la humanidad, pues ahora más que nunca necesitaba vengarse.

Abrió el encendedor y lo lanzó, ya después leería en las noticias. Se escondería por un tiempo para regresar en el momento correcto. Alzó su móvil y marcó el número quién había estado ayudándolo para arruinar a Paulina Ferguson, estaba desconectado y maldijo.

Ella era la única culpable y la mataría, poco a poco destruiría su mundo hasta volverlo trizas y que ella misma rogara por su muerte.

Epílogo

Paulina

Soy yo o la vida es una jodida mierda, no sé a cuántos de ustedes le ha sucedido, pero la subes y bajas en un constante ir y venir de sucesos.

Ya no soy Ina, tampoco sé si soy Paulina, por ahora soy una mujer que está buscando su identidad para encontrar la paz y recuperar todo lo que le han quitado.

Tengo miedo.

Miedo, miedo, miedo, miedo. Repetirlo me hace sentir bien, no puedo creer que después de tanto puedo reconocer que siempre fui una cobarde. Desde niña me aferré a los fantasmas del pasado para escudarme ante mis errores.

Le hice daño a todos a mi alrededor, quisiera haber sido una persona diferente y aquí estoy de nuevo en París buscando la paz que me ha sido arrebatada. Solo que ahora sé que mi hija está viva, viva y pronto podré reunirme con ella.

¿Pero podré ser feliz sin él? ¿Sin Connor?

Tiro la colilla de mi cigarrillo y observo la foto que dejamos por error aquí, éramos felices viendo la mentira de ser una familia. Los dos cometimos errores, no supe decirle que lo amaba. Mi miedo a perderlo era mayor que mis ganar de que él supiera mis sentimientos.

Nada dura para siempre, lo he aprendido por segunda vez. Ahora llevo unas pequeñas marcas blanquecinas que me recordaran que, en algún momento, todos necesitamos a alguien, nadie es la excepción.

Solo que esta vez, estoy dispuesta hacer las cosas bien y dejar de ser la tonta adolescente que tiene miedo.

Clare es mi norte.

Ella es mi verdadera vuelta de hoja.

Ella es mi segunda oportunidad.

Dejaré de ser una perdedora, una rara, para convertirme en lo que mi hija necesita.

Connor

Necesitaba alejarme del frío Londres para olvidarme de ella y ahora en todas partes veo su rostro. Ella es como un recuerdo tormentoso que me acompaña a cada destino, pues en cada receta me encuentro con su sonrisa y sus ganas de cocinar.

Sé que algún día volveré a verla, solo espero que ella pueda perdonar mis errores.

Amo a Paulina Ferguson como nunca pensé amar a una mujer.

Porque ella es mi hogar y no está.

Ella es el maná que me da vida y no está.

Es imposible olvidarla, fui matando el amor cometiendo los errores que la llevaron a querer morir. Si tan solo pudiera decirle que la amo y que desde que no está mi corazón está roto.

Ahora, perdí la fe, ya que no puedo ser feliz sin ella, pues no puedo arrancarla de mi pecho.

¿Fin?

Agradecimientos

A Dios por permitirme este don, por darme la vida y el aliento que necesito, por cada minuto que me permite estar en ese plano.
A mi madre, que lo es todo en mi vida.
A mi familia, mi gran bendición.
A mis amigos Rubén, Ezio, Gabriel, Fabián, Lisbeth y Roccio por ser esa gran serendipia en vida. Los quiero infinito.
A Liz Rodríguez por tu amistad, cantarme y hasta ser ese apoyo que siempre he necesitado.
A las comunidades de Instagram: LQDH, Book_lovers_spanish, Leer es Increible, Libros Mentirosos, The life in book, Book Imperial, El teorema de los libros, Historia de Papel y Tinta, books_henry_jamie_mike por el apoyo que he recibido de ustedes, mil veces gracias y siempre con ustedes.
A mis lectoras betas Khris, Irene, Jess por alentarme a seguir con esta locura.
A Kramer, por ti sembraría plantas de estevia o iría hasta fin del mundo. Te quiero infinito y sabes que somos un par de dos que hace cada cosa, pero somos locos y felices. Sube a Arcoíris.
A las comunidades Facebook en especial: Divinas Lectoras, La Magia de Los Libros, Hechizadas por libros, Zorras literarias y Rincón del Libro.
A Sophie por editar esta locura, sabía que estaba llena de errores y no tuviste miedo. Gracias por los comentarios, seguiremos Resilio que será otro reto.
A Melina, negrita ausente pero siempre presente. TQM.
A Ina, comis al fin tu historia.
A Jonaira, amiga gracias por ayudarme en esos primeros capítulos tus consejos me sirvieron de mucho. Eres especial para mí y siempre lo serás. TQM
A todos ustedes que siempre me leen infinitas gracias, seguiremos viajando.

Sobre la autora

Lorena del Valle Fuentes P. (Maracay, Venezuela, 1985) nació en la Ciudad Jardín de Venezuela, es Administradora mención Tributaria y desde pequeña le gusta leer. Su primer libro fue *Platero y yo*, pero se enamoró de la historia de niños que enseña a los adultos: *El Principito*, la obra más famosa del escritor y aviador francés Antoine de Saint-Exupéry.

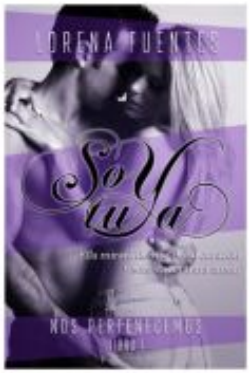
Amante de las Artes en todas sus expresiones, pertenece al movimiento Coral del Edo. Aragua y también al Movimiento Guías Scouts de Venezuela. Siempre trazándose metas, entre ellas el proyecto de Leyendo con Lorena Fuentes, donde tuvo la oportunidad de compartir entrevistando a grandes autores de la rama de la literatura romántica.

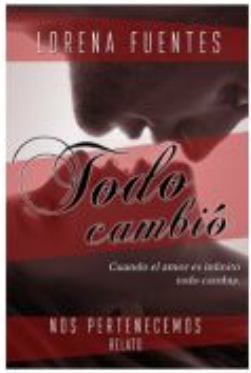
Con *Soy Tuya* incursiona por primera vez en el mundo de la literatura que tanto le deleita, manteniéndose en los primeros lugares de venta por más de seis meses seguidos.

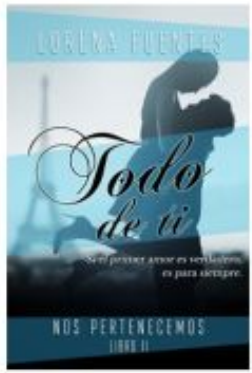
Redes Sociales:
Facebook: https://www.facebook.com/lorenafuentesescritora/
Instagram: @lorenafuentes2
Twitter: @lore2811
Email: leyendocon@gmail.com

Otros títulos

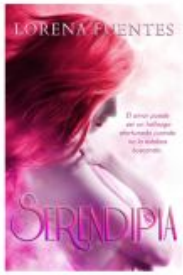
Serie “Nos pertenecemos”







Unitarios:



Disponibles en Amazon:

https://www.amazon.com/Lorena-Fuentes/e/B00VANH93M/

[1] **El Cordón Azul** (en francés ***Le Cordon Bleu***) es el instituto de educación en hostelería más grande del mundo, con sede central en Francia y presencia en más de 30 países. En él solamente se enseñan la administración hotelera y las artes culinarias.

[2] **The royals:** término en inglés para referirse a la todos los miembros de la familia real o nobles británicos.

[3] *"English Gentleman",* En el lenguaje moderno, un **caballero** (de *gentle* + *man*, que traduce del francés *gentilz hom*) es cualquier hombre de buena conducta y cortesía. Un caballero también puede ser simplemente un término cortés para cualquier hombre, como en indicaciones de instalaciones separadas por género, o como un signo de la propia cortesía del hablante cuando se dirige a otros.
[4] Sous chef: es el asistente del chef o chef ejecutivo.
[5] Estrellas *Michelin:* La guía Michelín es el nombre genérico de una serie de guías turísticas publicadas anualmente por la editora francesa Michelin *Éditions du Voyage* y sus filiales en otros territorios para más de una docena de países. Más comúnmente, la expresión se refiere a *La guía Michelin*, que es la más antigua de las guías europeas de hoteles y restaurantes. La guía es famosa por asignar de una a tres "**estrellas** de la buena mesa"
[6] Pub: (abreviación de public house, que en español significa "casa pública") es un establecimiento donde se sirven bebidas alcohólicas, no alcohólicas, y refrigerios, bajo las premisas del país correspondiente. Los países angloparlantes son los que registran una mayor cantidad de **pubs**, concretamente el Reino Unido.
[7] Ma petite poupée: Mi pequeña muñeca.
[8] Oui: Sí.
[9]Tu vas me manquer: Te extrañaré.
[10] Tomorroland: es un festival de música electrónica de baile celebrado anualmente en la localidad de Boom en Bélgica.

[11] Veste Blanchehe: Filipina. Tipo de camisa de doble de algodón para que pueda ser invertida fácilmente y ocultar las manchas que se acumulan, aparte de para aislar los cuerpos del calor y las salpicaduras accidentales de líquidos calientes. Los botones anudados de paño fueron ideados porque el paño soporta los lavados fuertes.
[12] Toque Blanchehe: El gorro tradicional del chef, o 'toque blanche' (torre blanca, alta y hueca, que representa una corona) ya se usaba en el siglo XVI.
[13] Tarte tartin: La auténtica Tarta Tatin, es una variante puramente francesa de la tarta de manzana y fue inventada por error por las hermanas Tatin.
[14] Creme Brulée: es un prostre que consiste en una crema cuya superficie se ha espolvoreado de azúcar con el fin de quemarlo y obtener así una fina capa crujiente de caramelo. Se prepara y sirve en recipientes individuales como el ramekin o en cazuelas muy pequeñas. Se aromatiza a menudo con vainilla, un licor, semillas o especias.

[15] Macarons: es un tipo de galleta tradicional de la Gastronomía de Italia hecha de clara de huevo, almendra molida, azúcar glas. De origen italiano, el dulce se dio a conocer en el siglo XVI, surgiendo del horno del pastelero de la corte francesa como cúpulas redondas con base plana, y en el siglo XIX se empezaron a unir de dos en dos con un relleno en medio.

[16] *Ramekins:* es un pequeño recipiente de bordes altos y rectos, usado generalmente para hornear porciones individuales de varias recetas.

[17] Merci: Gracias.
[18] Pasta choux: es una preparación de masa típica francesa de algunos pasteles, que se caracteriza por tener una masa muy ligera. Se suele comer fría y a menudo rellena con otros ingredientes que pueden ser dulces o salados.
[19] Crema Bavaroise: la crema bavara o ***crème bavaroise***, o simplemente el ***bavaroise*** o en España, la ***bavaroise*** (del francés "bávara") es un postre frío de pastelería que suele llevar gelatina, crema inglesa y nata montada.
[20] Cualant: **fondant** o **volcán** es un conocido postre de chocolate patentado por el

chef francés Michel Bras en 1981 en su restaurante de Laguiole (con 3 estrellas Michelin), en la meseta de l'Aubrac, al suroeste de Francia. Se presenta como pequeño bizcocho de chocolate con el interior fundido.
[21] Friendzone: En la cultura popular, se conoce como zona de amigos o zona de amistad (del anglicismo **friendzone**) a una relación interpersonal entre dos personas, donde una tiende a enamorarse y la otra no.
[22] Merde: mierda.
[23] Las Moiras: eran las personificaciones del destino. Sus equivalentes en la mitología romana eran las Parcas o Fata.
[24] Femme Fatal: es un personaje tipo, normalmente una villana que usa la sexualidad para atrapar al desventurado héroe.
[25] Padawan: también conocido como aprendiz Padawan o Aprendiz, se utilizaba para referirse a un adolescente sensible a la Fuerza que se entrenó en la Orden Jedi para convertirse algún día en un Jedi completo.
[26] *Coq au vin:* (en francés: "gallo al vino") es uno de los platos más conocidos de la cocina occitana, a través de Francia, como plato nacionalizado. En esta zona es muy típico este tipo de estofado, que se hace con pato u oca en el sur
[27] Dare to live: Atrévete a vivir.
[28] Dammit: Maldición.
[29] Loft: desván o galería es un gran espacio con pocas divisiones, grandes ventanas y muy luminoso.
[30] *Non, tu es la belle ici:* No, tú eres la hermosa aquí.
[31] Baise moi: Fóllame.
[32] Voilà: Listo
[33] Jet set: es un término periodístico utilizado para designar a un grupo social de personas ricas que participan en actividades sociales habitualmente inalcanzables al común de los individuos.
[34] Escargot: es el francés de la palabra caracol. Es también un plato de caracoles de tierra cocidos, que por lo general se sirven como entrante en Francia y en los restaurantes franceses
[35] Ma petit apprenti: Mi pequeña aprendríz.
[36] Professeur: Profesor.
[37] Brunoise: es una forma de cortar las verduras en pequeños dados (de 1 a 2 mm de lado) sobre una tabla de cortar. Puede elaborarse con una enorme variedad de vegetales o verduras como zanahoria, cebolla, ajo, nabo, pimiento etc
[38] Pardonne moi s'il te plaît : Por favor, perdóname.
[39] Je n'ai rien à pardonner. Je dois tant: No tengo nada que perdonarte, te debo tanto
[40] Je vais toujours prendre soin de vois, ma apetite poupée: Siempre me encargaré de mi pequeña muñeca.

Table of Contents

Prólogo
Parte I
-1-
-2-
-3-
-4-
-5-
-6-
-7-
-8-
-9-
-10-
-11-
-12-
-13-
-14-
-15-
-16-
-17-
-18-
-19-
-20-
-21-
-22-
-23-
-24-
-25-
-26-
Epílogo
Agradecimientos
Sobre la autora
Otros títulos